



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

FIESTA LITERARIA

CELEBRADA EN HONOR

de

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



BIBLIOTECA

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Indebidamente recordado aquí

FIESTA LITERARIA

CELEBRADA EN HONOR

de

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR LA ACADEMIA

DE CONFERENCIAS Y LECTURAS PÚBLICAS



INSTITUTO DE LA UNIVERSIDAD,
MUNICIPAL
MADRID

— 23 de Abril de 1869. —

Una peseta.

MADRID.

IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA.

ANCHA DE SAN BERNARDO, 73.

1869.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AYUNTAMIENTO DE MADRID

AL PRÍNCIPE
DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

Los individuos de la Academia de Conferencias y
lecturas públicas de la Universidad:

Fernando de Castro—Ventura Ruiz Aguilera—Francisco Giñer de los
Ríos—Tomás Tápiá—Juan de Dios de la Rada y Delgado—Gumersindo
Azcáratz—Francisco Jimenez—Luis de Rute—Nicolás Salmeron—Antonio
M. Garcia Blanco—Fábío de la Rada y Delgado—Manuel Merelo—Manuel
Ruiz Zorrilla—Santiago Diego Madrazo—Manuel Ruiz de Quevedo—Joaquin
María Sanromá—Manuel María del Valle—Francisco de Paula Canalejas—
Miguel Morayta—José de Echegaray—Manuel María José de Galdó—
Francisco Fernandez y Gonzalez—Ambrosio Moya—Juan Una—Julian Sarz
del Río—José Moreno Nieto—Juan Vilaoova—Julio Vizcarrondo—Francisco
Delgado Jugo—Francisco María Tubino—Segismundo Moret y Prendergast
—Aureliano Beruete—Emilio Castelar—Fermín Caballero—Juan Antonio

García Labiano—Santiago Cases—Augusto Comas—Marqués de Sardoal—
 Augusto Gonzalez Linares—Patrio de la Escosura—Miguel de los Santos
 Alvarez—Cayetano Rosell—Juan José Martínez Espinosa—Juan Eugenio
 Hartzenbusch—Pantaleón Moreno Gil—Francisco Luis de Retes—Eduardo
 Bustillo—Francisco Javier Valdés—Eugenio María Hostos—Juan Valera—
 Joaquín Arjona—Antonio Ferrer del Río—Antonio Hurtado—Ramón Cam-
 poamor—Rafael María de Labra—José Alcalá Galiano—Antonio Pirala—
 Antonio María Segovia—Tiburcio Rodríguez—Santos Lahez—Francisco Sil-
 vela—José María Larrazabal—Cárlos Frontaura—Francisco Asenjo Bar-
 bieri—Adolfo Chabat—Eduardo Saco—Celso Moderati—Ángel María Da-
 carrete—Mariano Zacarías Cazurro—Gaspar Nuñez de Arce—Ángel Avilés—
 Julio Nombela—Evaristo Sáló y Gutiérrez—Manuel Rivera y Delgado—
 Gabriel Rodríguez—Rafael Prieto y Caules—Antonio Ros de Olano—José
 María Escudero de la Peña—Rafael García Sentisteban—Leandro Pastor—
 Dionisio Gorroño—Laureano Pérez Arcas—Florencio Alvarez Ossorio—Pas-
 cual Gayangos—Rafael Fernández de Soria—Dámaso Delgado—Eulogio
 Jimenez—Jacinto María Ruiz—Juan Unagon—Eusebio Pascual y Casas.

Habiendo resuelto la *Academia de Conferencias dominicales y lecturas públicas de la Universidad de Madrid* honrar la memoria de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, y necesitando local espacioso y digno de tan solemne ceremonia, se dirigió al Señor Presidente de las Cortes Constituyentes, quien á la menor indicacion tuvo á bien ceder con este objeto el Salon del Senado. Allí acudió la noche del 23 de Abril muy selecto auditorio, y á las ocho y media comenzó el acto con la sinfonia de la Muda de Portici por una orquesta de profesores bajo la direccion de Don Joaquin Espin y Guillen.

Esta solemnidad literaria tuvo dos partes: en la primera pronunciaron discursos los Señores Don Fernando de Castro, Rector de la Universidad, General Don Antonio Ros de Glano y Don Francisco de Paula Canalejas, y se leyeron unas décimas de Don Ventura de la Vega por Don Pantaleon Moreno Gil, y poesias de Don Ventura Ruiz de Aguilera y de Don Eduardo Bustillo. En la segunda parte fué la lectura de dos capitulos del Quijote por los Señores Don Antonio Maria Segovia y Don Joaquin Arjona; uno el primero de la inmortal obra y otro el de la aventura de los Batanes; y las poesias fueron de los Señores Don Evaristo Silió, Don Juan de Dios de la Rada y Delgado y Don Antonio Hurtado.

La complacencia notoria con que el numeroso público acogió el homenaje tributado al Principe de nuestros ingenios y los deseos manifestados por varias personas que asistieron á esta solemnidad y otras que no gozaron de igual fortuna, han movido á la Academia á publicar los discursos y las poesias en un pequeño volumen y á módico precio, para satisfacer su afan de difundir las luces por cuantos medios estén á su alcance.

SEÑORES:

La grande y no merecida distincion, que tanto me enaltece en este momento, de inaugurar la primera fiesta literaria que la *Academia de Conferencias y Lecturas públicas de la Universidad de Madrid* consagra hoy á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, no es debida á ser el que tiene la honra de hablaros uno de sus más entusiastas admiradores, ni tampoco á que ha hecho buenamente todo lo posible, con más ó menos acierto, para propagar y extender en el pueblo la lectura de su libro inmortal; ni á haber costeado, el 10 de Octubre de 1856, unas modestas exéquias por su eterno descanso en el oratorio del Olivar, no; sino á que la Universidad, ALMA MATER SCIENTIARUM, madre fecunda de las Ciencias y de las Letras, ha abierto de par en par sus puertas, por efecto de la libertad de enseñanza, á todo pensamiento encaminado á la pública educacion y cultura. Todavía, si mi pequeñez é insuficiencia no contrastasen tanto con la grandeza y sabiduría de los que tan dignamente presiden las corpo-

raciones científicas de la Nación, pudiera yo creermé autorizado para inaugurar la presente solemnidad, por haber sido el Principe de nuestros ingenios, segun la tradicion comun, discípulo de la Universidad de Alcalá, de la cual la de Madrid, que tengo el honor de regir, es como continuacion y complemento.

Mas como quiera que haya yo sido traído á este sitio, una vez en él, debo manifestaros, á nombre y en representacion de la *Academia de Conferencias y Lecturas públicas*, que el principal objeto de este acto es, no sólo celebrar el aniversario de la muerte de MIGUEL DE CERVANTES, sino el de instituir de una manera pública y permanente una série de fiestas y conmemoraciones de carácter nacional y patriótico, que enaltezcan y honren la memoria de los que nos han dado el sér en lo tocante á la vida de la inteligencia y del espíritu, y que debemos reputar, por lo mismo, como los padres, fundadores y maestros de la cultura literaria y científica del pueblo español.

Podrá pareceros, Señores, semejante pensamiento nuevo, atrevido, superior á las fuerzas de los que lo intentamos; mas habreis de convenir conmigo en que es, por lo menos, digno, oportuno, y, sobre todo, español.

Si despues de acontecimientos que tan radicalmente han cambiado la faz de nuestra patria no consagrásenos una parte de la actividad que desplegamos para regenerarnos, á levantar en medio de nosotros y ante Europa la memoria de los preclaros é inclitos varones, por los que es celebrada y cono-

cida nuestra Nacion, incurriríamos en el torpe crimen de la ingratitud, y se justificaria la tan repetida acusacion que nosotros mismos nos dirigimos, de ser la envidia uno de los vicios inherentes á nuestra constitucion moral; acusacion contra la que protesto y levanto mi voz en este instante. Porque si á juicio de propios y extraños son los caracteres más esenciales y típicos de nuestra individualidad nacional la generosidad y la valentia, claramente se entiende lo incompatible é inconciliable que es con semejante temperamento la envidia, que solo tiene asiento en almas ruines y bajas, en corazones cobardes y en entendimientos estrechos y cerrados. Lo que sucede es que tal vicio suele enseñorearse de los pueblos dominados por la ignorancia y el fanatismo, y aparecer en aquellas épocas principalmente, en las cuales puede decirse que casi todo el mundo es vulgo, segun la delicada observacion de nuestro Escritor: «Y no penseis »Señor, que yo llamo aquí solamente *vulgo* á la gente »plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe. »aunque sea señor y principe, puede y debe entrar »en número de vulgo.»

Determinando más en concreto el objeto de esta memorable sesion, me cumple significar que en el anchuroso campo del saber y en la infinita variedad de conocimientos y estudios que comprende, nosotros circunscribimos nuestra esfera de accion sólo á los que en la profesion de las Letras y las Ciencias pueden ser considerados en España como sus padres. fundadores y maestros; debiendo figurar á la cabeza

de nuestro Almanaque literario, y como los primeros á quienes hemos de festejar en forma parecida á la presente, justo tributo pagado á sus merecimientos, Luis Vives, Huarte, Lope de Vega, Quevedo y Campomanes. Si los que siguen la carrera de la política, ó se dedican al ejercicio de las armas, ó al de las artes, se asocian para idénticos fines y propósitos, nosotros apludiremos su pensamiento y nos uniremos á ellos en la medida y grado que podamos, como hermanos en la patria comun, á fin de que su obra y la nuestra sean de tanta duracion, cuanta será la memoria de aquellos á quienes hemos de rendir el homenaje de nuestra admiracion y respeto. Toca á CERVANTES ser el primero en estas fiestas y solemnidades que hoy se inauguran, por ser escritor el mas popular de nuestra Nacion y el *Príncipe* de nuestros ingenios, y porque en el curso actual de nuestros estudios universitarios llega primero el aniversario de su muerte que el de su nacimiento.

Otras voces elocuentes os narrarán sus hechos y os cantarán sus tristezas y alegrías, sus infortunios y sus glorias. No puedo yo excusarme, sin embargo, de decir, aunque sumariamente, los títulos que le ennoblecen para ser considerado como uno de los fundadores de las Letras patrias. El que tan original como inimitablemente pinta y describe la edad dorada, la salida del sol, los dos que le parecieron ejércitos, la aventura del barco encantado y otras y otras tan nuevas y diferentes todas, y con tal galanura y riqueza de fantasia y de inventiva escritas, que deleítan, suspen-

den y embargan el ánimo de un modo indefinible, el que «estando uno suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla pensando lo que diria» y dijo con palabras significantes, honestas y bien colocadas, en periodos sonoros y festivos, con alteza de estilo, con frase propia y correcta y con palabra noble y castiza, lo que fué oportuno y acertado para deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los libros de caballerías, ¿no es uno de nuestros primeros hablistas? ¿No debe ser tenido por padre y fundador de la hermosa habla castellana?

El que pone en boca del Ingenioso Hidalgo discursos tan doctrinales é instructivos como el de la poesía, el de las armas y las letras, el de la «conveniencia de andar por todo el mundo como en aprobacion, buscando las aventuras antes de ir á la corte de algun Emperador ó monarca», y otros igualmente ingeniosos y profundos, en los que abundan por todo extremo pinceladas, rasgos, juicios y observaciones tan profundas como discretas y delicadas; el que en el episodio de los cabreros hace decir á Don Quijote: «quiero, Sancho, que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes y seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, y comas en mi plato, y bebas por donde yo bebiere, que de la caballería suele decirse lo que del amor: que todas las cosas iguala:» á lo que replica Sancho: «¡Gran merced! pero sé decirle que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis

«solas como sentado á par de un Emperador: » quien todo esto razona, fantasea y escribe tan bella como magistralmente: ¿no merece ser considerado como pensador genial, como sagaz y discreto observador de las costumbres democráticas de su pueblo, como uno de los padres y fundadores de nuestra cultura científica y literaria?

Aun con todo eso no sería acreedor á títulos tan honoríficos, si á tan insignes cualidades no fuera unida la de su alto carácter moral. Si este ha de medirse por la magnanimidad en el infortunio, hasta el último que es el de la muerte, considerad cuán elevada y noble no sería aquel alma, en vista de la resignación cristiana con que muere el desvalido y pobre *Manco* de Lepanto, el que no teniendo en el concurso de los poetas delante de Apolo capa que doblar para sentarse en ella, se ve precisado á quedarse en pié, á pesar de sus merecimientos. ¿Con qué entereza de espíritu y con qué tranquilidad

puesto ya el pié en el estribo,
con las ansias de la muerte,

escribe á su protector el Conde de Lemus: «Señor, »el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo llevo la vida sobre el »deseo que tengo de vivir.» Deseo que se le ha cumplido; porque si el hombre terrenal murió, la fama en sus alas, la imprenta en sus hojas y la patria y el mundo en su clamor, volando y rodando de siglo en

siglo, han llevado su idea y su libro hasta los últimos espacios de la tierra.

Un nuevo renacimiento le espera todavía: un comentario, no histórico, no gramatical, ni de fantasía, sino racional y filosófico, antropológico, pudiéramos decir, falta al *Quijote*, si bien sus comentarios no tendran fin y remate, interin no lo tenga el asunto que lo motiva, que es la vida humana.

El dia en que alguno de sus admiradores, conocedor sagaz y profundo del hombre y de la sociedad, abarque con una ojeada sintética el carácter del siglo y del pueblo en que se escribió ese cuento, observe que á vueltas de la multiplicidad de sucesos, relaciones y situaciones en que se coloca á los dos principales personajes, son siempre los mismos en la naturaleza y tendencias, el uno en lo moral y poético, el otro en lo material y prosáico, aquel en la mania ideal de lo heroico, este en la aficion interesada á lo vulgar y pedestre; Don Quijote en la nobleza y elevacion de sentimientos, Sancho en la fidelidad, blandura de corazon y cierto aunque limitado buen sentido; observando además que los personajes de segundo término se mueven dentro del mismo orden de ideas y sentimientos, y notando que no obstante las antítesis y oposiciones de los dos protagonistas existe la union feliz del alma y del cuerpo que representan la unidad superior del hombre, sin las exageraciones utópicas del uno y sin los instintos sórdidos y groseros del otro; cuando muestre ese mismo admirador del *Quijote*, que de esa base in-

terna, de esa idea madre y generadora nacen espontáneamente la forma y el arte del libro, la dignidad, cortesía, respeto é inspiracion de su autor; entonces renacerá *Cervantes* á una nueva vida, tan inmortal é imperecedera como el rayo de luz con que la divinidad tocó su frente, radiante con los resplandores de su sabiduría, formando uno de esos genios que de tiempo en tiempo vienen al mundo para guiar á la humanidad en los oscuros, tortuosos y difíciles senderos de la vida.

Entre tanto, los que blasonamos de saborear y admirar las bellezas del libro más original y peregrino que ha producido, quizá, el entendimiento humano; los que tan entusiásticamente festejamos hoy, en el aniversario de la muerte de su autor, el principio de aquella vida que la posteridad decreta á los predestinados á la inmortalidad, trabajemos, esforcémonos, adquiramos el compromiso de propagarlo y difundirlo, hasta el punto de que «los niños lo manoseen, los mozos lo lean, los hombres lo entiendan y los viejos lo celebren» para gloria de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, para ilustracion, honra y aprovechamiento de la nobilísima tierra Española.

SEÑORAS.—SEÑORES.

En este recinto y en el espacio de veinte años con los largos intervalos que me dictara la natural circunspección, ha sonado mi voz, siempre débil, si bien entonces alentada, acalorada tal vez por el espíritu político.

Hoy ageno á la ocupacion parlamentaria, me cabe la honra de dirigirme á dos grandes entidades de la España culta; á la de la capacidad para los grandes fines sociales: y á la de los afectos y la belleza para el contentamiento y santidad de la familia.

No he venido á este momento por mi empeño ni me levanto á pronunciar un largo discurso. Yo me conozco; la bondad solícita de mis amigos me ha traído y obediente hablaré quince minutos.

Hay un libro que se halla en el hogar y en la biblioteca: que deleita á la familia, que enseña á hablar al niño, que instruye á todos y mueve la admiracion de los Sábios: libro que está traducido á

todos los idiomas del mundo y que á semejanza de los de la revelacion no perecerá; pues bien, este libro es de un soldado. Vemos que los siglos que suceden á los siglos se mejoran, como la semilla cultivada mejora sus productos; y ello es de gran significado para alentar la esperanza en la consecucion del ideal humano.

En España el siglo XV, que surge de otro mas oscuro y que desde Don Juan II de Castilla hasta los Reyes Católicos se ilustra y engrandece por las anexioncs de territorio, por la conquista, por las reconquistas; por la propagacion de la literatura, así la italiana como la provenzal, que se difunde á los dialectos catalan y valenciano; por la unificacion nacional, en fin, y por sus asombrosos descubrimientos, funda el siglo XVI, y en la frontera de estos dos siglos, sobre los limites del uno que acaba y el otro que comienza, aparece el genio de Carlos V condensando el tiempo, dilatando las conquistas; imprimiéndose en Italia toda, en Francia, en Alemania, en toda la Europa, en el África y en la América. A su ejemplo, al ejemplo del héroe, crece el espíritu emprendedor de los españoles, se aumenta el entusiasmo por todo lo que es grande y desarróllanse las inteligencias por todo lo que es bello y generoso.

Cierto que la grandeza de las Naciones es un hecho providencial; pero ¿por qué fenómeno racional coinciden las armas y las letras? Al relámpago de las armas de fuego, al brillo de las defensivas; engrane de dos civilizaciones, la de la fuerza de resis-

tencia y la de la fuerza inicial, guerrean y escriben Garcilaso, Ercilla y Cervantes; el primero canta el amor, el segundo las batallas, el tercero las costumbres y su sátira.

Es el Quijote un poema de la vida humana en que pegado al símbolo caballeroso hasta la demencia, vá siempre el sátiro del sentido comun.

A la manera que en la química los mordentes avivan los colores, así Sancho hace que resalte la exageracion de Don Quijote dentro de la vida real.

Nunca se realizaron con tanto ingenio y trascendencia tanta estos contrastes; y digo contrastes, porque no es la del gran poema de Cervantes la sátira de nuestros dias que se resbala al libelo, ni la de Boileau, ni la de Casti, ni la de Voltaire, ni la de Juvenal; sino la fundamental de Eschylo, mas levantada que la de este en la creacion y en la forma. Es pues, el Quijote la sátira del paralelo, donde el lector segun su capacidad aprecia la resultancia.

Pero ¿por qué ley moral las armas y las letras fraternizan? las unas piden paz, las otras guerra: las unas demandan reposo, las otras movimiento; las unas son amor, enemistad las otras.

Ello es así, Señores, para lo general del corazón humano; y por eso solo por escepcion se juntan estas dos facultades en un solo individuo; mas cuando tal sucede es que ambas facultades parten de la *organizacion generosa*. Entiendo por organizacion generosa: *sensacion que admira y admiracion que formula*.

Y como nuestra comun existencia sea un trián-

gulo cuya base es la organizacion, cuyos lados son la impresion y la idea, en esos hombres privilegiados por Dios parten la sensacion y el ideal á coincidir en el vértice de la gloria y la inmortalidad.

Lo extraño, lo escepcional, como dejo dicho, es que se encuentren en un solo sujeto; y de este consorcio, suma de dos naturalezas, de la que admira y de la que hace admirar, del númen divino y del valor generoso, resulta siempre el hombre superior y con frecuencia el genio.

Si pudiéramos evocar á Cervantes de su perdida sepultura y le preguntásemos por qué fué prosador y poeta, nos respondería que lo fué porque en su siglo de gloria amó las armas; y si invirtiendo los términos le preguntáramos por qué fué guerrero, nos diría que amó las armas porque amó las letras. Así la suma de estas dos respuestas, es disposicion ingénita y amor á la gloria. Así tambien, si Cervantes siente y expresa la caballerosidad hasta el delirio, es porque fué poeta y guerrero á un tiempo mismo. Hé aquí, pues, la hipóstasis sin salir de lo humano; inteligencia que acerca á lo divino y valor que guía al heroismo.

Hé coudensado acaso con esceso, pero lo necesario dentro de mi tiempo, y voy á concluir.

Los mártires y los grandes guerreros son poetas que sienten y no formulan, pero que son para que otros hombres se inspiren en sus hechos y los glorifiquen.

Los que formulando se sacrifican por las letras y

por las armas son á su vez mártires que no siempre alcanzan de su generacion la gloria á que aspiraron... No se dirá que en nuestros dias negamos al mas esclarecido de nuestros ingenios la glorificacion que merece.

Llegado á este término de mi compromiso, solo me queda hacer públicas las impresiones que ahora experimento: la primera es de veneracion hácia el autor del Quijote y de orgullo al producirme en su idioma: la segunda, Señoras y Señores, es de profunda gratitud hácia vosotros.—*He dicho.*

SEÑORES:

Hace años, muchos años, como que fué el día 23 de Abril del de 1616, murió, olvidado de sus amigos, desconocido de sus compatriotas, asistido solo de su limpia conciencia y de su fé, Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo ingenio admira el mundo. Hoy nos congregamos aquí pia y devotamente, á honrar la memoria del escritor insigne y este concurso de gente, esta inusitada pompa, el recogimiento de vuestra actitud y la emocion que dicen vuestros semblantes, levanta en mí la duda de si es verdad que murió Miguel de Cervantes; porque si vivir es ser amado, ser oído con religioso respeto, ser consejero en las aficciones, distraccion en los enojos, consuelo en los dolores, advertencia en los casos difíciles y amaestramiento en cuánto toca y concierne á la vida y se encamina al crecimiento del espíritu, este concurso de gentes, tal actitud, tanta y tan religiosa emocion me dicen de modo incontestable que no alcanzó la

muerte á herir al fénix de los ingenios, que Miguel de Cervantes en toda la plenitud de su genio vence á la muerte con tan señalada victoria, que la lengua española será siempre material que se emplée en su encomio y alabanza y si por trastornos nunca imaginados, desapareciera esta nobilísima lengua, en tanto que el espíritu humano subsista y viva, será inmortal el recuerdo, y constante la influencia del egregio autor del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Permitidme ocupar breves instantes el discurso en esta inmortalidad que consigue el espíritu humano, siempre que alcanza á revelar y á hacer manifestas alguna de las ingénitas grandezas con que Dios creó al hombre. No hay testimonio mas evidente de nuestra naturaleza inmortal que esta accion constante, esta influencia imperecedera del ingenio sobre la fantasía y el sentimiento de todas las edades y de todos los tiempos, sin que sea obstáculo la diferencia de cultura, lo distinto de las costumbres, lo diverso de las creencias, ni la contrariedad de afectos y pasiones, segun los distintos períodos de la vida. No alcanzan en mi sentir esta indefinida existencia y esta continuada accion en el mundo, sino aquellos varones eminentes en santidad ó privilegiados en ingenio, que consiguen poner de relieve con sus obras algo de esa virtud humana, que en todo siglo y en todo tiempo es reverenciada y señalan en sus escritos algo de esa naturaleza creada á imagen y semejanza de Dios, á pesar de los apasionamientos y de las exaltaciones y del

sello privativo y singular, que le imprime la aspiración de una raza, la tendencia de un siglo, el movimiento religioso ó filosófico de una edad, la vestidura que el gusto artístico-literario impone en un período, arrastrando tras sí todos los ingenios y todas las almas, sin consentirles pensar y sentir fuera de aquella corriente que crean los impulsos de la muchedumbre.

Cuando no del modo general y comun que todos vivimos, respirando el aire de la familia, de la gerarquía social, de la escuela ó del partido á que pertenecemos, del período ó de la edad en que plugo á la Providencia colocarnos; sino viviendo en el sagrado de la conciencia propia, en la intimidad de nuestra esencia, y en contacto con lo que es constante, inmutable y permanente en el hombre, conseguimos expresar en el arte ó en la vida este algo superior al tiempo y no sometido á las condiciones históricas y fugaces de un momento, acrecentamos las fuerzas espirituales humanas y por lo tanto producimos nueva prueba é irrefragable testimonio de la inmortalidad y de los magníficos destinos de nuestra especie.

Pero para vivir en un siglo y poder conservar la originalidad del espíritu, denegando las solicitudes y las tendencias que el gusto y la opinión general determinan, exigese enérgica y potente personalidad, alta y serena razón, ánimo heroico y es necesario asimismo que la vida sea disciplina severa, penitencia, flagelación espiritual que fuerce de continuo á buscar en los recursos propios y en las facultades ingénitas constancia y firmeza, sin que tam-

poco las injusticias del mundo y el padecimiento de un continuado é inmerecido dolor, alteren ni corrompan los rasgos de la nativa bondad de la pristina belleza, que el Hacedor colocó en las entrañas del alma.

Esta vida singular del que agitándose en el oleaje de un siglo no corre por el cauce ordinario; sino que se aparta de la corriente y serena, profunda, y tranquilamente juzga á los hombres y á los acontecimientos, encontrando la raiz primera que los caracteriza y la causa que los esplica, es la vida tristísima del peregrino ingénio, cuyo recuerdo embarga hoy todas nuestras potencias. Adviértese desde las primeras páginas de la biografía de Miguel de Cervantes, que la providencia volcó su vida por accidentados torrentes y ásperos senderos, muy distintos de las sendas reales y magnificas en que se ven las huellas de los políticos, pensadores y poetas de su siglo. No pudo el pobre hijo del noble hidalgo de Alcalá satisfacer su ardiente pasion por el estudio tomando asiento en las aulas y figurando en los colegios de la famosa Universidad complutense, negándosele así la entrada en el cenáculo aristocrático de los Señores Graduados, que se creian únicos sacerdotes de la ciencia y dueños absolutos del ingenio, quedando para siempre en el concepto general en la condicion de ingenio lego ó iletrado. Si pasó á Italia pisando aquel suelo, que era el de la nacion iniciadora, ó reveladora de la belleza, segun el comun sentir del siglo XVI, lo hizo en condicion tan humilde, tan cercana á la servi-

dumbre, que apagaba todo el ardor y el impulso de su ingenio, y no se levanta su ánimo sino en el instante en que, con lo mas granado de la juventud española se alista en las banderas de *aquel hombre llamado Juan que Dios enviaba para salvar á la Europa Occidental en dia memorable*, de la invasion de aquellos crueles é inhumanos enemigos, que renovaban en el siglo XVI los temerosos peligros que corrió la civilizacion moderna en las grandes invasiones arábigas y africanas de los siglos medios.

— Postrado en el lecho, le sorprendió la aurora del dia de Lepanto: su voluntad venció la pertinaz dolencia; peleó como bueno recibiendo en tan señalada funcion de guerra, heróicas heridas que constituyen en toda la sucesion de su vida su único blason y la única fuente de contentamiento y de orgullo para su alma. Legítimo era este orgullo, muy justificado este contento, porque si pelear en cualquiera de esos combates que provocan entre pueblos el afan de poseer un palmo más de tierra, ó á que incita el ensoberbecimiento de una familia para conseguir primacia y autoridad es cosa á muchos concedida, pelear en Lepanto, asistir como actor al gran duelo de las dos civilizaciones, de los dos mundos, de los dos dogmas, que se disputan el imperio de la edad moderna, es cosa solo concedida á Cervantes, sin duda para que gustase siquiera en su triste vida un momento heróico y solemne, digno de la solemne grandeza de su levantado espíritu.

— El desencanto no se hizo esperar; del lecho del

hospital, salta al puente de la galera que debía llevarle á su patria y cuando se estasia en la perspectiva del orgullo y contento de su anciano padre, estrechando en sus brazos á un soldado de Lepanto, velas berbericas cortan aquella perspectiva. Aperciíbese al combate, defiende su libertad,—como la libertad se defiende;—pero cede al número, y en las mazmorras de Argel vé pasar dia tras dia, año tras año, sin que anide otro pensamiento en su alma, que el patriótico, constituyéndose en ardiente y fogoso tribuno del pensamiento español y cristiano, consolando, fortaleciendo á sus compañeros de cadena, dando sangre y aliento con su palabra á los cautivos y empujando el pensamiento en planes acometidos con tan noble audacia, como soportados una vez descubiertos con magnánima firmeza, hasta el punto de hacer comprender esta belleza moral del carácter al bárbaro corsario, que sin temor de Dios ni de los hombres, llamaba ocupacion á sus piraterías y ocios á sus crueldades y sacrilegios.

Así se unió al espíritu heróico del soldado de Lepanto la magnánima resignacion del cautivo de Argel; pero la prueba dolorosísima de su vida comienza al pisar las playas españolas. Este período, último y larguísimo de la vida de Cervantes, es una incesante peregrinacion de la ingratitud al olvido, del olvido al desprecio y á la injuria hasta tocar ya en los límites de la deshonor, y el heróico cautivo que soñó con conquistas de ciudades y de imperios contradijo á su dignidad, violentó sus hábitos y sus aspiraciones

visitando los ántros muy oscuros y medrosos de la sociedad española en aquel siglo, para recoger en aquellas miserias un alivio á su pobreza y en aquellas flaquezas un auxilio y un sosten para su vida.

No bastaron estos sufrimientos ni tuvieron fuerza tanta injusticia y tanta desgracia para alear la hermosura moral del alma de Cervantes. ¡Dios y la humanidad premian aquel ignorado merecimiento convirtiendo á los siglos y á las generaciones en devotos de su ingenio, obligándonos á rescatar con siglos de dolor y de indignacion y con solemnidades como esta, la impía indiferencia de nuestros antepasados!

Aquella desgracia que fatigó el espíritu nobilísimo en Cervantes preservó la originalidad de su ingenio. La dicha y la bienandanza distraen el pensamiento, lo sacan de su asiento, y deleitándolo con alhagos de vitores y de aclamaciones, lo arrastran á seguir la corriente comun en que se desborda la inspiracion general de un siglo ó de una edad. Los poetas, los oradores, los novelistas y aun los filósofos y los políticos atienden por lo comun á esta vida exterior, y revisten esta fisonomía histórica momentánea y dicen las glorias que causan los prodigios de valor y de entendimiento que enorgullecen á los pueblos. Homero cantó los Dioses griegos, las proezas griegas, las costumbres de los griegos. Celebró Demóstenes el sentido político de los Atenienses; cantó Virgilio á los Dioses y las proezas de los latinos; celebraron la fé, la honra y la lealtad de los españoles Lope de Vega y Calderon; buscaron en la corte de

los Médicis y en otras italianas su canto Tasso y Ariosto; pero quedó sin voz y sin forma el sentido universal humano, la inspiracion humana, que despojando al hombre de vestiduras griegas y latinas, de toga y de tabardo, de espaldar y coraza, de jubon y ropilla recogiera en el último fondo y en su honda raiz, lo que es constante y esencial en la humanidad al través de sus creencias indicas, griegas, latinas ó cristianas al través de sus condiciones humildes ó señoriales, de honras y miserias, de sus conceptos y de sus ignorancias.

Y sin embargo, el arte si debía ser fuente de la vida, debía llegar á esta grandeza. No bastaba haber expresado lo griego, lo latino, lo español, lo francés y lo italiano: no se satisfacía el ingenio humano con el modo de vida que habia tenido; tendia á expresar, no el modo, no lo accidental, sino la sustancia; codiciaba revelar cosa más alta, más permanente, más universal; decir lo humano, lo que ha sido, es y será el hombre, este maravilloso conjunto de ángel y de bruto, este misterioso tejido de inspiraciones divinas y de apasionamientos satánicos.

Eran llegados ya los tiempos de esta revelacion; porque cumpliase en aquel momento en la historia aquel dislocamiento, ruptura y mudanza de todos los elementos morales y sociales, que se verifica en el siglo XVI, siglo que fué para historiadores, poetas, reyes y pontífices un misterio inesplicable, una edad apocalíptica. Del mismo modo que en el momento preciso en conjuracion teatral reúnen los que han de

imprimir al trastorno su pasión, su energía, su audacia, ó de la misma suerte que acudiendo al mudo é irresistible llamamiento de la afinidad electiva congréganse en la raíz, en el tallo, en el boton, los elementos atmosféricos y los que se esconden en el seno de la tierra para que, al abrirse el capullo broten colores y perfumes, de una y otra suerte acuden al inmenso escenario del siglo XVI, gigantes de pasión ó de inteligencia, de audacia y de firmeza como Carlos V, Francisco I, Enrique VIII, Felipe II, los corsarios berberiscos, Julio II, Lutero, Leon X, Calvino, ingenios tan maravillosos como Miguel Angel, Rafael, Julio Romano, Cellini, poetas como Ariosto, Tasso, Garcilaso de la Vega, Hurtado de Mendoza, figuras de tan célica belleza, de tan estática mirada, como los dos Luises, Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz, uniéndose en coro discordante, planes de universal dominio, fanatismos iracundos y pertinaces heregias, conquistas y guerras incesantes con cantos pastoriles, himnos de amor místico con filípicas demosténicas contra lo humano y lo divino. Y como si no fuera bastante ya esta portentosa reunion de fuerzas casi sobrenaturales, se levanta del fondo de antiguos pergaminos y olvidados códices, la pleyada de los poetas griegos y latinos, con sus cantos eróticos, en los labios, el olimpo Homérico y Virgiliano en su inteligencia para que de esta suerte en una apasionada é imponente explosion de todos los sentimientos y y de todas las ideas, se pusiera al descubierto el foco de donde partia tanta luz y tanta llama, el cráter

que arrojaba en ignea erupcion, dogmas, cánticos, diatribas, coronas reales é imperiales, instintos antiguos de raza, enseñanzas de escuela y planes ambiciosos con un clamor pavoroso y con una agitacion que remedaba en lo intelectual esos universales cataclismos que cambian y trastornan la faz de la naturaleza.

En estos momentos solemnes de la historia en que la lucha es continuada y es constante el peligro no ya para la vida individual, sino para la nacionalidad, para la civilizacion, para la fé y para la creencia, se descubre este insondable abismo de la naturaleza humana, mucho mas terrible que el explorado por el Dante, porque no permite paso como aquel lo permitió y solo permite descienda á sus infinitos círculos el pensamiento propio ó la escruidora mirada de la divinidad.

Recomponed en vuestra fantasia este siglo y presentid en vuestra inteligencia el entendimiento agudo, perspicaz, reflexivo, agitado por intuiciones poderosísimas de Miguel de Cervantes; sentid, por un instante en vuestra voluntad la estóica firmeza del desterrado de todos los honores y de todos los goces mundanos y no os será difícil comprender cómo á pesar de sus delirios y de sus enloquecimientos el siglo XVI no arrastró á Miguel de Cervantes, que cómo el solitario que contempla desde inaccesible roca la batalla que riñen en el Océano los vientos desencañados abrazando la magestad del espectáculo en toda su grandeza y en todo su poder, pudo me-

dir y juzgar, penetrando hasta la inspiracion primera y la primer sustancia, causa de aquel estremecimiento que conturbaba á la historia universal.

La ciencia es el dolor, ha dicho, y dijo mal, un poeta contemporáneo; pero si es verdad que el dolor es ciencia, el dolor es arte, es método abreviado, camino de atajo para llegar al convencimiento de lo que es el hombre, para sentir todas las magestades y grandezas que se esconden en el corazon y en la conciencia de los mortales.

Miguel de Cervantes consiguió, perdiendo su dicha, al conseguirla, esta revelacion que se cumple por medio de la vida, semejante, aunque mas segura, á la que se cumple por medio de la ciencia. Sentir en toda su intensidad y estension la inspiracion del trasmutamiento y cambio del siglo XVI, no era empresa fácil y solo era posible, merced á aquella iniciacion, en todos los dolores y en todos los sufrimientos que experimentó el alma de Cervantes y á la prolongacion de quebranto y de amarguras que constituyen su existencia. El estudio, la meditacion reflexiva, le hubiera llevado al gusto general del renacimiento, á las imitaciones clásicas ó italianas que el aplauso popular sublimaba sobre toda obra de ingenio.

Los desencantos, las desilusiones, el olvido en que caian su Galatea, sus novelas ejemplares, su teatro, todo lo que escribió en consonancia con lo gustado y aplaudido, le obligaron á refugiarse en su propio ingenio, á vivir consigo mismo, buscando y

encontrando la inspiracion en el asilo inviolable en que se escondia su originalidad.—Este fenómeno psicológico que nos descubre el secreto de la inspiracion de Cervantes no se realiza, gracias á un solo hecho de la vida, sino que es precisa y necesaria una continuidad de desengaños y desencantos como los que sufrió el cautivo de Argel para vencer el natural impulso al aplauso, á la popularidad, á ese goce supremo y embriagador de los artistas.

Recordad su vida; seguid al soldado de Lepanto. al español que creia como todos los españoles en aquella edad que el mundo antiguo y el nuevo mundo era teatro pequeño para su grandeza y campo mezquino para la dominacion española: seguidle de Lepanto á Navarino y á la Goleta y sorprended su sombría meditacion cuando vió cortados los triunfos de Don Juan de Austria é infecundos los laureles de Lepanto; adivinad la angustia de su alma al ver los bajeles Argelinos dominando el Mediterráneo y al adivinar el secreto resorte que prestaba energia y vida á los estados Argelinos; presentid la intensidad de su dolor al contemplar el vilipendio conque las indecibles torturas de la esclavitud afeaban el alma de los cautivos; adivinad su pensamientó cuando se vió peregrino en su pátria sin otras compañías que el desamparo y el olvido; penetrad sus presentimientos al ver la corona de España disminuir en la femenina frente de Felipe III y llorad su amargura cuando comparaba al defender su honra ó al padecer en cárceles, sus pensamientos con su estado, y decidme si esta vida no

era un funesto y constante asalto que daba á su alma el mundo, para obligarle á buscar asilo y refugio en el punto mas inaccesible y sagrado de su espíritu.

Gracias á esta penitencia, que si no se resolviese en gloria suya, calificaría de cruel, el ingenio que imitó á los italianos, que escribió Galateas y que puso mano en libros sentimentales y en novelas picarescas, se convirtió en hombre capaz de escuchar y de comprender aquella profunda revelacion histórica, que iba diciendole el siglo XVI con su no interrumpida sucesion de cambios y mudanzas y por la conjuncion de los tiempos y del hombre se cumple en las literaturas del mundo, la universal mudanza y el cambio que á su vez Miguel de Cervantes realiza publicando el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

A partir de aquella fecha se diferencian y distinguen profundamente las dos grandes edades literarias del mundo. Nada marca de modo tan palpable la diferencia entre las edades antiguas y la moderna como el espíritu que derrama en el seno de las literaturas modernas, el libro inmortal de Cervantes. Las instituciones y las formas políticas son poca cosa para fijar este lindero de las edades, que solo distinguen y diferencian una mudanza en la vida espiritual causada por el predominio de nuevas tendencias ó por el enaltecimiento de caracteres en lo humano, antes desconocidos. El arte griego, muy ocupado en ser griego, el arte latino muy en el empeño de convertir en latina á la naturaleza humana, las literaturas de los siglos medios inspirados principalmente por aquella

union y consorcio que se cumple entre el sentimiento religioso y el sentimiento nacional, apenas presintieron la existencia del elemento artístico que caracteriza el libro del manco de Lepanto. No busquemos el elemento humano antes de Miguel de Cervantes. Solo se encuentra al hombre tal como lo crearon los sentimientos y las creencias nacionales; pensando y sintiendo como debía pensar y sentir en consonancia con aquellas creencias; pero nunca pensando ni sintiendo, según es propio de la esencia humana, y según cuadra á aquellas propiedades ingénitas que lo acreditan cómo ser en que anda á vueltas el mal con el bien, en el que se reflejan y repercuten como en mundo abreviado, todas las maravillas de la naturaleza y del espíritu.

Es esta tan llana verdad, que aparece de continuo y cada vez que paramos mientes en los efectos que causa la lectura del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. El niño ó el hombre indocto sigue con avidez la narracion de aquellas sorprendentes aventuras y casos nunca vistos ni imaginados y el aspecto cómico que colorea todas aquellas narraciones les revela la fuerza creadora de la fantasia y les señala un aspecto de la vida que escita su juicio y le lleva como por la mano á juzgar por sí, ya con el juicio que va envuelto en la risa, ya con el juicio que se esconde en el fondo de todo enternecimiento y melancolia. El mozo, al leer aquellas memorables páginas deleítase con la exaltacion constante en honra del bueno y de lo bello, de la justicia y de la virtud, que forma el carác-

ter del hidalgo manchego; deléitase en las brascas transiciones que imprimen á su alma las palabras de Sancho; y estos contrastes, que reflejan los contrastes del alma del adolescente, motivan que unas veces se duela de que el autor considerase como empresa de locos el desfacer agravios y enderezar tueras y otras admire la oportunidad con que la maliciosa penetración del escudero deshace aquellos ensueños platónicos, que son sin embargo tan poderosos que obligan al egoismo á pisar mal de su grado por los caminos y atajos en que le empeña la locura. El hombre ya de seso y de entendimiento seguro percibe la voz de todos los intereses en aquel libro que es dictado de la recta razón y del buen sentido y sigue con avidez y con pasmo creciente la exacta reproducción de las dos tendencias que se disputan el predominio en la vida, y que en filosofía, en religión, en política, riñen constante batalla, llevándonos por los campos esplendidos, pero aéreos de la idealidad, ó sujetándonos con lazo férreo al suelo, sin permitir siquiera levantar ni estender la vista á otro mundo y á mas levantada existencia. El incesante combate entre la idealidad y la realidad, entre lo poético y lo prosaico, el hecho histórico y la quimera individual es un incentivo y un poderoso llamamiento que arrastra poderosamente á una meditación tanto mas provechosa, cuánto que es espontánea y no impuesta y que cada vez mas se obstina en arrancar al libro el secreto de su constante juventud y de su inagotable fecundidad. El comentario es inacabable; continúanse los co-

mentaristas, descifranse enigmas, alegorias y símbolos, rásганse velos y coberturas, esplicanse reflexiones y epifónemas y cuando parece que se ha cumplido tan lenta y laboriosa interpretacion, nueva lectura hace inútil y enojoso el comento, porque se declara un nuevo aspecto y una tendencia antes desconocida, que es necesario meditar de nuevo, para que ilustrada y conocida nos dé la clave de aquella fuente perenne de enseñanzas y de consejos.

Hace siglos ya que la critica, semejante al que persigue por los senos de la tierra riquísimo venero, cuya abundancia crece sin límite, enamorando mas y mas su codicia y doblando su ahinco en aquella fantástica persecucion por abismos iluminados con el reflejo de tesoros que instantáneamente se multiplica, ahonda en el estudio del Quijote, y sin embargo aquellos estudios no hacen innecesaria nueva meditacion, ni tantos comentarios previenen el comentario individual conque todos los lectores del Quijote, acompañan al pensamiento de Cervantes. Las edades como los periodos históricos y como los individuos, adaptan fácilmente á su estado y aun á sus deseos, la inspiracion de Cervantes, y alternativa-mente Cervantes ha sido liberal, luterano, filósofo, tribuno popular, ó místico é intolerante en materias religiosas, y entusiasta creyente del derecho divino de los reyes ó de los pueblos, y los melancólicos lo estiman como trite y melancólico, los atrabiliarios como sarcástico y mofador, como blando y caritativo los de condicion apacible, como conjunto de cuanta gracia,

donaire y gracejo es posible, los amigos de burlas y de risas.

¿Por qué tales efectos? Porque se cumple al leer el Quijote un fenómeno que pasa desapercibido para los mas. Comenzando á leer el Quijote, y siguiendo las aventuras y las pláticas del hidalgo y su escudero, al adelantar en la lectura, insensiblemente convertimos los ojos del libro escrito, al libro vivo que palpita en el fondo de nuestro ser, y en tanto que los ojos del cuerpo siguen las páginas Cervantinas, los ojos del espíritu escrutan profundamente nuestra alma y nuestra vida y nuestra existencia se sustituyen al campo y á la escena pintada por Cervantes; nuestras facultades á sus héroes y sin explicarnos el cómo, pasamos de la lectura á la meditacion, del libro de entretenimiento al libro que nos declara las escelencias de nuestra naturaleza, y que nos dice á la par los peligros que en su seno se esconden y que pueden manchar aquellas escelencias. Esta es la causa de que todos los caractéres humanos y todas las preocupaciones de los hombres encuentren voz y consejo en ese libro admirable, explicándose así el largo comentario á que antes se aludía. La lectura de la novela se trueca y cambia en una meditacion, de la que es campo y de la que es asunto el espíritu mismo del lector que va verificando toda aquella doctrina que espone y declara la esencia humana, y que saca á manifiesto sus fuerzas y sus propiedades, con el reconocimiento de estas propiedades y de estas fuerzas, en el seno de la propia conciencia.

Tan luego como esta espontánea revelacion de las leyes de la filosofía de la vida se cumple, gracias al libro de Cervantes, desaparece aquella oposicion y aquel dualismo entre los dos protagonistas que atraen alternativamente las simpatias del lector. No es el combate que se dán en el seno del espíritu y en el campo de la vida humana las dos fuerzas de lo real y de lo ideal, la aspiracion á lo mejor y mas perfecto y el goce y el aprovechamiento de lo que existe, lo que constituye y aclara el pensamiento del insigne escritor á quien honramos. No imaginó Cervantes, no quiso tampoco completar su representacion de la vida humana, con las dos figuras de Don Quijote y Sancho. No es el hombre D. Quijote; no es el hombre Sancho; pero en todo hombre estan un Sancho y un Quijote y estan fácil convertirse en el uno, como ser trasunto del otro, y alternativamente la conciencia recordando los acasos de la vida propia, nos acusa de imitar al uno ó de ser una trislísima parodia del otro. Quiso Cervantes que levantándonos sobre estos parciales aspectos de la vida, fuésemos imagen viva y permanente del hombre superior, capaz de condolerse de las estravagancias y locuras del hidalgo y de compadecer y corregir las malicias y groserias del escudero. Este hombre superior que desde su elevado asiento pone en su punto todos los estravios, enfrena la fantasia, purifica los instintos, acomoda al dictado de la razon las aspiraciones, purga de todo deseo mezquino los movimientos que brotan de la sensualidad ó del egoismo, es la alta y moralizadora concep-

cion de Miguel de Cervantes y declara como consejo y ley primera de la vida, la necesidad de salir de las edades del Quijotismo en lo social y en lo individual, sin caer en el extremo opuesto que Sancho representa, sino que desprendiéndose de una y otra sugestion se entre en el pleno y tranquilo dominio de nuestro noble carácter humano, consiguiendo no aparezcan en hechos ni en pensamientos, la quimérica idealidad ó el egoismo grosero, ó sea este Quijote y este Sancho que anidan en el fondo de todas las almas y que rompiendo su alta unidad, nos arrastran por los caminos de la vida, ya representando el papel del hidalgo manchego, ó lo que es mas triste, siendo nuevos Sanchos á los ojos del mundo y á los de la propia conciencia.

No busquemos otros simbolismos en el libro inmortal. La espontaneidad de aquel insigne ingenio rechaza toda suposicion de sátira personal ó política y todo intento de ver en sus páginas una representacion, emblemática ó alegórica, de protestantismo ó de catolicismo, de estado llano y altas gerarquías sociales. Profundicemos sí, depurando cada vez más la meditacion aquella espontánea é instintiva expresion de la filosofía de la vida, admirando aquel libro popular de *vida beata*; aquella ciencia del alma dramatizada, en que se dibujan de bulto con vida y colorido extremado y animacion indocible, todas las tendencias del espíritu, todas sus propiedades, todas sus fuerzas y recapacitando en tantas y tan innumerables escelencias, aparecerá explicada la fama y nombra-

día del libro inmortal y quedará vista la razón, por la que no se estima extranjero en Francia, en Italia ó Suecia, ni entre Ingleses y Alemanes; que donde quiera existan hombres, no será libro extranjero el que es viva y exacta representación de lo permanente y eterno en la existencia de la humanidad.

El arte nunca encomiará de modo debido esta inesperada revelación que le abrió un mundo de nuevas creaciones, libertándolo del yugo y servidumbre de lo histórico: el arte aun recogiendo las mas entusiastas alabanzas dirá poco del escritor que trascurridos largos siglos dotó de espíritu universal á las literaturas, señalándole una fuente de innagotable juventud y de belleza, y para distinguir una de otra edad, la crítica apoyándose en este libro inmortal lo estimará como la Biblia generadora de las nuevas literaturas, permaneciendo siempre devota del ingenio que sobreponiéndose á las creaciones de la historia, salvando tiempos y edades con rápido vuelo y espíritu tan audaz como seguro, pudo llegar á la creación de la naturaleza humana fuera de las condiciones de tiempo y de espacio; pudo llegar á la obra misma de Dios, recogiéndola y concibiéndola tal como es, al desprenderse de las manos creadoras, antes de que los accidentes de la historia la atavien y disfracen vistiéndola ó apasionándola con lo que se cree, se siente ó se apelece en el siglo ó en la civilización, en cuyo seno transcurre la existencia individual.

Decir y pintar el amor, hicieronlo muchos, que muchos fueron amados; expresar celos ó celebrar

amistades, tambien es cosa repetida en la historia literaria, porque son frecuentes los celos y alguna vez existen las amistades; expresar el ódio al enemigo de la pátria, es cosa muy general; representar todo el fervor de la creencia, tampoco es milagro: de suerte que inspirarse en pasiones parciales, en caractères aislados de la naturaleza del hombre ó de la naturaleza de una raza, ó de una nacionalidad, ha sido obra que felizmente iniciaron y concluyeron los antiguos literatos y las letras de los siglos medios, y del estudio de aquellas inspiraciones deducimos hoy una enseñanza que nos aclara los misterios del tiempo y que nos enseña los pasos que de una á otra edad, de una á otra civilizacion, va dando este artista universal, que llamamos humanidad, que recibió de Dios encargo de representar todo lo divino que existe en la vida humana. Grande es la enseñanza; magnífico el espectáculo, y mucho se quilata y se mejora con uno y otro el ánimo y el ingenio del espectador. Pero desentrañar lo humano con un análisis tan verdadero como el que cumplen los reactivos químicos en el crisol; penetrar hasta lo esencial en el hombre atravesando los caractères de civilizacion, de raza y religiosos, en que el trascurso de los siglos ha ido envolviendo á la esencia humana; verla en su purísima y natural condicion; seguir la genial circulacion de las ideas y la natural vejetacion de los impulsos en toda su libertad y en toda su espontaneidad; dramatizar esta observacion, demostrándola con una série indefinida de hechos, de acasos, de caractères, y de accidentes

que sirven cada uno como de demostracion de un problema parcial, pertinente al conjunto que se trata de esclarecer; presentarnos asi, á nosotros—que vivimos segun la pasion de partido, segun la preocupacion de clase, segun una ensenanza de escuela, un dogma religioso ó filosófico, sin acordarnos de cómo es, ni de qué es, la naturaleza humana—un cuadro vivo y exacto de lo que ella sea, señalándonos el camino que hay y que debe seguirse, entre esos dos abismos que se llaman Quijote y Sancho, y presentar toda esta ensenanza, esta profunda leccion, de un modo por que escita el contentamiento, el regocijo, solaz y diversion, asi como el exámen y la meditacion severa, es alta y religiosa empresa, que solo cumple en las literaturas modernas Miguel de Cervantes y que explica el profundo recogimiento y la emocion sincera con que hoy conmemora la Europa culta el día de su muerte, que atendida la vida que llevó, bien podemos llamar dia de su libertad.

El siglo XVI, que por medio de sus sorprendentes y extraordinarios sucesos, patentizaban la energia del espiritu humano, encontró en el ingenio concentrado y solitario de Miguel de Cervantes, al hombre que debia formular aquella revelacion y la vida penitente del cautivo de Argel, purificando su inteligencia la hizo capaz y digna de tan alta ensenanza.

El arte, despues de haber fundido en lazo estrecho la belleza antigua greco-latina con el canto heroico de las nacionalidades de la edad media y con la acabada expresion del arte católico, ya en la Catedral

gótica ya en la *Divina Comedia del Dante*, se sintió arrastrado por los efectos naturales de la grandeza conseguida en la composicion de los elementos artisticos creados por las dos edades anteriores del mundo, á imitar aquella afirmacion soberana del Catolicismo que, despreciando creaciones históricas y doctrinas de edades y de razas, colocó en la eternidad la verdad religiosa, para que inmutable, eterna, perenne, presidiera al movimiento general de los tiempos, sin que llegase á ella lo sucedido ni lo pensado en las infinidades del espacio, ni en la agitada sucesion de siglos y de siglos. La religion católica, poseyendo la verdad eterna contemplaba como meras renovaciones primaverales, como luz de un día todos aquellos dogmas de Brahma, Budha, Saturno, Júpiter y tantas otras que habian regido al espíritu en las edades antiguas.

El arte á su vez, siguiendo como siempre los pasos de la religion y creciendo con ella, buscó si no lo eterno, lo permanente, lo que subsiste al través de todas las creencias, de todos los instintos y aspiraciones, de todas las culturas de las razas y de los pueblos; buscó la fuente de la vida y del pensamiento humano, el sello que dejó estampado en el alma el beso divino que la creó, la huella del primer contacto de nuestra naturaleza con la naturaleza divina. Magnifica es la concepcion religiosa de la eternidad; pero es bella tambien la concepcion artistica de la constante y permanente, y una y otra atestiguan que el hombre es superior al tiempo y al espacio y que,

creado á imagen y semejanza de lo divino, los accidentes del tiempo y del espacio no bastan á oscurecer en él el rasgo primitivo y eterno de su celestial origen.

Todos estos rumbos nuevos que se abrieron á las literaturas contemporáneas desde la segunda mitad del siglo XVI, los señaló el ingenio sin par, el pobre soldado, el triste cautivo. Esa enseñanza aplicable á todos los casos de la vida y ese impulso vehemente hacía una existencia serena, grave, razonada que sentimos leyendo el ingenioso hidalgo, fruto es de la dolorosa existencia del despreciado de la corte, del esclarecido ingenio que no encontró aplauso, ni merecía favor en el siglo de la cultura, en el siglo de oro de las letras españolas.

Si queréis que esta piadosa conmemoracion de hoy y otras semejantes correspondan á los altos y nobilísimos fines que entrevió vuestro propio pensamiento, contribuid de la manera que contribuye la fantasía colectiva, á estender y popularizar la creacion espiritual del Principe de los ingenios españoles. La fantasía de los pueblos dota de eterna vida á las creaciones del ingenio y las convierte en seres animados que como fuerzas potentísimas empujan á la humanidad por los senderos de su perfeccion.

Vivifiquemos lo que el trabajo y el amor de estos últimos siglos ha descubierto y presentado en el libro inmortal de Cervantes. Purificando vuestros sentimientos, recogiendo en lo más íntimo de vuestra conciencia la mas bella y soberana de las ideas que la

animen; sorprendiendo en vuestro sentimiento lo mas noble que pueda agitar el corazon, conservando el mas ferviente de los impulsos que os dirijan al bien y al amor general, sentireis el corazon y la inteligencia del hombre tal como la imaginó Cervantes, y dilatando el pensamiento á todo lo que es humano, asistiendo con vuestra compasion y vuestro enternecimiento al que lloró en las edades antiguas y á todo lo que pueda gemir y padecer en las edades futuras, no siendo extraño á ninguna pena ni á ningun quebranto, y en pos siempre de lo mejor y mas bello, juzgando con fraternal benevolencia todo lo que es y todo lo que fué, pidiendo con lágrimas en los ojos, sea siempre mejor lo porvenir, levantareis en toda su grandeza y en su gigantesca estatura, el hombre imaginado por Cervantes, y cuando esta nobilísima figura sea conocida, amada, sirva de ejemplo y constituya la leccion y la enseñanza general, se habrá alzado por las generaciones la nunca vista estátua, el nunca soñado monumento que el gran ingenio merece, porque será estátua y monumento que cause no solo sorpresa y contento, sino que engendrará virtudes levantadas, afectos nobilísimos y un espíritu de humana ternura y de fraternal asistencia y conmiseracion. Bien dirán tales efectos la grandeza é inspiracion soberana de un escritor insigne, y cuando sea así fuente y causa de vida mejor y mas perfecta, podremos repetir con verdad innegable y con firme certeza, que no es cierto que el dia 23 de Abril del año 1616 muriese, olvidado de sus amigos, desco-

nocido de sus compatriotas y asistido solo de su limpia conciencia, Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo ingenio admira el mundo.—*He dicho.*

DÉCIMAS

DEL

SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

Si de norte á mediodía
En uno y otro hemisferio
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día:
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos antes;
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: ¡CERVANTES!

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En VIRGILIO y en HOMERO.

Contra el destino severo
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir...
¿Puede el Quijote morir?
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondéis de Pátria y Gloria,
Venid, honrad la memoria
Del SOLDADO DE LEPANTO.—
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al CAUTIVO DE ARGEL!—
Aun nos llamamos por él
La primer nacion del mundo!

Abril de 1902.

AL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

antes de repetir

LA LECTURA DE SU HISTORIA.

Otra vez, buen caballero,
llanuras, fragosidades,
poblados y soledades
recorrer contigo quiero.
Reí con el mundo entero
cuando tu historia leí;
luego el mundo conocí
y, de esto acaso te asombros,
apenas vi entre los hombres
un hombre digno de tí.

En la singular quimera
que exalta y nubla tu mente,
el bien, llora amargamente,
el mal, soberano impera.

Porque el bien al fin no muera,
luchas con brava porfia;
deja que el necio se ria;
alma en que no hay levadura
de tu sublime locura,
es alma desierta y fria.

Peligros, tajos, reveses,
¡nada te inspira temores!
piedras te arrojan pastores,
tunden tu cuerpo yangüeses.
Para que en tu empeño ceses,
acumúlanse en tu daño
hambre, y sed, y desengaño;
todas las miserias, todo
lo que afligió de algun modo
al hombre de hoy y al de antaño.

Espejo de paladines,
airado el hierro levantas
para rendir á tus plantas
felones y malandrines.
Jamás propósitos ruines
en tu pecho hicieron nido;
y aunque cien veces herido
rodaste, de fuerzas falto,
nunca yo te vi más alto
que cuando te vi caído.

Buscar una noble idea,
y dársela al pensamiento
y al corazón por sustento
¿quién mejor su vida emplea?
¡Desdichado el que no crea
en virtud ni en heroísmo!
Su seso el escepticismo
quizá no turbe, ni embote,
pero sentirá otro azote...
el desprecio de sí mismo.

Genio que el mundo no olvida
en tí encarnó, y un villano,
con el ideal humano
la realidad de la vida.
A la tierra siempre asida,
ésta alzar no puede el vuelo;
aquel, con más puro anhelo,
victoria mayor espera;
bien lo sabes tú... quisiera
hacer de la tierra un cielo.

Estraños locos se han visto;
¡locos! así los llamaban,
porque un ideal amaban...
como Sócrates y Cristo.

Con el espíritu asisto
á una edad tras otra edad;
y esos locos, en verdad
dignos de perpétua gloria,
son el alma de la historia
y honor de la humanidad.

Uno, cruza el mar aleve
y nuestro globo completa;
otro, el rayo en pós sujeta,
ó guerra á los aires mueve.
Quién, á descifrar se atreve,
mirándolo de hito en hito,
lo que hay en el cielo escrito;
quién, oasis dá al desierto
y una voz más al concierto
que se eleva al infinito.

Como tú, mónstruos un día
acometió su arrogancia;
la esclavitud, la ignorancia,
el error, la tiranía.
Cada uno de ellos tenia,
como tú, su Dulcinea;
ya te lo dije; su idea;
y los maltratan, por eso,
verdugos de carne y hueso,
gigantes de vil ralca.

Mas tambien los que á opresores
siempre fueron importunos:
poetas, sábios, tribunos,
filósofos, inventores,
ayer como malhechores
ya en cruz infame clavados,
ya en prisiones sepultados,
su desagravio verán
en el culto que hoy les dan
los pueblos civilizados.

—
¡ Oh soñador sin segundo!
tu historia otra vez comienzo;
el más portentoso lienzo
que de sí contempla el mundo.
A su sentido profundo,
arte se asocia divino;
á lo grande, lo mezquino,
á lo vulgar, lo que asombra;
llanto y gozo, luz y sombra,
en contraste peregrino.

—
¿ Quién la escribió?.. He de callarlo;
no espere que lo declare;
sufra quien lo preguntare
la vergüenza de ignorarlo.

Conocerlo, es admirarlo;
fué pobre y fué caballero;
sí en desdichas el primero,
por su génio, de una talla
que sólo rivales halla
en *Séspir*, (*) Dante y Homero.

Principio, pues, á leer;
ya sé que no han de faltar
entuerzos que enderezar,
ngravios que desfacer.
Mas si locura ha de ser
ante la humana cordura,
ir de una en otra aventura
el bien buscando en la tierra,
¡guerra á la cordura, guerra,
y bendita la locura!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

(*) Escribe: Shakspeare.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA.

LETRILLA.

Hay quien , con lenguaje franco ,
« el manco » á Cervantes nombra ;
su libro , que al orbe asombra ,
prueba bien que no fué *manco*.
De aquel ingenio fecundo,
aun saca el mundo su escote ;
que sigue cruzando el mundo
Don Quijote.

Aun , si pasamos revista,
hallamos en senda igual,
en pos del hombre ideal ,
al hombre materialista.

Para que escudero lleve
quien á aventuras se lanza ,
señores , aun vive y bebe
Sancho Panza.

Aquel que á fines inciertos
de un político sistema
corre, siempre con el tema
de desfacedor de entuertos;
soñando con seriedad
que ya, de su pluma al bote,
se cambia la sociedad...

Don Quijote.

Aquel que discurre un poco
y que, sin ser nada lerdó,
se olvida al fin de que es cuerdo,
por las promesas de un loco;
y que en política otorga
y niega con el que alcanza
que le ha de llenar la andorga...

Sancho Panza.

El que, entonando querellas
contra la negra fortuna,
odas dirige á la luna,
cantares á las estrellas;
y, con líricos escesos,
de Apolo gran sacerdote,
se queda en los puros huesos...

Don Quijote.

Aquel que al vate se asocia
y, al seguirle en su camino,
con un concepto divino
humanamente negocia,

y mientras, con su trabajo,
por la gloria el vate avanza,
él por comer á destajo...

Sancho Panza.

Galan que el mundo pasea
con el pensamiento armónico
de hallar de su amor platónico
la soñada Dulcinea;
y tiene tan hueca cholla,
que en su empresa lleva el mote
«contigo, pan y cebolla...»

Don Quijote.

El que tocando el registro
de hacerse gobernador,
sin amar, busca el amor
de la niña del ministro;
y de este logra ser yerno,
sacando al fin de la danza
el suspirado gobierno...

Sancho Panza.

Quien por altos intereses
de una idea se aventura,
y halla, en su mala ventura,
gentes de frac por yangüeses,
que, haciéndole torpe guerra,
dan, con la ley del garrote,
con el idealista en tierra...

Don Quijote.

El que , á respetable trecho ,
en pos del valiente hidalgo ,
vé solo en la empresa el algo
que promete á su provecho ;
y , aun cobarde ante el escollo ,
algun coscorron alcanza
por no perdonar el bollo . . .
Sancho Panza.

Como ayer , como hoy , mañana ,
en el libro nunca viejo ,
su fiel y brillante espejo
tendrá la flaqueza humana.

Siempre del genio profundo
sacará el mundo su escote ;
siempre cruzarán el mundo
Sancho Panza y Don Quijote.

EDUARDO DUSTILLO.

Á CERVANTES.

Tal vez á tu memoria se eleva un eco triste
Que á tu mortal destino acusa de crüel,
Clamando que en tu patria del mal la presa fuiste
Y victimá en Lepanto y mártir en Argel;

Tal vez á tu memoria un alma dolorida
Lamenta de la injusta y ciega humanidad
Que empiece donde acaba la noche de tu vida
Del ástro de tu gloria la inmensa claridad;

Mas ah! de tu existencia el duelo mas profundo
Fué mudo y misterioso dolor que no se vé;
Del genio con las alas cruzando por el mundo,
Tu hanelo fué más alto, más grande tu mal fué

—Nacer de luz ansioso, y hallar la noche oscura,
Tender al bien los brazos, y hallar los del rigor,
Nacer soñando un cielo, y verse en esta hondura
Do la más alta gloria es sierva del dolor;

Sentir el ánsia eterna de penetrar el velo
Que ha envuelto ya en la sombra generaciones mil,
Fijar en las alturas los ojos con anhelo,
Y ciego ser, y esclavo de la materia vil;

Tener ensueños de angel del hombre en la morada,
De la ideal grandeza sentir la inspiracion,
La imágen concebida buscar humanizada,
Y hallar el desencanto que oprime el corazon;

Querer del mundo loco regir el rumbo incierto,
Buscar en las tinieblas el gérmen de su mal,
Soñar con el oasis, y errar por el desierto
Llevando sobre el alma la pena universal,

Tales el mal gigante que lucha en sorda guerra
Con el gigante espíritu del mundo valedor,
Tal es el mal del genio que cruza por la tierra,
Tal fué tu gran batalla, tal fué tu gran dolor!

—Tres siglos han unido su aplauso á tu memoria,
La humanidad avanza su error dejando atrás,
Y aun mira el alma triste, despues de tanta gloria,
Que el mundo, el pobre mundo no puede darte más.

En medio á la tristeza del misero abandono,
Para calmar tus sueños, tu ardiente frenesi,
¿Qué pudo darte el hombre? ¿un miserable trono?
Y bien, ¿qué hubiera sido un trono para tí?

El genio, que en el mundo su espíritu no encierra,
Ya luche con la duda, ya brille con la fé,
Cuando halla en su camino el cetro de la tierra
Le mira, y desdeñoso, le aparta con el pié!

Más grande que tu fama, más alto que tu nombre,
Tu espíritu vivía del bien eterno en pos;
Ejemplo tu grandeza y admiracion del hombre,
Honrarla pudo el mundo, premiarla solo Dios!

EVARISTO SILLÓ.

—Tus palabras me dan un sabor a la vida,
 La esperanza de un mundo mejor,
 Y con ellas el alma se eleva,
 Que el mundo, el pobre mundo que nos rodea.

En medio de la tristeza del mundo que nos rodea,
 En medio de la tristeza del mundo que nos rodea,
 En medio de la tristeza del mundo que nos rodea,
 En medio de la tristeza del mundo que nos rodea.

El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta.

Mis palabras que te dan, mis palabras que te dan,
 Mis palabras que te dan, mis palabras que te dan,
 Mis palabras que te dan, mis palabras que te dan,
 Mis palabras que te dan, mis palabras que te dan.

El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta,
 El mundo, que en el mundo se levanta.

Á CERVANTES.

Aunque es mucho atrevimiento
que á ti de los genios pasmo,
en alas del entusiasmo
levante mi pensamiento,
no es que con osado intento
presuma de inspiracion,
es que con pura emocion
al mirar tu escelsitud,
la bendita gratitud
conmueve mi corazon.

Al mundo que antes gemia
envuelto en sombras y errores
le diste los resplandores
del mas esplendente dia.

Á su luz la patria mia
en su idioma se recrea ;
y para que eterno sea
su renombre sin segundo ,
con tu hidalgo diste al mundo
la redencion de la idea.

Fué tu agitada existencia
por el dolor combatida ,
mas nunca amargó tu vida
el grito de tu conciencia.
Tu preclara inteligencia
combatió en vano la suerte ,
que al morir tu cuerpo inerte
poderoso el pensamiento ,
daba vida tu talento
con las ansias de la muerte.

Tus gigantes y pastores,
tus enanos y vestiglos,
son el paso de unos siglos
hácia otros siglos mejores.
Son los puros resplandores
de un sol, que en su ardiente foco,
teniendo este mundo en poco
funde la humana locura,
y enseña al mundo cordura
con los delirios de un loco.

Agradecida te canta
loores mil la humanidad :
de una edad en otra edad
tu renombre se agiganta.
Monumentos te levanta
con tardo empeño infecundo ,
sin ver que el genio profundo
jamás desciende al abismo ,
que es su monumento, él mismo ,
y es su pedestal el mundo.

Destello del Dios elemento ,
como emanacion divina ,
el ancho mundo ilumina
el resplandor de su frente.
Genio y Dios Omnipotente
van confundidos los dos ;
por eso al marchar en pos
del claro sol del ingenio ,
ofrendas hechas al genio
son alabanzas á Dios.

Madrid 10 de Abril de 1869.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

**El Hacedor de un entuerto
y el Desfacedor de agravios.**

Historia breve de un muerto
relatada por sus labios.

CUADRO DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII, ESCRITO EN CONMEMORACION
DE CERVANTES

POR

DON ANTONIO HURTADO.

En el Ayuntamiento de Madrid
y el Ayuntamiento de Madrid

En el Ayuntamiento de Madrid
y el Ayuntamiento de Madrid

En el Ayuntamiento de Madrid
y el Ayuntamiento de Madrid

En el Ayuntamiento de Madrid
y el Ayuntamiento de Madrid

I.

Allá por aquellos tiempos
que asombran al recordarse,
porque lucen en la historia
con esplendores radiantes:
en esos tiempos dichosos,
envidia de otras edades;
tiempos que dieron á España
con poder incontrastable,
la posesion de la tierra
y el dominio de los mares;
en esos tiempos felices
en que á glorioso certámen
se llamaron á porfía
letras, armas, ciencias y artes;
certámen que está pendiente
y que no ha resuelto nadie,
porque ni entonces se supo,
y aun hoy mismo no se sabe,
si Marte triunfó de Apolo,

si Apolo triunfó de Marte;
en esos tiempos que digo,
y que hicieron inmortales,
de un lado Don Juan de Austria,
modelo de capitanes,
de otro Frey Lope de Vega,
el monarca de los vates;
y, en fin, á cuya grandeza
sirve de ilustre remate
la imperecedera fama
del buen Miguel de Cervantes;
si las historias no mienten
y archivos cuentan verdades,
dicen que por esos días
hubo en Madrid una calle,
y en la calle una plazuela
ni muy chica ni muy grande.
No era, por cierto, el tal sitio
ni vistoso ni notable;
la calle mas que mediana
entre humilde y entre grave;
la plazuela escueta y pobre
con visos de miserable;
sin pizca alguna de adorno,
desprovista de ramaje,
abierta por todos lados
como un pastelón de hojaldre;
cuatro bancos de ladrillos
cran todo su menaje,
desconchados por el uso
por la lluvia y por el aire.

Sin embargo, aunque tal centro era poco deleitable; aunque el espacio era estrecho y escaso en comodidades, era allí la concurrencia tan numerosa y constante, que jamás halló el cansancio lugar donde aposentarse.

¿Por qué razon ó motivo en un sitio semejante, se agolpaba diariamente concurso tan formidable?

Al registrar de la corte los planos y los anales, la respuesta es muy sencilla y la esplicacion muy fácil.—

—Era la calle del Prado entonces, como esos baches que se llenan con las aguas que afluyen de varias partes. Por un lado le enviaban su concurso los *Corrales*, solar de la patria escena y humilde cuna del arte.

De otro lado San Gerónimo mandaba sus paseantes; calles de Leon y Francos que están cosidas al márgen, daban suelta alegre y franca á gaiteros y rufianes, vecinos de Cantarranas

y honor de sus arrabales.
Y es que siendo la plazuela
de tales arroyos cauce;
siendo, en fin, el *Mentidero*
de *histriones* y *comediantes*,
harto claro se concibe
que en tiempos tan memorables,
debió ser cosa de gusto
ir por allí á solazarse.
Porque al tal punto acudían
hidalgos de tal pelaje,
se hablaba allí de tal modo
de cosas y asuntos tales,
con tan varias actitudes
y tan raros ademanes,
que, el que una vez presenciaba
los mil y un curiosos lances
á que daban forma y vida
sus disputas siempre graves,
impelido de una fuerza
de atracción insuperable,
bajaba allí eternamente
por mañanas y por tardes,
á fin de encontrar asiento
y no perder ni un detalle
de todo cuanto ocurría
en aquel breve aquelarre.
Pues era la tal plazuela
nuevo campo de Agramante,
por el murmullo una selva,
un mar por el oleaje,

colmena por el zambido,
por la muchedumbre enjambre:
y en fin, por decirlo todo
de una vez y en pocas frases,
era aquel sitio, el reflejo,
copia fiel, y viva imágen
de un patio lleno de locos
en una casa de Orates.

II.

Rey de aquella monarquía
era un hidalgo fiambre,
grotesco por su figura,
y grotesco por su traje.—
Llamábase Gil Zapata;
era delgado de talla,
largo de pies y de manos
y amojamado de carnes.
Sus ojos eran centellas,
todo su gesto vinagre,
mas hablador que un barbero
por pascua de navidades.
Vigotes desparramados
adornaban su semblante,
cuyas puntas parecían
dos torcidos gavilanes:
y en su cuello acartonado
se asomaba vergonzante,
una nuez de tal volúmen,

tan movediza y tan frágil,
que, brújula de cocinas,
y barómetro del hambre,
era de las que Quevedo
llama afrentas del gazzate,
porque en busca de mendrugos
de los gñargueros se salen.
El sombrero rasurado
encubridor del pelamen,
era soberbio de faldas
con sus puntas de alamares.
Cintillo nunca lo tuvo;
pero en cambio su plumaje
era como los llorones
que al pié de las tumbas yacen,
meciendo eternos responsos
sobre el *requiescant in pace*.
La gorguenera... ¡qué gorguenera!
no vino mayor de Flandes,
ni tuvo rueda de carro
llanta de mejor encaje.
La capa... ¡Dios la bendiga!
jamás la llevó estudiante
mas lucida de remiendos
ni mas supina de estambres.
Sujeta por un corchete
y echada atrás al desgaire,
dejaba ver un colete
terso como el azabache,
una espada toledana
con honores de montante,

gregüescos de cordoncillo,
calzas sembradas de parches
sujetas por los jarretes
con dos ligas de granate,
y, en fin, zapatos de punta
y orejas descomunales,
con dos vidrios sobrepuestos
con asomos de diamantes.—
Verle era cosa de pasmo,
cosa de asombro escucharle;
mas locuaz que un zapatero,
mas embustero que un sastre,
alma y vida de aquel sitio,
bullendo por todas partes,
ora relatando triunfos
de sus verdes mocedades;
ya refiriendo derrotas
de poetas y juglares,
no dejando fama á vida,
ni honra en que no se cebase,
era el Señor Gil Zapata
encarnacion ambulante
de esos criticos de oficio,
legos, pero lenguaraces,
que á todo el mundo maltratan,
sin guardar respeto á nadie.]
Por esto, por su figura,
ó tal vez por su carácter,
mas emprendedor y osado
que el de un caballero andante,
el Quijote de la villa

dieron al cabo en llamarle; que era tal su extravagancia, su fama tanta y tan grande, que en Madrid le conocían desde el Prado al Manzanares, desde el campo de Manuela hasta la Hermita del Angel. —

—Era también de aquel sitio fijo y perenne cofrade, otro hidalgo de buen rostro aunque enfermo y venerable. Su estatura era mediana; descolorido el semblante; la boca un tanto risueña, el mirar dulce y afable, la barba poca y mal puesta, la frente espaciosa y grave, corto el cabello, y mas blanco que las nieves de los Alpes. Llevaba un ancho sombrero sin cintas ni tafetanes: jubon de estameña oscura con las aldetas iguales; gregüescos bastante usados con su poco de follaje; calzas bordadas de verde, capilla corta y flotante, espada y daga en el cinto, y un baston en que apoyarse. Llegaba allí lentamente fatigoso y jadeante:

dábanle asiento en un banco
por respeto á sus achaques ;
y embebecido y gozoso
entre histriones y farsantes,
pasaba el tiempo escuchando
aquellos lieros y alardes,
hasta que soplando al cabo
las auras vespertinales,
le ahuyentaban de aquel sitio
con paso tardo y cobarde,
como el que marcha abrumado
por la edad ó los pesares.—
¿Quién era? Nadie lo supo
ni intentó saberlo nadie ;
que en sitio de tanta vida,
¿qué importaba aquel cadáver?
Solo una tarde, una sola,
tomó en la contienda parte,
porque el bueno de Zapata,
siempre mordaz y punzante,
entre un corrillo de gentes
que alababan su donaire,
soltó estas rudas palabras
en son de duro vejámen.

III.

— ¿ Si le conocí ? ¡ Pardiez !
¡ mucho que sí , vive Cristo !
Nunca usarcedes han visto
un hombre de taljuez.—

Ruín, envidioso, altanero,
de condicion desabrida,
jamás alcanzó en su vida
un amigo verdadero.
Que desde su edad más tierna
rufian de todo bodigo,
fué eterno huésped y amigo
del figon y la taberna.
Galan de cualquiera Anarda,
ya estudiante, ya soldado,
vivió siempre acompañado
de las gentes de la carda;
Que inclinado al regadeo
buscó amistades en suma,
en la nata y en la espuma
de los héroes del bureo.
¿Qué rufian con mayor brillo,
sus costumbres describió?
¡Cuente su gloria sino
Rinconete y Cortadillo!
¿No es cosa que dá mancilla
aquel relato sin tasa
de cuanto sucede y pasa
en la cárcel de Sevilla?
¿No es propio de una persona
que bajos sitios frecuenta,
su afición á toda venta,
su amor á toda fregona?
¿No es cosa desatinada
y que escede á toda empresa,
rebajar á una princesa

á ser moza de posada ?
¿Pues quién con mayor empeño
de su ruindad pruebas dió,
cuando á los tunos pintó
de su *Celoso Extremeño*?
¿Pues monta y otra que tal!
¿Quién le vence y le descalza,
cuando celebra y ensalza
la vida del hospital?
Cuadros de tal condicion,
¿no dicen, voto á mi nombre,
que fué Cervantes un hombre
de muy baja inclinacion?
Forzoso es decir amen
en prosa clara y distinta,
pues solo muy bien se pinta
lo que se siente muy bien.
¿Pues digo!... ¿No prueban nada
las gentes de su Quijote?
¿El corchete... El galeote,
el ventero, la criada,
Maese Pedro, el bachiller,
el capellan, el barbero,
el pastor, el arriero,
las doncellas de alquiler!
Y como si fuera poco
tanto y tanto disparate,
dos héroes de gran quilate,
¿un majadero y un loco!
¿No declara su ruindad
el fiel retrato que encierra,

aquel mozo que á la guerra
iba por necesidad ?
¡Pues diga si fué altanero
y de condicion esquivá,
el Cardenal Aqua-viva
que fué su amparo primero!
¿A Italia no le llevó
de su ingenio aficionado?
¡Pues cómo por ser soldado
del Cardenal se apartó!
¡Juro á Dios que no le abona
decision tan extremada;
que dejó una casa honrada
por correr la *vita bona*! . .
Si lidió con gran quebranto
cuando en Lepanto lidió,
¿cómo el Rey no le premió
cuando volvió de Lepanto?
Cuentan que estuvo en Argel
algunos años cautivo;
pero tornó, y ¡por Dios vivo
que nadie se acordó de él!
y pues no logró el favor
que del rey se prometia,
es que el rey no lo daria
por hombre de gran valor.
Por eso asaz contrariado
volvió á Sevilla mohino;
¡y fué, hallarlo en mi camino,
encuentro bien desdichado!
Pues farsante de aleluya

tales comedias me dió,
que logré una silba yo
por cada comedia suya.
Perdónele el cielo; amen,
mi desdicha sin igual;
que si yo lo hice muy mal
él, á fé, no lo hizo bien.
Reñí con él, vive Dios,
á causa de tales daños,
y hasta despues de mil años
jamás nos vimos los dos.
Encontréle aquí en Madrid
abrumado con esceso;
y supe entonces que preso
estuvo en Valladolid.
Achacáronle la muerte
de un Don Gaspar de Ezpeleta,
galan, bizarro, poeta,
y espadachin de gran suerte.
Nadie sabe la razon
que medió en lance tan sério;
la cosa está en el misterio,
mas dicen que hubo traicion.
Despues circuló otra hablilla;
pues se refiere y comenta,
que á causa de cierta cuenta
fué preso en Argamasilla.
Lo que hubiere en ambos casos,
no lo sé; más yo aseguro
que fué en su conducta oscuro
y hombre de muy malos pasos.

Y algo de verdad habria
en todo cuanto le infama,
cuando á pesar de su fama
el mundo entero le huia.
Pues harto sabido es
de propios como de extraños,
que ni el curso de los años,
ni su renombre despues,
lograron al fin borrar
las huellas de su pasado;
que á ser hombre mas honrado
no hubiera aqui que contar.
—¿Mas quién ignora el por qué
de la fama de su historia?
¿No está aun fresca la memoria
de su torpe Buscapié?
¿No logró con tal ardid
y tocando tal resorte,
herir á toda la Côte
y á los grandes de Madrid?
¿No vió en su ruin intento
y en su insolente osadia,
que, hecho Quijote, embestia
contra molinos de viento?
¿No recordó en su venganza
que, autor de sus propios daños,
lidiaba con los rebaños
que vió un dia Sancho Panza?
Por eso al verle en tal brega
pusiéronle el rostro acedo,
Don Francisco de Quevedo

y el buen Frey Lope de Vega.
Por eso á las turbias olas
de aquel mar alborotado,
dejáronle abandonado
los hermanos Argensolas.
Por eso no halló Mecenas
que le otorgara favor;
que el que vive sin honor
muere á manos de sus penas.
Tiempo há ya que no lo veo;
¡pero tal Cervantes fué!
—¿Ha muerto?— Yo no lo sé.—
—Si ha muerto, ¡en paz, y *laus Deo*!
Rompió al terminar Zapata
el concurso en risas tales,
que hay quien dice que sus ecos
se oyeron hasta en el Carmen.
Mas alzándose el anciano
en guisa de replicarle,
las risas fueron silencio
y atencion la bulla de antes;
que era tal su continente,
su voz tan solemne y grave,
que impuso á todos respeto
cuando pronunció estas frases.

IV.

—« Perdonad, buenos hidalgos,
que tercie yo en este asunto,
que en honor de ese difunto,

hay que hablar algo, y aun algo. —

La suerte con él ingrata
aun le acosa y escarnece ;
mas yo sé que no merece
las diatribas de Zapata.

— ¿Le conoció vuesarced ?
preguntó el Zoilo enemigo.

— Fué en la tierra tan mi amigo
del cielo por la merced ,
(repuso el viejo con calma ,)
que os puedo jurar , por Dios ,
que fuimos siempre los dos
un solo cuerpo y un alma. —
— ¿ Un solo cuerpo ?

— ¡ Pardiez ! —

Con él viví tan unido ,
que su propia sombra he sido
en la infancia y la vejez.

— ¿ Su propia sombra ?

— ¡ Y aun mas !

— Y aquí Zapata muy listo
dijo : — ¡ Pues juro por Cristo
que no os vi con él jamás !
Pues yo , su amigo mas fiel ,
os devuelvo la partida ;
que él jamás os vió en su vida
y aun hay mas ; ni vos á él. —
Zapata dando un rebote
esclamó : — ¿ Cómo que no ? —
¿ Pues á quién le debo yo
el mote de Don Quijote ?

¿En quien pensó sino en mí
cuando trazó su figura?
¿no dice mi catadura
que yo su modelo fui?
— Deje usarced la honra queda
del autor original,
que si en vos pensó algun tal,
juzgo que fué Avellaneda:—
Que al veros del pié al copete
puede decir el mas zote:
« Este no es aquel Quijote
del ilustre Cide-Hamete.»
Y aquí una gran carcajada
el coloquio interrumpió;
tanto que Zapata echó
con furia mano á la espada.
Dió el anciano un paso atrás
y dijo erguido y derecho:
—Eso mismo que habeis hecho
me lo prueba más y más.
Que nunca Alonso Quijano
que fué hidalgo y caballero,
hubiera olvidado el fuero
que se debe á todo anciano.
Y ante el supremo desden
de aquel viejo contra un mozo,
gritó el concurso con gozo;
¡muy bien, hidalgo, muy bien!
—Y otro gritó—«atras la escoria
que infama á los comediantes;
que hable el viejo de Cervantes

pues sabe mejor su historia.»

Y aprestado para oír
se agrupó el concurso atento,
y alzando el viejo su acento
así comenzó á decir.

—«Dios que el espacio ilumina,
foco en quien todo se encierra,
Criador del cielo y la tierra
que el mar refrena y domina,
cuando pretende mover
el mundo a su ley sujeto,
para que llene su objeto
forma de la nada un ser.

Y envuelto en carnal sudario,
de un soplo al mundo le envía,
y le hace correr la vía
de su sangriento calvario:
de ese manantial de bien
de tristísima memoria,
que abre camino á la gloria
desde el portal de Belén.

Y en pos de la eterna luz,
como un ángel desterrado,
vá por el mundo cargado
con el peso de su cruz.

¡Quién sabe lo que ese ser
sufre errante y peregrino
en el penoso camino
que Dios le obliga á correr?
Pisando zarzas y abrojos,
siempre devorando agravios,

con la sonrisa en los labios ,
y con el llanto en los ojos ,
á cada paso que dá
brota una herida en sus pies:
¿Qué importa saber quien es
á qué viene y dónde vá?
Con daño el bien que desea
paga el mundo en su delirio ;
que ¿cuándo no halló el martirio
el apostol de la idea ?
¿Cuándo sin áspera saña
no fué esc ser maltratado ,
hasta llegar destrozado
del Gólgota á la montaña ?
Ay ! solo cuando en la cruz
el mundo le vé sin vida ,
y advierte que cada herida
derrama un rayo de luz ,
entonces es cuando ardiente
lanza el mundo un alarido ,
y humilde y arrepentido
hunde en el polvo su frente.
¡Tardo pesar !—¡Tarda fé !—
¡siempre despues !—¡jamás antes !—
—¡Tal , hidalgos , de Cervantes
la triste existencia fué !—
Nació pobre á la verdad ,
huérfano cruzó la tierra ,
y le condujo á la guerra
la dura necesidad .
Sujeto á la estrecha ley

y al rigor de la milicia,
fué su norte la justicia,
su amor la patria y el Rey.
Por ambos con gran quebranto
allá en Lepanto lidió;
si mercedes no adquirió,
honra conquistó en Lepanto.
Que para eterna memoria
de su aliento soberano,
ganó, al perder una mano,
su mas noble ejecutoria.
Siguiendo su negro sino
tras una y otra fatiga,
tiñó con sangre enemiga
las aguas de Navarino.
Como hidalgo y español
cumplió con lo que debia;
y al tornar á España un dia
en la Galera del Sol,
cautivo y llevado á Argel
sufrió dolores sin cuento;—
y cállome aqui un intento
que saben el cielo y él;
que á no haber sido infecundo
por culpas de un renegado,
juzgo que el pobre soldado
hoy fuera asombro del mundo.
Despues de lances tan varios
recobró su libertad:
¡Dios premie la caridad
de los Padres Mercenarios!

Esa celestial legion
que, haciendo al infierno guerra,
es la virtud de la tierra,
gloria de la religion.
Tornó, pensando encontrar
lleno su hogar de alegría:
¿Mas cuál su pesar sería
viendo desierto su hogar?
Lloró con dolor profundo
la muerte de un padre anciano;
pobre y ausente su hermano,
sin madre y solo en el mundo.
¿Qué hacer? con hondo clamor
pidió amparo á cielo y tierra;
¡mas cuánto se engaña y yerra
quién pide al mundo favor!...
¡El mundo!... ¡eterno ruido,
vanidad y engaño eterno!...
¡imagen fiel del infierno!...
¡negra mansion del olvido!
¿Quién le demanda consuelo
ni funda en él su esperanza?
— El consuelo no se alcanza
sin la intervencion del cielo.—
Solo, pobre y sin abrigo
tornóse á Dios soberano,
con la fé de un buen cristiano,
con la humildad del mendigo.
Dios le señaló su cruz,
trazóle su propia via,
y él con gozo y alegría

siguió el rastro de su luz.—
Teniendo al hombre en muy poco,
quiso, con osado acuerdo,
hacer al mundo mas cuerdo
con el ejemplo de un loco.
Vana empresa y ciego afán,
que el hombre enfermo y sin cura,
vive en perpétua locura
desde el pecado de Adán.
Por eso con rudo azote
el mundo le maltrató;
y es que con ira se vió
retratado en el Quijote.
Espejo cuyo cristal
espanto y dolor inspira;
que en él pintada se mira
la locura universal.—
Porque ¿á quién no se le alcanza
que en todo ser hay de loco
del buen don Quijote un poco
y un poco de Sancho Panza?
¿Quién no afirma en buena ley
que en ese mundo enemigo,
la locura del mendigo
es igual á la del rey?
Sí, por esta conclusion,
así á Cervantes se trata,
yo os digo, señor Zapata,
que habláis con poca razon.
Si el mundo con ruin malicia
por hombre infame le dió,

sabed que el mundo mintió,
pues le abonó la justicia.
Que nunca halló, voto al Cid,
para causarle mancilla,
delito en Argamasilla,
razon en Valladolid.—
Y otra vez, con mas acierto
hablad del pobre cautivo;
que no sienta mal á un vivo
hablar con honra de un muerto.
Y no digo mas, que es tarde,
y tanto hablar me fatiga.—
¡Zapata, Dios os bendiga!
¡Hidalgos, que Dios os guarde!
Perdonad si anduve vano
sus glorias al relatar,
que harto debe perdonar
la mocedad á un anciano.—

—
Y ocultando en el embozo
de su rostro la afliccion,
por la calle del Leon
se entró lanzando un sollozo.
Y con pena sobrehumana
esto murmuró entre si:—
« Si hoy me difaman así,
¿quién podrá honrarme mañana »?

—
Quedóse el concurso mudo
despues de palabras tales,

como el que escucha una historia
que no tiene desenlace.

—¿Quién es ese? dijo uno, —
y otro dijo. —No se sabe.—

—¿Qué apostamos, buen Zapata,
á que ese viejo es Cervantes?—
Zapata escuchando aquello
se metió por otra calle,
sin responder la pregunta
ni satisfacer á nadie.

Mas irritado el concurso
contra su indigno vejámen,
le dió la silba mas alta
que ha llevado comediante.

Y hoy, ya lo ves, sombra augusta;
¡ya lo ves! ante tu imágen,
tu pátria entera se agrupa
para aplaudirte y honrarte.
Que hoy han venido á rendirte
su admiracion y homenaje,
con el valor la hermosura,
y con las ciencias las artes.
Y en magnífico concierto
rasgan mil voces los aires
que en son de entusiasmo dicen:
¡Gloria á MIGUEL DE CERVANTES!

Madrid 22 de Abril de 1869.

INDICE.

	Pág. ⁹
Discurso de D. Fernando de Castro.....	9
Id. del General D. Antonio Ros de Olano.....	17
Id. de D. Francisco de Paula Canalejas.....	23
Poesia de D. Ventura de la Vega.....	49
Id. de D. Ventura Ruiz Aguilera.....	51
Id. de D. Eduardo Bustillo.....	57
Id. de D. Evaristo Silió.....	61
Id. de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.....	65
Id. de D. Antonio Hurtado.....	69

INDICE

1	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
17	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
21	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
25	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
29	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
33	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
37	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
41	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
45	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
49	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz
53	del Sr. D. Juan de Dios de la Cruz

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

POR DON FERNANDO DE CASTRO,

Rector y Catedrático de la Universidad.

21 de Febrero de 1869.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID
CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

DISCURSO INAGURAL

POR DON FERNANDO DE CASTRO

27 de Febrero de 1904

MADRID

1904

SEÑORAS :

Una de las cuestiones capitales que el progreso de la civilización ha traído al debate en las sociedades modernas, es la de la educación de la mujer, compañera del hombre, alma y vida de la familia, maestra de las costumbres, la más suave y más íntima influencia, pero por esto mismo quizá la más poderosa, entre todas las que forman la trama de la vida y dirigen el providencial cumplimiento del humano destino.

En los pueblos cultos, que constituyen como el centro y médula de la historia en la Tierra, pasaron, para bien de la Humanidad, los tiempos en que, ora la poligamia, ora la sujeción á la despótica potestad del padre de familia, mantenían á la mujer en servil dependencia, cuando no en abyecta y degradada condición: desapareció la edad en que se discutía si la mujer tenía alma, si formaba parte de

la especie humana. Y aunque el Renacimiento y la Reforma contribuyeron á esclarecer la verdadera doctrina del Cristianismo sobre que la mujer no es esclava, sino compañera del hombre, siguió éste, con todo, imperando exclusivamente, y negándose á reconocer en aquella los derechos que como tal le son debidos en la Sociedad y en la familia. Mas, admitida hoy la unidad humana (integrada, que no dividida por la dualidad y oposicion de los sexos), comienza á respetar el varon la peculiar excelencia y dignidad de la mujer, trabajando por mejorar su cultura, y educando todas sus potencias y facultades en relacion proporcionada con su carácter y destino. Nace este cambio de la idea, ya extendida, de que el fin general de perfeccionarse y de realizar la naturaleza humana obliga lo mismo al hombre que á la mujer, y de que la personalidad racional arranca en ambos de igual origen, de su semejanza con Dios, expresada en la unidad é identidad de la conciencia, y que somete á uno y otro sexo á las leyes constitutivas de su sér, de donde dimanen los mismos deberes fundamentales, y el mútuo respeto y amor que entre ellos ha de reinar en la vida.

Por todas partes se difunde este nuevo espíritu, nacido de las entrañas del Cristianismo, y que penetra gradualmente en todas las clases y esferas de la Sociedad. Las naciones más adelantadas rivalizan en noble competencia por enaltecer la condi-

cion de la mujer, igualándola al hombre: y siendo para ello la reforma de su educacion el más seguro camino, surgen doquiera cátedras, asociaciones, ateneos, conferencias y publicaciones especiales, con que obtenga aquella, ya los primeros rudimentos de la instruccion, ya los de una cultura más extensa, ora la preparacion para determinadas profesiones, ora, en fin, estímulos para mantener su espíritu siempre vivo, y abierto á todas las generosas aspiraciones y á todos los sentimientos elevados.

Para cooperar en nuestro pueblo á esta empresa verdaderamente humana, que solicita el leal concurso de todas las fuerzas de la Sociedad, os hemos invitado, Señoras, á las presentes conferencias. Su objeto, como es razon al empezar este género de obras, es por hoy sumamente limitado. Despertar en unas y arraigar en otras la firme conviccion de que la mujer debe educarse en más amplia esfera que ántes, si ha de cumplir su destino en la vida, es sólo nuestro actual intento. Por esto, la serie de conferencias que, no por merecimiento propio, sino por ministerio de mi cargo y profesion, me toca hoy inaugurar en este sitio, constituirán un bosquejo de cómo deba ser esa educacion, abrazándola en todas sus principales fases y elementos. Al anunciaros nuestro propósito, y al reclamar para él vuestra cooperacion y vuestra benevolencia, permitidme, Señoras, que os dirija algunas palabras

a

sobre el *Carácter de la educacion de la mujer*, conforme á su funcion social y á las superiores exigencias de la época presente.

Fuera de los elementos comunes á ambos sexos, cierto que hay entre ellos diferencias, correspondientes á la variedad de los fines que han de realizar en la vida. Con respecto á lo físico, es á todas luces evidente que en la fuerza y vigor vence el hombre, como supera la mujer en flexibilidad y gracia. En cuanto á lo espiritual, si bien posee la mujer más rápida intuicion intelectual, una fantasía más precoz y viva, llegando, por tanto, más pronto que el hombre á un cierto grado de cultura, en cambio propende á estacionarse en él; miéntras que la mayor agilidad y espontánea iniciativa del hombre le hace más propio para la paciente y laboriosa indagacion que reclama la Ciencia. Tocante á la energía de la voluntad moral, obraís vosotras el bien más por la delicada impresionabilidad y dulzura de vuestro sentimiento, y por bondad y pureza como nativas, que por la reflexiva deliberacion que caracteriza nuestras resoluciones.

¿Constituyen esas diferencias diversidad de naturaleza ó de mérito? De ninguna manera; es la misma en ambos la naturaleza, puesto que están dotados de las mismas facultades, diferenciándose sólo en su combinacion y en el predominio de unas ú otras. Y debiendo realizar cada cual, demas de los fines generales del humano destino, otros par-

ticulares y exclusivamente propios, será igual el mérito en ambos, si los cumplen siendo fieles á la ley y condiciones de su sexo. No hay, por tanto, desigualdad ni inferioridad esencial, sino distincion de funciones, division (digámoslo así) del trabajo, para mejor llenar la idea de la Humanidad en la union de los dos sexos por el matrimonio. La naturaleza ha querido, en virtud de la ley de la oposicion y los contrastes, que el hombre y la mujer no fuesen idénticos, para que engendrando su misma diferencia la simpatía é inclinacion recíprocas, sintetizadas por la palabra que sirve de lazo para unir las dos mitades del género humano, el amor, se completasen la una por la otra. Si el hombre y la mujer fuesen enteramente iguales, no se necesitarian uno á otro; dejarian de sentir la nativa propension á unirse en ese santo vínculo que forma la primera de las sociedades humanas: la familia.

Si quisiéramos resumir en una imagen esta contraposicion de los sexos, diriamos que el hombre es la línea recta, cuya unidad, inflexibilidad y direccion siempre constante señalan su carácter severo y progresivo. Símbolo de la mujer es la línea curva, que con la variedad de sus ondulaciones significa la flexibilidad de aquélla, su movilidad y escasa iniciativa para el progreso, su espíritu conservador, y esa amable dulzura y bondadosa habilidad que en la Sociedad y en la familia suavizan las relaciones más tirantes y dificultosas.

En sí misma, en aquello que constituye su destino en la vida, y sobre lo cual deseo que fijeis principalmente toda vuestra atencion, alcanza la mujer su más alto grado de superioridad. Su destino en la vida y su vocacion, es ser madre: madre del hogar doméstico y madre de la Sociedad. Todas las demas vocaciones que la Religion ó el Estado hayan instituido, por dignas y respetables que fueren, son puramente históricas, transitorias y particulares, al lado de ésta, que es general, y será permanente y eterna cuanto lo sea la Sociedad humana. Todas las preeminencias, prerogativas, respetos y consideraciones que se guardan á la mujer nacen de semejante destino, para el que está formada, como engendradora de la vida, por la naturaleza. Completa confirmacion reciben estas aseveraciones con las palabras del supremo Hacedor, cuando, creado el hombre, dijo: *Hagámoste ayuda semejante á él.* Es, en efecto, la mujer ayuda del hombre, educando á sus hijos, y llevando como casera y hacendosa el gobierno interior de su casa; lo es, consolando á su marido y asistiéndole en su vejez y enfermedades; y lo es asimismo, prestándole con sus virtudes, con su gracia y belleza estímulo poderoso para su pensamiento y su obra, puesto que le inspira y alienta su entusiasmo en la difícil y escabrosa senda de la vida. Quizá no se ha recapacitado lo bastante en este servicio de la mujer virtuosa é instruida, y sin embargo, es

uno de los timbres que más la engrandecen y en que más se ostentan sus privilegiadas dotes.

Figuraos si será auxilio y estímulo para su marido y sus hijos una mujer de cierto despejo y gusto educado, cuya bondad y suave honestidad de costumbres, unidas al atractivo y encanto de maneras delicadas y nobles, de dulzura, discrecion y prudencia en el trato, de sentimientos generosos y caritativos, revelan un alma angelical y pura, insensible á los halagos de la lisonja y de la coquetería, así como sufrida á la ingratitud y deslealtad, paciente y tolerante con las faltas de los que la rodean. Una mujer semejante, tan tierna y misericordiosa como digna, tan obsequiosa como diligente, que no se descompone, ni se altera, ni se muestra airada, ni soberbia, ni conoce la venganza, ni guarda rencor, conservando un ánimo igual en la prosperidad y en la desgracia..... ¡qué auxilio más digno, eficaz é íntimo para el hombre capaz de inspirarse en el bien y en la virtud! No olvideis que una mujer sin dulzura y sin discrecion es como una flor sin aroma ó como una fruta sin sabor; y que las dotadas más ó ménos de tales perfecciones, alcanzan á salvar al hombre en momentos supremos y hasta á convertirlo en héroe, derramando unas veces sobre su corazon el bálsamo de la esperanza, cuando las agitaciones y las luchas con la injusticia y la desgracia le indignan y exasperan, é infundiéndole valor cuando amargan y acibaran

a.

su vida la persecucion, el olvido ó el desprecio. Si la mujer no es hoy aún todo eso, culpa es en gran parte del hombre, que no muestra más vivo y solícito interes en educarla. Desde luego la cristiana tiene un ejemplar á que ajustar su vida en la *Mujer fuerte* del libro de los Proverbios, en cuyo sentido se inspiró para su *Perfecta casada* el sabio cuanto virtuoso Maestro Fr. Luis de Leon. Y al recitar la mujer católica las alabanzas de la *Virgen Maria*, si lo hace con recogimiento y meditacion, no por mera costumbre y rutina, ve en ellas el más hermoso ideal en que pueden inspirarse la virginidad y la maternidad á un tiempo. Resabios de tiempos, aunque caballerescos, bárbaros y de costumbres no muy limpias, hacen que de los dos conceptos que divinizan á la Madre del Salvador, haya prevalecido el de *Virgen* sobre el de *Madre*, tan en armonía con los fines, con la vocacion y con el destino social de la mujer, y santificado por la Iglesia en aquellas piadosas invocaciones, que muestran la alianza de la pureza con la maternidad: *Mater divinæ gratiæ*, *Mater misericordiæ*, *Mater purissima*, *Mater castissima*. Y si á causa de la libertad religiosa, y de las nuevas relaciones que ella engendra entre la Iglesia y el Estado, hubieran de suprimirse algunas festividades, guardad vosotras siempre en vuestro corazon y en vuestra memoria la fiesta de la Purificacion, dedicada á la Madre que en el colmo de su alegría se presenta en el

templo por primera vez, despues de su alumbramiento, para decir á la Sociedad : « Soy madre, y vengo á ofrecer á Dios el fruto de mis entrañas. » Conservad no ménos el recuerdo de aquella otra solemnidad en que, en el lleno de su dolor, y al lado de su hijo perseguido, desgraciado, enfermo, moribundo, muerto, consagra una lágrima toda madre acongojada á aquella que acompañó á su divino Hijo al pié de la Cruz en el Calvario. Tal debe ser la mujer como madre.

Ahora bien, Señoras; para que la mujer responda á este ideal, y sea siempre ángel de paz en la familia, madre del hogar doméstico y fuerza viva en la Sociedad humana, debe instruirse y prepararse dignamente con la sólida educacion que estos fines reclaman.

Ante todo, el conocimiento de la elevada mision en que por ley de la naturaleza se halla constituida, debe determinar la esfera, extension y carácter de sus estudios. La Religion y la Moral, la Higiene, la Medicina y la Economía domésticas, las Labores propias de su sexo y las bellas Artes, forman la base fundamental de su instruccion, cuyo complemento necesario es la Pedagogia, que la ilustra y guía para la educacion y enseñanza de sus hijos. La Geografía y la Historia, las Ciencias naturales, la Lengua y Literatura patrias, con algunas nociones de la Legislacion nacional en lo relativo, especialmente, á los derechos y obligacio-

nes de la familia, constituyen un segundo círculo más ámplio de la cultura general humana.

A éstos, por lo ménos, pueden reducirse los estudios comunes á toda la que aspire al desarrollo y perfeccion de su naturaleza, en la Sociedad y en el seno del hogar doméstico. Tres condiciones han de distinguir y hacer interesantes estas enseñanzas : *moralidad, religiosidad y belleza*. Todas se ayudan recíprocamente y determinan el sentido y límite natural de cada una.

Sirve la primera, para que la severidad del principio moral arraigue la virtud en su espíritu y conducta, formando enérgicos caracteres en sus hijos, é influyendo en su marido y en toda su familia para fortificar el puro amor al bien, y aún al sacrificio á la ley eterna del deber en la vida.

No es, ciertamente, ménos esencial la piedad religiosa; pero no meramente fundada en una fe pasiva é inerte, sino ilustrada por la razon y la conciencia, sin lo cual, exaltada la mujer por su impresionable fantasía, se entrega á un culto puramente externo, olvidando adorar á Dios en *espíritu y verdad*, cayendo en la supersticion y el fanatismo, y creyendo de buena fe que así agrada al Criador y cumple sus obligaciones.

Inspirar, por último, á la mujer el sentido y gusto de lo bello en la naturaleza, en la vida y en el arte; formar, en suma, lo que se ha llamado su *educacion estética*, si en algun tiempo fué tenido por

ocioso y frívolo recreo, no es sino el medio más eficaz y adecuado de alimentar y purificar su sensibilidad exquisita, infundiéndole el amor á todas las grandes cosas que constituyen la poesía de la vida, tan propio en la que debe embellecerla con su atractivo.

De todo esto resulta, Señoras, el carácter esencialmente práctico que deben tener vuestros estudios. No aprendeis tanto por cultivar en sí misma la Ciencia y para profesarla en la Sociedad, cuanto para aplicarla en el círculo íntimo de la familia y contribuir poderosamente á despertar la vocacion de vuestros hijos. Pero no porque debais cuidadosamente evitar todo lo que, desdiciendo de vuestro destino, pudiera aparecer en vosotras pedante y afectado, os está cerrado con esta instruccion el camino de determinadas profesiones, mediante las cuales, señaladamente las que estais exentas de las graves ocupaciones propias de la madre de familia, os dignifiqueis no ménos que ésta ante la Sociedad.

Ni faltan ejemplos tampoco de una cultura superior en nuestra historia patria. Recordad que en el siglo XVI, mujeres de talento y saber regentaban públicamente cátedras en nuestras Universidades. Mas, por lo mismo que esto es tan excepcional y extraordinario, y que tiene su explicacion en la especie de frenesí que produjo en las clases elevadas el clasicismo del Renacimiento, y aunque prueba que la mujer española tiene despejo y dis-

posicion como la que más de las otras naciones para distinguirse en todo género de estudios, aún en los científicos y de lenguas sábias, tales singularidades no pueden proponerse como regla general nunca, cuando se trata, no de que unas cuantas mujeres de clase alcancen mucho, sino de que todas sepan lo suficiente para vivir como miembros dignos de la Sociedad, y para el comercio recíproco de ideas y sentimientos con el hombre, pues nunca ha de perder de vista la mujer, que debe educarse, ante todo, para ser esposa y madre, y que la Providencia la ha colocado al lado del hombre en las tres edades que recorre su vida: en la infancia, para guiar los primeros pasos del niño; en la virilidad, para moderar las pasiones del hombre; y en la vejez, para mantener el vacilante paso del anciano.

Si los estudios que he bosquejado tan someramente se generalizasen entre vosotras; si por ese medio os levantáreis á tal grado de cultura que se dejara sentir vuestra influencia de una manera eficaz sobre el hombre, ¡cuán placentera y risueña no sería la vida en lo interior y sagrado del hogar doméstico, y cuán presto cambiarían la superficialidad y la mentira de las relaciones sociales!

Obsérvase hoy cierto divorcio y como separacion entre el hombre y la mujer. Son como dos extranjeros que, partiendo juntos de una estacion, siguiendo la misma línea, yendo al mismo punto, y

tal vez con idéntico objeto, no se hablan, porque no se entienden : aunque aparecen juntos, no están unidos, mas apartados en sus almas. Es imposible que por mucho tiempo esté contenta una mujer ignorante al lado de un hombre instruido, ni que éste sea feliz junto á una mujer privada de aquellos conocimientos absolutamente indispensables para mantener una vida de íntima y continúa relacion con la que es su esposa y la madre de sus hijos, y debiera ser ademas su consejera, su amiga y la depositaria de sus pensamientos y aspiraciones. La distancia de cultura entre el hombre y la mujer es hoy tanto mayor, y el malestar tanto más vivo, cuanto mayores son los progresos entre los hombres respecto de las mujeres. Á medida que sea más perfecta la educacion de éstas, más grande será tambien su influencia sobre aquéllos; y en vano será que intenten alcanzar una sin otra.

Dos corrosivos cánceres consumen y vician al presente la existencia del hombre en las naciones europeas ménos cultas : el escepticismo y el egoismo. El hombre es escéptico en religion, indiferente en política, perezoso y dejado en los negocios. El egoismo, la sed de oro y de goces sensuales han secado en él de tal modo las fuentes de la conmiseracion y de la piedad, que no encuentra tiempo, ni coyuntura, ni medio para hacer algun bien en comun y desinteresadamente. En los pueblos de que hablo, ni siente el hombre la necesidad de creer,

ni se avergüenza de no ser libre, ni le duele el mal ajeno. Un inóvil poderosísimo para sacarle de marasmo tan aterrador, será el estímulo de la mujer, cuando se haya elevado á tal cultura de espíritu, que pueda compartir con el hombre, hasta cierto punto, los afanes de la vida pública. Es de rigor que levanteis el nivel de vuestra instruccion, para llegar á término tan deseado. Cuando tal hayais conseguido, influid sobre el hombre, para que valga y sea algo en la vida é historia de su tiempo, algo en religion, algo en la política de vuestro país, algo en las demas esferas y fines de la vida.—Guardaos, sin embargo, de pretender imponerle nada en el órden religioso, ni en el político, ni en otro alguno. Vuestro destino, como esposas y como madres, es aconsejar, influir; de ninguna manera imperar. En el momento en que os empeñeis en ejercer coaccion sobre el hombre, prevaleiéndos del ascendiente é imperio que os dan vuestra debilidad y vuestras lágrimas, cometeis la falta más grave y la más imperdonable. Puesta la mano sobre mi conciencia, os aseguro que no existe ningun derecho, divino ni humano, que os obligue á imponer nada al hombre, aunque sea en materia de religion, pues que de ello habrian de seguirse luchas, desasosiego, desabrimiento y ruptura de la paz en las familias. Cuando para conseguir un intento á todas luces justo y asequible, no basten vuestra moderacion y vuestros consejos, resignaos pacientemente,

y encomendadlo á Dios, que es quien puede tocar y mover los corazones. Fuera de los quehaceres de vuestra casa, que principalmente os incumben, asociaos en buen hora para la caridad ó la enseñanza, ó para algun otro fin esencial de la vida; mas no encerreis en estrechos moldes vuestro puro amor á la verdad y al bien, que debe ser el vínculo universal entre los hombres, ni lo profaneis al contacto de las pasiones de partido. Sois llamadas á unir: ¡no dividais!

Á esto, Señoras, os invitamos, secundando en otra esfera la noble iniciativa que de vuestro mismo sexo ha partido, al fundar una institucion (1) á la cual deseo larga y próspera existencia. Que alcanceis tal grado de cultura y superioridad, que se os puedan aplicar aquellas palabras dichas en loor de la *Mujer fuerte*: «Su boca abrió con sabiduría, » y ley de piedad profirió su lengua :—Observó cuidadosamente los alcances de su casa, y pan de holganza no comia :— Levántanse sus hijos y felicítanla: su marido la alaba» (2). Un profundo escritor ha dicho que «la mujer americana ha hecho la América»; ¡qué ventura para nuestra amada patria si, mediante aquellos y estos esfuerzos, educada dignamente la mujer española, pudiese ayudar al hombre en la renovacion religiosa é intelectual, social

(1) El *Ateneo de Señoras*, inaugurado el 2 del presente mes.

(2) *Prov.*, cap. XXXI, vers. 26, 27, 28.

y política, moral y económica en que estamos todos empeñados! ¡Que cuando se escriba la historia de nuestro actual renacimiento, se diga que, postrada de tres siglos España, se levantó, con vuestro auxilio, á una nueva vida *libre y con honra!*

¡no dividáis!

A esto, señores, os invitamos, reuniéndonos en esta noche la noble iniciativa que de vuestro mismo seno el partido, al fundar una institución. (1) A la cual deseo dar la primera existencia. Que sea un centro tal grado de cultura y superioridad, que se os puedan aplicar aquellas palabras dichas en favor de la mujer fuerte: «En boca abierta con sabiduría, y ley de piedad profirió su lengua:—Observó cuidadosamente los elementos de su casa, y para de hoy en adelante sus hijos y felices.» (2) Un profundo estudio en la vida que esta mujer americana ha hecho la América; que ventura para nuestra amada patria es, mediante aquellos y estos esfuerzos, educada dignamente la mujer española, podéis ayudar al hombre en la renovación religiosa é intelectual, social

(1) Véase el discurso, leído en el 2.º del presente mes.
(2) Prov. cap. XXII, vers. 26, 27, 28.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.



PRIMERA CONFERENCIA
SOBRE LA
EDUCACION SOCIAL DE LA MUJER,
POR
D. JOAQUIN MARÍA SANROMÁ,
Catedrático del Conservatorio de Artes.

21 de Febrero de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

SEÑORAS Y SEÑORITAS :

La galantería, primera condicion de todo buen caballero, me obliga á suplicaros me permitais discurrir, durante unos breves instantes, sobre el siguiente tema :

EDUCACION SOCIAL DE LA MUJER.

Es un favor que os pido, toda vez que habeis tenido la bondad de dispensarnos otro favor insigne : el de asistir á estas conferencias.

La asistencia de la mujer á las cátedras no es para mí una simple novedad : es una verdadera revolucion.

Hasta ahora veinis á la mujer, y sobre todo á la señora española, en el seno de la familia, distribuyendo su corazon en esos hermosos pedazos de la vida que se llaman hijos, hijas, esposos, padres ó hermanos ; la veinis en la intimidad del hogar do-

méstico, donde ejerce y ejercerá siempre un imperio tan noble como nunca disputado; la veiais modesta, grave, compuesta en el templo; elegante, ataviada, chispeante de gracia y gentileza en el bullicio de los salones; fascinadora en el teatro; gallarda y majestuosa en los paseos y en las públicas solemnidades. Si alguna vez una Academia abria sus puertas para recibir á un nuevo socio, ó abria las suyas la Universidad para recibir á un nuevo graduando, tambien soliais acudir allí; pero confesad, Señoras, que acudiais atraídas principalmente por la curiosidad, ó por la magia de un espectáculo á veces sobradamente teatral; á no ser que, por uniros algunos lazos de parentesco ó amistad con el nuevo graduando ó con el nuevo académico, fueseis á aquellas reuniones para animarlas con una de esas sonrisas encantadoras, con las cuales sabeis crear hasta los héroes, ó para darles el bautismo de la iniciacion con aquellas hermosas lágrimas que son el más seductor de vuestros encantos.

Pero ver á la señora española humildemente sentada en los bancos de una escuela; verla recogiendo su espíritu para hacerlo entrar en las escabrosidades de la ciencia; verla prestando toda su atencion á la palabra grave, y muchas veces seca y descarnada de un profesor, y con él lanzarse á pensar, á meditar, á discurrir, á abstraer, vosotras que habeis tomado la costumbre de *sentir*; en una palabra, Señoras, veros renunciar por un momento

á los atractivos de vuestro sexo para tomar el porte de un sencillo estudiante, ¡oh! éste es un espectáculo tan nuevo como magnífico en España; un espectáculo que es fruto genuino de nuestra revolucion; porque si algunas almas perversas tratan de convenceros de que las revoluciones no dejan tras de sí más que mares de lágrimas y torrentes de sangre, tened entendido que cuando una revolucion tiene, como la nuestra, por objeto destruir todos los fanatismos y derribar todas las tiranías, los torrentes que abre esta revolucion no son de sangre, sino de luz, que se extienden á todas las clases, penetran en todas las esferas de la vida, y arrastran por las vías de la civilizacion y cultura, lo mismo al hombre, sér nacido para la lucha, que á la mujer, á quien toca recoger los laureles del combate y acompañarnos eterna é inseparablemente en todos los triunfos y en todas las derrotas.

Para mí, la asistencia de la mujer á las cátedras significa desde luego dos grandes preocupaciones vencidas: vencida la preocupacion de que la mujer no debe penetrar en los límites de lo que se llama *alta enseñanza*; vencida la otra preocupacion de que la mujer tiene concluida su educacion cuando se cierran para ella las puertas del colegio.

¡La mujer inhábil para la alta enseñanza! ¿Y por qué, Señoras y Señoritas? Si el corazon de la mujer está abierto á todos los sentimientos nobles y generosos; si es tan exquisita su penetracion; si

a

su espíritu es capaz de elevarse á las más sublimes abstracciones y á los más delicados conceptos, ¿por qué no abrir cada día nuevos horizontes á ese espíritu? ¿por qué no ponerle en contacto con todas las grandezas de la creación, cuando cabalmente es la mujer una maravilla entre estas grandezas? El sistema de alejar á la mujer de los estudios serios, yo no me lo explico más que por el deseo de mantenerla en una profunda ignorancia para ponerla bajo la absoluta dependencia de ciertas clases ó de determinados intereses, ó por el temor de que, dando á la ciencia un torcido sesgo, se convierta la mujer en eso que se llama vulgarmente una *marisabidilla*. No hablemos de la ignorancia: basta conocerla, basta adivinarla, basta sospecharla siquiera, para que tengamos el derecho y el deber de combatirla; que por lo demás, harto sabeis, Señoras, que el tipo de la marisabidilla no resulta de los estudios sólidos, sino de las enseñanzas superficiales y ligeras; y que, si aún entre los hombres se encuentra el tipo del *pedante*, no obsta el que haya algunos pedantes para que se encuentren numerosas legiones de hombres doctos, que saben conciliar perfectamente la dignidad y la gravedad del saber con la práctica de los negocios y con el esmeradísimo trato de las gentes de mundo.

Apénas quiero hablaros del otro error, bastante acreditado. No conocen, seguramente, lo que es la vida, con sus tormentas, con sus vaivenes, con sus

perpetuos embates, los que aseguran que toda educacion debe concluir para la mujer á las puertas del colegio, como si el desenvolvimiento del espíritu humano dependiese de una pulgada más añadida á la estatura por la mano del tiempo, ó de una pulgada más añadida al largo de la falda por la mano de la modista. Libro es la vida, abierto constantemente á los ojos que quieren ver; pero hay otros libros que nos ayudan á ver más fácilmente, y son aquellos en que la ciencia explica y aclara sus misterios. Cada desengaño que sufrís en el curso de vuestra vida es una leccion que estais recibiendo; pero tambien cada idea nueva que penetra en vuestra mente puede explicaros aquel desengaño y ayudaros á soportarlo. Así la vida del sentimiento y la vida de la inteligencia se penetran mutuamente, y recíprocamente se prestan auxilio, semejantes á dos soberbios luchadores que, asidos estrechamente de las manos, avanzan á paso largo hácia el comun enemigo. Y yo no comprendo cómo puede decirse que la experiencia, unida á un vasto saber, madura el juicio del hombre, y que el juicio de la mujer, á quien se califica de sér más débil, puede madurarse por la fuerza de la sola experiencia y sin una constante infusion de nuevo saber.

Ya venis á las cátedras, Señoras; no quereis cargar con la nota de ignorancia; la de pedantismo no os arredra. Permitidme que os felicite por ello; pero permitidme tambien que sea franco con vosotras.

b

Ya venis á las cátedras, es verdad; pero todavía las señoras vienen en gran parte, *prévia una cortés invitacion*. Indudablemente éste es un gran paso hácia el progreso científico de la mujer, pero no es todo lo que esperamos. Yo quisiera ver pronto aquel dia en que las señoras viniesen á las cátedras libre, espontaneamente y por su propio impulso; yo quisiera que llegára un dia en que los buenos talentos femeninos nos diesen claras muestras de su poder desde el asiento destinado á los maestros; yo quisiera ver la alta enseñanza de la mujer por la mujer; y mi ambicion raya á tal límite, que, trocados los papeles, quisiera un dia verme á mí, hoy profesor, confundido entre los alumnos y recogiendo la ciencia de los discretos labios de una distinguida maestra; que la ciencia, con ser siempre ciencia, apareceria más amable y deleitosa en tan bellas manos colocada, como la miel, con ser miel y riquísima miel, parece más dulce y regalada cuando se ofrece en copa de cristal que en humilde vasija de barro.

Y ¿sabeis por qué desearia yo estas cosas? ¿Sabeis por qué, á despecho de los rancios, y arrostrando el ridículo con que ellos satirizan todo lo que tiende á separar á la mujer de ciertas prácticas rutinarias, deseo yo verla aprendiendo y enseñando, no como profesion, sino como una de sus ocupaciones más nobles? Porque, cuando la mujer *se instruye é instruye*, es prueba de que está en contacto con *toda*

la sociedad en que vive; porque la mujer, nacida en la sociedad, dentro de la sociedad y para la sociedad, no está, sin embargo, en contacto con *toda* la sociedad en aquellos países en los cuales el fanatismo y las preocupaciones la tienen alejada sistemáticamente de la escuela.

Señoras y Señoritas: en los pueblos que no son muy cultos, la sociedad está hoy día horriblemente fraccionada. El hombre (marido, hijo ó padre) vive poquísimos en casa, mucho en los negocios, en la bolsa, en el foro, en las oficinas, en los escritorios, en las luchas políticas, en las contiendas científicas; viaja, especula, perora, discute y pasa la mayor parte de su vida en mera sociedad de otros hombres. La mujer, por el contrario, vive en casa, hace los honores de ella á las relaciones habituales de la familia, asiste á las prácticas religiosas, paga visitas, concurre á los espectáculos, lee algo, toma parte en algunos debates, pero enmudece constantemente desde el momento en que éstos toman un carácter sério y llegan á cierta altura. Consecuencia de este sistema: el hombre puede estar siempre donde está la mujer; la mujer no puede estar siempre donde está el hombre. ¡Cuando os digo que la sociedad está horriblemente fraccionada! Y al decir esto, no es que yo pretenda que la mujer éntre tan de lleno en todas las funciones de la vida social, que tome siempre en ellas una parte tan *directa é inmediata* como el hombre. Os confieso que me halagaría

muy poco ver á la mujer convertida en una notabilidad financiera ó en una celebridad tribunicia. Pero, sin perjuicio de que la mujer tenga su asiento y autoridad principal en el seno del hogar doméstico, ¿qué razon hay para limitar su influencia á la familia, qué motivo para no extender esta influencia, esta poderosa influencia, á todos los lugares donde se ponen en juego intereses humanos, si al fin y al cabo estos intereses han de trascender en la suerte de la mujer misma? ¿Por qué la mujer ha de perder algo en concepto de madre, de hija, de esposa, por tener al mismo tiempo algo de artista ó de industrial, por ser viajera, escritora, profesora, y sobre todo ciudadana? ¿Por qué el sentimiento religioso, el amor y la amistad, únicos afectos que ciertas escuelas admiten en la mujer, no se han de hermanar perfectamente en ella con el sentimiento del arte, con alguna inclinacion á los negocios, con la aficion á la lectura abundante, sana y provechosa, y con el instinto de las grandes reformas políticas y sociales? Justo es que la mujer tome interes en todas estas cosas, puesto que con ellas está tan relacionada su existencia como la del hombre. Si llegan á interesarla, tened por seguro que ejercerá influencia en ellas; y la influencia de la mujer en todos los órdenes de la vida es una prenda eficacísima de civilizacion y progreso.

Me atrevo á decir más: yo no vacilo en asegurar que el desenvolvimiento de las civilizaciones

marcha siempre al compas del grado de influencia que va ejerciendo la mujer en todas las partes de la vida social. En pueblos poco cultos, la mujer vive aislada del hombre ó por él torpemente abandonada; conforme la cultura avanza, la mujer va acompañando cada dia más y más al hombre á todas partes, si no con su accion, á lo ménos con su opinion y su consejo. ¿No os han contado que, en muchos pueblos salvajes, se ve á la mujer encorvada bajo el peso de ásperas labores, en tanto que el hombre duerme regaladamente á la sombra de copudos árboles? ¿No recordais que la mujer vive enmurallada en los harenes del Oriente, y que entre los antiguos pueblos paganos no era señora, sino sierva, no compañera, sino esclava? Contempladla ya, en cambio, en las sociedades cristianas, y desde que aparece la ley de Cristo, vedla convertida en el alma de las familias, corriendo á compartir con los hombres la palma del martirio, enjugando las lágrimas del pobre de choza en choza, y solicitando la compasion del rico de palacio en palacio; más tarde, en la edad media, animando al guerrero desde las almenas del feudal castillo, tomando despues una parte honrosa con la palabra y con la pluma en el renacimiento de las letras, y en nuestros tiempos ofreciendo admirables tipos de patriotismo en lo político, de arrojo en lo militar, de abnegacion en las virtudes cívicas, de sublimidad en la region del arte, de galanura y novedad en el campo de las letras.

b.

No cantemos victoria, sin embargo. Mucho ha cambiado, mucho ha mejorado la condicion social de la mujer en estos últimos tiempos, pero os repito que la sociedad estará fraccionada en tanto que la mujer figure como *un tipo raro y excéntrico* en todas las cosas serias y dignas que estén fuera de la vida doméstica; en tanto que no lleve á *todas* las esferas de la existencia social el peso de las admirables dotes con que la adornó la Providencia. No se trata de la influencia *especial* de una mujer en su siglo; se trata de la influencia *general* de las mujeres. La influencia general de la mujer en la sociedad significa la confianza en la mujer; y la historia nos demuestra que la mayor confianza en la mujer ha coexistido siempre con un nivel más elevado en la cultura de los pueblos. ¡Qué tristes tiempos aquéllos en que el recato y la dignidad de la mujer buscaban su salvaguardia, bajo formas rudas, materiales y hasta degradantes, en altos paredones, detras de espesas rejas y celosías, bajo la negra mascarilla ó el tupido velo echado sobre el rostro, ó confiados á la larga espada y á la afilada daga del paje y del escudero! Hoy dia, y con razon, nos parecen insensatas aquellas precauciones. Merced á nuestras costumbres, más templadas (digan lo que quieran los restauradores de todo lo viejo y carcomido), el decoro de la mujer honrada se sostiene por el solo prestigio de la virtud, sin cerrojos, ni embozos, ni tapadas, ni fieros valentones armados

hasta los dientes. Sin embargo, al juzgar lo que pasa hoy en este punto, todavía cabe hacer una distincion importante entre pueblos y pueblos. En unos, las costumbres dispensan confianza á la mujer bajo la condicion de vivir con cierto aislamiento, último aunque lamentable vestigio de otras edades más duras; en otros (y son por cierto los más avanzados) la opinion pública aplaude y distingue á la mujer cuando, sin faltar á los deberes de la familia, influye en los negocios públicos, se interesa en todas las causas nobles, comprende y hasta ayuda á decidir los altos problemas de la ciencia y de la política.

¿Cómo se verifica en estos pueblos semejante fenómeno? ¿Á qué reglas, á qué principios tendrá que obedecer la mujer para participar de la vida social en proporciones tan latas? Punto es éste delicadísimo, sobre el cual me permitiréis detenerme un momento.

Dejémonos de filosofías inútiles. Todos sabemos lo que es la sociedad, porque todos vivimos en ella. Esas gentes que se unen con el lazo indisoluble del matrimonio, y que crían, educan y abren un porvenir á los hijos; esas que oran en el templo con fervoroso recogimiento; esas que cultivan tierras, que fabrican artefactos, que cambian, que compran y venden, que navegan, que pintan, que cantan, que construyen, que enseñan, que escriben; esas que socorren al enfermo, al desvalido y al pobre;

esas que mandan, esas que obedecen, esas que discuten y hacen las leyes, esas que las aplican; todo esto, y mucho más, es la gran familia, la gran sociedad humana. Sociedad doméstica, sociedad civil, sociedad industrial, sociedad científica, sociedad religiosa, sociedad benéfica, sociedad política; ¿qué importa el nombre? Siempre hay en el fondo un mismo principio; la agrupación, el conjunto de personas que unen sus esfuerzos, sus voluntades, sus facultades é intereses para realizar un fin comun.

Desgraciadamente existe una especie de lenguaje, llamado culto, que desfigura de una manera lastimosa esa idea elemental y sencilla de la sociedad. La frase *buenas sociedad* se ha hecho tan comun entre ciertas clases, que para muchos, y sobre todo para muchas, parece que no hay sociedad posible fuera del círculo de la buena sociedad. ¡Si á lo ménos la buena sociedad fuera siempre lo que deberia ser! Porque yo admito la buena sociedad, yo la comprendo, y hasta con entusiasmo la miro, cuando está fundada en lo esmerado de la educacion, en la elegancia de maneras, en la finura, en la cortesía y en la alteza de palabras y de sentimientos; cuando busca el esparcimiento y el honestísimo recreo; cuando nos familiariza con los primores del arte, de la cultura y de aquel lujo que es la eflorescencia de la civilizacion, sin ser por esto la ruina de las fortunas; cuando nos pone en contacto con las personas superiores por sus amables prendas de

ingenio ó de carácter; cuando suaviza las costumbres, temple los genios, levanta los espíritus, y haciéndonos entrar en las delicadezas del trato social, rodea nuestra vida de aquel perfume de distincion en que aparece envuelto todo lo realmente noble y todo lo realmente bello.

Pero en la mayoría de los casos no es así como la buena sociedad se entiende. Pensar poco y reir muchísimo; correr de salon en salon y de aventura en aventura; agradar, suspirar, criticar, agotar el diccionario de las ternezas, de la agudeza y del chiste: tal es, omitiendo otros detalles, la base de esa sociedad fútil, insustancial y ligera, fuera de la cual no sabrian vivir muchos que se precian de cultos y bien nacidos. No; la sociedad humana no está ahí, ni debe nunca estar ahí. Para el hombre, lo mismo que para la mujer, la sociedad está donde se realiza algun fin de la vida, donde la humanidad cumple alguno de los destinos que le señaló la Providencia.

Para no seros enojoso, quiero limitarme á considerar la sociedad humana dividida en tres grandes grupos: sociedad doméstica, sociedad civil y sociedad política. Deciros que, en la sociedad doméstica, la mujer tiene reservado el principal papel, que debe serlo casi todo, sería tarea inútil, dirigiéndome á vosotras, madres cariñosas, hijas respetuosísimas y obedientes. Pero, si el papel es conocido, no será tan inútil recordar cómo debe prepararse á la mujer para ejercerlo.

Diríase que los siglos pretenden brillar por los contrastes. Antiguamente los sistemas de educación tendían á prolongar indefinidamente la niñez; hoy tienden más bien á adelantar la juventud. Antes se educaba á la mujer en la sumisión, en la obediencia y en una especie de compunción, que rayaba á veces en verdadera hipocresía; hoy se prefiere la altivez, la soltura, el desembarazo; antes predominaban las labores domésticas, hoy privan las labores finas y elegantes. Prescindamos de las labores, pues de eso entienden mejor las madres; para mí la cuestión principal es el carácter. Ir formando gradualmente este carácter; fortalecerle para arrostrar todas las contingencias de la vida; amaestrarle sabiamente para soportar con dignidad y nobleza las posiciones altas y las modestas, la gloria y la adversidad, la dicha y el infortunio; enseñar á sufrir, á callar, á aconsejar, á moderar, á empujar, á gobernar ánimos, voluntades y haciendas: tal es el ancho campo en que puede ejercitarse la perfección doméstica de la mujer, para que corresponda al nivel en que el siglo nos ha colocado. Sobre todo, es preciso acostumbrar á la mujer á no admitir en el seno de la familia más que aquellas influencias *legítimas* y *naturales* que deben rodearla constantemente. Que nó haya sombras, que no haya oráculos que vengan á interponerse entre las esposas y los esposos, entre los padres y los hijos. Esas corrientes de amor, de ternura, de piedad filial y de

acendrado cariño, marchen libres y sosegadas desde las fuentes del corazón al grande océano de la vida; no vengan fuerzas extrañas á contenerlas ó con pretexto de encauzarlas; porque allí donde estas fuerzas extrañas existen; allí donde, en nombre de un principio, cualquiera que éste sea, hay entidades que se interponen entre el esposo y la esposa, entre el padre y el hijo, allí la familia no vive de su vida propia, sino de la vida que le prestan en otra parte; allí la paz y la tranquilidad domésticas corren constante peligro; allí la familia no existe realmente; allí la familia no es familia, sino simple *successal* de otra familia invisible, siquiera sea más poderosa.

¿Hablaré algo de la sociedad civil? Y ¿por qué no? Me diréis: ¿qué tiene que hacer la mujer en ese mundo, tan grave y tan formal, que llaman de los negocios, donde se contrata y se administra, donde se paga y se cobra, donde se oye el ruido incesante del vapor y el continuo martilleo de la máquina, donde se va y se viene, se sube y se baja, se discute, se riñe y se pleitea? Cuestión es ésta, Señoras, demasiado grave para que pretenda engolfarme en ella dentro del breve espacio de que dispongo. Larga contienda ha mediado en estos últimos tiempos sobre si conviene ó no que la mujer figure en el taller cuando artesana, ó en los negocios cuando señora; no quiero entrar en esta contienda. Pero yo sé que la mujer tiene capacidad natural para el

derecho, y que dentro de la esfera del derecho se mueve la sociedad civil; sé que puede haber multitud de circunstancias en que la mujer tenga que apelar al trabajo de sus manos ó al de su inteligencia, tenga un capital que manejar, una renta que administrar, un comercio honroso que emprender; sé que si en un momento dado no interviene en estas cosas, le conviene *conocerlas* por si algun dia ha de intervenir; sé, por fin, que en las naciones poderosas, la propiedad, los contratos, el juego de las industrias y la práctica de los negocios ocupan la actividad de multitud de mujeres, y las que no se ocupan, *entienden* bastante de ello para aconsejar, y aún en su caso para entrar directamente en tarea.

Hablemos tambien un poco de participacion politica. Dejarémos en paz aquellas escuelas que pretenden envolver á las mujeres en las grandes luchas y agitaciones de los partidos, llevarlas á los parlamentos y á los colegios electorales, y abrirles los vastos palenques del periodismo y del *meeting*. Yo no sé lo que sucederá con el tiempo; pero, es pero no os ofenderéis si os digo que, en mi concepto, la sociedad presente no está para tomar esos alientos. No han sido de los más afortunados aquellos pueblos que más ó ménos directamente han puesto la política en manos de las mujeres. Y os confieso tambien que, aún sin figurar la mujer como actriz en las grandes escenas políticas y en los

dramas revolucionarios, hay cierta clase de política femenina, que dista mucho de serme simpática. Yo, v. gr., no creo el más edificante de todos, el ejemplo de una mujer que sigue con ánsia febril los debates de las Cámaras, que ajusta la cuenta de los votos con tanto primor y diligencia como ajustaría otras cuentas; que se aprende, para recitarlas entre amigos, las mejores tiradas de un artículo de fondo; que sostiene vivas polémicas de política trascendental con altos varones de gran talla parlamentaria, y que cuenta las palpitaciones de su corazón por las palpitaciones de la Bolsa, guardando en un cajón de su cerebro el alza y baja de los valores con el mismo celo que una heroína de Balzac.

Señoras: influir en la política no significa siempre hacer política. La política os interesa á vosotras como nos interesa á nosotros, hombres: os engañan cruelmente los que os digan lo contrario. Por de pronto, la política nos da ó nos niega la libertad, garantía de esos derechos individuales que debe poseer toda persona, sea cual fuere el sexo á que pertenezca. Fijaos luégo en una multitud de problemas que viven dentro de la política, y que hariais bien en arrancarlos á sus crueles entrañas para resolverlos, según las leyes de amor y humanidad, cuyo secreto tan admirablemente poseéis. El soldado arrebatado á los brazos de una madre anegada en lágrimas, por una razón política que sostiene esa esclavitud blanca, llamada servicio militar; el otro es-

clavo negro, tan marido como el marido blanco y tan hijo como el que besais tantas veces en la frente, y sin embargo, entregado á la brutalidad de un amo porque una razon *política* sostiene la esclavitud en las colonias; el pobre y el desvalido, á quien una razon *política* hace mirar como vago y mal entretenido, como si no fuese cien veces más peligrosa y repugnante aquella otra vagancia que se arrastra por los salones; las mercancías que por una razon *política* no pueden entrar á veces por las costas y fronteras, impidiendo al jornalero llevar un pedazo de pan á su boca ó comprar un pedazo de lienzo para cubrir las desnudas carnes de su hijo: todo esto, y mucho más, está en la raíz de la política, y os conviene, y nos conviene que en ello pongais vuestras delicadas manos y vuestro agudo entendimiento. Sí: os conviene y nos conviene que entendais estos problemas, que os penetreis bien de ellos. Porque, si no los conoceis, si no los entendeis, la política vivirá exclusivamente de fuerzas materiales, de cálculos é intereses: cuando os hablen de quintas, de esclavitud, de pauperismo, de libre cambio, os encontrarán frias, insensibles, desapasionadas; el sofisma triunfará, y con él la causa del error y de las iniquidades. Vosotras sois la gran palanca, la gran fuerza moral llevada al mundo de la política; vuestra mision es encender el fuego del sentimiento en aquellas atmósferas heladas. ¡Ah! demasiado tiempo ha sido la política una region de

nieves, para que tengamos que asustarnos de hacer un poco de política de sentimiento!

Así, Señoras, por esta anchurosa vía, veréis extenderse y dilatarse indefinidamente el horizonte de la educacion social de la mujer. Aquel círculo estrecho en que el famoso *buen tono* suele encerrar esta educacion, debe romperse de una vez en beneficio de la mujer misma y en beneficio de la sociedad entera. No tenemos derecho á motejar de ligera é insustancial á aquella á quien hemos educado en lo insustancial y en lo ligero. Esperad mucho de una instruccion que tenga por objeto familiarizarnos con las cosas serias. Iniciad á la mujer en los grandes fenómenos de la naturaleza; explicadle la ley á que obedece la humanidad en su paso por la historia y en su paso por el presente; analizad con ella las obras de Dios y las obras del hombre; interesadla vivamente en todo lo que se hace, en todo lo que se piensa, en todo lo que se inventa, en todo lo que se proyecta, en todo lo que se aplica. No os pesará ciertamente: el alma de la mujer ganará en firmeza y solidez, sin perder ni un átomo de sus bellas cualidades morales, y sin que en lo físico se resientan sus amables prendas y naturales atractivos. Se obtendrá la belleza con la discrecion, la gracia con la sencillez, el recato con la franqueza, la distincion en el trato y la flexibilidad en la conversacion, sin aquel como temor y encogimiento que comunica el sentimiento de la ignorancia.

En cambio, ¿qué queréis esperar de esa otra educación social apellidada de buen tono? El arte de saludar, la pericia en el baile, unas lecciones de piano, una ó dos lenguas extranjeras bien ó mal aprendidas: todos estos recursos del mundo elegante y *comme il faut*, áun sin negar, como no niego, su conveniencia, ¿bastan, sin embargo, para llenar una existencia juvenil, aurora quizás de un largo día de graves meditaciones y maduros pensamientos?

Dispensadme, Señoras, esta serie de consejos, á los cuales os suplico no deis el carácter de una verdadera lección. Se acusa á los hombres de egoistas, porque fingiendo rendirse á vuestras plantas, reclaman para sí solos el imperio del derecho, de la actividad y de la razón. Pues bien: ya veis que la ciencia moderna os concede un puesto en este imperio. Entrad en él decididamente; y vosotras, tan dueñas de voluntades, acabaréis de avasallarlas con el doble prestigio de la belleza y del saber.

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

SEGUNDA CONFERENCIA

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER

POR LA HISTORIA DE OTRAS MUJERES,

POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

Catedrático de la Escuela de Diplomática.

28 de Febrero de 1869.

MADRID,

IMPBENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. BIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1869



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA EDUCACION DE LA MUJER

POR LA HISTORIA DE OTRAS MUJERES.

D. JUAN DE LOS RIOS DE LA RADA Y DELGADO

28 de Febrero de 1888

MADRID.

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. BARRAL
calle del Poder de Utrera, número 2

1888

SEÑORAS Y SEÑORITAS :

Sin las tinieblas de la noche, apenas nos causarían admiración los hermosos resplandores del astro del día. Sin las sombras, no apreciaríamos en los cuadros de los artistas el encanto del colorido y la magia del claro-oscuro. — Si en estas conferencias, la luz del saber, alimentada y difundida por la privilegiada inteligencia y elocuente frase de los oradores que me han precedido, tuviera necesidad de sombra para brillar mejor ó para realzar más la belleza del animado cuadro que estas sesiones ofrecen, esa sombra sería realmente mi desautorizada palabra.

Pero antes de entrar á exponer el tema, cuyo desarrollo debe ocuparme hoy, necesito haceros una ligera manifestación.

No era yo, en verdad, el destinado á dirigiros la voz desde este sitio. Profesor de gran elocuencia,

de profundos conocimientos en las ciencias históricas y filosóficas, D. Francisco de Paula Canalejas, en fin, era el digno orador destinado á ocupar hoy con sus autorizadas palabras vuestra atencion. Imprevista dolencia le impide hacerlo, y obedeciendo á la voz del deber, en vista de la indicacion de nuestro dignísimo Rector, me he decidido, á pesar de conocer mis escasas fuerzas, á ocupar el puesto que tan acertadamente llenaria el citado Profesor de la Facultad de Letras, habiendo tenido apénas tiempo suficiente para prepararme, y en las peores circunstancias posibles, porque hace muy pocas horas se ha visto amenazado mi corazon por uno de los más terribles pesares que pueden turbar su calma.

La enseñanza de la mujer por la historia de otras mujeres, es el tema sobre que debe versar la presente conferencia; y pocos podrán presentarse de más trascendental importancia, pues abraza, en verdad, todas las regiones por donde puede discurrir la inteligencia humana, buscando en los ejemplos de pasadas edades, sábias lecciones para lo presente y lo porvenir.

Si como tuvieron la fortuna de escuchar los que concurrieron á la sesion anterior, de los autorizados labios del Sr. San Romá, la instruccion de la mujer es no solamente un adorno, sino una necesidad, ninguna clase de instruccion puede darse que sea más importante para la mujer misma que la que le ofrece la historia, no ya en los hechos generales

que se aprenden en las aulas, sino en lo que se refiere á la mujer, bien en sus relaciones con la humanidad, bien en la historia de otras mujeres que adquirieron justa celebridad por su virtud, su saber, su ciencia, su inspiracion, ó por haber sabido recorrer triunfantes cualquiera de las otras difíciles, pero seguras sendas, á cuyo fin se encuentra, como justa y disputada recompensa, la inmarcesible corona de la gloria.

Es necesario que la mujer aprenda en la historia de otras mujeres cuál es su fin y su destino, para que pueda realizarlos.

Pasaron por ventura aquellos tiempos en los cuales afirmaban los filósofos de la antigüedad que la mujer no tenía más que un alma de orden secundario, como escribió Aristóteles; en que Eurípides las increpaba desde la escena, diciéndolas que la innata perversidad de su alma habia derramado el duelo en la patria, y que de desear sería que la naturaleza descubriese un medio para perpetuar el género humano sin recurrir á la union del hombre con la mujer; en que Thucídides, por último, llevando al más alto grado su desprecio, aseguraba que de la mujer no debia hablarse ni bien ni mal.

Hace diez y nueve siglos que la hora suprema sonó para bien de la humanidad; diez y nueve siglos en que la mujer al escuchar la voz del Redentor, comprendió tambien su redencion en este mundo, y ejerciendo la gran mision del consuelo que

le está providencialmente encomendado, siguió al Salvador en sus predicaciones, derramó bálsamo en sus piés, acudió arrepentida á beber la verdad de sus labios, le siguió angustiada y llorosa en el Calvario, limpió el sudor de la fatiga humana en su rostro divino, y ungiendo su cuerpo con perfumes, oró silenciosa sobre su sepulcro, esperó creyente y le adoró en el día de su gloriosa resurrección.

Y es que la palabra divina fué para el corazón de la mujer, brutalmente ultrajado desde la infancia de las sociedades, la gota de rocío que la fresca alborada de una mañana de verano deja caer en el abrasado cáliz de una azucena.

La mujer estudiando su historia es como únicamente puede comprender lo que fué en el mundo antiguo, lo que fué en el mundo del cristianismo, lo que está llamada á ser en el mundo de la inteligencia. Este estudio la llevará á comprender de qué manera, violada en la infancia de las sociedades, esclava despues, fecundada en asquerosa poligamia, sierva de su esposo, recibiendo de otra civilización más adelantada, pero no más grande, la libertad ficticia que la arrancaba de su esclavitud doméstica para arrojarla en la plaza pública á la esclavitud del vicio, se halló espiritualizada por las palabras de Jesucristo, y levantándose como el paralítico de la forzada inacción en que tenía hundido el hombre su corazón y

su inteligencia, se encontró regenerada y engrandecida, abriéndose su alma como la flor tras la tormenta á las tibios rayos del sol, á la iniciacion de la belleza, que es el arte; á la iniciacion del pensamiento, que es la ciencia; á la iniciacion del bien, que es la virtud.

Si, pues, fijándose sólo en esta comparacion puede la mujer deducir trascendentales consecuencias para engrandecer su espíritu y comprender cuán alto es su destino, ved con cuanto empeño debéis estudiar vuestra historia, como el seguro camino que os ha de conducir al deseado perfeccionamiento.

La historia, se ha dicho, es la gran muestra de la humanidad; y tanto, que sin la historia estarian las sociedades continuamente en su infancia, y el hombre, ocupado siempre en empezar el extenso camino de los adelantos, para verlos desaparecer al terminar su corta vida individual, dejando á las generaciones venideras la ingrata, la infecunda tarea de empezar de nuevo. Por el contrario, existiendo la historia, los conocimientos humanos tienen vida permanente, y desarrollándose á traves de los siglos, llegan á formar el gigante edificio de la civilizacion humana, inmenso monumento de la ciencia del hombre, que, apoyado en la creencia, se eleva al cielo como gigantesca Babel, sin temer que la confusion de las lenguas venga á destruirlo, porque no es el osado reto de la criatura al creador, sino el

resultado legítimo del digno empleo de la inteligencia que el mismo Dios le concediera al hombre.

La historia, por otra parte, lleva consigo el ejemplo; y el ejemplo despierta el noble estímulo; y el estímulo incita al genio; y el genio ama la gloria; y de tan espiritual amor nace, para animar el mundo de las inteligencias, la refulgente luz de la inmortalidad.

Si los conocimientos históricos son de tan importante trascendencia, si la mujer ha de comprender en su historia sus desgracias pasadas, su rehabilitación más tarde, y su ventura después, ¿qué estudios más apropósito para esta hermosa mitad del género humano que los que se refieren á ella misma, ni qué estímulo más poderoso para su corazón y su pensamiento, que el ejemplo que les ofrece la historia de otras mujeres, que adquirieron merecida celebridad por sus altas cualidades?

¿Y en quién puede ser más fructuoso este estudio que en la mujer española, que, sin necesidad de recurrir á otras naciones, tiene en el libro de la historia patria admirables modelos que imitar, en cualquiera region de ideas á que eleve su espíritu?

¿Dudáis acaso que vuestra inteligencia pueda seguir el movimiento científico y literario dedicándose á los estudios serios, ya profundizando las obras de los escritores de la antigüedad, ya siguiendo el rápido vuelo de la inspiración poética? Pues sin que os recuerde celebridades contemporá-

neas, por no ofender su modestia, volved la vista á los siglos XVI y XVII; recorred, sobre todo en el primero, esa gloriosa pléyade de mujeres ilustres que tanto se distinguieron en el difícil idioma del Lacio y en todas las ciencias humanas, llegando hasta á regentar cátedras algunas de ellas en las Universidades, y fortificad vuestra vocacion recordando, entre otras, á Beatriz Galindo, á Luisa Sigea, á Catalina Badajoz, á Isabel de Córdova, á Luisa Medrano, y sobre todo, Señoras, á aquella mujer tan correcta escritora como inspirada poetisa, tan profundamente pensadora como de fe entusiasta, que, no encontrando nada digno de su gran corazon en la tierra, dedicó toda la inmensidad de su sentimiento á la adoracion de Dios: ya habreis comprendido que me refiero á Santa Teresa de Jesus.

¿Quereis buscar tambien ejemplos que levanten vuestro sentimiento á las esferas de la inspiracion, viendo de qué manera la mujer, bella por naturaleza, realiza e lideal de lo bello en el arte? Pues tornad los ojos á ese mismo período histórico, y encontrareis los nombres de Ángela Sigea, la Duquesa de Béjar, y el de aquella célebre artista que se levantó en alas de su genio á más envidiable altura que su desdichado protector el rey Carlos II; el nombre de Luisa Roldan, la célebre escultora, alguna de cuyas bellísimas obras habréis tantas veces admirado en el Escorial.

¿Quereis todavía admirar ejemplos de mujeres que, colocadas en el trono, demostraron prudencia, energía, previsor espíritu y tan altas cualidades de mando, que las envidiarían muchos monarcas? Pues ved la historia de Doña Berenguela; Doña Blanca, madre de San Luis; Doña María de Molina, y la gran Isabel la Católica; nombres que deben repetirse siempre con admiración, y mucho más en el período que atravesamos, porque aquellas princesas fueron las primeras que con su privilegiada inteligencia comprendieron que las verdaderas fuentes de su poderío estaban en el elemento popular, por lo que, levantándolo y enalteciéndolo, contrastaron con él victoriosamente las insaciables aspiraciones de los señores y de los magnates.

¿Quereis ejemplos de virtud heroica que fortalezca en vuestros corazones los principios de severa rectitud que distinguió siempre á la mujer española? Ved á la esposa de Guzman el Bueno destrozando su corazon, sin rebelarse á pesar de ello contra su esposo, cuando arrojaba éste desde los muros de Tarifa el puñal que habia de arrancar la existencia á su hijo, ó más tarde atormentando su cuerpo porque no cediese á torpes deseos. Ved á Doña María Coronel, que, perseguida tenazmente por D. Pedro de Castilla, prefirió sufrir el martirio de desfigurarse el rostro hiriéndoselo horribilmente con una espada, y convirtiendo así el incentivo de su belleza en firme baluarte de su heroica virtud. Ved á la

espiritual amante Isabel de Segura, aquella ejemplar doncella, que prefirió la muerte del hombre á quien amaba y morir ella misma, ántes que faltar á sus deberes, cuando el escogido de su corazón, á quien habia esperado tantos años, sólo le exigia por eterna despedida una caricia casi de amistad. ¡Amor sublime que, andando los siglos, habia de inspirar aquellos notables versos, que el laureado vate (1) que tan dignamente me ha precedido en este lugar, puso en boca de Isabel de Segura en su inmortal obra « Los Amantes de Teruel » :

Nuestros amores

Conserve la virtud libre de mancha :

Su pureza de armiño conservemos;

Aquí hay espinas, en el cielo palmas.

¿ Quereis sentir dulcemente impresionado vuestro sensible corazón con admirables ejemplos de ternura conyugal? Pues volved la vista al poético período de las Cruzadas, y allí, en medio de un campamento, en el interior de una tienda de campaña, hallaréis á un esforzado guerrero próximo á espirar, herido por emponzoñada saeta; para salvarle no hay más medio que chupar el veneno de aquella herida, perdiendo acaso la existencia quien á tanto se atreva. Pero al lado de aquel hombre hay una mujer hermosísima que no vacila un momento; y conducida por un amor más poderoso que la muer-

(1) Don Juan Eugenio Hartzenbusch, que leyó su bellissimo cuento fantástico « La hermosura por castigo ».

te, recoge en sus enamorados labios la mortal ponzoña, salvando así la vida del ilustre campeón, del príncipe inglés, Eduardo, hijo de Enrique III. Aquella mujer era su esposa, la digna hija de San Fernando; la infanta doña Leonor de Castilla; aquella mujer era también española.

Si, Señoras; en todas las regiones á donde queráis dirigir el pensamiento, habreis de encontrar iguales ejemplos. Aunque no á todas es dado alcanzar el esfuerzo más propio de ánimos varoniles, recordad también que las mujeres de nuestra patria dieron con harta frecuencia ejemplo de ese valor heroico que alcanzó merecida celebridad á Catalina Eraso, á María Pita, á Juana Juarez de Toledo, á la digna mujer de Juan de Padilla, y en días casi cercanos á los nuestros á las ínclitas Condesa de Bureta y Agustina Zaragoza, que en la heroica ciudad que baña el Ebro hicieron retroceder más de una vez las orgullosas y aguerridas huestes de Austerlitz y de Jena.

¿Qué más! Para que no haya virtud en que la mujer española no pueda presentaros sus gloriosos recuerdos, hasta en las virtudes cívicas, os ofrece otra el más grande ejemplo que puede presentar nación alguna; ejemplo cuya memoria me orgullece, porque la mujer que supo ofrecerlo á la posteridad, abrió sus ojos á la luz, allí donde también se deslizaron mi infancia y mi juventud, en la poética y oriental Granada. ¿Sabeis quién es? Re-

petid, Señoras, su nombre á vuestros hijos, á vuestros esposos, á vuestros padres, á los escogidos de vuestro corazon. Repetidlo con lágrimas en los ojos, con oraciones en los labios, con sentimiento de horror en vuestro pecho para sus verdugos. Aquella mujer se llamaba doña Mariana Pineda, matrona digna de épica fama, que prefirió morir con abnegacion sublime, ántes de descubrir el secreto que los libres le confiaron. Doña Mariana Pineda, que por salvar á los generosos patricios que debian levantar el pendon de la libertad que bordaban las delicadas manos de la heroína, marchó al suplicio, dejando huérfanos y sin amparo á sus hijos, por no descubrir aquellos nombres, y perdiendo la vida en medio de su hermosa primavera, en manos del verdugo, sin que saliera de sus labios ni una palabra de reconvencion, ni una queja de natural temor.

En un país donde tantos y tan grandes ejemplos pueden seguir nuestras mujeres, bien puede sostenerse el tema de que su educacion debe perfeccionarse y formarse con la historia de la mujer misma, pudiendo aprender en ella, lo que fué en lo pasado, lo que es y debe ser en lo presente, y lo que será en los dias venideros.

Si de hoy en adelante debe hacerse imposible la existencia de la mujer, reducida á ser la criada de distincion del marido ó la superficial *marisabidilla*, segun la oportuna frase del Sr. San Romá; si una acertada instruccion debe formar la segura base en

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

TERCERA CONFERENCIA

SOBRE
LA EDUCACION LITERARIA DE LA MUJER,

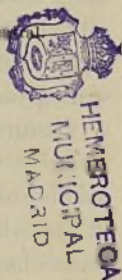
POR
D. F. DE PAULA CANALEJAS,
Profesor de Literatura española en la Universidad Central

7 de Marzo de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

Ayuntamiento de Madrid



UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS EXONIMICAS

LA EDUCACION DE LA MUJER

TERCERA CONFERENCIA

HORAS

LA EDUCACION LITERARIA DE LA MUJER

D. F. DE PAULA CANALIS

7 de Mayo de 1889

MADRID

1889

SEÑORAS :

Confieso que desde el momento en que ví que era ineludible la obligacion, gracias á la cariñosa insistencia de amigos respetables, de dirigir esta conferencia, que ha de versar sobre la educacion literaria de la mujer, ando á vueltas con mi propio pensamiento buscando traza y modo de comenzarla; y por más que he puesto en prensa mi pobre ingenio y he consultado lo que escribian sobre el arte del bien hablar los grandes maestros de la antigüedad, ni mi ingenio ni aquellos libros me han prestado auxilio; porque lo nuevo y peregrino del caso sorprendia el ánimo, como excede cuanto habian presentido sobre exordios Ciceron y Quintiliano. Auméntase mi perplejidad, habida consideracion del asunto de la Conferencia, que tratando de materias al parecer exclusivas de los filósofos y los doctos, y debiendo

preceder á todo juicio un exámen detenido de las condiciones y facultades del espíritu humano, el temor de cansar vuestra atencion con estas áridas especulaciones me coloca como en un laberinto de muy dificultosa salida, del cual no es fácil que yo salga, si en esta, como en todas las ocasiones de la vida, no me prestais, Señoras mías, el auxilio, la benevolencia con que de ordinario alentais á los que la imploran franca y sinceramente.

Digan lo que quieran y díganlo como quieran los filósofos, todos estos conceptos de arte, poesía, educacion artística ó literaria, no son tan extraños á la naturaleza humana ni tan ajenos á la vida comun y ordinaria, que sea imposible sentirlos y conocerlos escuchando por breves instantes la voz interior que en nosotros habla, y atendiendo al significado é importancia de nuestros mismos actos. Empeñándome por estas fáciles sendas, que son las únicas que le es dado á mi entendimiento recorrer, no creo hacer más que repetiros una verdad muy sabida, un hecho experimental, al decir que las facultades que sobresalen é imprimen sello á vuestro espíritu y lo caracterizan por completo, son la sensibilidad y la fantasía.

¿Hay necesidad de repetiros que el sentimiento es vuestro verdadero mundo, y la vida del corazon vuestra verdadera vida, y que toda la actividad de vuestra alma se concentra en la fantasía, desarrollando en vosotras una fuerza incontrastable, que

causa la dicha y el contentamiento de los seres que, segun los diferentes periodos de la existencia, os consideran como amparo y como refugio, como ensueño y esperanza, ó como consuelo y apoyo, porque sois, en efecto, amparo para el niño, esperanza é ideal esplendente para el jóven, y firme é inquebrantable sosten para el hombre viril, que se asocia á los infortunios ó á las aventuras de su trabajosa ó plácida existencia?

No: es harto sabido que estas facultades causan vuestra excelencia y vuestro predominio; que hermanadas la sensibilidad y la fantasía, influyéndose mútua y recíprocamente en virtud de un lazo interno que las une, el sentimiento, como una llamada intensa que brota del corazon, asciende á la fantasía, la domina, la subyuga y la inspira, obligándoos á seguir aquella inspiracion en obras y en pensamientos, y siendo, por lo tanto, ésta la árbitra y señora de vuestros destinos.

Y que es así, y no es ésta ninguna enseñanza de filosofía, lo conoceréis si, cerrando los ojos por un momento á esta vida exterior que os atrae y os excita, dirigís vuestras hermosas pupilas al fondo de vuestra alma, y atenta y silenciosamente la contemplais en los variados momentos de su existencia. Niñas aún, muy niñas, balbuceando apénas la lengua de vuestros padres, y hasta hablando aquel lenguaje especial, entrecortado, confuso, que sólo las madres tienen el privilegio de entender, la sen-

sibilidad infantil se excita poderosamente con ocasion de los juegos propios de la edad, y remedais las caricias maternas y toda la vida de la familia, y repetís los cantos de la nodriza, meciendo los juguetes con que os regocija el cariño paternal, y como un poeta dramático, la niña crea aventuras y dirige la voz á personajes imaginarios que la rodean, y con ellos se enoja, y llora, y gime ó palmea y se regocija, segun le place imaginar en aquel mundo encantado, del que es creadora sin rival su apasionada fantasía.

Mirad, mirad, Señoras mías, todo el destino futuro de vuestra vida como compendiado y resumido en estas infantiles creaciones de vuestro sentimiento y de vuestra imaginacion. ¡Fingís escenas de la vida real y positiva en aquellos juegos; sufrís y gozáis segun son aquellas escenas, que no tienen otra verdad que la verdad que vosotras mismas les prestais, y que, sin embargo, nublan de lágrimas los hermosos ojos de la niña, haciendo sufrir á los padres, que se apresuran á consolar con toda la sollicitud de su alma aquellos dolores imaginarios!

Salidas de la infancia, creciendo la energía de vuestro sentimiento, aumentando la vivacidad de vuestra fantasía en las horas de insomnio ó en las de un trabajo extremadamente manual y mecánico, que no interesa á vuestro espíritu, continuais formando dulces quimeras, haciendo deleitosos castillos en el aire, imaginando el sér perfecto dotado de her-

mosura y de nobleza, de altas y relevantes cualidades, que ha de satisfacer todas las aspiraciones del ideal que brota del casto y enamorado pecho de la doncella. ¡Qué tipos tan esplendentes de inusitada y rara perfeccion, de desconocida grandeza, de heroica generosidad, de exquisita sensibilidad, no se levantan en esos momentos solemnes de vuestra vida del fondo de vuestra fantasía! Las más adorables creaciones de la poesía, la más perfecta inspiracion de los poetas que mejor han representado la belleza ideal del hombre, palidecen ante esa nube de seres perfectos que se escapan de la fantasía, de la doncella, al tejer como una novela los destinos futuros de su vida, y que ella considera como la única capaz de saciar la sed de belleza y de bondad que aqueja á su corazon.

No creais que estos castillos en el aire, verdaderos poemas de vuestra fantasía, son los únicos de vuestra vida; porque vuestra vida pasa entre un continuo sentir y un fantasear constante. Elevadas al noble sacerdocio de madres de familia, buscáis en el esposo la cumplida y perfecta realizacion de vuestros ensueños; meciendo despues al hijo de vuestro amor, comenzaís una nueva serie de castillos en el aire, soñando gloriosos destinos, innumerables dichas y todo linaje de perfecciones y de virtudes para el que es la cifra en que se compendia todo vuestro cariño y la causa de todas vuestras aspiraciones. Niñas, doncellas, esposas,

madres de familia, vuestra ocupacion constante, la vida de todo vuestro espíritu transcurre en los límites de esta creacion artistica y fantástica en la cual deseais primero contemplaros felices, y en la cual deseais por último contemplar dichosos á los que pasan á ser la ocupacion de vuestra existencia, vuestros esposos y vuestros hijos.

Llega, Señoras mías, el momento en que estas puras concepciones de vuestra fantasía, estos sueños encantados, este embeleso de la doncella ó esta ardiente aspiracion de la esposa y de la madre chocan con la realidad, y ¡ay de vosotras, si vuestra idealidad no concuerda con la realidad!, si lo tosco, lo grosero, lo insensible, dando origen á lo vulgar y á lo prosaico, agota el raudal vivo y constante de sentimientos que deben fluir eternamente de vuestro corazon, ó agosta aquella rica y abundante exhalacion poética de idealidades y perfecciones, que son la forma de vuestro sentimiento, pero forma tan etérea como los perfumes, que si á primera vista parece que se pierden en el espacio, es porque rápidamente traspasan el mundo visual y se dirigen al cielo, patria comun de toda verdad y de toda belleza, de toda idealidad y de toda poesia.

Entónces comienza el dolor de la vida, dolor sin consuelo, porque las más veces es un dolor mudo, sin expansiones ni confianzas, y entónces comienza esa lucha, verdaderamente heroica, que sostenéis á brazo partido con la realidad, á fin de

transformar cuanto grosero os rodea, en bello, lo innoble en noble, en sensible lo insensible, y en puro y perfecto lo que anda sumido en las imperfecciones de la impureza. Entónces, como el verdadero artista, que idealiza las formas de la naturaleza para que sean un digno contenido de la espléndida poesía que inunda su alma, os empeñais en regenerar los caractéres, en corregir, enmendar y purificar, para que el esposo corresponda á la alta idealidad que vió en sus sueños la enamorada doncella, y sobre todo, á la manera que el escultor desbasta el mármol y con cincel inspirado procura se reflejen en la estatua todas las perfecciones que acaricia su genio, y admire el mundo una hermosura perfecta y celestial, desbastais el espíritu de vuestros hijos, enriqueciéndolo, adornándolo, embelleciéndolo con nobles y levantadas aspiraciones, encantándolo con el amor á la verdad y á la belleza, para que sea pasmo de las gentes y regocijo y consuelo de su madre.

Yo no quiero repetir, porque sería sorprender vuestros más recónditos secretos, todas las inquietudes y todos los dolores de esa continuada tarea de vuestra vida, que os absorbe por completo. Yo no quiero repetiros, ¡que harto lo sabeis! la frialdad que inunda al corazón y que lo hiela de espanto cuando huye la esperanza de hacer brotar un hombre nuevo de aquel que, aún á vuestro lado, no percibe los latidos de dolor de vuestro pecho, ni

sospecha siquiera el desencanto de vuestra imaginacion cuando, inspirado por la fiebre del interes, se pierde en las oscuridades de lo grosero y de lo innoble, ó cuando, desoyendo el distintivo grito de la belleza, va á perderse en los abismos del vicio. Yo no puedo decir, porque no hay lengua humana que lo diga, el desesperado dolor de una madre cuando el hijo aparece á sus ojos, no ciñendo la aureola que su apasionado espíritu deseaba, sino ostentando el sambenito de la ignorancia, del vicio ó del crimen. ¡Las que seais madres, las que seais esposas, sintiendo este espantoso sufrir, comprenderéis que no hay en efecto lengua que lo diga ni más corazon que el maternal que lo sienta!

Así quiso Dios que fuese vuestra existencia, y tal es el noble destino que os impuso. Vuestras facultades, la sensibilidad y la fantasía, son las necesarias para cumplirlo, porque Dios, al imponérselo, os dió medios para realizarlo. Meditando sobre este destino y sobre esta existencia, yo descubro que se resume en este pensamiento: transformar lo real en ideal, lo feo en hermoso, lo innoble en noble, el sér manchado por el vicio en sér purificado por la virtud; y esta trasformacion es la que constituye el carácter de la poesía, es el fin del arte; de modo que sois, Señoras, artistas por deber y por obligacion, y que, como el poeta, el escultor ó el músico, estáis obligadas á descubrir y á hacer patente al través de las espesas capas de la ignorancia,

de la indignidad y del vicio, los divinos rasgos de la belleza que están en el fondo de todo espíritu humano, de la misma manera que el músico descubre la armonía en el fondo de todo movimiento, del mismo modo que el pintor descubre el color en las entrañas de la luz, y del mismo modo que el poeta hace que ascienda una humareda constante de melodías de todo lo que siente y vive en los infinitos espacios del mundo.

Si; vuestra vida es la vida del artista, con la diferencia de que la realidad obedece sumisa al artista cuando la transforma con la poderosa magia del genio, y para vosotras la realidad es rebelde, os desconoce las más veces, os repele muchas, y en no pocas esta rebelion es tan impía, que os hiere y os asesina el mismo por el cual habiais en vuestros sueños de abnegacion concentrado toda la energía de vuestros amores, para hacerlo digno del ideal de virtud y de nobleza que habia entrevisto vuestra enamorada fantasía.

¡Cómo no venir en vuestro auxilio en tal extremidad! ¡Cómo no prestaros el débil concurso de nuestras fuerzas en esa noble y generosa empresa de ennoblecer y regenerar los caractéres en el seno de la familia, y de crear espíritus generosos y viriles que amen á Dios y sirvan á la virtud y á la patria, declarando en una serie de actos nobilísimos y de pensamientos elevados la santa influencia de la bendita mujer que les llevó en sus entrañas!

Os lo repito, Señoras, sois artistas, debeis ser verdaderas artistas en el seno de la familia; artistas que no trabajan sobre el mármol, el lienzo ni sobre la palabra, sino que su materia es la vida y el espíritu humano; artistas que si la creacion no brota, no sólo no sufren el desencanto que experimenta el poeta ó el pintor al ver que la imágen no resuena en el canto ó no se figura en el cuadro; sino que sufre el intenso dolor de la esposa desconocida ó de la madre olvidada, á cuyo desconocimiento y olvidado hay que agregar, no sólo el dolor que os causa, sino que es motivo de la desdicha y de la maldicion de los que de este modo atentan á la santidad de la familia.

El medio eficacísimo para educar la sensibilidad, para encender la fantasía, es encaminarlas por las vias nobles y racionales; es la educacion literaria, de cuya imprescindible necesidad no creo dudeis si, recordando mis palabras en el silencio de la noche, escuchais los latidos de vuestro corazon y escrutando los misterios de vuestra conciencia, considerais lo que debeis hacer para influir en el espíritu de la familia, para causar, no sólo vuestra dicha, sino lo que os interesa mucho más, dada vuestra abnegacion sin límites, la de vuestros padres, hijos y esposos.

La sensibilidad y la fantasia se educan por el arte, por la poesía; y sean cualesquiera las definiciones que os den de arte y de poesia, y las que leais en los

libros de los sabios y de los filósofos, consideradla sólo como la gran madre del género humano, que con la misma solícitud que vosotras cuidais de corregir, de educar, de ennoblecer el espíritu de vuestros hijos, cuida de levantar á la contemplacion de la hermosura y de la belleza el espíritu de la humanidad entera. Como santa y bendita madre, la poesía, que nunca nos abandona, que nunca ha abandonado á la humanidad, que nunca la abandonará, en medio de los atentados de la vida del sentido, de la vida grosera y material, de la pasión fisiológica y del vicio, nos ofrece creaciones que irradian luz celeste, purificadora de nuestra inteligencia y nuestro corazón, restableciendo en el espíritu, conturbado por el prosaismo de la vida finita y limitada, la noción del ideal bello, del ideal verdadero y del ideal de bondad, cuya existencia en el fondo del alma atestigua de un modo indudable el divino origen del espíritu del hombre.

Inconcebible sería, y más que inconcebible, verdaderamente repugnante la vida humana, si entregada á todas las sugerencias de los sentidos, á los consejos del interés y al afán de goces, de influencia y poder, que desata todas las pasiones y las vehemencias nacidas fuera de lo moral y de lo justo, careciese de esta divina fuerza del ideal, que restablece en nuestro espíritu el perdido equilibrio y que contrapone á los cuadros aflictivos ó repugnantes de la existencia ordinaria ó vulgar, los nobilísimos

de la existencia humana tal cual debe ser, atendiendo lo elevado de su origen, lo glorioso de su destino y las nobles facultades y caracteres con que le dotó la Providencia. El arte es una escala constantemente ofrecida al espíritu humano para ascender á lo divino: la belleza es un verdadero ángel custodio, que agita sus alas, deseoso de tender el vuelo á los anchos horizontes del ideal, que aletea constantemente en el fondo de nuestra alma, y para abrir campo á este ángel, es necesario que la educación literaria nos diga el modo y la manera de fundir por el contacto de la belleza, lo grotesco y lo feo que el roce de la vida vulgar y ordinaria va depositando en nuestro espíritu como una capa de duro mármol que nos aísla y nos encadena á la realidad y nos sujeta en su fondo, de la misma manera que la losa funeraria encierra y cubre el cadáver; porque el espíritu que no siente la belleza y que no aspira á ella es verdaderamente un repugnante cadáver, dotado tan sólo de un movimiento físico ó mecánico.

Esta regeneración del espíritu humano por la belleza, igual á la regeneración del espíritu humano por la bondad y por la verdad, la cumplen, influyendo en las diferentes propiedades de nuestro espíritu, las creaciones artísticas, la estatua, el cuadro, la sinfonía, que dejan enamorada y embellecida el alma humana, y más principalmente que estas artes, el conjunto de todas ellas, el arte divino que

crea estatuas tan imperecederas como mármoles y broncees por medio de la palabra, cuya eficacia creadora y cuya fuerza de conservacion es para el espíritu lo que la fuerza misteriosa que engendra la circulacion de nuestra sangre por nuestras venas y nuestras artérias, llevando á nuestros órganos vida, y con la vida el movimiento y la salud.

Cuidad, Señoras mías, de que la poesía, á la cual encomendeis la salud de vuestra alma, la regeneracion de vuestro espíritu, sea verdadera poesía. ¿Cómo conocerlo? me preguntais con vuestras miradas. Es sencillo el medio: os basta vuestro propio corazon, que es el criterio, y vuestra propia fantasía, siempre que con verdadera efusion filial abrais una y otra á las castas caricias de la inspiracion poética, siguiendo con espontánea irreflexion la voz que blandamente os convida á gozar las perspectivas del mundo ideal, del mundo de lo infinito. No es difícil el criterio; porque la belleza, á la vez que inspira, lleva en sí misma la regla del juicio; basta purificar el espíritu de toda sugestion indigna, basta rechazar enérgicamente toda preocupacion y todo pérfido consejo nacido de nuestros sentidos ó de nuestro interes, para que nuestro espíritu distinga con toda precision la hermosura de la fealdad, lo grosero de lo poético.

Si despues de leer un libro, si despues de asistir á la representacion de un drama, de una comedia ó de una tragedia, en la secreta comunicacion de

vuestra conciencia no os sentís mejores, más aptas para el sacrificio que el deber impone, más prontas á la abnegacion, y no experimentais ese sacudimiento eléctrico que parte del corazon y que despierta mística sed de perfecciones en el entendimiento, arrojad sin escrúpulo aquel libro, reprobad sin temor aquella escena, porque ni el libro es poético ni la escena es bella. Si, por el contrario, al compas de la lectura sentís crecer el corazon dentro del pecho, se cruzan en vuestro espíritu como exhalaciones y meteoros luminosos, enérgicas decisiones en pro del bien, de la virtud; si las lágrimas que vierten vuestros ojos ruedan silenciosamente y sin descanso, purificando como una lluvia del cielo toda vuestra alma; si la figura de aquel personaje ó de aquella heroína os asedia dia y noche, infundiéndoos valor, energía, y centuplicando la vitalidad sensible de vuestro corazon, entónces no temais: lo divino está frente á vosotras, lo divino os toca, y seguid sin temor á aquel mágico iniciador en los misterios divinos de la belleza.

Pero cuidad mucho, Señoras mías, y no olvideis que la imaginacion, si participa de la vida del sentimiento, se conforta igualmente con la vida de la inteligencia, y que la verdadera poesía toca igualmente á la inteligencia que al corazon, de la misma manera que mueve la voluntad hácia el bien y hácia la virtud, sin necesidad de decirlo; porque así como todo casto amor ilumina la inteligencia y ro-

bustece la voluntad, así la belleza por su natural divino ensancha el entendimiento y hace inquebrantable el propósito.

No; no es verdadera iniciación de la belleza ni verdadera poesía esa excitación nerviosa, esa catalepsia moral que causan, esa vaga melancolía sin fin y sin objeto, que sobreexcitan en vosotras páginas ridículamente afectadas y cantos ridículamente sonoros; el libro, la novela ó el drama que sólo busquen la conmoción, sin pretender que del seno de aquella conmoción surja un propósito noble ó levantado y un conocimiento más claro y evidente de nuestro destino, es fruto de una inspiración enfermiza, de un desordenado afán de emociones, que conduce fatalmente á la esterilidad y quebrantamiento del espíritu, sin otro fruto que el enloquecimiento pasajero de una embriaguez, que no por ser del alma, es ménos repugnante que la del cuerpo. Sentir, sí; pero sentir para conocer y para convertirnos en instrumentos dóciles y apasionados, en enérgicas sacerdotisas de vuestros deberes. No sentir por sentir, no llorar por llorar; sino sentir y llorar para que nuestra alma sea más blanda, más caritativa, más accesible al dolor ajeno, más pronta al consuelo y sacrificio, si el sacrificio fuese necesario. La sensibilidad es una facultad del espíritu que va unida á otras facultades: educadla siempre en esta relación, y desechad sin escrúpulo libros y novelas, poesías y dramas, cuyo alcance se limite á conmo-

ver vuestro espíritu arrancando lágrimas á vuestros ojos, sin despertar ideas en la inteligencia y propósitos en la voluntad.

Con este sencillo criterio, que no es más que la pureza primitiva de vuestra alma y que nace de reconocer la bondad natural del espíritu humano, podéis confiadamente abrir el poema ó la novela, y presenciar el espectáculo que la actividad artística del siglo os ofrece como medios de educacion; pero desconfiad de esas novelas y todos esos dramas, que no hacen otra cosa que presentar á vuestros ojos una exacta fotografía de lo que es, una reproduccion fiel de la miseria moral, de la indig-nidad, del vicio y del escándalo, dibujando en todos sus aspectos la vulgar y prosaica realidad de la vida. Esas fotografías no obedecen á la inspiracion artística y son verdaderos atentados contra el arte; porque la inspiracion no ve las cosas como los ojos del cuerpo las ven; sino que penetrando en la esencia propia de los hechos y de los seres, las mira tales cuales deben ser, y como en efecto son en la inteligencia divina, y no como hacen que aparezcan la corrupcion y la grosería del mundo, de pasiones y de intereses, que pervierten la natural índole de las cosas y contrarían la natural direccion é impulso de los hombres hácia el bien supremo y la belleza absoluta.

Dominadas por esta natural aspiracion á la belleza, acudid sin recelo á esos templos del arte, que

desde tiempos antiguos sirven de ejemplo y de enseñanza á las generaciones; pero acudid al teatro buscando tan sólo la pura y santa emocion de la belleza, que transforma y diviniza el sér humano, y no el pueril solaz y el grosero entretenimiento del hombre inculto, que va á saciar los ojos, y nada más que los ojos de la cara. Yo estoy seguro, Señoras mías, que dominadas de aquella emocion y atraídas por el puro afán de contemplar la belleza, apartaréis con disgusto y con indignacion los ojos de la escena profanada, cuando en vez de las concepciones sublimes, de los poetas que enseñan cómo lo divino reside en la naturaleza del hombre, la veais invadida por torpes bacantes, cuya atrevida desenvoltura sólo complace á mancebos indignos de ostentar la belleza de la juventud, y divierte á la degradada senilidad á quien el cielo privó de la solemne majestad del anciano.

Yo ya sé que vosotras no legitimais con vuestra presencia esas profanaciones del arte y de la belleza. Yo bien sé que ninguna, ni doncella ni madre de familia, fija por un momento sus ojos en el conjunto de grosería y de vulgaridad á que se da el pomposo título de representacion escénica en algunos de nuestros coliseos. Yo bien sé que formais la liga santa de la belleza, y por lo tanto, del pudor y de la castidad, de la poesía y del ideal, para reprobar con vuestro desprecio, ese industrialismo literario, destinado á halagar instintos que el hom-

bre debe siempre vencer; pero es preciso y absolutamente indispensable, si habeis de ser respetadas y vuestra influencia social ha de ser eficaz y provechosa, seais inflexibles é intolerantes, contra todo lo que en el campo de la novela ó en la representacion teatral constituya un atentado contra el arte; no consintiendo en ninguna ocasion ni con ningun motivo caer en una punible complicidad con los reos convictos y confesos de indignidad literaria, bien se crean poetas ó novelistas, ó bien se llamen actores, cuando en verdad y en justicia no son más que torpes juglares y miserables histriones.

Todo esto fácilmente se alcanza á vuestro espíritu, y yo no necesito más que apelar á vuestra conciencia y suplicaros que la escuchéis, para que mis consejos sean atendidos, y para que en beneficio nuestro y en beneficio social, podamos esperar con vuestro concurso, que toca á su fin el reinado de lo grosero y de lo vulgar en el arte y en la novela, y que no está lejano tampoco el último dia del imperio del histrionismo en el teatro.

Á vosotras os cumple, os lo repito, formar esa santa liga en pro de la belleza; prometeos á vosotras mismas, ante vuestra conciencia, no leer ni escuchar lo que no sea bello, y por lo tanto, puro, noble, ideal. Como que el artista y la sociedad se influyen mútua y recíprocamente, influiréis en la inspiracion del arte; que todo esto se alcanza y todo esto se consigue por vuestra educacion literaria, sirvién-

doos á la vez esta influencia que hoy imprimís, para preparar el auxilio y la ayuda que á su vez os han de prestar el teatro, la novela, la poesía, para cumplir en el seno de la familia aquel destino educador y nobilísimo, que engendrando vuestra dicha, causa á la vez la de vuestros esposos y de vuestros hijos.

El bien que hoy causeis, os será devuelto con usura; porque ésta es una ley aplicable á todos los órganos sociales, y fuera de esas momentáneas desviaciones que experimentan las literaturas de todos los pueblos, y que son lo que los accidentes á la ley general, la creacion poética que cumplen los poetas líricos ó dramáticos, y que realizan asimismo los novelistas, es un auxiliar eficacísimo para vuestra mision, es una página cada dia nueva del inmenso é infinito poema del ideal, que el genio del arte ofrece á la contemplacion de vuestro espíritu para que encontreis la energía y la fuerza que es necesaria para el cumplimiento de vuestro destino. Ya no necesito yo deciros que la poesía no es un entretenimiento, no es una pura recreacion; sino que veis que por la manera apasionada y vehemente que toca al alma, y por la virtud que en la misma enciende, es honesta, y por lo tanto, debida ocupacion de todo espíritu que considere la vida humana como el cumplimiento de altísimos deberes, para cuyo cumplimiento es necesaria ayuda eficaz, directa, verdaderamente divina, como lo es la que nos presta la inspiracion del artista, que nos conforta con el

espectáculo de la belleza, que es la misma Divinidad.

Desechad sobre este punto preocupaciones infundadas; la verdadera poesía es una educacion de la inteligencia y del sentimiento; y la novela y el teatro, presentándonos la vida tal como debe ser, y no como es, sin decirlo, enseñándolo indirectamente, nos invitan á modelar la nuestra segun el eterno ejemplar de verdad y de virtud que constituye el fin religioso de nuestro existir. Despues de la lectura *Á la Ascension*, de Fray Luis; de la lectura de la *Noche serena*, del mismo poeta; despues de meditar al seguir el pensamiento del autor de la *Epístola moral*, ó de sentir deshacerse el alma en emociones y en lágrimas, al repetir la intensa y magnífica melodía que del sentimiento humano y del sentimiento divino forman los grandes poetas, el alma se siente más llena de Dios, más apasionada de lo divino y más pronta á esa exaltacion de la virtud, que crea los heroismos del sentimiento.

Despues de asistir á la representacion de *La Vida es Sueño*, del gran dramático; de *Ganar amigos*, del gran moralista, ó de haber sentido todas las pasiones que se combatian en el puro seno de *Isabel de Segura*, cantada por el ilustre decano de nuestra poesía dramática contemporánea, es evidente que os sentís más dignas, más nobles, más sedientas de la belleza y de la bondad, y por lo tanto, se ha conseguido un grado de educacion en

vuestra cultura y un singular adelantamiento en vuestra perfeccion.

Pero ¿este consorcio y maridaje con la poesía, esta exaltacion del sentimiento, este misticismo del arte trasportado á la vida, no puede producir daño, no puede poblar de quimeras la fantasía de la doncella y de la madre, y aún de la esposa, y separándola de la realidad de la vida, enloquecerla empeñándola en perseguir seres fantásticos y buscando aventuras portentosas? ¿No es posible que se produzcan aquellas cómicas parodias vivas de los dramas sentimentales de há pocos años, que poblaban nuestras tertulias y eran el regocijo de los maleantes, así como la desesperacion de los padres y de los esposos? No; porque la educacion literaria es una educacion severa, es una disciplina para el sentimiento y una leccion para la inteligencia, á la vez que un mandato para la voluntad. No es tan sólo un excitante nervioso, ni es la galería de espectros y sombras ensangrentadas de nuestros escritores terroristas, sino que por ser una creacion sujeta al tipo eternal de la belleza, se apodera de todo nuestro sér, y en la armonía de todas nuestras facultades, en el punto central de nuestro espíritu, en la médula espinal de nuestra alma (perdonad la frase), deposita la inspiracion artistica, que segun adonde toca y adonde se dirige, es luz para el entendimiento, emocion para la sensibilidad y energía para la voluntad.

Pero ¿á qué molestaros? ¿A qué repetirse un

hecho que en el silencio de vuestra meditacion y en el dolor de vuestros sentimientos habeis muchas veces reconocido? ¿A qué repetiros que la poesia educa, si es sabido que por su naturaleza celestial levanta al hombre á Dios, como le levanta á la verdad, como le levanta á la bondad? Nada más sabido (por más que no nos hayamos dado cuenta de ello), al buscar en nuestra memoria los ejemplos que hemos pretendido imitar en los acasos y accidentes de nuestra vida.—¿Quién no recuerda que fué Ofelia, Julieta ó Desdémona, creadas por Schakspeare, ó Marienne, creada por Calderon, ó la Esclava de su Galan, ó la Blanca de García de Castañar, ó Virginia, la que os ha enseñado el camino de abnegacion y de firmeza, de lealtad, hasta el punto de no estimar la propia existencia más que como un holocausto con que rendir tributo al padre, al esposo á los hijos, ó á los deberes de doncella ó de madre? Sí, es preciso vivir en ese mundo creado por la fantasía de los artistas de todos los siglos y de todas las edades, mundo más espléndido que este de la miserable realidad, que nos enloda y nos mancha, vivir en el completo florecimiento de estos gérmenes divinos que se esconden en el seno de todas las facultades y de cada una de las energías del espíritu del hombre. Si os acusan de perseguir un ideal, vanagloriaos de la acusacion, porque ése es el fin de la vida; porque eso equivale á colaborar con Dios al destino universal de las creaciones.

Perseguid el ideal, amadlo, procurad que resplandezca en la vida que os rodea; buscadlo con afán para cumplirlo luégo, encarnándolo en el corazón de vuestros hijos, y habréis merecido bien de la patria, y la bendición del cielo caerá sobre vuestras cabezas, enardecidas por la aspiración á lo perfecto y á lo sublime.

No es áspero el camino. Es una suave pero larguísima senda, que á manera de gigantesca espiral, ciñe altísima montaña. No hay asperezas ni abrojos que lastimen vuestros piés. Como aquella mística ascension del gran poeta de los siglos medios, del inmortal cantor del dogma católico, cada vez que llegais á una de las mesetas de esta altísima montaña, dejais tras sí una flaqueza del cuerpo, una mancha del espíritu, y lentamente el horizonte se va ensanchando; la luz que primero se anuncia en pálidos albores, destella y centellea; pierde el cuerpo sus deformidades físicas; los perezosos sentidos se tornan sutiles y penetrantes; la inteligencia como que se ilumina por una antorcha interior que todo lo aclara, y el espíritu ya ve lo angélico y seráfico; el cuerpo es un vapor en el cual se quiebran los rayos de la luz, formando en torno del alma vistoso ropaje de suavísimas tintas, y por último, cuando despues de haber sacudido toda la existencia grosera y mundana, se llega á la deseada cumbre, entónces como el perfume de una flor que por los hilos conductores que indica el rayo lumi-

noso del sol, con vuelo eléctrico, lánzase á buscar el iman que lo atrae allá en el mundo de lo infinito, así se lanza el espíritu del hombre al seno divino, para recibir el premio de sus merecimientos por haber demostrado en sus hechos y aspiraciones que era en verdad el sér creado á imágen y semejanza de Dios, fuente y manantial perenne de toda belleza y de toda santidad.—HE DICHO.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIA DE MAESTROS
DE LA EDUCACIÓN DE LA MADRID.

CUARTA CONFERENCIA.

DE LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO
EN LA VIDA LA VIDA Y LA SOCIEDAD.

DEBATE Y DISCUSIÓN.

MADRID.

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

CUARTA CONFERENCIA.

DE LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO
SOBRE LA MUJER, LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD,
POR
D. FERNANDO CORRADI.

14 de Marzo de 1869.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

SEÑORAS :

El asunto de que voy á tratar es tan importante que, necesitaria poseer, para desempeñarlo dignamente, la elocuencia de S. Agustin, ó la sabiduría y erudicion de alguna de las otras grandes lumbreras del Catolicismo.

Desgraciadamente no poseo ninguna de estas prendas, y sólo puedo ofrecer á las ilustradas personas que me escuchan el resultado de mis particulares creencias y convicciones.

Retirado á la vida privada, y con el firme propósito de no volver á tomar parte, por ahora, en las ardientes luchas de la política, en que he consumido algunos años de mi vida, no me niego, sin embargo, ni me negaré nunca, cuando á ello se me invite, á contribuir, en cuanto de mí dependa y mis escasas fuerzas alcancen, al mejor éxito de

todo pensamiento que se dirija á fomentar entre nosotros el gusto por los estudios útiles y la ilustracion de las diferentes clases sociales.

Poseído de estos sentimientos, no sólo acepté gustoso la invitacion que me fué hecha por el digno Rector de la Universidad de Madrid para tomar parte en las *Conferencias Dominicales*, que ha establecido, y por lo cual le felicito, sino que estoy dispuesto á venir aquí de vez en cuando, no á enseñar, porque de ello me considero incapaz, sino á someter al buen juicio de las personas que se sirvan favorecerme con su presencia y atencion, las escasas é imperfectas nociones que he adquirido en alguno de los ramos del saber humano.

Vamos á tratar hoy de la influencia del Cristianismo sobre la mujer, la familia y la sociedad, como materia de enseñanza para el bello sexo, bosquejando á grandes rasgos, ligeramente, y segun lo exigen el auditorio y el sitio, el cuadro de la portentosa revolucion que obraron en el mundo las fecundas doctrinas del Evangelio. Materia es ésta que, por su naturaleza misma, por las consideraciones á que se presta, por los principios que de ella se desprenden, no puede ménos de interesar á todo cristiano, á todo buen católico. La ocasion nos convida á ello, pues hoy es el aniversario de la pasion de nuestro señor Jesucristo, que celebra la Iglesia católica todos los años, como una época consagrada á la meditacion y á la penitencia.

No hay duda : las cuestiones que se refieren á la influencia moral del Cristianismo y recuerdan los incalculables beneficios que ha proporcionado al género humano, tienen la virtud de avivar y robustecer en nosotros , á despecho de los escépticos, el sentimiento religioso, tan necesario para la vida del alma, como necesarios son para la parte material de nuestra existencia, el agua que bebemos , el aire que respiramos, la luz que nos ilumina.

Por la delicadeza de su organizacion y exquisita sensibilidad, toma en la mujer el sentimiento religioso un carácter más apasionado, más vehemente que en nosotros; porque, como hay ciertos misterios que se sienten mejor que se explican, la mujer alcanza con el corazon lo que nosotros queremos comprender con el criterio, no pocas veces falible, como todos los juicios humanos.

¡Desgraciados aquellos en quienes ningun influjo ejerce el sentimiento religioso! ¡Desgraciados aquellos que no creen ni esperan! Para mí son todavía más dignos de lástima que de reprobacion. Lo digo con sinceridad : nunca he podido explicarme el fenómeno de que haya quien voluntariamente se despoje del sentimiento religioso, privándose así de un manantial de consuelos y satisfacciones.

Los incrédulos y materialistas están condenados á un suplicio sin término ni nombre, como aquellos réprobos para quienes su conciencia se consti-

tuye en un fiscal que les acusa, en un juez que les condena, en un verdugo que les castiga. Agitándose incesantemente en el vacío, no encuentran en su alma exhausta fuerza suficiente para resistir los golpes de la arbitrariedad y de la tiranía. Esclavos de la vil materia, sólo se muestran sensibles á los dolores del cuerpo, y su alma, presa en la estrecha cárcel de la carne, no traspasa nunca los límites del mundo terrenal, donde les persiguen y acosan la duda, la incertidumbre, la inquietud, el sobresalto, los remordimientos.

En este valle de miserias y lágrimas, donde al lado de cada flor crecen innumerables espinas, ¿qué es la vida, aún de aquellos seres más halagados por los pasajeros dones de la inconstante fortuna? Los déspotas de la tierra nos oprimen; la envidia y la maledicencia nos calumnian; la injusticia y la ingratitud acibaran nuestros días; la venganza nos persigue; las cadenas de mil preocupaciones sociales nos abruma; la naturaleza inexorable nos arrebat; los seres más queridos; la vejez nos debilita, agobia y rodea de espesas tinieblas, y la muerte, nuestra oculta é inseparable compañera, nos amenaza incesantemente, anunciando su presencia con los dolores y padecimientos con que suele acometernos desde los primeros sollozos de la cuna.

Para tantas miserias y aficciones, los únicos consuelos, los verdaderos consuelos son los consue-

los de la religion. Cuando nuestros enemigos nos maltratan, apelamos con toda confianza al tribunal de Dios. Cuando vemos frustradas nuestras esperanzas en la tierra, nos alienta la idea de que más allá de este hemisferio visible hay otro hemisferio mejor y un mundo de bienaventuranza. Cuando lloramos la pérdida de un objeto querido, echamos, con el auxilio de la fe, un puente sobre el abismo de la eternidad que de su lado nos separa. Cuando en fin, el espíritu se desprende de la materia, nos fortalece y sostiene la seguridad de que encontraremos en el cielo una vida eterna, exenta de amarguras, peligros y aficciones.

Digan lo que quieran los incrédulos y ateos, la idea de Dios es innata en el hombre, y no llega á perderla como no se sepulte en un abismo de corrupcion é iniquidad. El ente humano propende á reconocer una causa superior y originaria, de donde proceden el órden del universo y todas las maravillas de la naturaleza. Sea cual fuere el país donde habite, sea cual fuere el género de vida á que esté condenado, sean cuales fueren su posicion y su clase sociales, la idea de Dios nace con él; le acompaña en todos los actos de la vida; se desenvuelve más y más en el fondo de su conciencia, á medida que adquiere con mayor claridad las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; le sirve de regla de conducta, y forma, por decirlo así, parte integrante de su individualidad.

Esa misma multitud de cultos, de que algunos en mal hora pretenden deducir sofisticos argumentos para negar á Dios, es la prueba más irrecusable de su existencia. Nada importa que los antiguos griegos y romanos adorasen á sus torpes dioses del politeísmo; nada importa que en el primitivo Egipto se tributáran los honores divinos á Osis y Osiris, el Sol y la Luna, al buey Apis y hasta al inmanente cocodrilo; nada importa que el inca rinda culto al Sol, el persa al fuego, el indio á Brama, el escandinavo á Odino; nada importa, en fin, que los salvajes del Nuevo Mundo se postren ante ídolos informes, á quienes suelen sacrificar víctimas humanas; porque todos esos cultos, siquiera mitológicos y absurdos unos, groseros y sanguinarios otros, confirman que la idea de Dios reside en embrión en la conciencia humana, como la chispa eléctrica en las entrañas del pedernal, como el fruto en el receptáculo de la flor que le precede. El mismo espectáculo de la naturaleza habla con una elocuencia irresistible. Esa bóveda del cielo, que cubre nuestra cabeza; ese mar insondable, imagen de la eternidad, que nos rodea; esos bosques, que pueblan la superficie de la tierra; esos astros luminosos, que describen periódicamente sus órbitas con admirable regularidad; esas leyes de la atracción y la gravedad, que mantienen inalterable el equilibrio del universo; esa infinita variedad de seres, especies y familias, que de diversos modos y por ocultos

finos concurren á la armonía general; ese mecanismo portentoso é incomprensible, en fin, que no acertamos á explicarnos, porque nuestra corta inteligencia, tiene como nuestros sentidos, ciertos límites, que no podemos traspasar; ¡todo, todo revela la mano de un Artífice supremo, inmortal, omnipotente, infinito!

Donde quiera que se relaje, y mucho más si se extingue, el sentimiento religioso, las gentes se entregan á todo género de delirios, que perturban y extravían la imaginación y los sentidos. ¡Díganlo, si no, el castigo y la conducta de aquellos israelitas que en un raptó de sacrilega ingratitud adoraron al Becerro de Oro, expresión del materialismo y de la impiedad! ¡Cuánto enseña también el ejemplo del pueblo francés, durante el régimen del terror, cuando las turbas ebrias de oro y sangre, escandalizaban al mundo con sus excesos y atentados! Pervirtidos su entendimiento y su alma con las heréticas máximas de un filosofismo corruptor, llegó, en su frenesí, no sólo á renegar de Dios, después de haberle discutido, sino hasta el punto de levantar altares al ídolo Razon! El castigo fué pronto y terrible. La cuchilla de la guillotina, el férreo despotismo de un soldado y la lanza de los cosacos se encargaron de su expiación. El pueblo francés volvió al conocimiento del verdadero Dios, pero después de haber apurado hasta las heces, entre torrentes de sangre, el cáliz de la vergüenza y la humillación.

La mujer parece destinada por la Providencia para mantener vivo en nosotros el sentimiento religioso, porque necesita *amar y creer*. Ahí teneis las mujeres fuertes de la Biblia. Ved cómo Débora, Agar, Judit, Atalia, y muchas más, que recuerda el Antiguo Testamento, supieron y lograron sobreponerse á su propio sexo. El sentimiento religioso arma el brazo de las unas, ilumina la mente de las otras, infundiéndoles el valor, el entusiasmo y la constancia del heroismo.

Volved los ojos á la esposa y compañera de Polio, uno de los mártires del Cristianismo. Con el corazon comprende la existencia del verdadero Dios en Jesucristo, y léjos de desmayar á vista del peligro, alienta y fortalece á su consorte, conduciéndole al martirio como si fuese á recibir los honores y la corona del triunfo en el Capitolio.

Pero no hay que confundir la piedad con esa falsa devocion que hace depender de ciertas menudencias y exterioridades, practicadas como maquinalmente y por la fuerza del hábito, la redencion de los crímenes más atroces y la salvacion del alma. No : la verdadera piedad es aquella que se funda en el sincero é ilustrado cumplimiento de los deberes religiosos, segun el espíritu del Evangelio, y en la práctica de todas las virtudes cristianas, con el firme propósito de ser útiles á nuestros semejantes, á la familia y á la sociedad.

Repulsion inspiran aquellas pecadoras que quisie-

ran conciliar las prácticas religiosas con la satisfacción de sus pasiones, y queántes y despues de postarse al pié de los altares, se entregan á desórdenes deplorables. ¿Qué idea tendrá de nuestra religion la desgraciada que salga de la casa del vicio para frecuentar los templos y confesonarios? ¿Cómo ha de aprovecharle, si reza las oraciones de costumbre, sin darles su verdadero sentido, con los mismos labios acostumbrados á proferir palabras irreverentes, é invoca por mera fórmula el nombre de Dios, á quien olvida unas veces y ofende otras con sus actos?

La historia consigna ejemplos de esas falsas devotas, cuyos nombres han adquirido una triste celebridad. Algunas de ellas nacieron bajo la dorada techumbre de los palacios y se sentaron en el trono de grandes y poderosas naciones. Entendida la religion como la entendian, entre otras, las Margaritas de Borgoña, las Juanas de Nápoles, las Catalinas de Médicis, las Lucrecias Borjas, sería, á no dudarle, un sarcasmo y una profanacion.

Comparada con las demas religiones que se conocen, la que fundó el divino Salvador, pronto se advierte la inmensa distancia que de ellas la separa, y se adquiere la certidumbre de que es la única perfecta, la única verdadera. El Cristianismo contiene los gérmenes de todos los grandes principios en que se funda la civilizacion moderna. Convencido de ello, voy á someter brevemente estos principios á la consideracion de las Señoras que me es-

cuchan, y á quienes principalmente me dirijo, para que deduzcan conmigo, sin esfuerzo ni violencia, la enseñanza que encierran y la regla de conducta que nos señalan. De esta suerte veremos cómo la perfeccion moral de la mujer se cifra en la rígida observancia de los preceptos y ejemplos del Evangelio. No siempre se ha de divertir á las Señoras con asuntos agradables y festivos: alguna vez tambien se debe llamar su atencion sobre las graves cuestiones que elevan el alma y el entendimiento.

Del Cristianismo han nacido, entre otras, dos preciosas virtudes, desconocidas de los pueblos gentílicos, á saber: la caridad y la pureza. El amor al prójimo, proclamado por Jesucristo, ha inspirado la caridad, fuente inagotable de todas las virtudes cristianas; la caridad, bálsamo eficaz que cicatriza, cuando no cure, las heridas del alma; la caridad, que hace desaparecer la barrera que separa las diferentes clases sociales, y lleva el consuelo y la esperanza á la oscura y recóndita mansion del infeliz que, sumido en la indigencia, llora con lágrimas de sangre las aparentes injusticias de la suerte.

La caridad es quien conduce á esos misioneros, soldados de la fe, á remotos climas y pueblos bárbaros, para predicar el Evangelio, luz de la civilizacion, arrostrando la intemperie, el cansancio, el hambre, la sed, el martirio y hasta la muerte.

Por obra y al calor de la caridad se han fundado, y cada dia se aumentan, las casas de socorro,

beneficencia y misericordia, donde el paciente encuentra oportunos auxilios; la niñez indigente, enseñanza y educación gratuitas; la ancianidad desamparada, un techo y un arrimo; la orfandad afligida, un asilo hospitalario, y hasta el delito mismo, un medio de expiación social con el trabajo y la penitencia.

Inspiradas por el dulce fuego de tan piadosa virtud, esas hermanas misericordiosas, que se han consagrado al servicio de la humanidad doliente, sobreponiéndose á las debilidades propias de su sexo, recorren los campos de batalla para curar á los heridos y enterrar á los muertos; acuden á los hospitales para dar asistencia á los enfermos, sin arredrarles el contagio de malignas epidemias, y se sientan á la cabecera del agonizante, cuyas últimas amarguras dulcifican con los cuidados fraternales que le prodigan, derramando sobre su frente, abrasada por los ardores de la fiebre, como un rocío refrigerante, las lágrimas, las dulces lágrimas de la compasión.

En ninguna de las religiones conocidas figura la caridad como dogma, como deber moral, como virtud. Los falsos dioses, inventados por la malicia de mundanas teocracias, y hechos á su imagen, obran á impulso del odio, del despecho, del resentimiento. Esas mismas divinidades tan poéticas del paganismo, en quienes los gentiles deificaban sus

goces, vicios y pasiones, se muestran, siempre que se irritan, duras, inflexibles, vengativas. Júpiter, por ejemplo, para castigar á Prometeo por haber intentado robar el fuego del cielo, le amarra á un enorme peñon, en cuya dolorosa postura, un buitre hambriento le devora las entrañas, sin cesar renacientes. Ofendido Apolo en su amor propio con motivo de haberse atrevido Marsias á disputarle el premio de la música, le desafía, le vence y le desuella vivo. Por su parte el destino, el implacable destino, condena á Edipo, casto y honrado, á ser incestuoso y parricida, entregándole despues á las furias infernales.

Compárese la conducta de tan despreciables Nímenes con la de Jesus, modelo de humildad, mansedumbre y abnegacion. Esos dioses fabulosos del Olimpo, fruto de lamentable aberracion, en sus relaciones con los mortales, aspiran á dominarlos, cuando se juzgan ofendidos, por el terror, nada más que por el terror. Jesus, al contrario, procura atraerlos y subyugarlos por el ascendiente del amor y de la misericordia. Los primeros se muestran en medio de un aparato aterrador y armados con los rayos de la venganza. El segundo no emplea más arma que la influencia de sus beneficios. Abofeteado, escarnecido, laceradas sus carnes, clavado en la cruz, vuelve al cielo los ojos, donde resplandece su infinita misericordia, para pedir al Padre comun,

no el castigo, sino el perdon de sus detractores y verdugos, abriéndoles con su muerte las puertas de la salvacion y de la gloria.

El Cristianismo ha hecho de la mujer el ángel de la caridad, desenvolviendo en su corazon los raudales de ternura que atesora, haciéndola sufrir con el que sufre, llorar con el que llora, vestir al desnudo y dar de comer al hambriento. Pero las Señoras que me escuchan, saben mejor que yo que la caridad no consiste sólo en socorrer al necesitado, sino tambien, bueno es recordarlo, en guardarse de hacer de las faltas é imperfecciones del prójimo un motivo de burla y menosprecio. Quien murmure con maligna intencion de sus semejantes, cebándose en sus flaquezas y miserias; quien se complazca en sembrar la discordia en el seno de las familias, por despecho, envidia ó resentimiento, no tiene, no, caridad. Al juzgar á los demas, debemos ajustarnos al sentido de aquella profunda sentencia que la caridad escribió sobre la puerta de las cárceles, donde ejercen su accion las leyes penales: « Odia el delito y compadece al delincuente. »

La caridad fastuosa, que se ejerce con estudiada publicidad por estímulo de la vanidad y del orgullo, no es tampoco la caridad del Evangelio. El beneficio que se otorga con aparato y en són de menosprecio, se acerca más al insulto que á la conmiseracion. Para que sea meritorio á los ojos de Dios, debe ocultarse, como se oculta la Providencia, cui-

dando de que se sienta y no se vea la mano que lo dispensa. Su accion y sus efectos han de obrar como aquellos modestos arroyos, que sin ruido riegan y fecundizan la tierra.

En cuanto á la pureza, forzoso es reconocer y confesar que todas las demas religiones tienen algo de terreno, de material. El Cristianismo habla principalmente al espíritu, al alma. Prescribe la castidad, ya como un sacrificio, ya como una virtud. Y sin oponerse á las leyes de la naturaleza, sin contrariar, bajo ningun concepto, las relaciones providenciales que Dios mismo ha establecido entre uno y otro sexo para los fines de la creacion, infunde el sentimiento de la castidad en el corazon del mismo seglar, y desenvuelve y fortifica en la mujer, el pudor, azucena delicada, cuyo perfume la embellece. Ese sentimiento, á que ha dado vida y forma, por decirlo así, el Cristianismo; ese sentimiento, de que todos participamos, pero que es más intenso y general en el bello sexo; esa especie de sensibilidad, que induce á la tímida virgen á ocultar á las miradas ajenas, y áun á las suyas propias, los secretos atractivos con que le dotó la naturaleza, por un misterio semejante al que obliga á la flor llamada sensitiva á recogerse en sí misma, apénas percibe el contacto de cualquier agente exterior; ese instinto contagioso, cuya accion revela la tendencia del espíritu á sobreponerse al despotismo de la materia; el pudor, en fin, era

considerado por los pueblos gentiles como una superfluidad embarazosa, de que la mujer debia y podía despojarse en sus relaciones con la sociedad.

En Esparta, donde, por las leyes de Licurgo, las mujeres eran de uso comun, no se conocia el pudor. Las jóvenes se presentaban desnudas en los circos, anfiteatros y sitios públicos para disputar á los guerreros el premio del baile, de la lucha, de la carrera, del pugilato y del manejo de las armas. En Atenas y en Roma las vírgenes hacian el sacrificio del pudor en las fiestas de Vénus y en las aras de Priapo, con mengua y escándalo de la Sana razon. En Oriente, la mujer, víctima y granjería de la poligamia, no puede aquilatar el precio del pudor, aún cuando instintivamente sienta sus efectos. Encerrada allí, en las impenetrables paredes del serrallo, sólo se la considera como un instrumento destinado á satisfacer los caprichos de sus indolentes y lascivos señores.

Afortunadamente en el mundo cristiano la mujer posee el pudor como un *quid divinum* que en cierto modo la idealiza, y haciéndola más digna de respeto y estimacion, la presenta á nuestros ojos como una prenda de consuelo y una garantía de felicidad. La Virgen Santísima, Madre de Dios, siempre pura é inmaculada, que concibió sin pecado, es el emblema místico del pudor que debe siempre acompañar á la vírgen, á la esposa y á la madre cristiana, hasta en las funciones de la naturaleza.

Tan poseída estaba de este espíritu la reina doña Isabel la Católica, cuyas virtudes han hecho inmortal, que cuando postrada en el lecho de la muerte, tuvo que recibir la extremaunción, no permitió que se la descubriesen los pies, por temor de quebrantar las leyes del recato y de la honestidad.

El Cristianismo, no sólo embalsamó á la mujer con el perfume del pudor y de la castidad, sino que la colocó en la familia el lado del hombre, como una compañera inseparable, para auxiliarle en sus trabajos y consolarle en sus infortunios; como el ángel custodio de los hijos, á quienes está llamada á enseñar las primeras nociones de los conocimientos humanos; porque con su corazón de madre cristiana puede comprender mejor que nosotros que el principal agente de la educación es el amor; como una intercesora misericordiosa, destinada á templar la severidad de los castigos paternales, poniendo en práctica el saludable consejo de S. Juan Crisóstomo, de que «la corrección ha de hacerse con prudencia y caridad.»

Jesús consagró el libre albedrío, como una ley providencial en el mecanismo del universo, y desde ese momento sufrieron una trascendental revolución las nociones del derecho, del deber y de la justicia, que habían sido hasta entónces instintos imperfectos, no pocas veces contrariados por el egoísmo y las malas pasiones. Bajo el influjo de tan

fecunda y luminosa doctrina, el hombre se vivifica y regenera, adquiere una dignidad que le era desconocida, se siente dueño de sus actos, conoce que tiene derecho á disponer de sí propio, de donde proceden el de pensar, el de hablar, el de escribir, el de comunicarse con sus semejantes, el de rennirse, el de asociarse, el de adorar á Dios como le dicte su conciencia; derechos todos de cuyo uso y abuso es responsable en la tierra ante los tribunales constituidos, que representan la justicia humana, y allá en el cielo ante el tribunal de Dios, que representa la justicia divina.

Despójese al sér humano del libre albedrío, y quedará convertido en un autómatas sin voluntad propia, en un instrumento de la ciega fatalidad gentílica, que le encadenaba al carro del destino, ó del fatalismo mahometano, que niega á los sectarios del Coran el derecho á disponer de sí propios, bajo el concepto de que el bien ó el mal de que sean autores se halla escrito de antemano con caracteres irrevocables en las misteriosas páginas del libro de lo futuro. Sin el libre albedrío, el calumniador que hincas el diente ponzoñoso en nuestra honra; el adúltero que profana el tálamo nupcial y la santidad de un sacramento; el usurpador que se apropia el bien ajeno; el homicida que hiere y mata, carecerían de verdadera responsabilidad moral; porque sería preciso suponer que obraban, no con deliberado propósito, sino á impulsos de una fuerza su-

periorè irresistible. Porque tenemos la libertad de elegir entre el bien y el mal, en que Dios dejó á nuestros primeros padres, somos responsables de nuestros actos; merecedores de premio si practicamos la virtud, y dignos de castigo si á sabiendas nos entregamos al vicio y á los delitos.

Partiendo de este principio, los poderes temporales y las instituciones humanas, considerados á la luz de la filosofía evangélica, no son hechura de Dios, ni obra de la casualidad, ni el resultado de las leyes de la materia, sino el hombre mismo, el hombre en accion, haciendo uso del derecho á disponer de sí propio, y aplicando su entendimiento, memoria y voluntad, las tres potencias del alma, dentro de la órbita trazada por la invisible mano del sumo Hacedor, que, en su alta sabiduría, quiso conceder al sér racional, entre otros, el dón de producir para que fuese el cerebro del mundo y el rey de la creacion. Bajo este concepto, cada pueblo, como cada individuo, es responsable ante Dios y los hombres, de los actos que ejerza y del uso que haga de su poder, de su fuerza y de sus derechos.

La mujer, por su parte, desde que, emancipada por el Cristianismo, ocupa el lugar que le corresponde, interviene más de lo que á primera vista parece en la formacion y vicisitudes de las instituciones humanas. Destinada á ser compañera, y no sierva, del hombre, no puede ménos de tener un vivísimo interes en que el gobierno de su patria responda á

los altos fines para que la Providencia formó al hombre, y robustezca, en vez de relajar, los vínculos de la religion, de la familia y de la sociedad. Bien en concepto de esposa ó de madre, ya en el de hija ó de hermana, ¿cómo ha de mirar con indiferencia los desastrosos efectos de un régimen, fundado en la injusticia y en la opresion?

¿Puede acaso conformarse de buen grado con leyes que anulen ó perviertan al que ha de ser su apoyo y su protector sobre la tierra? La dignidad del hombre es un patrimonio de la mujer. Toda medida, de cualquier género que sea, política, económica ó social, que ofenda al primero, le humille ó empobrezca; condena la segunda, al llanto, á la vergüenza ó á la miseria. Las malas leyes afectan á uno y otro sexo, y se hacen sentir de un modo deplorabile en la vida doméstica, por los intereses que lastiman, por los sacrificios que exigen, por las privaciones que imponen.

El único lenitivo en tales casos, y cuando se pierde toda esperanza de remedio, se encuentra en la piadosa resignacion que recomienda el Evangelio, y en la influencia misma que más ó ménos visiblemente ejerce la religion sobre las cosas humanas. En todos los países, la mayor parte de los actos civiles que proceden de las instituciones temporales reciben una sancion religiosa. Con mayor motivo en el mundo cristiano y católico la religion no puede ménos de influir sobre las condiciones de

nuestra axistencia social, porque nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro. Ella al nacer nos purifica con las aguas del bautismo: ella nos regenera periódicamente con la confesion ante el tribunal de la penitencia: ella santifica los vínculos de la familia, haciéndonos honrar á nuestros padres, origen de toda autoridad: ella despoja al matrimonio del carácter de apetito sensual, para elevarlo á la categoría de un sacramento: ella, en el trance de la agonia, y cuando extiende sobre nosotros sus alas el ángel de la muerte, nos infunde el espíritu de Dios con la extremauncion y nos abre las puertas de la eternidad.

Tócale á la mujer católica aconsejar al varon, digno de este nombre, segun la clase de lazos que con él le ligen, que condene todo género de tiranía, venga de donde viniere, mientras juzgue posible contrarestarla, y pedir á Dios su divino amparo cuando adquiera el convencimiento de que son inútiles los votos y esfuerzos del patriotismo.

El Cristianismo representa tambien la consagracion de la justicia, personificada en el divino Salvador. La justicia es una revelacion de la conciencia humana, que tradujo y consignó el Evangelio. Pese á quien pesáre, fija y señala el límite de los derechos y el término de toda soberanía. Allí donde se conculcan sus preceptos, la libertad degenera en licencia; la autoridad, en despotismo.

La justicia entraña el triple consorcio de la liber-

tad, igualdad y fraternidad. Es la *libertad*, porque para hacernos responsables de nuestra conducta, nos deja dueños de nosotros mismos, árbitros de nuestras acciones. Es la *igualdad*, porque condena todo género de privilegios, y, midiendo á todos por la misma medida, da á cada cuallo que de derecho le pertenece, ordenándonos no hacer á los demas lo que no quisiéramos para nosotros mismos. Es la *fraternidad*, porque, siendo todos hijos de un padre comun, justo es que amemos á nuestros semejantes como á nuestros hermanos.

Como consecuencia de esa trinidad filosófica, el que ha nacido á orillas del humilde arroyo en cualquiera comarca de Europa, y el que habita en las remotas márgenes del caudaloso Orinoco; el que vegeta en los inflamados arenales de la Libia ó bajo el sol de la zona tórrida, y el que ocupa las glaciales regiones de la Siberia; el que goza todas las ventajas de la civilizacion moderna, y el que vaga desnudo y sin hogar por los incultos bosques del nuevo mundo; el que reside en suntuosos palacios, y el que se alberga en miserable choza; el monarca y el súbdito; el blanco y el negro; el mulato y el cobrenño; el de azulada tez y el rojizo, sea cual fuere la raza á que pertenezcan, á los ojos del Cristianismo, que no hace diferencias entre los hijos de un padre comun, todos son libres, todos iguales, todos hermanos.

Para comprender la justicia y practicarla con

relacion á sus semejantes, la mujer no necesita dedicarse á profundas investigaciones. Le basta poner la mano sobre el corazon, consultar su conciencia y ver si lo que se trata de hacer á cualquiera de sus prójimos lo quisiera para sí misma. En ese exámen de conciencia hallará la regla infalible de su conducta. Si desea ser amada y favorecida, debe amar y favorecer; pues aunque no siempre se encuentra en el mundo correspondencia, goza más el alma con los buenos afectos que el sentimiento de la justicia inspira, que con la cruel satisfaccion del rencor y de la venganza.

De las entrañas mismas del Cristianismo se desprende la doctrina del progreso, como ley de continuidad á que obedece el género humano. Esa tendencia, más ó menos impulsiva, más ó menos visible, pero siempre existente, hácia un tipo de perfeccion que nos atrae y que no alcanzamos, se ha traducido en los idiomas usuales por la palabra progreso, que repiten hoy, segun el padre Félix, todas las voces de la humanidad, todos los ecos del mundo.

Creced y multiplicaos, dijo Dios; cuyo mandato significa en el orden moral que el hombre se exceda á sí mismo y llene bajo todos conceptos los fines de la creacion. Jesucristo, por su parte, determinó con caracteres más sensibles ese principio filosófico, dirigiendo á sus discípulos la siguiente elocuentísima amonestacion, consignada en el Evangelio segun

San Mateo : « Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial. »

Para cumplir el precepto y acercarse en lo posible á ese grado de perfección sobre-natural, el hombre, como individuo, y el género humano, como entidad colectiva, necesitan hacer en el tiempo y en el espacio una serie de esfuerzos consecutivos, que constituyen el *progreso*.

Sin embargo, esas aspiraciones á una perfección de que no somos capaces, no se realizan en la práctica sino por medio de una serie gradual de actos sucesivos. En el orden moral, como en el físico, las obras humanas, desde que se principian hasta que se terminan, tienen que recorrer todos los trámites de una progresión creciente. Nada se produce y completa de golpe, de una vez, nada. El hombre mismo, el ser más perfecto de la creación, no nace desde luego hombre, en el sentido de la palabra. Para serlo, necesita recorrer, una por una, todas las edades que median entre la niñez y la virilidad. Y cuando por efecto de su orgullo y soberbia, resabios del pecado primitivo, trata de violentar las leyes de la naturaleza y de la Providencia, vuelve hácia el punto de partida, y retrocede, en vez de adelantar, en el camino de la civilización.

« Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial. » Esta máxima, no sólo habla con los hombres, sino que impone á la mujer la obligación de trabajar un día y otro día, un año y otro año, para

mejorarse gradual y sucesivamente hasta hacerse superior á ella misma. Tan saludable ejercicio robustece, desenvuelve y acrecienta las fuerzas de su espíritu y de su entendimiento.

Desgraciadamente no se conocia la verdadera religion cuando Jesucristo nació en los gigantescos dominios del imperio romano, bajo humilde techo, consagrado por la pobreza y el trabajo, símbolos de la modestia y laboriosidad humanas. Dominaba la más torpe idolatría y el más degradante sensualismo. Con burla y menosprecio eran acogidas las predicciones de los falsos oráculos; y los sacerdotes gentílicos, avergonzados de sí mismos, ocultaban en el fondo de los templos su rubor y su impotencia. El mundo estaba sumido en las tinieblas del error y de la perversidad. Difundidos por el abuso de la fuerza y la conquista; habian echado profundas raíces todos los vicios de la civilizacion pagana. Bajo el influjo de costumbres pervertidas y leyes atentatorias, dominaban los inhumanos derechos de la guerra; la opresion doméstica, fundada en el atroz dominio que los padres ejercian sobre su mujer y sus hijos; las funciones del circo de fieras y la lucha de los gladiadores, elevadas á la categoría de institucion; el adulterio y el concubinato; el culto á las riquezas; la degradacion de la mujer; la esclavitud social; el tormento como prueba; el suicidio como deber moral; el censo expoliador; la confiscacion de bienes, para hacer frente á los des-

pilfarros del tesoro imperial con el peculio de los buenos y laboriosos ciudadanos. ¡Qué cuadro tan vergonzoso y aterrador!!

Entonces bajó del cielo el Redentor, modelo de castidad y pureza, para purificar la tierra, infestada con el contagio de tantas iniquidades. La espléndida aureola que ciñe su frente forma al rededor suyo una atmósfera embalsamada con el aroma de la virtud y de la santidad.

Al verle, como sucede siempre cuando se aproxima un gran acontecimiento, experimentan una vaga impresion y un consuelo indefinible todos aquellos que en su fuero interno condenaban los atentados y delirios del mundo pagano. Cuantos gemian y lloraban, cuantos eran objeto de menosprecio ó víctimas de la opresion, pronto le rodean, le escuchan, le hablan, le aplauden, le siguen y le proclaman. Los pobres le adoran, los afligidos le bendicen. Una multitud atónita y entusiasta acude á oir las inspiradas palabras que brotan de sus divinos labios. Encuentra discípulos en todas las clases sociales, y recorre las ciudades y los campos, precedido de unánimes aclamaciones.

Légase á los esclavos del paganismo, que regaban con lágrimas de hiel y sangre el suelo donde gemian, y les dice: «¡Sois hombres, sois libres, todos sois iguales!»

Á su voz sobrenatural rómpense las cadenas de la servidumbre, y la dignidad humana sale triunfante del fango de la degradacion.

Acércase á los árbitros y explotadores de una generacion caduca, dividida en opresores y oprimidos, en víctimas y verdugos, y les dice: «Todos sois hermanos, todos hijos de un Padre comun. ¡Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen!»

Preséntase á los soberbios engreidos, que en su hidrópico orgullo se juzgaban con títulos para ser adorados como otras tantas divinidades, y les dice: «¡Á los humildes pertenece el reino de los cie-

Dirígese á los discolos, que se dejaban arrebatarse los!»

por los impulsos de la cólera y de la violencia, y les dice: «¡ Los pacíficos serán llamados por Dios!»

Interpela á los homicidas, que todo lo fian al hierro y al fuego, y les dice: «¡ Quien sacare espada, á espada morirá!»

Acude á quien sufre los rigores de inexorable opresion por una causa legítima, y le dice: « Bienaventurados aquellos que sufren por la justicia. »

Entra en el templo, profanado por el tráfico, y expulsa á los mercaderes, que habian convertido la morada del Señor en una casa de contratacion, y les dice con el dedo: «Salid», para significar que las cosas grandes y santas no deben ser objeto de mundana granjería y especulacion.

Levanta á la mujer del polvo, donde estaba sumida, y le dice: «Compañera, y no sierva, eres del hombre.»— Sentencia que la emancipa, la enaltece y la regenera.

Visita á los tristes y los consuela, habla á los impíos y los convierte, amonesta á los pecadores y los redime, exhorta á los débiles y los fortifica, enseña á los incrédulos y los ilumina, predica á los egoístas, á los avaros, y los entusiasma, los mejora y los salva, lava los piés á los pobres y los purifica, prodiga sus cuidados á los enfermos y los cura, toca los ojos á los ciegos y les devuelve la vista, extiende la mano sobre los restos mortales de los difuntos y los resucita.

Para obrar tantos y tales portentos, era preciso que Jesucristo fuese un Dios, un verdadero Dios, convertido temporalmente en hombre por un milagro de amor y clemencia.

¡Ah! ¡Aquellos que, á fuer de filósofos y eruditos, pretenden negar la divinidad de Jesucristo, cometen un sacrilegio á los ojos de Dios y una iniquidad ante el tribunal de la conciencia humana! Sacrilegio é iniquidad; porque, empeñándose en despojar á las fecundas máximas del Evangelio, sancionadas con la preciosa sangre del Gólgota, de su carácter divino, no sólo atentan á su virtud, á su prestigio y á su eficacia, sino que aspiran á extinguir en nosotros la fe, columna firmísima á que nos asimos en los terremotos de la vida; la fe, que nos regenera y salva; la fe, que hace á los héroes y á los mártires; la fe, que convierte al lecho mortuario en un arco de triunfo, por donde pasa el que cree, el que sufre, el que reza, el que espera!

Impulsados por la fe los primeros cristianos, al ver proscriptas sus creencias, bajaron á las lóbregas concavidades de las catacumbas para entregarse libremente al servicio de Dios y á sus ceremonias religiosas. Allí, rodeados de los sepulcros de sus correligionarios y hermanos, á la vista de los sudarios ensangrentados de las víctimas de la superstición y de la tiranía, que conservaban como otras tantas reliquias; al opaco resplandor de las lámparas sepulcrales, cuya incierta claridad reemplazaba la luz del día; al rumor del mundo que se agitaba sobre su cabeza: al oír el crujido de las cadenas que arrastraban los esclavos del paganismo, alternando con el estrépito producido por las músicas con que celebraban sus orgías los potentados de una generacion sensual y corrompida, recitaban con entusiasta fervor sus oraciones, constituian una nueva sociedad humana con los huesos y cenizas de sus mártires, y preparaban en las entrañas de la tierra la libertad del hombre y la regeneracion del mundo.

No hay que hacer responsable, no, á la religion católica, hija del Cristianismo, de los abusos, y hasta de los crímenes que desgraciadamente se han cometido en su nombre. No dejará de ser ménos perfecta y santa porque el fanatismo haya convertido no pocas veces en una doctrina de persecucion y de muerte la que lo es de caridad y mansedumbre, encendiendo las abominables hogueras de la

Inquisicion sobre los altares mismos consagrados al Redentor.

La Iglesia cristiana y católica ha sido tan benéfica como civilizadora. Ella recogió los manuscritos griegos y latinos que se salvaron del naufragio de las luces, ocasionado por la irrupcion de los pueblos septentrionales, para que fuesen el eslabon que uniera la cadena de los conocimientos pasados con la cadena de los conocimientos futuros.

Esas mismas comunidades religiosas, que han caído en desuso, y que ya han hecho innecesarias el transcurso de los tiempos, el progreso de la civilizacion y las nuevas necesidades creadas, fueron en otras épocas de fuerza y vandalismo, en que la justicia se remitía á la punta de la espada, unos asilos de beneficencia, unas aulas de oientifica enseñanza, unos archivos de la civilizacion humana.

Durante la Edad Media, tempestuosos siglos de luchas y expoliaciones, frente de los castillos feudales, donde habitaba una aristocracia guerrera, turbulenta y usurpadora, y en cuya puerta se veía la horca y el cuchillo, símbolo del despotismo del señor y de la esclavitud del siervo, se levantaba, como una protesta contra la violencia, el convento católico, en cuyo recinto hablaba con mudo pero elocuente lenguaje, la cruz del Redentor, símbolo de concordia, de paz y de fraternidad.

No hay que atribuir tampoco á la religion fundada por el Salvador la intolerancia, esa intole-

rancia de que hemos sido víctimas, y cuyos estragos lamentamos y nos aquejaron por largo tiempo, como la herida que deja un arma emponzoñada. Muy al contrario, Jesus llevó la tolerancia hasta la abnegacion, hasta el sacrificio, hasta el punto de mandarnos amar á nuestros enemigos y hacer bien á quien nos aborrezca. Obra exclusiva fué, no lo dudeis, de una política absurda y tiránica, que, interpretando torcidamente y con siniestros fines los preceptos y el espíritu del catolicismo, ha empobrecido y despoblado nuestro hermoso país.

Si nuestros campos están casi desiertos; si las tres cuartas partes de nuestro territorio se ven despobladas en términos de que se recorren á veces leguas y leguas sin encontrar una casa, un árbol, un plantío, ningun signo de la laboriosidad humana; si nuestra industria no prospera; si nuestra agricultura continua estacionaria; si nuestro comercio es exiguo; si caminamos á retaguardia y como á remolque de los pueblos más cultos; si hemos permanecido hasta hoy en un aislamiento forzoso é inhospitalario, que fomentó el exclusivismo y las preocupaciones del vulgo, no hay que atribuirlo, no, al Cristianismo, antorcha del progreso y de la civilizacion, sino á ese régimen suspicaz, opresor y supersticioso, de que fué, con mengua nuestra, uno de sus principales intérpretes, Carlos II el Hechizado, y cuya accion deletérea detuvo nuestros pasos y sofocó en su origen los gérmenes de nuestra prosperidad, arrasando, como

preñada nube de langostas, una por una, todas las espigas del campo de la civilizacion española.

«¡La intolerancia!..... no más intolerancia. Busquemos nuestro criterio en el espíritu del Evangelio, que habla á la inteligencia, al corazon y parece como que nos dice: «Respetad las opiniones ajenas si quereis que se respeten las vuestras.»

Morir debia el divino Redentor, intérprete de la verdad, porque los soberbios le odiaban, los déspotas le temian, los impenitentes reacios le acusaban, los envidiosos é impios le maldecian, los falsos doctores le condenaban, y se reunian para perderle todos aquellos que, pervertidos por los vicios y cegados por la intolerancia, creian ver en Jesucristo una acusacion elocuente, una protesta viva y una sentencia futura.

Todas esas pasiones, personificadas en sus enemigos, arrastran á Jesus al tribunal de Poncio Pilato, y allí en roneo y feroz clamoreo piden, exigen la muerte del justo, del inocente.

¡Muera! gritan los ancianos de Judea, porque, aferrados en sus añejas preocupaciones y torpes abusos, no pueden perdonarle la nueva luz que derrama con su irresistible elocuencia.

¡Muera! gritan los príncipes de los sacerdotes, ¿por qué? porque se sentian humillados y confundidos por la autoridad que posee, que eclipsa el prestigio de su autoridad, y por la fascinacion que ejerce con su angelical presencia.

¡Muera! gritan los escribas y fariseos, porque separándose de sus tradiciones de odio y resentimientos, presenta á Jehová, no como á un Dios inexorable que se venga, sino como á un Dios misericordioso que perdona!

¡Muera! grita la muchedumbre, porque, descreída, viciada, ignorante, creía descubrir en el divino Maestro un heresiarca y un atrevido impostor!

La justicia humana, representada por Poncio Pilatos, se lava las manos en el pretorio; la Justicia divina calla; las profecías se cumplen y el cruento sacrificio se prepara. El precio de la sangre se escapa de manos del traidor, y allí donde Júdas se ahorca por odio á sí mismo, quedan escritos, como un terrible epitafio, el éxito de la prevaricacion y el fin de sus remordimientos.

.
Fieros soldados se apoderan de Jesucristo, y le conducen como si fuese un empedernido malhechor. Marcha entre armas, por un abuso de la fuerza, ¡qué cuadro tan significativo! el Apóstol de la humildad y de la mansedumbre. Arrojan sobre sus hombros un manto de grana para escarnecerle y vilipendiarle. Ciñen á su cabeza tosca corona de punzantes espinas y colocan en su mano derecha un cetro de frágil caña, sin presumir que allá en el cielo adorna sus sienes ilimitada diadema de innumerables estrellas, y le autoriza como Soberano, el cetro omnipotente del universo.

Le infaman con mentidos homenajes, y le llaman rey en són de burla y menosprecio. Ciegos, desatentados, furiosos, le insultan, le provocan, le escupen, le atropellan. Lleva en su frente la señal de una profunda herida abierta con aguda y penetrante caña. Inundado en sangre, cubiertos los ojos de un opaco velo, abrasado por los ardores de la sed, doloridos los miembros, luchando su espíritu con mortales congojas, atronado por feroces clamores, llega por fin al tenebroso páramo del Gólgota, donde sus asesinos y verdugos consuman la obra de perdición y muerte, clavándole en la cruz, suplicio afrentoso, entre dos ladrones, símbolo el uno del delito, que se arrepiente; imagen espantosa el otro del crimen, que no aspira á la absolucion.

Los sayones empedernidos, burlándose de su dolor, le dan á beber vinagre mezclado con amarga hiel. Obedeciendo á su sed de rapiña, los soldados del Pretor se reparten su manto en cuatro pedazos, y juegan su túnica á la suerte, entregándose á tan abominables actos al pié del cadáver ensangrentado, de que se exhalaba el espíritu divino. Multitud de mujeres curiosas é impenitentes le contemplan desde lejos con los ojos enjutos y la sonrisa del sarcasmo en los labios.

Jesús ha muerto como hombre; pero sus doctrinas, saliendo triunfantes del sepulcro, despiden una vivísima luz, que ha iluminado é iluminará hasta la consumacion de los siglos, el camino de las

generaciones. Jesus ha muerto; pero vive y vivirá en el Evangelio, para que el mundo cristiano y católico conozca sus deberes y derechos, y tome lecciones de amor, caridad y abnegacion.

Jesus, á los ojos de la historia, es el agente destinado para hacer la providencial revolucion que habia de trasformar la faz de las sociedades humanas, y construir sobre los escombros del paganismo, cuya, al parecer espléndida cultura, llevaba en sus entrañas el gérmen de la corrupcion y de la muerte, el edificio de la civilizacion moderna.

Jesus, á los ojos de la filosofia, es el maestro que enseñó la verdad en medio de las tinieblas del error; que varió las relaciones morales establecidas entre los hombres por la guerra y la conquista; que hizo nacer de un nuevo origen las nociones del derecho, del deber y de la justicia.

Jesus, á los ojos de la religion, es el Hijo de Dios, uno y trino, que se hizo hombre para redimirnos de la esclavitud del pecado; es el vínculo de concordia entre el cielo y la tierra; es el ángel custodio de la inocencia; es la misteriosa personificacion de la fe, esperanza y caridad, triple dechado de virtudes que convierte en benéfico rocío las lágrimas del desgraciado, y siembra de flores el camino que ha de conducirnos á la eternidad.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES

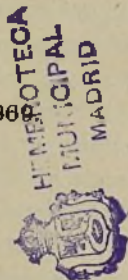
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

QUINTA CONFERENCIA.

SOBRE
LA MUJER Y LA LEGISLACION CASTELLANA,

POR
RAFAEL M. DE LABRA,
Abogado del Colegio de Madrid.

21 de Marzo de 1869.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

QUINTA CONFERENCIA

LA MUJER Y LA LEGISLACION CASTELLANA.

EXPOSICION DE LA LEY

ARCHIVO
MAY 1900
21 de Mayo de 1900



SEÑORAS :

Es una costumbre que de puro practicada toca ya los límites de lo vulgar, que todo orador comience su discurso recomendándose encarecidamente á la benevolencia del auditorio, y de tal manera inspiran horror á mi espíritu los lugares comunes, y de tal modo me domina la preocupacion de contraerme al objeto preciso de mi propósito, que de ordinario, cuando me cabe el honor de dirigirme al público, máxime si es un público ilustrado, prescindo voluntariamente de aquel recurso, dando por supuesto que sin la bondad ajena difícilmente mis labios repitieran lo que les dicta el pensamiento; y sin embargo, Señoras, esta tarde tengo que violentar mis inclinaciones, tengo que rectificar mis hábitos, recomendándome muy particularmente así á vuestra atencion como á vuestra indulgencia, dadas la materia un tanto árida sobre que

he de discurrir, y la índole, bastante peregrina, de las opiniones que pienso nada más que apuntar.

Fuera de esto, debo reconocer, y humildemente reconozco, que con dificultad hubiera podido encontrarse persona ménos á propósito que yo para ocupar este puesto; y tanto lo reconozco, que seguramente no hubiera subido á esta tribuna á no forzarme las consideraciones que por muchos conceptos me obligan al dignísimo é infatigable iniciador de estas Conferencias. La índole de mi oratoria, mi propia naturaleza y los hábitos adquiridos en las luchas de palabra á que me veo forzado por mi profesion ó por las inexcusables exigencias de mi espíritu, se avienen difícilmente con la palidez, con la serenidad propia de una cátedra; así que, hoy tendré que hacer esfuerzos extraordinarios y de seguro no felices para recordar á cada instante que no estoy en medio de un debate, y para contenerme en los límites asignados á este género de empresas por los elocuentes oradores que presidieron en pasados días estas agradables cuanto provechosas reuniones.

Mas éste, despues de todo, es inconveniente de poca monta, pues que vosotras no venis á oír á un orador ilustre, ni podeis fundar en él halagüeñas esperanzas. El verdadero obstáculo está en la naturaleza árida, desabrida, poco simpática del asunto sobre que he de llamar vuestra bondadosa atención.

Hablar de la mujer, hacer un estudio psicológico de este sér, que el vulgo todavía no comprende, y que por tanto no respeta aún en medio de la sociedad cristiana, y despues que los progresos de la civilizacion hacen imposible que á la luz del día se discuta si «tiene alma la mujer», ó si «la mujer que piensa es un animal depravado»; mostrar cómo en la diversidad de sexos se traduce la diferencia del pensamiento y del sentimiento, aunque esto no suponga que en la misma persona domine *exclusivamente* uno de estos dos modos del espíritu; penetrar en la Sociedad á fin de poner de manifesto cuán imperfecta es su organizacion, y cómo mediante las preocupaciones que condenan á una alabada ignorancia y una obediencia ciega á la mitad del género humano, faltan moralidad en las costumbres, armonía en la existencia, recursos para la educacion y base para el progreso; levantar el carácter y la significacion moral y social de la mujer, santificada, como ha dicho un gran poeta, en todos los momentos de la vida: cuando niña por la inocencia, cuando esposa por el deber, y cuando madre por la abnegacion; explicar qué órden de estudios y qué género de trabajos cuadran mejor á la naturaleza delicada y al espíritu sintético de este bello y adorable sér; buscar en la historia grandes modelos y estímulos para el pensamiento y el corazón; y en fin, descubrir con discreta mano las grandes influencias que en el curso de los tiempos han trabajado y re-

a

formado la condicion de la mujer, haciéndola pasar desde instrumento vil de brutales apetitos, á tipo del arte en Grecia, á madre de los Gracos en Roma, á esposa de Dios en los primeros siglos de la edad media, á señora de la tierra bajo el feudalismo, y á dulce compañera del ciudadano en la época moderna;—es empresa fecunda, grave, difícil, sin duda, aunque no os lo haya parecido, gracias á la manera que han tenido de desempeñarla los oradores que ántes de mí han ocupado esta tribuna; pero empresa que por su belleza, por los atractivos que desde luégo descubré, predispone el espíritu, cautiva la atencion y hace posible esa buena inteligencia del orador y del auditorio, esa cooperacion de los de abajo y esa confianza del que lleva la palabra, que por mil conceptos facilita el logro de aquel tan delicado cuanto simpático empeño.

Poned ahora al lado la materia sobre que esta tarde voy á discurrir, y palparéis el contraste. Vamos á hablar, Señoras, de derechos y obligaciones... *legales*; quizá tenga que citar algun código; quizá de mis labios se escapen las leyes de Toro, y las Partidas, y la Novísima Recopilacion; y no es mucho que yo sospeche que por ésta, cuando no por otras razones que á mis flaquezas personales se refieren, vuestro espíritu desmaye, vuestra atencion se rinda y vuestros ojos distraídos se pierdan por este vasto recinto, miéntras la memoria atormentada recuerda lo que en tertulias y en plazas se cuenta de

la prosaica tarea del abogado, y en vuestra fantasía se agiten y revuelvan el empolvado promontorio de autos, el feo birrete del letrado, la voz gangosa del relator, el bostezo del juez, y en fin las secas fórmulas, la insoportable languidez y las pesadeces naturales de la tiesa y engomada literatura del papel sellado..... ¡Oh! el contraste es grande; ¿no es verdad, Señoras? ¿Y no es cierto, por tanto, que para obtener vuestra atencion debo ante todo suplicaros que á manos llenas me prodigueis vuestras bondades?

Y observad, sin embargo, que pocas cosas os deben interesar más que el asunto para cuyo exámen os pido atencion. El derecho es la vida; y las leyes entran por la mitad sin duda en toda nuestra existencia. Ellas son las que sancionan nuestro carácter, ellas las que hacen fácil, y á veces sólo por ellas es posible el desenvolvimiento de nuestro sér; y su conocimiento es de todo punto preciso si no hemos de prestar asidero á la usurpacion y á la tiranía.

Bien es verdad que la ignorancia que sobre esta materia reina no es exclusiva del bello sexo. Si prescindís de la ley política, y esto respecto de sus bases; si olvidais el Código Mercantil, y esto sólo tratando de comerciantes, dad por seguro que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los ciudadanos españoles desconoce sus principales derechos, é ignora que, merced á la ley civil, anticuada é incompatible con los demas progresos de la legislacion

a.

patria, esas garantías políticas de que tan ufanos nos mostramos carecen de fundamento y corren grave peligro; y cómo, implacable el Código Penal, y no establecido el Jurado, puede decirse que nos movemos, y aun que vivimos, de puro milagro.

Apelo á los hombres que como yo practican la abogacía. Ante ellos habrán acudido y acudirán todos los dias varones, hasta ilustrados, en demanda de informes sobre los compromisos que han aceptado despues de firmar á ciegas un contrato; á ellos acudirán padres, tutores, esposos que desean saber lo más elemental de sus derechos y sus obligaciones. Y así la profesion del abogado se rebaja hasta tener que preocuparse constantemente con menudencias, cuando lo que en sí es, por lo que vale y por lo que tiene significacion, es por la inteligencia de las graves cuestiones de derechos, de los conflictos arduos, y de la direccion de los negocios en el camino del procedimiento. Y así, lo repito, el ciudadano vive sin darse cuenta de lo que representa y del valor que tiene; y contentándose con las fórmulas, satisfecho con dar vivas á la libertad y con que le aseguren que es soberano, permite que tranquila, pero intencionadamente, socaven su existencia jurídica, hasta el momento en que cuadre á los césares hacer que de las opulencias de la fantasía caiga en las miserias de la realidad, y que dormido entre el murmullo que le dice rey, despierte bajo las cadenas del esclavo.

Es verdad que á esta ignorancia contribuye el estado de nuestra legislacion. Hoy es un hecho comun, universal, el resúmen y compilacion de las leyes en códigos sencillos y poco extensos. Nosotros, por el contrario, tenemos en vigor muchos, que se remontan á épocas muy lejanas, y que se sustituyen y complementan, produciendo una confusion lamentable, que sólo han venido á contener en alguna parte las sábias sentencias del Supremo Tribunal de Justicia. Así en nuestra patria rigen, en materia civil, despues de las leyes sueltas publicadas desde 1805 acá, la Novísima Recopilacion, que es de esta fecha, el Fuero Real y las Partidas, que son del siglo XIII, y áun el Fuero Juzgo, que es del VII, amén de los fueros municipales. Pero así y todo, áun pudiera remediarse tan general ignorancia si cundiesen los resúmenes populares, y tuviesen efecto con repeticion conferencias y lecciones sobre estos puntos importantes, miéntras llega la hora de que se realice la tantas veces anunciada promulgacion de un Código. Sin embargo, esto no se hace, y quizá pueda decir que la conferencia que tengo el honor de presidir sea la primera de su género en nuestra patria y en nuestros dias.

En tanto no os avergonceis, Señoras, de vuestra ignorancia en este particular, frente al saber del sexo fuerte. La vergüenza debe ser comun; porque ya os he dicho que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los hombres está á vuestra altura; y ten-

go por cierto que en cualquiera tertulia podeis hablar el uno y el otro sexo sobre cuestiones jurídicas, áun las más rudimentarias, sin temor de que el público se aperciba de vuestros divinos disparates.

Mas de que esto suceda, á que deba suceder, va una distancia inmensa, y por eso — dispensadme la insistencia — yo os ruego que, so pena de ignorar vuestra significacion y vuestro carácter, pongais la vista en la condicion á que os tienen reducidas las leyes. Sabed lo que sois, — y permitidme que á las veces, y de pasada, os apunte lo que debéis ser.

Por poco que vuestra atencion se haya fijado en la marcha de los intereses sociales y el progreso de las ideas políticas en estos últimos años, es seguro que habréis advertido más de una vez en libros y en periódicos una frase, apénas enunciada, corregida y abrumada con *peros*, invectivas y críticas de toda especie. Esta frase es LA EMANCIPACION DE LA MUJER. La idea, sin duda alguna, es grave, y harto lo habréis observado al reparar que las críticas, de ordinario, se refieren á dos puntos que se señalan como consecuencias imprescindibles de aquel principio. Estas consecuencias son: *la prostitucion de la mujer en la vida política, y la disolucion completa de la familia en la vida civil*. Mas para entender bien lo que hay de verdad en este problema, yo os ruego que mireis con espacio las cosas, que hagais un esfuerzo para sobreponeros á las preocu-

paciones conservadoras, á que tan aficionadas sois, y que tengais mucho cuidado de no dejaros llevar por las palabras y las declamaciones, porque, notadlo, cuando de ciertos intereses se trata, y principalmente cuando priva la intencion de obtener vuestro apoyo para hundir una idea ó quebrantar una institucion — y hartas veces, por desgracia, se ha logrado este empeño — de ordinario las cosas no son los nombres.

Pues bien, yo os digo que en la doctrina de la emancipacion de la mujer hay mucho equivocado; pero en seguida os afirmo que la mayor parte es cierta, es incontestable. Observadlo.

Hay un hecho, Señoras, de que todas os habréis dado perfecta cuenta, y es que mientras la ley os quita el derecho de influir en los negocios públicos, por medio del sufragio, os niega la capacidad para ocupar todo puesto dependiente del Estado, que no se refiera á la enseñanza ó al ramo de estancadas.

Yo bien sé, Señoras, cuanto se dice sobre la incapacidad del bello sexo para ejercer un determinado derecho político, cuando otro, como el de imprenta, por una admirable contradiccion, que se explica, despues de todo, por la brutalidad misma que entrañaria un acuerdo lógico, — no les ha sido arrebatado, y alguno, como el de reunion, no tiene más que cierta traba insignificante, cual es la que prohíbe la entrada en las Bolsas á las mujeres. Yo sé con qué colores tan sombríos se pinta la parti-

propagacion del sexo débil en la política, con qué frase tan calurosa se describe á la mujer, ensuciando sus bellos piés y comprometiendo sus divinas alas en el barro y las agitaciones de la plaza pública, y cómo se presenta á la deslumbradora Galatea, frescos aún los besos del artista, y pasmado el mundo con sus hechizos, ocupando la tribuna y encendiendo las más brutales pasiones, mientras el viento arrebató sus cabellos, la ira descompone su mirada, y el frenesí, enronqueciendo su voz, hace que de su centelleante frente desaparezca la prudencia y pudor. Yo sé con cuánto ingenio y qué donosura se imagina un congreso de cuyos escaños irradie la gracia y la belleza, y una minoría acudiendo á todos los secretos del coquetismo para hacer pasar una partida del presupuesto que afecte al tocador, así como un Tribunal Supremo de Justicia, que interrumpe sus graves funciones para que algunos de sus miembros atiendan á las ineludibles y urgentes exigencias de la propagacion de la especie.

¿Os reis? — Pues más os rierais á haber, como yo, leído un libro muy serio y muy grave, en que se apuntan importantísimas consideraciones sobre el peligro que correria la causa de la libertad y del derecho á someternos inconsideradamente á la tiranía del bello sexo; débil, pero seductor; inconstante, pero implacable en sus infinitas exigencias.

Mas observad, Señoras, que todo esto no toca de frente la cuestion de derecho. Dad de barato

que todas esas críticas, que todas esas exageraciones sean verdad. Pues ¡qué! ¿el abuso de un derecho, los extravíos constantes de los hombres, los efectos irregulares de ciertas instituciones, bastan para que de una plumada desaparezcan instituciones y derechos, sin pensar ántes en modificar el medio en que unos y otros existen, y cuya maldad quizá sea la causa de tan fatales resultados? Y por otro lado, ¿es en estos tiempos posible que una parte de la humanidad, lo mismo que un grupo social, se erija en árbitro para reconocer bondades ó achacar faltas á los otros grupos, ó á la otra parte, resolviendo por sí y ante sí lo que se debe conceder y lo que se debe quitar? Preguntad, Señoras, á estos hombres que hoy corren por esas calles henchidos de orgullo con los derechos que la revolución les ha reconocido; preguntadles cuál era el agumento que á sus labios apuntaba ayer para condenar el monopolio que de la direccion de los negocios públicos ejercian ciertas y determinadas clases, conocidas bajo el nombre de *pais legal*?

Mas, prescindiendo de esto, Señoras, reparad que todas esas censuras parten de un error gravísimo, cual es el suponer la coexistencia de la mujer revestida de la plenitud de sus derechos con la sociedad tal cual es en estos momentos. De esta manera el contraste es inmenso, las irregularidades evidentes; pero igual sucederia si juzgásemos á un ciudadano de los Estados Unidos dentro de

la condiciones de los últimos dias del Bajo Imperio.

Por el contrario, parad las mientes en que si la mujer vive en el atraso moral de que tanto se ha hablado en estas *Conferencias*, es debido en gran parte al estado general de la sociedad; observad que si la mujer se ha de integrar en sus derechos y ha de adquirir toda su importancia debida, es menester que al compas y mediante los principios que determinen este cambio, se trasformen tambien el orden social, y entónces advertiréis cuán fuera de lugar están ciertas críticas, ciertas sátiras y ciertas extrañezas.

Fijaos, si no, un momento. ¿En qué se basan más comunmente los que combaten vuestra ingenuidad en la vida política para censurarla y ponerla en ridículo? Pues se basan, primero, en lo grotesco que sería que ocupaseis altos puestos de la administracion pública, y despues, en lo incompatible que son con vuestra mesura y vuestra delicadeza los gritos, los escándalos, las brutales pasiones, y los excesos de todo género que toman por asalto las plazas, los clubs y los lugares todos donde se controvierten cuestiones políticas. Pues bien, ¿qué significa lo uno y lo otro, más que una falta gravísima de cultura política y un atraso notable de educacion moral?

Si preguntais fuera de esa puerta qué es la vida política, y cuáles son sus condiciones y los dere-

chos que supone en los individuos, se os dirá, de seguro, que aquélla implica la facultad que los ciudadanos tienen de influir en la cosa pública y en la marcha de los negocios, y que los derechos de los individuos se extienden, á más de esta influencia general, á ocupar los puestos de la administración y á empuñar el timon del Estado, sin otra preparacion que un patriotismo acendrado y un amor inmenso á la idea que domina en las esferas del Gobierno.

Pero esto es un gravísimo error. Los derechos políticos no pueden ni deben servir al modesto ciudadano más que para desde su esfera observar la marcha de las cosas, influir en ella con su opinion, por medio de la prensa y de las reuniones, y cometer por el sufragio á los más aptos, á los que han hecho un estudio detenido, y se han dedicado á la carrera de *políticos*, como otros se dedican á la de médicos ó de comerciantes, la gestion de los públicos negocios. Es falso, completamente falso, que todo ciudadano, por el mero hecho de serlo, pueda y deba ocupar los altos puestos de la administracion; es falso, y sobre todo es profundamente inmoral y eminentemente perturbador, que cualquier sujeto, que cualquier advenedizo, sostenido por su audacia ó amparado de su fama de hombre probo, pueda erijirse de la noche á la mañana en hombre político. Para esto es necesario haber estudiado, haberse prepa-

a..

rado suficientemente, tener cierta aptitud y cierta educacion de que carece la inmensa mayoría de los ciudadanos; y al olvido de esta verdad, y á la práctica diaria de lo contrario, debeis atribuir la perturbacion del orden social, la inestabilidad profunda de las posiciones, el gran vacío en la direccion política de los pueblos, esas improvisaciones escandalosas, esos desengaños, esa inmoralidad que todos convenimos en reconocer en nuestra vida pública, y que asimismo tiene gravemente comprometida la existencia del orden y de la libertad en casi todas las naciones de Europa.

Mas observad que en este orden de cosas la ley no puede hacer nada. La ley debe dejar amplio espacio para que las inclinaciones apunten y las aptitudes se desenvuelvan. En cambio, aquí es donde deben influir con toda su energía las costumbres, rechazando las acometidas de la audacia ó de la ignorancia, y haciendo que sólo puedan llegar á la alta direccion política los hombres educados *ad-hoc*, los individuos dotados, naturalmente, de facultades para ellos y que han sabido y querido cultivar estos favores del cielo. Yo os podria decir dónde algo de esto se realiza, en los Estados Unidos, por ejemplo, y hasta cierto punto en Inglaterra; pero no es éste el objeto de mi discurso, y la cosa merece muy detenida atencion.

Ahora bien, suponed á la mujer reintegrada de sus derechos en una sociedad que por el progreso

político haya llegado á este punto. Ciertó que podrá *legalmente* ocupar altos puestos, pero cierto tambien que las costumbres, tanto más respetables cuanto que no violentan el más insignificante derecho, no permitirán que impunemente suban á esos sitios los individuos faltos de *aptitud*, sin distincion de sexo, y que la mujer, que ha podido ser reina en los revueltos tiempos de doña María de Molina y de Isabel la Católica, satisfecha con poder influir directamente con su opinion por la prensa, é indirectamente con su voto en los comicios, se abstendrá de aquello que no siente bien á su debilidad física y la distraiga de los altos deberes y de las atenciones absorbedoras del hogar doméstico.

Por otra parte, ántes he dicho que el grave inconveniente que se ponía á la mujer para que con dignidad y con eficacia pudiese asistir á los comicios y subir á la tribuna era la falta de moralidad, de verdadera moralidad que se echa de ver en estas reuniones. Pero ¿esto no ha de tener término? Pues ¡qué! el respeto del derecho, y la educacion política y social no ha de hacer progresos; por ventura no los está haciendo; y no son precisamente los mismos los principios civilizadores que han de disponer las cosas de modo que la mujer salga de la condicion tristísima en que hoy vive, que los que han de reformar nuestras costumbres públicas de manera que no se confundan los gritos con los

argumentos, y las invectivas con las razones?

Pues bien; suponed que la situacion actual se modifica, convenid en que nuestras costumbres se han reformado y que nuestras reuniones y nuestros *meetings* toman un carácter digno y respetable;— y por cierto que en esta obra podeis ejercer gran influencia, como la habeis ejercido en Madrid asistiendo á los magníficos *meetings* que aquí se han celebrado para condenar la infame esclavitud de los negros; que, sin embargo, todavía subsiste *íntegra!* seis meses despues de la revolucion de Setiembre. Dad por hecho que nuestra educacion social es otra; ¿llamaría entónces la atencion que nuestras mujeres ocupasen la tribuna y dirigiesen al público la palabra al modo que hoy mismo lo hacen doctísimas damas en los congresos científicos del extranjero? ¿Qué diferencia hay entre este público y el de la plaza, sino la diversidad de cultura, la diferencia de educacion?

Por tanto, Señoras, los argumentos que sobre este punto se hacen, caen por su base; porque, en primer lugar, entrañan el olvido de que el derecho está por cima del sexo y se refiere sólo á la entidad personal, y despues suponen á la mujer rehabilitada y dignificada dentro de una sociedad inmóvil y refractaria á aquella idea.

Pidamos, pues, al legislador, que en esto, como en todo, se contenga y respete el orden de la naturaleza, seguro de que ésta tiene abundantes re-

cursos , que brotan á cada paso para refrenar los excesos y corregir las irregularidades , que parecen más chocantes é incontrastables. Que el legislador, sí, se atenga al orden del derecho, y deje que las costumbres le suplan en aquello que á él le sería imposible prevenir ó rectificar. Que la ley prescindida de detalles y aptitudes individuales; pues que de lo contrario, si vuestra *debilidad* es razon suficiente para que se os veden ciertos puestos, muy bien podriais preguntar por qué la *fortaleza* de ciertos robustos varones no es causa bastante para que el legislador, siquiera por pura estética, les prohiba vender flores , cortar patrones y vender cintas. Que la ley, en fin, sea lógica; y pues que en nuestros dias ha prescindido del privilegio que antiguamente os dieron las Partidas de poder alegar su ignorancia, y pues que el Código Penal no reconoce vuestras flaquezas siquiera como una causa atenuante, que consigne todos vuestros derechos, y que así como os impone toda la responsabilidad de un hombre, os dé la plenitud de su libertad.

Harto comprendo que esto nos ha de costar algun trabajo; porque aquí, como en casi todos los casos análogos, las víctimas son las que principalmente hacen difícil su redencion. Las costumbres y las leyes se dan las manos para resistir los ataques, y vosotras —perdonadme que os lo diga— insipientemente criticais y alborotais siempre que alguna mujer ilustre tiene el atrevimiento de quejarse de su situacion,

soñar días más felices y escribir, por ejemplo, que sólo sois «niño oprimido, á quien se hace siempre guardar silencio, ó niño mimado, que impone sus irregulares caprichos.» Por eso, repito, nos ha de costar trabajo que vuestras manos no aplaudan esa frase pretenciosa, aunque en realidad vulgar, «que la mujer no se ha de ocupar de política», siquiera la política sea la paz y la guerra, el orden y la turbulencia, la riqueza y la miseria, el estancamiento y el progreso, el despotismo y la libertad.

Mas convertid la mirada á la vida civil. No tenéis motivos, Señoras—harto lo reconozco—para saber la diferencia que va de la vida civil á la vida política, y tampoco tengo yo el espacio suficiente para entrar en las explicaciones oportunas. Fijaos sólo en que la una abarca las relaciones del individuo con el Estado y da base á las instituciones de gobierno, miéntras la otra abraza las relaciones de los individuos entre sí, condiciona la familia y garantiza la propiedad. Ahora bien; reparad lo que sois dentro de la vida civil.

Para esto aceptad una division, que no es científica, pero que servirá perfectamente para que nos entendamos. Considerad á la mujer en cada uno de estos tres estados: de soltería, de matrimonio y de viudez..... Y digo mal; suprimid el último estado, porque la mujer viuda es casi tanto para la ley como la soltera. Es tan libre como ésta, y sólo—por las razones que luégo diré—parece inferior consi-

derando que si el marido ha nombrado tutor á sus hijos, la viuda no puede ser tutora de éstos, y si siéndolo contrae segundas nupcias, necesita de gracia especial para continuar cuidando á aquellos pedazos de sus entrañas, y en fin, si el marido muere intestado, sólo entra á la herencia en defecto de descendientes, ascendientes y parientes dentro del cuarto grado; doctrina que sólo tiene una excepcion, tratándose de la viuda pobre, indigente, que goza del derecho de percibir la cuarta parte (*cuarta marital*) de los bienes del difunto.

Fijémonos, por tanto, en la mujer soltera, mayor de edad y emancipada, carácter que no adquiere hasta despues de muerto el padre, y no á los 25 años, como vulgarmente se dice. Despues hablaré de la mujer casada, como esposa y como madre.

Es cosa, Señoras, verdaderamente admirable la inteligencia que mantienen las costumbres y las leyes para compensar las unas las cargas de las otras en este particular, y esto una vez más demuestra cómo la naturaleza violentada reobra, por los medios que tiene, contra los errores y las injusticias de que es víctima. Así se observa que cuando la ley aprieta más, y más rebaja el carácter de la mujer, las costumbres la levantan, y miéntras el legislador sanciona la tiranía, el público, la masa, sin darse cuenta de ello sin duda, libre y espontáneamente, dedica á la víctima su consideracion y sus respetos. Sólo que esta compensacion de las cos-

tumbres no corresponde á la profundidad y al peso de las injusticias legales, lo primero, porque la compensacion en sí es débil; lo segundo, porque las costumbres mismas están contagiadas y á las veces extreman, áunque de otro modo y en otra esfera, el rigor mismo de las leyes.

Vedlo, si no. La mujer soltera puede ser considerada en dos períodos de su vida. El uno abarca su juventud, y entónces es el tipo de la debilidad, y ántes que respeto, inspira compasion. Luégo, con la edad, adquiere una representacion mayor, se impone más fácilmente á las gentes que la rodean; pero entónces es el símbolo de los caprichos trasnochados, del mal genio, de la murmuracion; es la solterona objeto del ridículo y pobre víctima de los chistes y de las consecuencias de esa brutal máxima que dice á todas nuestras jóvenes; en medio de esta sociedad pretenciosamente espiritualista, que «la única carrera de la mujer es el matrimonio.» De modo, Señoras, que aún dentro del círculo exclusivo de las costumbres se observa tambien esa compensacion de que ántes os hablé con referencia ó las costumbres y á las leyes.

Pues bien; la soltera es la más favorecida por nuestra legislacion. Así, puede ir y venir, contratar, obligarse; consagrar su actividad á lo que más le plazca..... Casi tiene los mismos derechos del hombre. Pero este *casi*, Señoras, abarca mucho. Por ser mujer, la soltera está incapacitada para

ser procuradora de otro, para estar en juicio, para ser testigo en un testamento, para ser tutora y curadora de otros que de sus hijos y niétos, y en fin, para adoptar á un huérfano, sino adquiere este derecho mediante gracia especial.

Cierto, sin embargo, que al lado de estas incapacidades figuran algunos que se han dado en llamar privilegios, tales como el de que la mujer pueda casarse y hacer testamento á los 12 años, mientras que el varón nó hasta los 14; que la mujer necesite del consentimiento paterno para el matrimonio sólo hasta los 20 años, mientras el hombre lo ha menester hasta los 23; y en fin, que la mujer puede eximirse, generalmente hablando, de la obligación contraída por una fianza, en tanto que el varón tiene que estar á lo que se comprometió. Mas, observad que cuando estos favores no son excepciones fundadas en la mayor precocidad del sexo débil, y que corresponden á otras excepciones provechosas al sexo fuerte, son privilegios ó estériles ó contraproducentes. ¿Quereis convenceros de ello? Pues reparad que á cambio de esa rebaja de edad que para ciertos actos os hace la ley, la ley también consigna que cuando en un accidente mismo muriesen un hombre y una mujer, se entienda que ésta murió primero, por su natural debilidad, y cuando á un mismo tiempo nacen una mujer y un varón se reputa nacido ántes el hombre; doctrina importantísima, sobre todo por sus efectos en ma-

teria de sucesiones. — Por otro lado, el privilegio de las fianzas es ineficaz, porque, fuera de sus muchas excepciones, todo contratante tiene muy buen cuidado de que lo renuncieis expresamente al principio del contrato; y si fuera eficaz por desgracia, harto lo lamentaríais vosotras, porque os coartaría de un modo extraordinario la facultad de contratar; que lo mejor que la ley puede hacer es prescindir de estériles protecciones, limitándose á asegurar la libertad y el derecho. Mas, así y todo, ¡qué diferencia no hay, en daño vuestro, entre lo que la ley caprichosamente os regala y lo que arbitrariamente os niega!

Pero extended más la mirada, y fijaos en la mujer casada. Y aquí sí que notaréis la verdad de cuanto ántes os decia. La mujer soltera es digna, respetable sin duda; pero la esposa y la madre es augusta. Pues bien, aquélla *casi* lo puede todo, con arreglo á la ley; ésta apenas si puede nada. Las costumbres dan realce á la mision de la mujer casada, pero las leyes la agravian y abaten, y en esta relacion, la mayor fuerza, la mayor eficacia está de parte de la ley. No, no hay verdadera compensacion.

La mujer casada, por el mero hecho del matrimonio pierde su personalidad punto ménos que absolutamente. Debe fidelidad y compañía á su marido; débele, más que obediencia, sumision, hasta el extremo de no poder contratar, ni repudiar una he-

rencia, ni admitirla sin beneficio de inventario, á no contar expresamente con su autorizacion; debiéndole entregar, por regla general, la administracion de los bienes aportados al matrimonio y de los intereses que durante la sociedad conyugal se logren, y cuya mitad naturalmente pertenece á la mujer.

Cierto que la ley ha procurado dar garantías. Pero ¡de qué manera! Se trata de la fidelidad, y mientras que para que pueda decirse que el hombre comete el delito de adulterio se necesita que tenga la manceba dentro de casa, ó fuera de ella con escándalo, por lo que respecta á la mujer no se precisan circunstancias; llegando á consignar nuestras leyes, si bien para que no se cumpla, que el adulterio de la mujer hace dueño al marido de la dote. — Se trata de la compañía, y si bien nuestros códigos y las sentencias de los tribunales relevan á la mujer de seguir al esposo á Ultramar ó á lugares donde reina la epidemia, en cambio hace posible que el marido, fijando su domicilio en sitios apartadísimos, obligue á la mujer á residir allí, mientras él con fútiles pretextos se viene á gozar á las capitales y á los grandes centros de la vida de la libertad. — Se trata de la autorizacion del marido, necesaria para que la mujer contrate y haga valer sus derechos; y si bien la ley dispone que en ausencia ó por negativa infundada del marido supla su autoridad el juez, haciendo así entrar al Estado en la vida doméstica, harto se comprende cuán pobre es

este recurso á favor de un sér débil, entregado casi sin reserva al poder del marido, de cuyas manos no puede escapar aún despues del conflicto que necesariamente supone el haber tenido que acudir al juzgado. — Se trata de los bienes, y aunque la ley distingue los dotales de los extradotales, y dejando éstos en cierto modo, y por regla general, á la administracion de la mujer, preceptúa que de aquéllos responda el marido sobre todo y ante todo; reparando despacio, se advierte que las garantías no son lo que á primera vista parecen. Verdad es que la mujer administra sus bienes extradotales, si quiere así hacerlo; mas cierto es del mismo modo que para todo paso de alguna gravedad necesita la autorizacion del marido, única manera de que su personalidad sea efectiva. Verdad que para una clase de dotales, los inestimados y raíces, la ley dispone que se inscriban en el registro de la propiedad y sean inenajenables sin permiso de la mujer, y que para los inestimados muebles, ó los estimados de cualquier clase, se hipotequen siempre expresamente los bienes propios del marido; pero harto se ve en lo primero que la falta de garantías de la mujer para otros efectos de la vida le quita la fuerza para resistir á las sugerencias, mejor dicho, á las exigencias de un marido imperioso y omnipotente en el hogar doméstico; y en el segundo caso, que la garantía que la ley sanciona está en el vacío, porque pende de que el marido tenga bienes propios é hipo-

tecables, ésto es, raíces.—Y en este caso, ¿qué otra cosa más que un recurso estéril es el que la ley da á la mujer casada para contener la mala administración de sus dotales, permitiéndola que pida que se le entreguen, ó que el marido dé caucion de que no los ha de malbaratar ó que los ponga en manos de un tercero, si para todo esto es necesaria la prueba de que á punto tan crítico ha llegado el marido por su mala conducta, y no por accidentes é impensadas desgracias?

Pero no os detengais más, Señoras, en la falta de recursos y en la desnudez de consideraciones que la ley sanciona tratándose de la mujer casada. Subid más: llegad á la madre, que seguro estoy que no sabeis ni os será fácil comprender cuál es su condicion legal. Porque, oidlo y asombraos, la madre castellana no tiene autoridad propia sobre sus hijos. Ese poder que las leyes conceden al jefe de la familia, poder fundado, más que en otro motivo, en los inexcusables deberes de educacion respecto de sus hijos, es negado á nuestras madres, de tal modo, que si el esposo muere designando á una persona extraña para que atienda á los menores, no corresponde á la madre siquiera la tutoría de aquellos pedazos de su propio sér, y pasados los tres primeros años, tiene que reducirse á prodigarles sus caricias y sus cuidados, en cuanto un hombre, desligado de todo vínculo natural y de toda relacion amorosa, no encuentre grave mal en ello. ¡Qué horrible! ¡la maternidad viviendo de prestado!

Os asombra, Señoras; y en verdad la cosa debe maravillaros, porque sólo nuestras leyes, en el mundo de nuestros días, sancionan atropello semejante de todas las conveniencias, agravio tan gigantesco de todos los sentimientos, vestigio tan repugnante de épocas y circunstancias que por dicha ya pasaron.

Yo bien sé, Señoras, cuanto se dice para justificar ciertos preceptos de la ley y para excusar otros, á todas luces insostenibles. El matrimonio, se observa, es una sociedad que debe tener su director, que necesita un representante; y siendo esto así, imposible es que coexistan dentro de la familia dos derechos igualmente poderosos y avasalladores, y al público den la cara dos representaciones de igual fuerza é importancia.

Yo convengo en casi todo esto; mas reparo también que si el matrimonio bajo el aspecto civil es una sociedad, debiera tenerse sobre él muy en cuenta que los derechos y las obligaciones en las sociedades ordinarias parten del contrato, del pacto social; que las condiciones son muy varias y revisten diversas formas; y en fin, que sobre la prevision legal queda siempre la voluntad de los contratantes. Sin embargo, en España no hay más que un modo de matrimoniar, y todas las condiciones están fijadas de antemano.

Verdad es que las legislaciones extranjeras se aproximan bastante á este rigor, prohibiendo que se pacte nada sobre las personas y los derechos y

los deberes matrimoniales de los esposos; pero, sobre esto ser, en mi sentir, profundamente equivocado, nótese que en Francia, en Inglaterra, y sobre todo en Portugal, cuyo Código Civil de hace dos años es el primero del mundo civilizado, han roto la regularidad del matrimonio, la inflexibilidad del contrato previsto y sancionado por la ley, haciendo posible un número bastante extenso de condiciones potestativas en lo que se refiere á los bienes, á los intereses de los esposos — dejando siempre á salvo los de los hijos.

Á este punto no han llegado nuestras leyes, y así no tenemos más que un molde, no poseéis más que un medio para el matrimonio. Quizá vuestra dignidad resista alguna de las cláusulas del contrato; quizá comprendáis que por puro amor ó apreciando otras circunstancias de vuestro esposo, poneis vuestro porvenir y el de vuestros hijos en manos poco aptas para la gestion de intereses; quizá os estremezcáis al pensar que no teneis más que una autoridad prestada sobre vuestra familia..... pero no hay remedio; si no os casais así, avergonzaos y sufrid, vuestro enlace no es matrimonio.

Que tales errores tienen su remedio, cosa es que fácilmente habeis colegido; pero yo no debo abusar de vuestra indulgencia, ni puedo detenerme en este punto, que exige grandes desenvolvimientos. Baste indicar las reformas indispensables: primero, el reconocimiento pleno de la personalidad jurídica de

la mujer; despues, el matrimonio civil, que separa el contrato del sacramento y hace posible la aplicacion al primero de la libertad completa de contratacion; tercero y último, el consejo de familia, que ocurre á los conflictos posibles entre padre y madre, revestidos entrambos de la patria potestad. — No creais que éstas son puras teorías; los fundamentos de tales reformas están echados ya fuera de España, si bien los obreros de este gran edificio no han podido todavía vencer ciertas preocupaciones, ni proseguir su empresa con la calma y la energia que requiere el caso. Sin embargo, ello será.

Voy á terminar, Señoras; pero ántes permitidme que, cual acostumbro, vea de resumir cuanto os he dicho, y que habeis acogido con una atencion y una bondad todavía superiores á mis deseos. Veamos de precisar el objeto y el fin de este discurso.

Lo habeis visto, Señoras: la vida política os está hasta cierto punto vedada, y sobre todo, el influir en ella directamente por vuestro voto, por completo os está prohibido. Hay en esto más de una contradiccion; pero todo lo eclipsa el error y la injusticia general de la doctrina, que traducen de un modo análogo las leyes españolas y las extranjeras. — En cuanto á la vida civil, hartó habeis comprendido la inferioridad y el desamparo á que tienen condenado al sexo débil nuestras leyes, que en este punto van muy detras del resto del mundo civilizado.

Ahora bien; ¿és ó no verdad que tantas injusti-

cias y tantos errores dan base sobrada á las críticas de los partidarios de LA EMANCIPACION DE LA MUJER? Y ¿és ó no cierto que la correccion de estos irritantes abusos, de estas sombras de una sociedad bárbara, por ningun concepto entraña la prostitucion de la mujer en la vida política, ni ménos la dissolution de la familia? ¡Oh! no. Lo que nosotros pedimos, al reclamar la dignificacion de la mujer, es que se continúe la obra de libertad que viene realizándose de un modo tan enérgico en toda la edad moderna, y conforme á la que el órden se va asentando en sólidas bases, y el legislador absteniéndose de poner su impía mano en la armonía de las cosas, creada por Dios. Lo que nosotros queremos es no violentar los intereses, ni herir los sentimientos, ni fabricar una familia, ni componer una sociedad; porque tememos la reaccion de las cosas comprimidas, y porque tratándose de la sociedad, de la familia y de la mujer, sabemos que donde la ley creó un Gimmello, la naturaleza pronto escupió las Phrines y las Aspasias.

Ahora, en cuanto al fin de este discurso, reparad en lo que ántes os dije. Es necesario que todos sepamos el carácter y la significacion que la ley nos reconoce, primero para vivir, y despues para procurar, si no es lo debido, su reforma y nuestra ventaja. Presumo que algo sabeis de lo que sois, y otro poco de lo que debeis ser.

Aquí hay una empresa grave y que os está pri-

mordialmente encomendada, porque si á todos nos importa, el vuestro es el interes mayor. Pero cuidad del camino que habeis de seguir, y de los recursos á que habeis de apelar.

La doctrina de LA EMANCIPACION DE LA MUJER ha recibido sus más terribles golpes á causa del carácter y de la forma con que se ha presentado. La propaganda convulsionaria y cataléptica de las renovadoras yankees é inglesas, las desordenadas teorías y las lúbricas prácticas del sansimonismo frances, las exageraciones de los *esprits forts* femeninos, que han llegado á escribir el evangelio del amor libre, y á sostener que «el hombre, despues de todo, no es más que una mujer imperfecta»; estos han sido, quizá más que nuestras groseras costumbres y que los intereses creados y que vuestras mismas preocupaciones, el formidable enemigo de la rehabilitacion, mejor aún, de la redencion del sexo débil.

Vosotras teneis otro camino : no olvideis el medio en que vivís, y reparad que en ciertas empresas hay que tener en cuenta la justicia, sí; pero no lo olvideis,—tambien la *eficacia*.—Aprovechaos de las armas que teneis en vuestras manos.

Cierto que por medio de la prensa (y á Dios gracias, en vuestro seno se encuentran mujeres ilustres, de ello muy capaces) podeis intentar vuestro empeño, y que debeis mostrar con vuestra presencia en ciertos sitios el desprecio que os inspiran mo-

tes y críticas ridículas, si no fueran indignas. Pero con esto, quizá antes que eso acudid á otros medios. Evidenciad en todos los momentos que conoceis vuestra situacion, que no estais satisfecha de ella y que deseais su mejora. Protestad en el seno de la familia, en las tertulias, en las conversaciones íntimas, contra las vulgaridades de guante blanco, que con una flor os envian un insulto, y con una palabra lisonjera á esos encantos físicos que el tiempo borra, abofetean vuestra dignidad de ser libre, vuestro carácter de persona, que es inmortal. Y sobre todo, ¡madres! educad á vuestros hijos en el santo amor, en la implacable pasion de la libertad y de la justicia. — Los medios son poderosos, porque las grandes iniquidades se sostienen de ordinario, más que por la maldad de los opresores, por la ignorancia y el envilecimiento de las víctimas; observad que si los grandes cambios, las grandes reformas en la historia, han venido por las dos vias de la guerra y de la influencia pacífica, el triunfo mayor y el más duradero ha sido el obtenido por el segundo de estos caminos. Ved los cambios políticos, sangrientos, tempestuosos, formidables..... pero ¡cuántas caídas, cuántas decepciones irresistibles! ¡qué dolores, qué retrocesos! Ved las trasformaciones de la familia..... lentas, tranquilas, insensibles; ¡pero inmensas, profundas, imperecederas é incontrastables! Elegid, Señoras, este camino. Yo os aseguro que seréis invencibles.

Y no creáis que porque la obra sea considerable el término de vuestra empresa sea extraordinariamente lejano. Dificulto, sí, que aquí nosotros mismos veamos á la mujer plenamente rehabilitada; pero observad que de la mujer soltera de hoy, tal cual el Código Mercantil la trata, á la mujer emancipada al modo que yo lo entiendo, hay de seguro mucha ménos distancia que del siervo que nuestros abuelos conocieron al amanecer el siglo XIX, al ciudadano que anda por esas plazas, integrado de sus derechos por la Revolucion de Setiembre.

Fuera de esto, por vuestra emancipacion trabajan todos los intereses del siglo; porque, así como las injusticias se enlazan y sostienen, así un progreso llama á otro progreso. — Donde apenas hace diez años la viuda era quemada sobre la tumba de su esposo, y la india estrujaba entre sus brazos á la tierna niña para que no siguiera la malaventurada suerte de la mujer, la madre norte-americana, realzada y respetada allí como en ninguna parte, enseñaba noblemente á su hijo á deletrear en aquellos patrióticos libros, cuyas primeras palabras son: *god and liberty*. La misma participacion de la mujer en la vida política, el mismo derecho de sufragio es reclamado ahora por las Convenciones de los Estados Unidos. En Inglaterra, donde la mujer cuenta con un defensor ilustre, con uno de los primeros publicistas de aquel país, con Jhon S. Mill, muchas señoras recientemente han pedido, aunque sin éxito,

una aclaracion de la flamante ley electoral en el sentido de prescindir del sexo ; y por último, en esa tierra que de entre los mares oceánicos se alza, y al mundo se presenta , como Vénus, ornada de todas las gracias y todos los esplendores ; en la Australia, donde hoy la libertad luce como en ninguna parte, el sufragio de la mujer está reconocido, y su voto es un hecho, una realidad, una conquista definitiva de la civilizacion.

La idea, pues, cunde. Aprovechad, Señoras, el movimiento del siglo, y no os arredre la resistencia que las preocupaciones presentan. Los errores se desmoronan y el nuevo espíritu los tiene trabajados por dentro. Estamos en una época de liquidacion ; y si tardamos, es porque las cargas son muchas y debemos, no sólo derrocar, sino sustituir; que en esto se diferencia nuestro siglo del siglo XVIII ; y si todavía os impone la aparente serenidad de algunas terribles injusticias y cómo levantan sus cabezas en medio de la fiebre revolucionaria, reparad que ya el nuevo espíritu, sólo al verlas, se revuelve y se alza, y como agitado mar, las escupe con sus olas y con sus mugidos les anuncia la muerte.

¡Ad, pues, Señoras, é influid y trabajad; que si la empresa es grave, los recursos son poderosos y la idea magnífica, y sólo por este camino yá esta cosa progresa la humanidad.

HE DICHO.

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

SEXTA CONFERENCIA.

SOBRE

LA HIGIENE DE LA MUJER,

POR

DON SANTIAGO CASAS,

Doctor en Medicina.

28 de Marzo de 1869.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

SEXTA CONFERENCIA

LA HIGIENE DE LA MUJER

SEÑORAS :

En las precedentes *Conferencias*, distinguidísimos pensadores y poetas han tenido el honor de tratar delante de vosotras diversas cuestiones literarias, históricas, morales, religiosas y hasta jurídicas; el género de estilo propio de la mayor parte de estas materias ha permitido á mis ilustrados predecesores dar libre carrera á sus grandes dotes oratorias.

En este momento la escena va á cambiar completamente de drama y de decoraciones; de las altas y pintorescas cumbres adonde debisteis elevaros en las sesiones anteriores, voy á traerlos á un terreno muy llano y muy monótono; al prosaico terreno de la Salud.

Una sola reflexion me ha alentado á aceptar el desairado papel que me harán desempeñar, no sólo

mis escasas facultades, sino el asunto mismo en que debo ocuparme, y ha sido la de que, si bien es en las accidentadas y majestuosas cumbres donde se elevan orgullosos los cedros, los pinos y los demás árboles que le suministran á la Poesía su botánica habitual, es en las monótonas pero fértiles llanuras donde crecen principalmente los trigos y demás plantas de que sacamos la mayor parte de nuestros alimentos, sin los cuales no podría haber; ni poetas para cantar á las cumbres, ni entusiastas para aplaudirlos.

Prosaico en extremo será mi estilo; obligame á ello, en gran parte, lo confieso, mi falta de talentos oratorios; pero con la misma franqueza declaro que, aun cuando el cielo me hubiese dotado de esos talentos, procuraria ser en este momento lo más prosaico posible. Los adornos de la retórica, indispensables en las bellas letras, son en general un grande inconveniente al discutir ó explicar asuntos puramente científicos. En éstos, la exactitud y la claridad, que son sus más bellos atavíos, viven raras veces en bien equilibrado consorcio con las licencias, por no decir con las exageraciones, que casi siempre se deslizan en el lenguaje poético.

Me concretaré, pues, á ser tan exacto y tan claro como el asunto lo exige, y, si lo consigo, quedará mi ambicion plenamente satisfecha.

Todos tememos á la muerte; rarísimas son las inteligencias bastante serenas, los caractéres bastante

bien templados, para considerarla impasibles, consolándose con la reflexion de que es una necesidad ineludible, impuesta á todos los seres vivientes. Sin embargo, pasamos la mayor parte del día haciendo cuanto podemos para atraer sobre nuestras cabezas esa siniestra guadaña, cuya sola imágen nos hiela de espanto.

Cuando nos sentimos gravemente enfermos, clamamos por el médico, tenemos una fe ciega, casi supersticiosa, en su poder; lo escarnecemos y ridiculizamos si no satisface nuestras pretensiones, que á menudo no se extienden á nada ménos que á que altere las leyes fundamentales de la naturaleza. Pero tan pronto como nos creemos sanos ó levemente indispuestos, acogemos sus consejos con irónico desden.

Tiempo es ya de que el fruto de sinnúmero de trabajadores, amantes de la ciencia y de la humanidad, no se seque esterilizado por la ignorante indiferencia del público; tiempo es ya de que, en vez de estarnos poniendo á cada paso al borde del abismo, en vano señalado por los hombres más competentes, para pedirles socorro tan sólo cuando nuestros propios desatinos nos han precipitado con una violencia á la cual nada puede resistir, empecemos á practicar el axioma de toda persona sensata: *Mil veces más vale evitar que curar.*

Nunca se ha tenido ménos derecho que hoy para quejarse de la impotencia de la Medicina. En vez

de fijarse uno exclusiva y puerilmente en los casos en que, si su eficacia queda desairada, es porque jamas se han hecho ni se harán milagros, hágase con imparcial criterio el balance de sus recursos y de sus beneficios actuales, y se confesará que no es ella la que más triste papel representa en el cuadro del progreso científico moderno.

Hase enriquecido el arte médico, en el siglo actual, con cierto número de procedimientos, gracias á los cuales se puede hoy restablecer la salud en casos que ántes eran incurables. No es ésta la ocasion de enumeraros esos procedimientos, que bastan por sí solos para hacer á nuestro arte acreedor á la gratitud de la humanidad entera.

Quizás más trascendentales aún, tanto al punto de vista práctico ó de aplicacion, como al científico puro ó especulativo, son los progresos hechos en un nuevo género de estudios, al cual, desde hace algunos años, se entregan con afan los médicos eminentes de todos los países, y que consisten en determinar los signos que de antemano, y á veces con muchos años de anticipacion, permiten sospechar enfermedades que aún no existen en el individuo, pero que una vez que han llegado á su madurez son casi siempre mortales, ó por lo ménos incurables.

No puedo entrar tampoco en detalles sobre este particular, por ser tambien del dominio de la Medicina propiamente dicha; pero debo advertiros, para vuestro bien, que más de un padre y de una

madre habrá que quizás algun dia llorarán sin consuelo la ignorante tranquilidad con que observaban en uno ó en varios de sus hijos, síntomas que atribuian á insignificantes indisposiciones, y que, en realidad, eran el primer grito de alerta de una enfermedad que más tarde debia llevarlos á la tumba, á la cual hubiera podido sustraerlos un tratamiento racional, empleado á tiempo.

En fin, grandes han sido tambien los progresos cumplidos en esta parte de la Medicina, que se propone, no curar las enfermedades, sino evitarlas; en otros términos: conservar la Salud.

Este arte, rama del vasto arte médico, se llama *Higiene*, y será el tema exclusivo de esta *Conferencia*.

No hay espectáculo más ridículo que el de un sér que tiene la pretension de llamarse *sér inteligente*, y que ignora lo que conviene y lo que perjudica á su Salud, y por consiguiente á la conservacion de su vida, ó que sólo posee sobre este particular ideas disparatadas, como sucede desgraciadamente con la inmensa mayoría de personas de todas clases, empezando por las más elevadas.

Todo el mundo proclama que es indispensable para todo individuo, de ambos sexos, conocer las reglas fundamentales y más usuales de la *Higiene*, y sin embargo, hasta ahora, que yo sepa, en ningun país se ha hecho entrar sériamente en la enseñanza, ora privada, ora dada por los gobiernos, á

este importantísimo ramo de los conocimientos humanos. Bien entendido que exceptúo á las escuelas especiales de Medicina.

Esperemos que tan inexplicable anomalía no tardará en desaparecer. Hace años que en varios escritos, publicados en la capital del vecino imperio, he ido más lejos aún, y he insistido sobre la urgencia de generalizar, de hacer entrar como parte obligatoria de los estudios de todos los colegios, de ambos sexos, la enseñanza de las nociones más generales del arte médico propiamente dicho, no con el descabellado objeto de hacer un facultativo de cada individuo, sino con el de habituar á todo el mundo á tener un criterio sensato en materia de Medicina. Creo, en efecto, que á este gran vacío de la enseñanza del público se debe el descreimiento de gran número de familias en la verdadera ciencia, y la prosperidad de los más escandalosos charlatanismos médicos.

En efecto, ni la *Higiene*, ni la Medicina tienen nada absolutamente de misterioso; sus principios fundamentales son tan sencillos, tan claros, tan accesibles á todas las inteligencias, como los de todas las demas ciencias y artes; sólo en retener las leyes de detalle, y en saber aplicar los principios generales á cada caso particular, es donde reside la dificultad, cuyo vencimiento exige un estudio y una práctica especiales.

Todas las causas de conservacion ó de destruc-

cion de nuestra salud y de nuestra vida tienen que residir forzosamente en una de estas dos partes : en nuestro cuerpo, cuyo modo especial de arreglo se llama organizacion, ó fuera de nuestro cuerpo.

Si la causa de destruccion reside en nuestro propio cuerpo, entónces ya hay enfermedad, y sólo toca al médico el descubrirla y curarla. Si la causa reside fuera de nuestro cuerpo, entónces sólo hay amenaza de enfermedad, y á la higiene toca alejarla.

La primera condicion para practicar las reglas de la higiene consiste en conocerse uno á sí mismo. Esto quiere simplemente decir que nunca debe desoírse la voz de la experiencia cuando, por medio de repetidos castigos, nos grita que una cosa no nos conviene, y es un error muy perjudicial persistir en hacer esa cosa tan sólo porque otra persona la ha hecho siempre impunemente. No todos tenemos lo que el vulgo llama la misma naturaleza, y lo que la ciencia distingue por los nombres de temperamentos, idiosincrasias, etc.

Así, por ejemplo, entre los diversos tipos generales llamados temperamentos, hay uno, que es el más frecuente en vuestro sexo, y que es el llamado temperamento nervioso, porque su carácter esencial es la actividad exagerada de todos los actos vitales inherentes á la sustancia nerviosa. Podréis reconocer este temperamento en los caracteres siguientes : diversas impresiones, que en la mayor

a

parte de los individuos pasarian casi desapercibidas, en el nervioso adquieren una intensidad exagerada, que raya en enfermiza; los movimientos, habitualmente separados de las sensaciones que los provocan, por un intervalo mayor ó menor, durante el cual la inteligencia determina lo que se debe hacer, y trasforma á la tendencia instintiva en acto de voluntad sólido y bien justificado, siguen sin transicion á esas sensaciones, y de ahí procede la frecuencia y la rapidez de los movimientos involuntarios, que los fisiólogos llaman movimientos reflejos, y como consecuencia lógica, lo incompleto de esos movimientos, su aspecto convulsivo, debido á que, ántes de que un movimiento se haya verificado, viene otra nueva impresion á provocar otro movimiento en sentido diferente y hasta opuesto; la viveza de los ojos, la movilidad de las facciones y hasta de los miembros, indican la rapidez tumultuosa con que se suceden, con que se atropellan las ideas y los deseos; en este momento piensa el individuo en una cosa, y un momento despues ni se acuerda siquiera de ella, y su imaginacion y su caprichosa voluntad están galopando á mil leguas de distancia de su punto de partida; un ruido cualquiera, una puerta bruscamente cerrada, producen un grande sacudimiento; se llora con la mayor facilidad, pero con la misma facilidad se pasa del llanto á la risa; en fin, si bien la inteligencia es, la más de las veces, muy aguda, de muy rápida

comprension, en las personas nerviosas, la grande dificultad que encuentran para dar fijeza á sus ideas y á su voluntad, les hace muy antipático un trabajo sostenido, y á cada momento se ven, en la práctica de la vida, lanzadas irreflexivamente al extremo opuesto del punto adonde hubieran querido ir.

En dos principales indicaciones estriba toda la higiene de este temperamento: alejar todas las causas de fuerte impresion, que varian segun cada individuo, y modificar profundamente el organismo, dando grande desarrollo al movimiento nutritivo por medio de una alimentacion, un ejercicio, etc., apropiados.

Enteramente opuesto al precedente es el temperamento que llamaré apático, impropriamente llamado linfático por muchos autores que no han notado que, si bien ese temperamento coincide á menudo con el linfatismo, puede existir sin él. Por el solo nombre de temperamento apático comprenderéis que las personas en quienes existe son muy difíciles de impresionar, y que, cuando llegan á estarlo, tardan mucho en manifestar exteriormente sus impresiones, por sus movimientos ó por sus palabras, de las cuales son casi siempre dueños absolutos; la regularidad que caracteriza los actos de la vida vegetativa existe en toda su pureza; la inteligencia, lo que pierde en agudeza, en vivacidad, lo gana en posesion de sí misma, en aplicacion

constante; la voluntad es muy difícil de estimular, y, metafóricamente hablando, puede decirse que se necesitaría un cañon Armstrong para agujerear la espesa corteza de impasibilidad dentro de la cual esas personas parecen encastilladas desde su nacimiento; pero, una vez estimulada, adquiere esa gran fuerza de inercia, esa tenacidad uniforme, talmente poderosa, que un célebre político moderno ha podido decir con cierta apariencia de razon: el porvenir pertenecerá siempre á los flemáticos.

Aquí la principal indicacion, opuesta á la del temperamento precedente, consiste en dar cierto estímulo al sistema nervioso.

Pudiera citaros muchos ejemplos de otros temperamentos admitidos por los autores; de las llamadas predominancias orgánicas, que hacen que casi siempre es, en varios individuos, tal ó cual órgano el que, por su exceso ó su falta de energía, se resiente de las modificaciones exteriores; pudiera, en fin, citaros curiosos ejemplos de idiosincrasias, especies de susceptibilidades inexplicables hasta el dia, y en virtud de las cuales hay personas que no pueden respirar ciertos olores, oír ciertos ruidos, etc., sin experimentar una grande perturbacion.

Pero con lo precedente basta y sobra para llenar mi objeto, que ha sido únicamente el de haceros comprender prácticamente el principio fundamental de la higiene, que es que, al lado de reglas generales aplicables á todos los individuos, hay reglas

de detalle, que deben forzosamente ser modificadas segun los casos particulares.

Mucho hubiera deseado poder hablaros de diversos puntos de la higiene, que, tales como la alimentacion, las habitaciones, etc., interesan á todo el mundo: desgraciadamente la brevedad del tiempo que me ha sido concedido, me pone en la imprescindible obligacion de atenerme estrictamente á lo que concierne á vuestro sexo.

Quizás me sea dado tratar en otra sesion de las reglas especiales de la niñez, en la cual haré entrar todo el período que abraza desde el nacimiento hasta la pubertad, y tambien, á causa de la relacion de ambos asuntos, de las reglas que debe observar la madre durante el embarazo y la lactacion. En esta conferencia me concretaré á la higiene de la mujer enteramente formada, y al sentar una regla procuraré siempre explicaros los argumentos y los hechos incontestables en que se apoya, á fin de bien inculcar en vuestro espíritu este principio fundamental: que quien dice hoy día ciencia, dice forzosamente leyes exactas, sencillas, claras y comprensibles por todo el mundo.

He adoptado, por parecerme el más conforme á la índole de estas *Conferencias*, el más práctico posible, el orden que consiste en tratar de los diversos puntos de higiene, segun como se van presentando, en general, en el trascurso del día.

Empecemos, pues, por el momento de despertarse y de levantarse.

Por más monstruosa que os parezca mi pretension, me atreveré á aconsejaros muy seriamente el que os levanteis habitualmente, lo más tarde, en invierno, á las nueve, y si cabe, á las ocho de la mañana; y en verano, á las siete, y si más temprano, mejor.

No es ésta una exigencia vanal, sin otro motivo que el rutinario argumento de que así lo aconsejaron nuestros antepasados; acostumbro apoyar mis consejos sobre más sólidas bases.

Hase hecho notar que, de dos individuos que se acostasen á la misma hora, el que se levantara todas las mañanas dos horas ántes que el otro, cada doce años habria vivido un año más. Pero argumentos más poderosos aún existen para hacer que todos los higienistas aconsejen el que se levante uno temprano, y hé aquí varios de esos argumentos :

Todos los actos de nuestro organismo exigen, para su perfecto y duradero cumplimiento, alternativas regulares de ejercicio y de reposo, que, para la mayor parte de esos actos, coinciden con las alternativas del dia y de la noche, y su perturbacion acaba siempre por deteriorar las más robustas organizaciones. Nada hay, por consiguiente, más dañino que esa inversion tan frecuente, y tan exagerada en la vida social, de las horas en que esos actos orgánicos deben cumplirse.

Así como para la naturaleza, despues de esa semi-muerte periódica que se llama el reposo de la noche, viene la alegre actividad del dia, así tambien para el hombre la mañana constituye una especie de resurreccion diaria, durante la cual la energía vital y la resistencia orgánica á los agentes exteriores están en todo su vigor, y hasta las enfermedades febriles é inflamatorias experimentan en ese período del dia cierta remision. ¿Qué puede, pues, haber ménos lógico que el desperdiciar tan preciosos momentos, que son aquellos en que más apaciblemente se saborea el placer de sentirse uno vivir? Compárense dos personas, de las cuales una se levante habitualmente temprano y la otra tarde; haga uno sobre sí mismo esta comparacion, habituándose á levantarse temprano, y pronto se encontrará una notable diferencia, que será el mejor argumento en pro del consejo que os doy.

El que es madrugador empieza por experimentar, en toda su intensidad, lo que he llamado el apacible placer de sentirse uno vivir, ó por mejor decir, resucitar, y de ver resucitar á toda la naturaleza; placer bastante parecido al que todos recordamos haber experimentado en nuestra infancia, cuando un objeto agradable venía á impresionar por la primera vez nuestros sentidos; el pensamiento, dueño de sí mismo, gracias al silencio del mundo exterior, acaricia con predileccion las ideas y los proyectos más elevados y más provechosos al mismo tiempo;

las malas pasiones, atenuadas por el descanso de la pasada noche, ceden más fácilmente el puesto á sentimientos más nobles; en fin, cada uno puede, con toda calma, hacer la mejor distribucion del nuevo dia en que va á entrar.

Al contrario, el que se levanta tarde empieza casi siempre el dia bajo los más tempestuosos auspicios. La cabeza pesada, los sentidos embotados, la boca amarga y pastosa, un secreto instinto que nos echa en cara el haber miserablemente desperdiciado un pedazo de ese bien precioso que nunca vuelve, y que se llama el tiempo; lo fatigoso de pasar sin transicion del reposo completo al bullicioso tumulto del mundo exterior, que desde horas atras está ya despierto y agitándose; todas estas circunstancias hacen, en esas personas, del despertar un momento de atontamiento y de predisposicion á las malas pasiones, que se traduce, cuando ménos, por un incesante é indomable prurito de incomodarse uno con todo el mundo; en fin, no habiendo ya ni tiempo ni aptitud para distribuir inteligente y útilmente el resto del dia, queda éste abandonado al azar, y acaba el individuo por perder el hábito esencial de ser dueño de si mismo, y de someter sus actos á la razon.

La verdadera causa de estas diferencias entre el que es madrugador y el que se levanta tarde, se resume en esta sencilla fórmula: la mañana es el momento, por excelencia, de cumplir esa ley impuesta

á todos los animales, de ayudar al movimiento nutritivo, espontáneo, por medio de ejercicios musculares voluntarios.

Si no fuese por la premura del tiempo, me sería facilísimo probaros con hechos incontestables que la falta de cumplimiento de esa ley es una de las causas más frecuentes de enfermedades, á menudo mortales; pero ateniéndome exclusivamente á la necesidad de hacer ese ejercicio por la mañana, os aconsejaré que observeis el semblante y la actitud de dos personas, una de las cuales se levante temprano y la otra tarde, y no necesitaréis grande perspicacia para comprender que, en esta última, el abotargamiento de la cara, la torpeza de los movimientos, la mayor sensibilidad al frío exterior, indican un entorpecimiento circulatorio, cuya repetición diaria dista mucho de ser inofensiva.

Una vez levantadas, lo mejor es hacer de seguida las abluciones habituales, vestiros, tomar un ligero alimento, é iros, bien abrigadas, á dar un paseo, combinado de manera que estimule todas vuestras funciones, sin llegar á producir el cansancio.

Por más que, partiendo de sistemáticas y rutinarias preocupaciones, se haya declamado contra las abluciones diarias, con agua fría, por la mañana, todos los más eminentes higienistas modernos están unánimes en aconsejarlas, como uno de los medios más poderosos para evitar gran número de enfermedades, entre las cuales figuran en primera

línea los catarros ó constipados, los dolores reumáticos, etc.

Nada hay, al contrario, más pernicioso para la salud, nada que más eficazmente favorezca el desarrollo de esas mismas enfermedades que se quieren evitar, que la malhadada costumbre de lavarse con agua caliente ó tibia, y os suplico que noteis que no doy este consejo, influido únicamente por las palabras de los grandes maestros de la higiene, sino por haberlo visto, durante muchos años de residencia en el extranjero, universalmente practicado bajo los climas más crudos, y haber podido más tarde hacerlo cumplir, bajo mi inspeccion, en climas muy suaves de nuestra misma España, siempre con brillantes resultados.

Añadiré, por creer que esto tendrá á vuestros ojos una importancia capital, que esas abluciones diarias con agua fria, no sólo conservan la salud y preservan de várias enfermedades, sino que son quizás el mejor, el único medio verdadero de dar á las carnes una firmeza, y á la piel una frescura, haciendo desaparecer las arrugas anticipadas, que explican que esta costumbre haya adquirido, de no ha muchos años, tan extraordinaria aceptacion, no sólo en la mayor parte de Europa, sino en toda la América del Norte.

Sólo que, lo mismo que sucede con todas las cosas, esas abluciones exigen ciertas reglas indispensables, que las hagan compatibles con el tempe-

ramento, constitucion, etc., de cada individuo, y la determinacion de esas reglas pertenece necesariamente al dominio del médico.

Las abluciones me traen naturalmente á hablaros de los diversos cosméticos.

Llamánse así las sustancias que se aplican á ciertas partes del cuerpo humano, con uno de estos tres objetos: conservarles á esas partes sus cualidades naturales, ocultar sus defectos, ó remediar las alteraciones inseparables de los progresos de la edad.

Durante muy largo tiempo, el estudio de los cosméticos ha sido del dominio exclusivo de los perfumistas. En virtud á una débil concesion hácia esa cruel tendencia que tenemos todos á ridiculizar al individuo que procura ocultar sus defectos fisicos, los médicos, los higienistas, y aún los farmaceúticos, hubieran creído rebajarse, pareciendo ocuparse de esa cuestion.

Felizmente desde hace años la opinion ha cambiado completamente sobre este particular, y no sólo los profesores más eminentes de Higiene y de Farmacia se han consagrado á esos estudios, sino que hoy día se reputaria muy incompleto un tratado de cualquiera de esas dos materias que no les concediese á los cosméticos cierto número de páginas.

Tres causas principales han producido este grande cambio en la opinion: la primera y la más im-

portante ha sido el haber descubierto que mediante la especie de pasaporte que les daba el cándido rótulo de «Perfumería», circulaban entre las manos de todo el mundo infinidad de preparados de tocador, en cuya composicion entraban varias sustancias de las más venenosas. Un célebre profesor de Farmacia de la Escuela de París, habiendo analizado 65 composiciones que tenían libre curso en las perfumerías, y en cuya malicia nadie hubiera sospechado, encontró en ellas : arsénico, plomo, nitrato de plata, mercurio, opio, cantáridas, etc., y muy fácil me sería citaros el nombre de la mayor parte de esas composiciones.

Ahora bien, no se necesita grande instruccion para comprender que, más ó ménos pronto, la aplicacion cotidiana de esas sustancias tiene que acabar por producir accidentes bastante graves, cuya causa se busca á menudo en vano.

La segunda causa ha sido el escandaloso abuso que se hacia de la credulidad del público, anunciándole en todos los periódicos resultados que, en caso de realizarse, nos harian creer que habiamos vuelto á los tiempos mitológicos.

La tercera, en fin, ha sido la justa reflexion de que, si bien es digna de ser ridiculizada la persona que, á fuerza de pretender lo imposible, sólo consigue transformar su representacion humana en una especie de disparatado mosaico, en cambio, nada hay de censurable en que, principalmente las

señoras, procuren dentro de los límites racionales conservar, y si cabe, alcanzar esa belleza que nosotros mismos, que tanto nos preciamos de despreocupados, de estoicos, etc., somos precisamente los que se la hemos enseñado á estimar, concediéndole casi siempre el primer puesto en nuestros acatamientos.

Imitando, pues, á mis ilustres predecesores en esta cuestion, al mismo tiempo que sentaré brevemente las reglas generales, indicaré las mejores fórmulas ó composiciones, para que puedan prepararlas en su casa las personas que no tengan á mano un perfumista, y mejor aún, un farmacéutico, que les merezca plena confianza.

Hé aquí las principales reglas para la conservacion de la boca : hacer reponer los dientes que faltan, al ménos siempre que su ausencia impida la perfecta masticacion de los alimentos. Raro será el médico que no haya observado en su práctica casos de dispepsia ó digestiones penosas, debidos casi exclusivamente á esta causa. Los dientes alterados deben ser, á toda prisa, asistidos por un dentista inteligente y concienzudo : dos ó tres casos he tenido en mi práctica, de fístulas de la boca, tan desagradables como asquerosas, que despues de haber resistido á diversos tratamientos, cedieron tan pronto como se extrajo una muela cariada.

Todas las mañanas, en vez de frotar duramente los dientes y las encías con un cepillo duro, debe

tan sólo pasearse sobre ellos, en todos sentidos, un cepillo suave, mojado en agua privada del frío, y es igualmente con esta clase de agua con la que se debe enjuagar la boca después de comer y ántes de acostarse.

Puédese, si se quiere, aromatizar esta agua con algunas gotas de un licor aromático, como, por ejemplo, con el agua de Botót, ó el elixir odontológico de Pelletier, etc., pero con la precancion de emplear estos licores en cantidad mínima, en la estrictamente necesaria para aromatizar el agua, sin darle el menor gusto acre.

De tiempo en tiempo, pero lo ménos á menudo posible, para limpiar la dentadura se puede emplear, en forma de polvo, la preparacion siguiente, que es una de las mejores: carbon de leña y corteza de quina roja, una onza de cada una, reducidas ambas sustancias á polvo impalpable; azúcar bien tamizada, media onza; aceite volátil de menta, cuatro gotas. Estos polvos son principalmente útiles cuando las encías están flojas, descoloridas y se desangran fácilmente; pero, fuera de ese caso, es preciso ser muy parco en el empleo de toda clase de polvos, porque, usados á menudo, acaban por alterar el esmalte.

Sobre todo, hay que ser muy circunspecto en el uso de polvos, opiatas, etc., cuya composicion se ignora, pues su mayor parte sólo deben á los ácidos que contienen la blancura que por un momento dan

á los dientes , haciéndola pagar demasiado caro á expensas de su duracion.

Terminaré este punto advirtiéndole que el mejor medio de conservar á la boca su frescura , á las encías su firmeza , y á la dentadura su solidez , consiste en abstenerse de alimentos y de bebidas ácidas ó abundantes en especias , que deterioran muy fácilmente su esmalte , y , en general , de todas las sustancias de difícil digestion , pues en esta reside uno de los principales puntos de partida de las alteraciones dentarias.

Conservar á los cabellos su flexibilidad y su brillo ; impedir su caída ; hacerlos volver á salir cuando se han caído ; modificar su color : tales son los resultados que se buscan al emplear los diversos cosméticos de la cabellera.

Es incontestable que hoy dia se consigue curar la alopecia ; se puede , en otros términos , hacer volver á salir los cabellos que parecian perdidos para siempre , en casos en que ántes este resultado era imposible. Pero no hay que forjarse ilusiones : esto no se obtiene ni se ha obtenido nunca , á menos de una grande casualidad , por la accion específica de ninguna de esas pomadas , licores , etc. , pomposamente anunciadas ; sólo á la ciencia seria y decente le ha tocado el honor de conseguir estas brillantes conquistas , de las cuales pude observar gran número de ejemplos muy notables en los servicios médicos de los célebres dermatólogos Gibert , Bazin , Hardy y Cazenave.

La regla general en esta materia, y su recuerdo os evitará muchos desengaños, es que sólo es curable la alopecia debida á enfermedades de la piel ó á deterioraciones de la economía, que debilitan la secrecion de los pelos, sin que haya por eso destruccion del folículo que los produce. Una vez este destruido, la alopecia es incurable sin esperanza.

Curar la enfermedad de la piel; disipar la alteracion de la economía que sostienen la alopecia: tal es, en esos casos, el único tratamiento racional, y perfectamente comprenderéis que sólo un facultativo puede intervenir aquí útilmente. Contentaréme, pues, con indicaros una de las mejores fórmulas para ayudar localmente los efectos del tratamiento general: médula de buey preparada, onza y media; aceite de almendras, tres dracmas; sulfato de quinina, dos escrúpulos; bálsamo del Perú, un escrúpulo, y hágase una pomada.

Lo que sí está en la mano de las personas más ajenas al arte médico, es observar las reglas siguientes, que son las más á propósito para disminuir, y aún impedir, la caída de los cabellos: el peinado que mejor conviene á las mujeres, y principalmente á las jóvenes, es el que consiste en tener los cabellos suavemente levantados, y lo ménos apretados que se pueda, en alisarlos cuidadosamente, en disponerlos en anchas bandas, de modo que estén siempre y fácilmente aircados; en desenredarlos por la mañana y por la noche, en cepillarlos con cuidado y con ligereza al mismo tiempo, en en-

rollarlos suavemente. Si las necesidades del peinado obligan á apretarlos, á atarlos fuertemente, es preciso tener el cuidado de dejarlos descansar, de mantenerlos flotantes durante algun rato, por la mañana y por la noche.

El encresparlos, el rizarlos con el hierro caliente, irrita la piel, deseca los pelos y facilita su caída; otro tanto sucede con el uso de peines muy duros.

Hay personas que tienen los cabellos naturalmente grasientos; circunstancia que puede contribuir á su caída. Esas personas harán bien en lavarse de tiempo en tiempo la cabeza con una solucion tibia que á menudo ha dado muy buenos resultados y que se prepara disolviendo dos escrúpulos de borato de sosa, en 10 onzas de agua destilada, y añadiendo unas cuantas gotas de esencia de vainilla. Es indispensable, ademas, que se priven de usar pomadas y, en general, toda clase de cosméticos de la cabellera, so pena de aumentar la secrecion ya demasiado abundante de su cuero cabelludo, de alterar la raíz del pelo, provocar su caída, y á veces hacer nacer una erupcion, que contribuye á la calvicie.

Al contrario, hay personas que tienen los cabellos muy secos, muy áridos, lo cual los hace muy quebradizos, y es otra causa frecuente de alopecia prematura. A menudo, en este caso, se consigue evitar ésta, teniendo cuidado de no dejar pasar ningun dia sin atenuar la sequedad excesiva del cuero

cabelludo por medio de unciones con pomadas, entre las cuales una de las mejores consiste en : médula de buey preparada , onza y media ; aceite de almendras amargas , tres dracmas ; pero es preciso cuidar que no llegue á ponerse rancia , y se deben untar los cabellos en todo su largo y en su raíz , separándolos unos de otros.

Con respecto á los cosméticos destinados á teñir los cabellos , triste subterfugio que sólo sirve para darle al que á él recurre , un trabajo fastidioso sin conseguir engañar á nadie , sólo diré que los que podrian ser inofensivos , la infusion del nogal , el carbon de corcho , etc. , se destiñen de seguida , y que los que dan un color sólido están necesariamente preparados , al ménos todos los que hasta el dia han sido analizados , con sustancias todas venenosas , tales como las sales de plomo , las de plata , etc. ; y que ademas de su accion local , que consiste en secar , arrugar é irritar la piel , provocando varias erupciones y la calvicie , producen una intoxicacion lenta.

Entre los diversos cosméticos de la piel , se colocan , por órden de incontestable utilidad : los jabones , que desembarazan la piel de las materias grasas , y por medio de la friccion , de los cuerpos extraños que la ensucian , penetran entre las desigualdades del epidermis , devuelven á la piel su elasticidad y su permeabilidad , etc. Su primera cualidad debe ser que la materia grasa y el álcali ,

que los componen, estén combinados en bien calculadas proporciones. Uno de los mejores es el jabon de Thridace, del fabricante Violette.

Las personas que tienen la piel seca y pronta á agrietarse, harán bien en usar de ciertas composiciones grasientas, entre las cuales una de las mejores es el cold-cream bien preparado. Pero es un absurdo el que, por una especie de moda, quieran hacer uso de esas mismas composiciones, las personas que tienen la piel naturalmente grasienta. Muy al contrario, éstas deben emplear con preferencia ciertos líquidos que contribuyen á secar la piel: tales son los diversos vinagres de tocador.

No hay inconveniente ninguno en mezclar con el agua de las abluciones una pequeña cantidad de ciertos líquidos, tales como el agua de Colonia, de Farina, el aguardiente de lavanda con ámbar, etc., que tienen por único objeto perfumar el agua, y darle al cuerpo un olor agradable; pero es indispensable emplearlos siempre en pequeña cantidad y mezclados con mucha agua.

El tratamiento de los granos y diversas otras erupciones cutáneas es del dominio del médico. Contra las pecas no hay más que un paliativo: evitar la luz solar, y concretarse á dos lociones diarias con agua de salvado ó con sustancias emolientes análogas; en cuanto á los elixires maravillosos, hasta ahora todos los anunciados han hecho fiasco completo.

Y ¿qué diremos de los diversos afeites ó coloretes? Los hay: blancos, para atenuar el color subido de la piel, disminuir sus arrugas, sus pliegues; rojos, para dar frescura á las mejillas; azules ó negros, para fingir venas, que á veces no han sido jamas descritas en ningun tratado de anatomía, para aumentar las dimensiones aparentes de los ojos, etc., etc. En fin, los hay de todos colores, y desgraciadamente de todas calidades, porque al lado de unos pocos inofensivos, hay otros muchos muy dañinos.

La mayor parte de los afeites blancos contienen un preparado de plomo bastante venenoso. De todos, el mejor y más inofensivo es el llamado blanco de Thénard, compuesto de partes iguales de flores de zinc y de talco.

Entre los rojos, los mejores son los que se expenden bajo forma líquida, y se debe siempre buscar que su base sea la cochinilla, el cartamo, etc. En el comercio se encuentra un colorete, llamado rojo líquido de Sofia Goubet, que es muy estimado.

Para terminar este asunto, no puedo resistir al deseo de citar textualmente las palabras de un eminente higienista extranjero:

«En resúmen, muchos de los pretendidos cosméticos que acabamos de enumerar, y muchos otros que callamos, ademas del peligro que puede resultar de la absorcion de partículas tóxicas (es preciso advertir que el autor acababa de hacer una re-

vista de casi todos los cosméticos, tanto de los malos como de los buenos), alteran la piel, la cauterizan, la irritan crónicamente, ó le comunican un color lívido y un aspecto arrugado, que depende de la pérdida de su retractilidad, de la disminucion de la circulacion capilar; y en algunos casos, el agua, con la adición de un principio estimulante, tiene por efecto sostener la firmeza de los tejidos cutáneos, corregir su atonía, su vascularidad pasiva, su disposicion varicosa..... Pero el agente más eficaz y más sencillo para la limpieza es el agua, y en cuanto á la frescura y al hermoso color del cutis, en cuanto á los atributos lisonjeros de la exterioridad, sólo pueden comprarse á costa de la salud general. Un régimen bien ordenado, la sobriedad y la moderacion en todas cosas, son los cosméticos más seguros; obran de dentro afuera, y hacen que las ventajas de la exterioridad, léjos de ser una mentirosa apariencia, denoten la salubre elaboracion del flúido alimenticio y la regularidad de todas las funciones.»

¡Cuánto quisiera poder aún deciros sobre los vestidos, el ejercicio, la costura y otras ocupaciones propias de vuestro sexo, etc., etc.! Pero ha llegado el momento en que debo ceder el puesto á más instruidos y más amenos compañeros. Apenas he empezado el estudio higiénico del dia de la mujer, y me veo obligado á interrumpir mi tarea. ¡Talmente es vasto el asunto!

Mucha gratitud os debo por haber acogido tan benévolas mi árido y pesado discurso; pero creo que habré bien satisfecho esta gratitud, por grande que sea, si he llegado á conseguir que esta *Conferencia* os haga entrever estas dos verdades fundamentales: la una, teórica, que mil veces más bella y más fecunda es la ciencia, en su cándida desnudez, que el enfático charlatanismo con sus mentirosos oropeles; la otra, esencialmente práctica, que la primera regla, la regla capital de todo buen gobierno, tanto privado como público, es que *Mil veces más vale evitar que curar.*

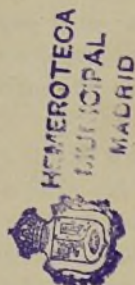
UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

SÉTIMA CONFERENCIA.
INFLUENCIA DE LA MADRE
SOBRE
LA VOCACION Y PROFESION DE LOS HIJOS,
POR
D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST,
Profesor de la Facultad de Derecho.

4 de Abril de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869



UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS LINGÜÍSTICAS

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

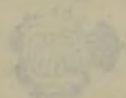
SETIMA CONFERENCIA.

EXERCICIOS DE LA MADRE.

LA VOZ Y LA ESCRITURA DE LA MUJER.

LA MUJER EN EL MUNDO Y EN LA LINGÜÍSTICA.

AYUNTAMIENTO DE MADRID



SEÑORAS Y SEÑORES :

El asunto con que voy á tratar de ocupar vuestra atencion por breves momentos es un asunto generalmente tema de las conversaciones de todos los dias; asunto que pasa por vuestros labios, que ocupa vuestro espíritu, ligeramente si, pero que por la misma continuidad con que se trata, la insistencia con que se repite, y el encanto que tiene para todos, no sólo se recuerda á cada momento, sino que está arraigado en todos los espíritus, revela á cada instante su fuerza y su valor.

Ese asunto, Señoras, es aquel sobre el cual aconseja el padre á su hijo cuando le habla de la que un dia será su esposa; ese asunto es del que, en frases veladas por el pudor, habla el amante á su amada al edificar con ella los castillos del porvenir; es aquel que se consagra con una sola frase cuando decimos la *madre de nuestros hijos*; es, en fin, aquel

recuerdo que va unido á los actos de nuestra existencia cuando en los últimos años, recordando nuestra vida, y sintiendo renovarse en nuestro espíritu el aliento de la juventud, siente el hombre elevarse en su mente el recuerdo de su madre; es, en una palabra, la influencia que la educacion y que las ideas de la mujer tienen en la educacion, en la vocacion y en la profesion de sus hijos, y hasta pudiera decirse en la vida entera del hombre. Hoy, sin embargo, sólo hablaré de la vocacion y de la profesion.

Realmente, Señoras, la educacion es infinita; principia desde el primer instante, y no concluye hasta el último de nuestra vida; es una serie continua de impresiones que cada momento se suceden y á cada paso nos asaltan; impresiones que, modificándonos hora tras hora, nos llevan insensible, pero continuamente, al destino que los hombres tenemos en la sociedad, desde que en ella entramos hasta el momento en que salimos de ella.

Pero, al lado de este carácter de continuidad, de persistencia, hay en la educacion otro rasgo muy importante, acaso más importante que el primero, cual es la influencia que ejerce en nosotros cuanto nos rodea, nuestro siglo, nuestra familia, nuestros amigos, nuestra patria; cuantas relaciones, en una palabra, ligan al hombre con la sociedad. Y esa influencia tiene el privilegio de modificarnos constantemente.

Por esto, cuando no tenemos un gran fondo de ideas y de carácter, cuando no estamos muy seguros de nosotros mismos, cuando carecemos de energía, entónces la educacion nos cambia insensiblemente, y cuando el hombre vuelve la vista á su pasado y se pregunta quién es, no se reconoce, y pasa por las fases de su vida, sin darse cuenta de sí propio: encontrándose siempre cambiado y transformado, y pareciéndole que no es el mismo.

¿No habeis reparado un fenómeno que ocurre en el mundo físico? Muchas veces contemplamos una serie de objetos que pasa ante nuestros ojos, que llaman nuestra atencion y que contemplamos con curiosidad; poco á poco la impresion se debilita, los objetos siguen desfilando, y ya principian á sernos indiferentes, y pasan y siguen pasando, y cuando ya no están delante, y nos preguntamos lo que hemos visto, nos parece que nada ha sucedido, y sin embargo, al volver la vista sobre nosotros, nos encontramos cubiertos del polvo que levantaron al pasar, de aquella atmósfera impalpable, formada por ellos; polvo y atmósfera que nos cubre, que nos rodea sin sentirlo.

De aquí es que en la educacion podemos y debemos distinguir dos partes. La educacion que se hace por nosotros mismos cuando ya estamos lanzados á la vida, y la educacion que precede á la primera, la preparacion. Sólo quiero hablaros de la preparacion á la educacion.

Ella es la que forma el espíritu del hombre bajo tres puntos de vista enteramente distintos, á saber : modo de comprender y de conocer las cosas; modo de sentir las, y modo de perseguirlas ó quererlas. Bajo estos tres aspectos se forma la preparacion de la vida.

Su primer aspecto es el conocimiento, la inteligencia.

Principia en el niño, con esa curiosidad persistente con que pregunta á su padre el porqué de todo, fatigándole para conocer la razon de lo que le rodea; se desarrolla en la juventud, en ese sentimiento que lleva al hombre al deseo de instruirse y perfeccionarse, persiguiendo con avidez ideas tras ideas. Llega, en fin, la edad viril (momento de crisis de nuestras ideas), y entónces la ávida curiosidad se va á tornar en razon; pero en todos estos momentos, sólo quien está al lado del niño, al lado del jóven, es quien puede formar é iluminar su espíritu, al decirle el porqué de las cosas; quien puede únicamente guiar esa razon, todavía inconsciente, es la madre, que contesta á sus preguntas, que se ingenia para hallar la respuesta, á veces imposible, á la infantil curiosidad; que se adelanta á las misteriosas revelaciones de la juventud; que comprende las impaciencias del genio que se revela; y ella, por tanto, debe saber que lo que importa es dar fuerza á esa razon, solidez á esa inteligencia, impidiendo que la curiosidad degenera en puerilidad, el estudio en pa-

satiempo, la razon en fantasmagoría, el deseo de saber en preocupacion; que lo que importa, en fin, es que ese espíritu se forme fuerte, vigoroso, enérgico, guía único de nuestros pasos en la vida.

Al lado de la inteligencia, ayudándola y precediéndola, se desarrolla la sensibilidad. En efecto, desde el primer momento la idea de lo bello, bajo la forma de lo agradable, se despierta en el hombre. ¿Quién, desde su primera edad, no ha sentido el encanto del niño ante los vivos resplandores del sol, ó ante el espectáculo de los mares? ¿Á quién no ha sorprendido la belleza de las flores, la combinacion de los colores, y todas esas cosas que forman y despiertan en el niño el sentimiento del arte?

Y este primer movimiento, este primer instinto será despues el que guie, el que ayude, si se desarrolla desde su primera base, para saber amar todo lo bello, todo lo grande, todo lo digno, todo lo elevado.

Pero al mismo tiempo que la educacion prepara al hombre bajo este aspecto, su voluntad principia á correr tras un objeto diferente; se fija en un objeto, en seguida lo deja; pasa de una á otra cosa, no sabe nunca lo que quiere, y marcha siempre tras de lo desconocido. Y por eso es preciso que desde los primeros instantes la voluntad se eduque á querer con energía, á fijarse en un objeto, á sostenerse en una resolucion, á perseguir un ideal; que sólo hay verdadero mérito donde hay energía, y sólo

hay voluntad donde hay persistencia y constancia; que la voluntad que no se sostiene, no merece este nombre.

Pero todo esto nada sería, nada valdría, sin la armonía entre las facultades, eso que es el verdadero secreto de la educación. Sin esto, llega un momento en que el hombre no sabe lo que quiere ni lo que desea; su inteligencia domina la sensibilidad, la sensibilidad entorpece la voluntad, y las mejores naturalezas se esterilizan por esto. En ese equilibrio, en esa armonía consiste todo; así como después de pintado un cuadro, y de contemplarlo el maestro, basta que le dé un ligero toque, un efecto de luz, para que el cuadro, ántes sombrío, inanimado, se penetre de vida.

No basta saber sentir, no basta conocer la verdad, no basta amar lo bueno; es preciso que la inteligencia caliente y anime la sensibilidad; que ambas fortifiquen la voluntad, y que se verifique en el alma del hombre esa profunda, sublime armonía, que distingue las naturalezas escogidas, que no piensan sin amar sus ideas, que no aman sin buscar ardientemente el objeto amado, en las cuales el pensamiento es acción, y el sentimiento inteligencia.

No sé si me atrevería, á este propósito, á citar un ejemplo, aunque vulgar, tomado de un gran pensador, y que, aunque extraño á mi juicio, encierra un gran sentido.

¡Cuántas mujeres, decia, que despues de desarrollar sus grandes condiciones han caido en el ridiculo, hubieran podido armonizar sus facultades si se les hubiese enseñado, desde los primeros años, algo de la realidad que sirviera de contrapeso á los desarreglos de su fantasía! ¡Cuántas mujeres, condenadas á las ocupaciones más materiales, y cuyo espíritu vive encerrado en una grosera naturaleza, habrian visto cambiada su vida si se hubiera vertido en su inteligencia algun pensamiento grande, alguna gota de esa inspiracion divina de la poesia!

En este equilibrio, en esta armonía, está precisamente el gran problema de la educacion del hombre; de aquí nacen luego la vocacion y la profesion.

De ellas voy á hablaros especialmente. Antes de entrar en la vida, ésta nos solicita por todas partes; apenas nacemos, una fuerza poderosa, enérgica, nos impulsa desde la cuna y nos lleva más allá de la tumba. Pero los caminos por donde esa fuerza nos conduce son muchísimos; en efecto, eso á que aspiramos, eso que queremos, eso que deseamos, se nos presenta por mil partes, por mil sendas distintas, como el torrente que baja y se extiende, y despues de correr por todas partes, vuelve á precipitarse en el mar.

Ahora bien; esa diferente manera que tiene el hombre de llegar á su fin; esa imposibilidad de unos hombres para ciertas cosas, esa facilidad de

otros para realizarlas, es lo que se llama *vocacion*. Esa *vocacion* nace de la limitacion de las facultades que nuestra condicion individual lleva envuelta consigo: como hemos indicado, cada uno sirve solo para alguna cosa, y entre todos realizamos los fines completos de la vida humana.—De aquí la especialidad de cada uno; especialidad que nace de las condiciones de la educacion y de ese equilibrio, sobre todo, de que os hablaba hace un momento.

De la *vocacion* á las profesiones hay nada más que un paso, y permitidme que exponga una idea. Todas las profesiones, todas, son absolutamente iguales; todas llevan al hombre á la realizacion de un mismo objeto, aunque por diferentes caminos; así como los rios corren en tantas direcciones, pero siempre buscando el mar.

No es más que la inclinacion del hombre á seguir una ú otra tendencia, en una ú otra cosa, para responder á su fin de acuerdo con su organizacion. De aquí lo extraño de las preocupaciones que nos circundan cuando nos preguntamos la profesion del niño. La senda es igual; lo que importa es conocer la *vocacion*, el deseo; lo que importa es darle condiciones tales á su *vocacion*, que pueda sin esfuerzo ni fatiga conseguir el fin que se propone, y que bajo cualquiera forma, sea lo útil, sea lo grande, sea lo justo lo que realice.

Por eso es tan delicada la eleccion de profesion, y cuando llega ese momento, que decide de la feli-

ciudad de nuestra vida, á vosotras corresponde preparar nuestro espíritu y formar nuestro carácter y decidir nuestras inclinaciones. Y ¡ay de aquellos que, arrastrados por la preocupacion ó llevados por estrechas miras, impiden á sus hijos la eleccion de su profesion! Y ¡ay de todos aquellos que se equivocaron al tomarla! Hay un momento solemne en la vida, momento en que os hallais muchos de los que me escuchais, que recordais otros muchos, que ninguno ha olvidado: el momento de nuestra vida en que pasamos de la juventud á la edad viril, en que nos decidimos á entrar en esa senda por la cual forzosamente vamos á recorrer ya la vida.—Todo está á nuestro alcance, todo nos sonríe, el porvenir entero; que el porvenir, el universo, está al alcance de nuestra mano: la gloria, las hazañas, las grandes acciones, los resultados del genio, las obras del arte, todo parece nuestro; sólo nos falta querer para obtenerlo.—Y es verdad: aquél es el momento supremo, todo lo grande está allí para nosotros, pero sólo como esperanza; la mayoría lo hemos entrevisto y no hemos sabido alcanzarlo; sólo algunos supieron oír la voz de su vocacion; sólo algunos tuvieron á su lado quien supiera ponerlos con pié firme en esa senda.—Felices ellos, porque nada es más triste, más desconsolador, que en medio del camino de la vida pararse un momento, volver la vista atras, y exclamar con profundo desconsuelo, como tantos exclaman: «¿Qué hubiera yo sido á haber seguido otro camino?»

Ya veis, Señoras, la importancia de la vocacion, la importancia de la profesion del hombre; ella es nuestro destino. Pues bien; todo eso, absolutamente todo, os está encomendado, todo depende de vosotras. Bien puede decirse que la vida, el interes de la humanidad está confiado á cada instante á la madre de familia.

¿Quién como vosotras puede comprender la vocacion del niño? ¿Quién mejor que vosotras podrá dirigirla y prepararla? No hablaré del padre; nosotros, trabajando siempre, pasando la vida fuera del hogar, preocupados ó distraídos, apénas vemos á nuestros hijos y apénas sorprendemos el momento en que se marca su inclinacion; nosotros no sabemos halagar sus esperanzas ni animar sus sentimientos; todo esto se nos escapa; apénas si ese mismo alejamiento nos permite obtener el respeto y la autoridad.

Vosotras os encontrais en otro caso; vosotras estais siempre al lado de vuestros hijos; vosotras sois los primeros artistas de esa interminable obra de la educacion del hombre; vosotras sorprendeis las primeras sonrisas en el rostro del niño, falto de expresion para todos, ménos para su madre; vosotras solas sabeis descifrar su lenguaje, para todos desconocido; vosotras velais su sueño, veis nacer y dirigís sus inclinaciones, comprendéis su llanto, en su sonrisa adivinais sus pensamientos, en su turbacion sus ideas, en la expresion de sus ojos el pensamiento que abrigan; y si no comprendéis cuál es la vo-

cacion de vuestros hijos, ó si, comprendiéndola, no sabéis dirigirla, entónces ¡ay de vosotras! porque entónces, como muchas veces sucede, habeis tenido en la mano el fuego sagrado y no habeis sabido alimentarlo. ¡Cuántas veces los padres y las madres son, desgraciadamente, víctimas de no haber sabido comprender y dirigir la inclinacion de sus hijos! ¡Cuántas veces un amargo desengaño revela que el hijo habia vivido en la familia recibiendo apenas un pequeño barniz, que salta al contacto con el mundo.

Podréis decir á esto que la vocacion de un hijo no se adivina tan fácilmente; que no es fácil descubrir y conocer si será un buen guerrero, un poeta, un sacerdote, un jurisconsulto, ó un artista, ó un pensador. Sin embargo, yo os diré que tal vez el detalle de la profesion se os escape, pero el carácter, la tendencia, la inclinacion, ésa no puede escapar á vuestra mirada, porque ésa se os revela á cada instante y os permite distinguir la aficion de la vocacion, y algunas veces vuestro conocimiento es tan exacto, que os lleva, y ojalá lo hiciérais siempre, á poner frente á nosotros y á impedirnos que nuestras preocupaciones nos hagan labrar la desgracia de nuestros hijos ó condenarlos á la impotencia por forzar su vocacion.

Y puesto que de este asunto hablo, yo me fijaré en dos puntos de vista que quiero recomendaros; hay dos cosas que dependen de vosotras, y que son

la base y el carácter de la profesion y de la educacion.

Yo he visto casi con miedo, casi con terror, que el carácter general de la educacion en España es prescindir de toda la energía individual, es olvidar al niño, es prescindir de sus inclinaciones naturales, es obligarle á vivir dentro de un molde de hierro. Toda originalidad, toda espontaneidad se persigne, se critica, se ahoga; es preciso que el niño copie nuestro pequeño imperfecto modelo, ó se vea hostigado y perseguido, teniendo al fin que sucumbir, ó desarrollarse bajo una forma violenta y hostil á todo. Parece que nuestro ideal es tener buenos y tranquilos muchachos, y así lo que se consigue es tener imitadores, pero no creadores; copiantes, pero no artistas.

Huid de esto por el amor á vuestros hijos; sorprended sus aspiraciones, guiadlas, no las contrariéis: lo único bueno que produce el hombre es lo que brota de su interior; la única alegría verdadera es la de realizar sus propias aspiraciones.

Por eso debeis combatir el error fatal de dedicar á los hijos á la profesion de sus padres, sólo porque ellos la tienen: hé aquí el medio de hacérseles completamente inútiles. Si quereis que sepan lo que saben sus padres, enhorabuena; pero no olvideis ensanchar más y más sus horizontes. Si veis al niño sentirse conmovido ante el pobre que le pide una limosna, enseñadle que más allá hay otros infortunios que importa conocer y consolar; si les

halagan los conocimientos científicos, decidles que hay nuevas ideas, que se suceden unas tras otras; si quieren crear y componer, contadles la historia de los grandes artistas, que empezaron siempre por pequeñas obras; si sus hábitos, sus costumbres tienden á diferenciarse de lo comun, corregid lo extraño, pero conservad lo espontáneo; si, en fin, veis que en el momento de peligro, poseidos de entusiasmo, cogen las armas para defender la patria ó las instituciones, no se las quiteis de las manos; no se las pongais, enhorabuena, pero no se las arranqueis; que más vale llorar algunos años sobre la tumba de un héroe, que vivir algunos pocos días al lado de seres empuñados y cobardes. Originalidad ante todo, fuerza y vigor propios, energía individual: la humanidad necesita vivir de sí propia, y el depósito de sus progresos está en la naturaleza de las nuevas generaciones.

Y despues de este primer principio de educacion, que sólo vosotras podeis cultivar y dar á las nuevas generaciones, permitidme os recomiende otro, en el cual estriba tambien el porvenir de la humanidad. Hay entre nosotros la manía, el afan de formar una juventud tímida, débil, raquítica, de escaso vigor físico, de escasa energía moral; y esto solo bastaria á destruir un pueblo, porque los pueblos afeminados tienen como porvenir la muerte. Es preciso que os resignéis al sacrificio, y que penseis siempre desde el primer momento en educar

vuestros hijos para que vivan por sí, para que sepan luchar solos, para que recorran el mundo y afronten los peligros de la vida, y que los eduqueis como si esto hubiera de suceder desde el primer día. Enseñadlos, pues, á la fatiga, á la duda, al trabajo, y sobre todo á la independencia de espíritu, á la dignidad de la conducta: que miren el hogar doméstico, no como el refugio donde se van á ocultar y á borrar todas las debilidades, sino como el puerto donde descansa un momento el navegante para volver á los mares. Es justo que, como mujeres, tembleis algunos momentos ante esta perspectiva; pero, como madres, estaréis orgullosas las más veces. Y, creedme, si inspirais en su alma el amor á lo justo, á lo bueno, á lo bello; si estais seguras de la rectitud de su corazón, estad tranquilas: los peligros se conjuran, las dificultades se vencen con la dignidad moral y con la serenidad del ánimo. Los débiles, los caracteres pasivos, los hombres inertes son los que, despues de huir y de temer los males, sucumben los primeros. Pues bien; de todo esto sois dueñas, de este rico porvenir sois árbitras sin rival. Hay un momento decisivo en la vida del hombre: la eleccion de su profesion; y si vosotras lo habeis preparado con tino, ese momento, lejos de ser una crisis, será un triunfo.

Pero me diréis que es muy difícil hacer todo eso; que para conseguirlo necesitaria la mujer saber muchísimo; estudiar, leer, comprender lo que nosotros

sabemos y comprendemos; en una palabra, sería preciso que variasen las condiciones de su vida. No, ciertamente. Nada tan léjos de mi espíritu como recomendaros y exigiros lo imposible. No he patrocinado nunca la idea de que las dotes literarias debían imperar en la vida de la mujer, y formar la primera y más esencial de sus condiciones. Creo, sí, que constituyen en vosotras un bello adorno; pero cuando tienen otro carácter, son como prendas de elegante traje, colgadas en quien no sabe llevarlas, ridiculizando en vez de adornar; la excelencia de la educacion se ha de reconocer en el conjunto de vuestra vida, como en la imágen de Virgilio la divinidad de la diosa se reconocia en su majestuoso andar.

Pero, aparte de esto, vosotras poseéis un especial recurso, una fuerza misteriosa, que la naturaleza os dió para cumplir vuestro destino. Esa fuerza es vuestra sensibilidad exquisita, vuestro instinto especial, vuestra gran facilidad de comprender, la cual, con sólo estar atentas al mundo exterior, comprendéis lo que en él sucede y lo trasladais á vuestro hogar, y con él formais los elementos de la vida doméstica y de la educacion. Y así no necesitáis grandes esfuerzos, estudios especiales, no; solamente reflexionar constantemente y traer los resultados de vuestra reflexion á los seres queridos que os rodean. Vosotras teneis, como ciertas plantas en la naturaleza, el dón precioso de absorber los jugos

de la tierra, y transformarlos por su virtud sola en matizadas hechiceras flores.

Y en seguida sin esfuerzo aplicais todo vuestro espíritu, lo traspasais á vuestros hijos, porque para conocerles y educarles teneis otro secreto poderoso: la atencion constante de que os rodeais, santificada por vuestro sublime cariño.

Trabajo incansable, continuo, ciertamente; mision constante, verdad; pero pensad que los antiguos pueblos (simbolizando estas ideas) no daban á las Vestales toda la inmensa consideracion de que gozaban, sino porque, al dedicarse á sostener en el templo el fuego sagrado, renunciaban á todas las demas cosas de la vida. Así en vosotras la mision más sagrada es consagrarse á ese trabajo constante que exige la educacion de vuestros hijos; trabajo inmenso, pero pensad que por él obteneis una recompensa que no tiene igual en el mundo, y que está á la altura del servicio que prestais á la sociedad.

Todo pasa, todo se extingue, todo cambia: afectos, ilusiones, gloria, amistad, amor; todo se desvanece más tarde ó más temprano; sólo queda una cosa en nuestra alma, sólo un recuerdo sobrevive á todos los desencantos: ¡el recuerdo de una madre! Todo desaparece, todo cambia, todo pasa en nuestro espíritu; sólo queda una cosa que no se borra jamas: ¡el recuerdo querido de la mujer que nos ha acompañado constante y cariñosamente en

los primeros años de la vida, y cuya memoria va unida á cuanto hay de puro, de noble, de levantado en nuestro sér!

Quisiera concluir con esta idea; pero necesitaría decir algo más para que el asunto de que he tratado quedase fijo en vuestro espíritu, para que yo tuviera la seguridad de no haber hecho lo que más detesto: pronunciar algunas palabras sin objeto.

¿No habeis contemplado alguna vez uno de esos magníficos panoramas de la naturaleza, la inmensidad de los mares, cuando el sol se oculta tras de su inmenso manto, y la noche salpicada de estrellas se extiende por el espacio?

Entónces aquella contemplacion sublime levanta insensiblemente el espíritu, y cuando el alma quiere buscar aún algo más grande que admirar, se levanta la idea de Dios, y nuestro entusiasmo concluye siempre en una oracion. — Así tambien en la vida; y cuando nos detenemos un momento, cuando hacemos alto un instante en la carrera de la vida, y fatigados y tristes buscamos su consuelo en el pasado, entónces no hay nadie que no recuerde su juventud perdida, y que al evocar las imágenes queridas de otra edad, no vea, á medida que todas se disipan, una que queda fija, indeleble: el recuerdo ó la imagen de la que le dió el sér, de la que le comunicó el espíritu con la educacion; y entónces, bendiciendo su nombre, la última palabra es una oracion tambien.

Y este cariño inextinguible, este recuerdo eterno es la mayor y más noble recompensa de vuestros esfuerzos, de vuestros sacrificios. — ¡Misión sublime la vuestra! Todo en ella es á un tiempo sencillo y grande.

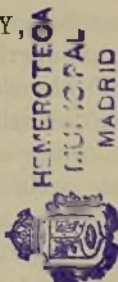
Por eso, siempre que veais á una madre rodeada de sus pequeñuelos, que se acogen á ella, y no se separan sino para volver más pronto, vosotras todas, y sobre todo nosotros, pensad, al mirar aquellos niños, que aquello es la humanidad en gérmen, y preguntaos con inquietud : « ¿Sabrá esa mujer ser el ángel que guie sus destinos? »

HE CONCLUIDO.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

OCTAVA CONFERENCIA.
INFLUENCIA
DEL
ESTUDIO DE LAS CIENCIAS FÍSICAS
EN LA EDUCACION DE LA MUJER,
POR
DON JOSÉ ECHEGARAY,
Ingeniero de Caminos.

11 de Abril de 1869.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 5.
1869

UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

OCTAVA CONFERENCIA

DE LA EDUCACION

ESTUDIO DE LAS CIENCIAS FISICAS

El estudio de las ciencias físicas en la mujer debe ser
el primero de los que se le enseñen, y el más importante
de todos. Es el fundamento de todas las ciencias, y el
que más se necesita para la vida práctica. La mujer
debe saber lo que es la física, y lo que es la química,
y lo que es la astronomía, y lo que es la geología, y lo
que es la fisiología, y lo que es la medicina, y lo que
es la agricultura, y lo que es la industria, y lo que
es el comercio, y lo que es el arte, y lo que es el
trabajo, y lo que es el progreso, y lo que es el futuro.
El estudio de las ciencias físicas en la mujer debe ser
el primero de los que se le enseñen, y el más importante
de todos. Es el fundamento de todas las ciencias, y el
que más se necesita para la vida práctica. La mujer
debe saber lo que es la física, y lo que es la química,
y lo que es la astronomía, y lo que es la geología, y lo
que es la fisiología, y lo que es la medicina, y lo que
es la agricultura, y lo que es la industria, y lo que
es el comercio, y lo que es el arte, y lo que es el
trabajo, y lo que es el progreso, y lo que es el futuro.

1888

SEÑORAS Y SEÑORES :

Grave es la situación en que me hallo, y esto, que lo habréis oído muchas veces decir y afirmar como recurso oratorio, acaso hoy por la vez primera lo oís con el puro acento de la verdad. Grave es, repito, el apuro en que me hallo: hablar de formas geométricas y de movimientos, hablar de fuerzas y de atracciones, hablar de moléculas y de átomos, hablar, en fin, de las leyes de la naturaleza, de las leyes del universo, de ciencias físicas, de ciencias químicas, de ciencias exactas en una palabra, es hablar de prosa bien prosaica, de prosa la más repulsiva, de prosa la más fea, si me permitís esta palabra; y para mayor conflicto mío y para mayor contraste, ¡he de hablar en prosa y de prosa ante la poesía y la belleza!

Ya veis con cuánta razón decía yo que es grave,

muy grave, la situación en que me hallo, aunque, bien lo reconozco, mi situación es harto merecida por osar levantar mi voz aquí, donde voces tan elocuentes han resonado; harto merecida, por el poco acierto que he tenido al escoger este tema; harto merecida aún por atreverme á molestar vuestra atención siquiera sea por breves instantes: por breves instantes, sí, y esta es la única esperanza que puedo daros y el único mérito que puedo alegar para suplicaros que escuchéis benignamente las breves frases que he de dirigiros.

¿Por qué he escogido este tema? ¿Por qué voy á hablar de ciencias exactas, de ciencias físicas, de las grandes leyes de la naturaleza? ¿Por qué? ¿Para qué? Para defenderos, para rechazar una opinión que creo injusta, que creo indigna de vosotras, por más que sea harto vulgar. Hay muchos que opinan (tal es la fuerza de la costumbre y el empuje irresistible de la masa social cuando va caminando en dirección determinada) que la mujer no debe ocuparse en nada serio, grave é importante; que, bien al contrario, sólo las cosas fútiles y ligeras son dignas del bello sexo. Hablarle, por ejemplo, del elegante vestido, del prendido lleno de gusto, del magnífico terciopelo, tan excelente, que no se le ve la trama por mucho que se doble y por mucho que se mire al sol; hablarle del gró que no se arruga por más que se oprima y se oprima; hablarle, en fin, de paseos, de teatros, de placeres y de tantas otras co-

sas de esta importancia, ya es distinto, ya es aceptable; pero sin que en manera alguna se la pueda ni se la deba ocupar, según decía, en cosas graves, en cosas importantes, en cosas razonables!

Yo creo esta opinión, no sólo infundada, sino altamente ofensiva para vosotras, y voy á rechazarla enérgicamente en nombre de la justicia, de la verdad y de las nuevas ideas, que generosas y elevadas pugnan por regenerar á la mujer, fortificando su espíritu y desarrollando su razón.

La mujer, Señoras, es sentimiento, es poesía, es belleza, no lo niego; pero es también algo más: es un sér racional, es un sér humano, tiene un corazón que sabe latir, tiene ojos que saben llorar, tiene una frente purísima, tras de la que se oculta el pensamiento. La mujer, en una palabra, lo he dicho ántes y lo repito ahora, es un sér racional, tan racional como el hombre, por más que en otros tiempos haya podido haber graves personajes que lo dudáran. Hoy es distinto: es cosa cierta y averiguada: podéis estar tranquilas sobre este punto: sí; la mujer es un sér racional. Señoras, sois seres racionales.

Sólo que en la naturaleza las cosas no son tan sencillas, tan fáciles, tan únicas como á primera vista aparecen: bajo la unidad, dentro de la unidad, está la variedad. Así la materia, el barro humano es uno, es siempre barro, y sin embargo, cuando con ese barro humano se fabrica el hombre, ese barro es fuerza, es energía, es vigor;

cuando con ese barro humano se fabrica la mujer, es belleza, es elegancia, es hermosura.

La sensibilidad es siempre sensibilidad, y, sin embargo, una cosa es la sensibilidad en el hombre, y otra cosa muy distinta es en la mujer. La sensibilidad en el hombre es pasión, pasión ardiente; la sensibilidad en la mujer es amor, amor purísimo.

La voluntad es una, es única; y, sin embargo, es doble, y se desdobra y se divide; y es en el hombre fuerza, energía, ímpetu, acción; y es en la mujer resistencia, sí, pero resistencia sublime para resistir dolores tales, que el hombre, ser fuerte é indomable, resistir no podría. Pues de igual suerte la razón, con ser siempre la misma, es también doble, y aún múltiple, por decirlo así. La razón, rayo de luz desprendido de la razón eterna, al llegar al barro y animarlo, se divide en dos rayos de luz, y penetra el uno, rojizo, ardiente, poderoso, bajo la bóveda misteriosa del cráneo del hombre; y penetra á su vez el otro, más bello, más trasparente, más puro, más lleno de luz y de riquísimos colores, en la artística cabeza de la mujer.

Yo pudiera continuar estos ejemplos, pudiera citar otros muchos, y pudiera haceros comprender que siempre en la naturaleza, conservándose las cosas las mismas en su esencia, se dividen, se diversifican y tienen múltiples manifestaciones. Así la flor siempre es flor; y, sin embargo, ¡cuánta diversidad de flores no hay en las campiñas de nues-

tro planeta y en sus amenos y pintorescos valles ! El agua siempre es agua ; y , sin embargo , ¡ cuántas formas afecta ! Unas veces es cristalina fuente , otras cinta de plata que se desliza por la montaña , ya trasparente lago , ya océano magnífico y espumoso .

El hombre siempre es el hombre , la esencia del hombre es siempre la misma ; y , sin embargo , la naturaleza ¡ cuántos ejemplares no presenta del sexo feo ! La mujer siempre es mujer ; y , sin embargo (no diré , como iba á decir , *¡ cuántas hay !*) : podría la frase parecer poco respetuosa , poco galante ; podría creerse que siento yo que haya tantas : no , seguramente ; cuantas más haya tanto mejor ; pero no podréis negarme que hay bastantes variantes dentro del género .

De todo esto deduzco yo , de todo esto vengo á concluir que la razon humana es única , siquiera se manifieste de cierto modo en el hombre , siquiera se manifieste de manera especial y propia en la mujer . La mujer , como el hombre , discurre , piensa , juzga , compara , analiza , sintetiza ; ejerce , en fin , las múltiples y varias funciones de la razon humana . Luego todo lo que se refiere á la razon puede y debe ser comprendido por la mujer ; luego no hay ciencia que sea , ni deba , ni pueda ser , radical y terminantemente ajena al pensamiento femenino . No diré yo de qué modo ha de estudiar la mujer las ciencias exactas : ése es problema muy

delicado, muy difícil; pero, sea como quiera, confiamos que llegará día en que la mujer estudie, y estudie con tanto provecho como el hombre las ciencias exactas, y aún las haga progresar en determinada dirección, según las condiciones propias y peculiares de su fuerza creadora, de su fecundo ingenio.

Pero aún admitiendo (lo que no puedo admitir, y admitiré sólo hipotéticamente) que la ciencia sea superior á la mujer, que la ciencia no pueda ponerse en contacto con la mujer, que la inteligencia de la mujer no pueda penetrar los grandes problemas de la naturaleza, los grandes problemas del universo (y digo que acepto esto en hipótesis, pero que lo rechazo de todo en todo en la realidad); aunque esto fuera cierto, la mujer puede estudiar y puede ponerse en contacto con las ciencias, con las ciencias más difíciles, más abstractas, y esto con gran provecho suyo. ¿Por qué? Porque la ciencia no es sólo el procedimiento, el método, el artificio humano para llegar al descubrimiento de la verdad; en la ciencia hay otra cosa, que es la verdad misma. Una cosa es el artificio, el método, el procedimiento para descubrir la verdad y la ley, y otra cosa muy distinta es la verdad misma, es la ley en su elevada pureza. Podrá tal vez (sólo admito esto hipotéticamente), podrá tal vez la inteligencia de la mujer no ser á propósito para comprender el procedimiento, el método, el artificio humano; pero

siempre podrá sentir la verdad en sí misma, la ley en su esencia, porque la verdad y la ley son eminentemente bellas, son eminentemente poéticas, y hablan, no sólo á la razon, sino al sentimiento, á la poesía, al instinto de lo bello y al instinto purísimo de lo sublime.

Hé aquí, Señoras, un soberbio monumento arquitectónico; en él veréis, miéntras la construccion dura, un andamiaje compuesto de maderas, de clavos y de cuerdas, y por todas partes manchas de cal, groseras piedras, toscos obreros. Pero cuando el andamiaje ha desaparecido, queda el monumento arquitectónico, con sus grandes líneas, con sus hermosas proporciones, con su artística belleza. Seguramente podréis dudar, podréis no saber cómo se levantó aquel edificio, podréis no conocer el procedimiento, el método, el artificio de la construccion; pero ya construido, podréis y deberéis admirarlo, y será cosa natural, provechosa, que pongais en relacion vuestro espíritu con aquella obra del humano ingenio.

Pues bien; con más razon, mil veces con más razon, podeis sentir la hermosura de la ley, la hermosura de las grandes verdades de la naturaleza, la belleza artística de la ciencia; porque la ley, la verdad y la ciencia son eminentemente bellas, eminentemente artísticas, eminentemente poéticas!

Pero voy todavía más léjos; no sólo la ciencia es accesible á la mujer como tal ciencia; no sólo

puede ser sentida y de ella posesionarse la mujer por la belleza de la verdad y la belleza de la ley, sino por razones aún más concluyentes y más elevadas, por el sentimiento eminentemente religioso que á toda verdad científica acompaña: es imposible estudiar una ciencia, sin ponerse en comunicacion con lo infinito; con lo infinito, sí, que se pierde de vista en el espacio; que se pierde aún tras el potente vidrio del microscopio; sin ponerse en comunicacion, repito, con esa fuerza sublime que palpita en la naturaleza, y que eleva nuestra alma á los arcanos de lo desconocido, haciéndonos pensar que hay algo superior á las miserias terrestres, que hay algo superior á todo lo que nos rodea, á todo lo que es barro, á todo lo que es humano; que hay algo, en fin, que es infinito, que es eterno, que es imperecedero.

Por eso digo yo que la ciencia es accesible á la mujer bajo estos tres puntos de vista. Como ciencia, porque habla á la razon, y la razon de la mujer es razon; como arte, porque habla al sentimiento artístico y á la poesía; y ademas porque habla al sentimiento religioso. Si quereis convenceros de esta verdad, y de que en efecto hay un gran sentimiento religioso en el fondo de toda verdad científica, leed un libro de Mr. Flammarion, que os recomiendo: se titula «*Dieu dans la nature*», es decir, *Dios en la Naturaleza*; y allí veréis, al estudiar las grandes leyes del universo, que hay siempre en ellas regula-

ridad, orden, peso, medida, número, y que este armónico conjunto hace brotar en el alma un elevado y purísimo sentimiento. Allí veréis que en el fondo de todas las grandes maravillas de la naturaleza que nos rodean, en la fuente cristalina, en el insondable mar, en el azulado cielo, en el monte coronado de nieve, en el rojizo celaje, en el insecto, en el ave, en la materia muerta, como en la palpitation de la vida, está escrito con sublimes signos el nombre de un sér organizador, soberano, potente, que rige todos estos magníficos y variados movimientos, que da vida y sublimidad á estos grandes cuadros.

Pudiera acudir á la filosofía, á la metafísica, á la psicología y á tantas otras ciencias para demostraros las tres proposiciones que acabo de decir; pero no acudiré á ninguna de ellas, ni siquiera á la historia, en que tantos ejemplos insignes pudiera encontrar. Acudiré á otro procedimiento más sencillo, más nuevo, que no sé si me dará resultados; me valdré de ejemplos, predicaré con el ejemplo. Os voy á explicar en breves palabras, en brevísimas frases (porque sobradamente voy molestando vuestra atencion), unas cuantas teorías de la física moderna, de las más elevadas, de las más profundas, de las más difíciles, de las más trascendentes; os voy á explicar lo que son el sonido, la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, y tantos y tantos otros fenómenos del universo. Y cuenta que si

no logro hacerme entender, si no me comprendeis, no será culpa vuestra, sino culpa del maestro; será por falta de claridad, orden y método en mí, no por falta de inteligencia en vosotras. De todos modos, pues, mi tesis quedará demostrada; si consigo que me entendais, porque me habeis entendido; si no me entendeis, porque la culpa será mia, exclusivamente mia, y la tesis quedará en pié ante vosotras; en pié respetuosamente, como debe estar ante concurso tan digno de respeto.

Os voy á explicar, repito, lo qué son la luz, el sonido, el calor, etc. Tal vez me digais: «¿para qué explicarnos eso, si lo sabemos perfectamente? Luz es la que brota de nuestros ojos; sonido, el que brota de nuestros labios; calor, el que sentimos en las mejillas cuando el rubor acude á ellas.» Es verdad, no lo niego, no tengo nada que explicar: por eso lo único que he de hacer será poner ante vosotras un espejo para que en ese espejo os mireis. Procedimiento muy natural tratándose de la naturaleza y de vosotras, porque puedo deciros con verdad que hay grandes puntos de contacto entre la naturaleza y la mujer: la naturaleza tambien es un tanto presumida, gusta de mirarse donde encuentra un pedazo de cristal, ya se lo ofrezca la pura fuente, ya el tranquilo lago, ya el mar inmenso en azulada superficie; y cuando así se mira (y en esto se parece á vosotras), en el Océano como en cristalino espejo, creedme, se encuentra hecha un cielo.

Digo, pues, que voy á explicar qué son el sonido, la luz, el calor, etc., y para ello cumplo mi palabra: tomo un espejo. Imaginad un estanque, no el del Retiro, que es sobradamente prosaico, sino un estanque azul, ó, dicho con más poesía, un lago puro, trasparente, tranquilo; imaginad que está rodeado de verdes praderas, que forman como un bellissimo marco de esmeralda. (En rigor, para mi demostracion no necesito ni la pradera ni el marco; pero así resultará más bonito.) Imaginad en la orilla de ese estanque un rosal, y suponed que una de las rosas, doblando su tallo y atraída por la frescura del agua, viene á sumergirse en ella. La cosa no es difícil hasta ahora: un lago puro, trasparente, etc., etc.; un marco verde de esmeralda, de puro lujo, y la rosa que se sumerge en el agua. Imaginad que arrojaís una piedrecilla al agua de ese lago. ¿Qué sucede? Sucede lo que ya sabeis y habréis visto mil y mil veces: que al rededor del punto donde arrojasteis la piedrecilla habrá agitacion, habrá movimiento, nacerá una ola, un círculo de plata, una onda acuosa, que se irá engrandeciendo, ensanchando y dilatando, y que al fin vendrá á conmover dulcemente la rosa que se sumerge en la linfa del lago. ¿Habeis comprendido esto? No es muy difícil. Pues si habeis comprendido esto, habeis comprendido lo que es el sonido, la luz, el calor, y tantas otras teorías de las más difíciles de la física: hé aquí una ciencia pronto aprendida.

Y no es esto una vana imagen: si tuviera tiempo; si me atreviera, que no me atrevo, á molestar vuestra atencion, os demostraria que todos los fenómenos de la fisica, ó muchos de ellos, vienen á reducirse á este fenómeno elemental, sencillísimo, primitivo. Imaginad, en efecto, que pulsais la cuerda de un arpa: al rededor nacerá y crecerá una onda de aire, una esfera vibrante; la vibracion de la cuerda se esparcirá por el espacio; y así como por el choque de la piedrecilla que se arroja en el lago las aguas se conmueven, y poco á poco se va extendiendo y engrandeciendo el círculo del movimiento, ó sea la vibracion acuosa, así al rededor de la cuerda del arpa se extenderán las esferas de la vibracion aérea; esferas que, llevando en suspenso, como misterioso sér alado, las vibraciones musicales, transmitirán el sonido á todos los puntos del espacio hasta llegar á vosotras; y vosotras os conmovéis dulcemente al contacto del sonido melodioso, como la rosa del lago se conmovió al llegar á ella el bello círculo de plata que por el lago se extendia, porque bien habréis comprendido que vosotras sois, y no podiais ménos de ser, la rosa de mi ejemplo.

¿Qué es, pues, el sonido? No es más que la vibracion, que se extiende, que crece, que toma forma geométrica, que es esfera de vibracion, y de esta suerte viene á conmover nuestro sér. Si yo pudiera, si yo tuviera tiempo, os haria comprender la diferencia que existe entre unos y otros sonidos, porque hay sonidos altos y sonidos bajos, que es lo

que se llama intensidad del sonido, cual es el misterio físico, geométrico, mecánico de la melodía. Os podría explicar aún en términos claros, sencillos, evidentes, geométricos, qué es lo que se llama armonía; os haría ver que, así como arrojando diversas piedrecillas en el estanque se forman al rededor de ellas muchas olas, muchos círculos, que se cortan, y se tocan, y se unen, y se separan, y forman multitud de figuras geométricas de contornos extraños, de caprichosas labores, de rosas fantásticas en la superficie antes serena del lago, así al rededor del instrumento musical se forman, se cruzan, se cortan, se dividen, se confunden esferas sonoras, que, por decirlo así, pintan, dibujan, trazan en el espacio aquella misma música que viene á regalar nuestros oídos con sus divinos y maravillosos acordes, con su prodigiosa y sublime armonía.

Hay, pues, una relación inmediata, profunda, entre los movimientos combinados y la armonía, entre el movimiento y el sonido. Y esto que digo del sonido, lo pudiera decir de la luz. Mas para explicaros qué es la luz, necesito hablaros dos palabras de lo que es el éter. Existe en la naturaleza una cosa que se llama Éter, pero no creáis que es ese líquido á que acudís cuando estais atacadas de los nervios; es otra cosa. Es un fluido elástico, eminentemente sutil, un vapor que nadie ha visto, que nadie ha tocado; un aire, una especie

de gas semi-espiritual; y sin embargo (creedme bajo mi palabra, que soy incapaz de engañar á nadie) este éter existe, ocupa el espacio infinito, extendiéndose por doquiera, penetrando por todas partes. Pues bien, ese fluido semi-espiritual, ese vapor, ese aire, al vibrar, da origen á la luz. La vibracion del éter es la luz, como la del aire es el sonido, como la del agua del lago es la ola, el círculo, la forma geométrica que en el lago se dibujaba.

¿Quién pone en movimiento el éter? El cuerpo que arde: la bujía que usais, el mechero de gas que veis en la calle, el rayo de luna en las noches tranquilas..... en que hay luna, el sol que brilla en el espacio; y así, la bujía, el mechero de gas, la luna, el sol, son cuerpos vibrantes, son las cuerdas del arpa, son la piedrecilla que arrojamos en el estanque. Allí nace la vibracion, la agitacion, el movimiento, y al rededor de cada uno de esos centros luminosos se extiende la esfera de vibracion del éter; y así como al rededor de las cuerdas del arpa se manifiestan y se extienden las esferas de las vibraciones sonoras, así las esferas que crecen al rededor del sol, y que á su alrededor se extienden, y se extienden en los ámbitos del espacio, llegan á nuestro planeta, iluminan las montañas, iluminan los valles, y van llegando á todas partes, y llegan á vosotras, y ¡mirad qué atrevidas! penetran al traves del limpio cristal de vuestros ojos y despiertan

en el fondo de vuestra retina la impresion luminosa.

Ya veis qué perfecta armonía, qué estrecha relacion existe entre todos estos fenómenos y otros muchos de que os pudiera hablar : relacion perfecta, admirable, matemática; porque así como ántes os hablaba de notas musicales, de melodía y de armonía en el sonido musical, pudiera hablaros de las notas, de la melodía y de la armonía de la luz. Lo que son notas en la música, ¿qué es en la luz? Son los colores, el azul, el verde, el amarillo, el anaranjado, todos los colores del iris, verdaderas notas musicales de esa sublime gama del espacio. Todos ellos son con relacion á la luz, lo que las notas de la escala musical con relacion al sonido. Tambien hay armonía en el cielo, orquestas sublimes y sublimes sinfonías.

¿Habeis visto alguna puesta de sol; aquel mar de fuego, aquellos esplendores indescriptibles, aquellos cortinajes de grana, aquellos flecos magníficos de oro, aquellos rayos de plata, toda aquella sorprendente combinacion de colores? ¿Sabeis qué es eso? No es otra cosa que una orquesta en el cielo, que una sinfonía en el espacio, que una magnífica inspiracion del Mozart de los cielos, con que despide al sol que se pone, ó con que saluda en la alborada al sol que nace.

¿Qué es el calor? No tengo tiempo para explicarlo; pero os diré que es la misma vibracion, el

mismo movimiento de las moléculas que constituyen la materia; porque en la naturaleza, en lo que es materia (no me refiero para nada á las altas cualidades del alma, á la excelencia del espíritu; no me atrevo á llegar á esa region; sólo me ocupo de los fenómenos materiales); porque en la naturaleza, repito, la mayor parte ó casi todos los fenómenos se reducen á movimientos, á vibraciones; pero acompasados, regulares, y sujetos á ley, número, peso y medida. Todo vibra en la naturaleza, todo se agita, y podria decirse para valirme de comparaciones familiares, pero en confianza, sin que lo oigan los que á este lado se sientan, y sin que tampoco os sirva de estímulo, que la naturaleza no es otra cosa que un inmenso ataque de *nervios*.

Ya veis, pues, que la ciencia no es tan áspera, tan repulsiva, tan seca, tan prosaica, como se imaginan algunos, no; la ciencia es reservada, es severa, es pudorosa, es virginal; la ciencia no la halla el que la busca á la ligera; tiene espinas, como la rosa, para quien quiera cogerla al paso; la ciencia es sólo para aquel que por ella se sacrifica, y se quema la frente con el pensamiento, y se abrasa los ojos sobre el libro, y se purifica el corazon y la rinde perpétuo culto, y pasa horas y horas, y dias y dias entregado á esa oracion sublime que se llama estudio; porque el estudio profundo, intenso, puro, es como una oracion al Dios de lo creado: la cien-

cia es buena, es tierna, es amorosa, sólo que no se entrega á la ligera al primer amor que la solicita; ¡ejemplo digno de imitacion, Señoras!

Y voy á concluir indicando una idea que várias veces he presentado ya. La ciencia, cuando sanamente se la estudia, cuando puramente se la considera, es religiosa, es eminentemente religiosa. Todos esos soles esparcidos por el espacio, y todos esos magníficos globos de fuego, son como lirás gigantes que con vibraciones de fuego y de luz cantan la gloria de su Dios. Y al rededor de cada uno de esos magníficos astros, como al rededor de la piedrecilla arrojada en el estanque del rosal, nacen ondas de luz, esferas sublimes, que vibrantes llevan la armonía por los espacios, que los inundan de celestiales conciertos, y que cantando siempre la gloria de su Hacedor, se pierden inmensas en las profundidades infinitas del cielo.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

NOVENA CONFERENCIA.

INFLUENCIA
DE LAS
CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
EN LA EDUCACION DE LA MUJER,
POR

D. GABRIEL RODRIGUEZ.

Profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos.

18 de Abril de 1869.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
LA EDUCACION DE LA MUJER.

NOVENA CONFERENCIA.

CIENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES.
LA EDUCACION DE LA MUJER.

D. GABRIEL REDONDELLA.

NOTA
BIBLIOTECAS
MADRID

19 de Abril de 1889.

SEÑORAS Y SEÑORES:

El ilustre promovedor de estas *Conferencias*, mi digno amigo D. Fernando Castro, que en este momento nos preside, es una de las personas que me inspiran más profunda simpatía y consideración más respetuosa, por su gran talento, por su vasta instrucción, y por algo que vale más que todo eso, por sus altas cualidades morales. Sin embargo, al subir hoy á esta tribuna, al verme frente á frente con un público tan numeroso, tan respetable y tan bello si miro á mi mano izquierda, igualmente respetable, aunque no tan bello, si miro á mi derecha; al recordar que desde esta misma tribuna os han dirigido la palabra oradores tan eminentes como los Sres. Sanromá, Canalejas, Corradi, Moret; al pensar que debeis conservar viva todavía la impresión del discurso elocuentísimo pronunciado por el

Sr. Echegaray el domingo último, me encuentro en una situación tan desfavorable y tan comprometida, tengo una visión tan clara de la insuficiencia de mis fuerzas, que, francamente lo confieso, siento hacia el Sr. Castro una especie de malquerencia, algo de rencor amistoso; que al fin y al cabo él me ha puesto en este apuro con su benévola invitación, que yo ni podía ni debía desatender. Pido al señor Castro perdón por este mal sentimiento, de que públicamente me acuso, y que además es injusto; porque, aunque yo no tenga, como no tengo seguramente, cualidades para ocupar dignamente esta tribuna, y por lo mismo que no las tengo, debo agradecer más al Sr. Castro que me haya proporcionado ocasión de cooperar á estas *Conferencias*, cuyo objeto es digno de toda suerte de alabanzas, y cuyo resultado no puede ménos de ser beneficiosísimo para el renacimiento de nuestra patria á la vida de los pueblos civilizados. Por poco que aprendiéramos aquí; aunque no aprendiéramos nada, lo cual no sucede, porque mucho hemos aprendido y aprenderemos, cuando otros oradores ocupen esta tribuna, todavía estas reuniones serian útiles y morales. El amor á la ciencia, el deseo vivo de poseerla, el trabajo y la asociación para alcanzarla, son actos y sentimientos que llevan en sí mismos su ventaja y su premio, porque purifican el alma, levantándola por encima de las miserias de la vida, para hacerla pensar en fines más grandes, más sublimes, más

dignos del sér racional, que siente en lo íntimo de su conciencia algo de infinito y de divino.

Ya otros oradores os han dicho con una elocuencia que yo no puedo imitar, y os han demostrado, que el fin general de perfeccionarse y de realizar la naturaleza humana, tanto obliga á la mujer como al hombre, porque la personalidad racional arranca en ambos seres de igual origen, y tiene en ambos seres caracteres y condiciones iguales. La division, la separacion de los dos sexos en todo lo que tiene relacion con la ciencia; division que ha durado tantos siglos, y aún subsiste en pueblos muy adelantados; la preocupacion que vedaba á la mujer el conocimiento de las admirables leyes que rigen el mundo fisico, el mundo económico, el mundo moral, son cosas consideradas ya como absurdos en nuestro siglo, por todo el que piensa, y no hay obra más útil, más digna de aprecio, que la de facilitaros los medios de adquirir el conocimiento de esas leyes, dando empleo apropiado y digno á vuestra inteligencia, igual á la nuestra; á vuestro sentimiento, tan superior al nuestro.

Por eso el primer pensamiento del Sr. Castro, consagrado siempre á las buenas obras, al plantearse en España la libertad de reunion y de enseñanza, ha sido llamaros á estas *Conferencias*, y reclamar vuestro concurso, no para que en ellas lo aprendamos y lo expliquemos todo, sino para que os afirméis en el convencimiento de la necesidad de reformar en España la educacion de la mujer, y

lleveis este convencimiento á todas partes, creando con vuestra poderosísima influencia elementos y fuerzas en la opinion pública, que vayan preparando esa reforma, y permitan más adelante su realizacion en el terreno de los hechos.

Con arreglo al plan de estas *Conferencias* debemos presentaros un bosquejo de lo que debe ser la educacion de la mujer, en todas sus diferentes fases y elementos, para que pueda cumplir su destino en la vida; y tócame, Señoras, en este bosquejo, llamar vuestra atencion sobre la importancia de las ciencias económicas y sociales.

Nada os diré acerca de la aptitud y capacidad de vuestra inteligencia para comprender estas ciencias: sobre este punto no podria hacer más que repetir muy mal lo que otros oradores os han dicho muy bien. Paréceme, ademas, completamente inútil entretenerme en semejante demostracion, porque, á mi juicio, todas las personas presentes están plenamente convencidas de esta verdad. Ponerla hoy en duda sería volver á aquellos siglos en que se discutia si la mujer tenía alma racional; y aún cuando en España existen todavía algunas personas que indudablemente han debido nacer en aquellos siglos, tal es la conviccion con que, al parecer, profesan los errores que en ellos dominaron, yo creo que esas personas son incapaces de convencimiento, y ademas tengo para mí que no asisten á estas *Conferencias*.

Os hablaré desde luego, por lo tanto, de la im-

portancia de las ciencias económicas y sociales, y de la necesidad de que las conozcaís para cumplir vuestro destino en la vida; destino que no se encierra sólo en el hogar doméstico, aunque en él tenga su fin más alto, su más noble expresión, que es la educación de los hijos y la vida en común con el esposo, cuyos esfuerzos y afanes para procurar el bienestar de la familia debeis auxiliar con vuestros consejos y vuestra actividad en la casa, y premiar con vuestro amor y vuestros cuidados. Pero aunque sólo á este fin supremo de la conservación y del progreso de la familia se redujese absoluta y exclusivamente vuestra misión en la tierra; aunque no tuvierais otro modo de ser ni otra situación en la vida que la de la mujer casada, todavía sería conveniente que estudiarais y conocierais las ciencias económicas y sociales, porque en ellas podeis hallar grandes fuerzas y elementos para aumentar vuestra influencia sobre el esposo y sobre los hijos, que así serán mejores y más aptos para esta lucha incesante que se llama la vida.

Y ¿qué son estas ciencias económicas y sociales? ¿Qué leyes presentan á la consideración del hombre? Leyes, Señoras, que tanto se aplican al hombre como á la mujer; leyes generales, que teneis tanto interés en estudiar como nosotros; porque la mujer tiene, como el hombre, necesidades morales y materiales; tiene medios de acción y fuerzas para el trabajo, y actividad y espontaneidad para llevarlo

á cabo y adquirir con él las satisfacciones que necesite. Pero estas leyes científicas no deben confundirse con otras, que llevando tambien el nombre de económicas y sociales, son obra puramente humana, obra de los Gobiernos, que por mucho tiempo han tenido la pretension de establecer reglas para todos los actos de la vida; en las cuales pudiéramos encontrar cuantos desatinos puede imaginar el hombre, y cuya historia es la historia de los errores que la humanidad ha profesado durante una larga serie de siglos.

Estas reglas ó leyes empíricas no son el objeto de la presente *Conferencia*, pero conviene hablar algo de ellas, para que se comprenda la gran necesidad que hay de conocer las verdaderas leyes, las leyes científicas, aquellas que se derivan de Dios, que se imponen como las leyes del mundo físico, y que es preciso respetar en todas las esferas de la vida, si queremos evitar para el porvenir los infinitos errores que la humanidad ha cometido. Podria citaros infinitos ejemplos, pero me limitaré á uno solo, en el cual veréis consignado un resumen de la civilizacion que precedió á la de nuestro siglo, y una prueba de los males que causa la ignorancia de las leyes naturales del orden social.

Mi amigo el Sr. Segovia, en una de las sesiones pasadas, á que no tuve el gusto de asistir, leyó un interesante artículo sobre el lujo, y dió contra el exceso del lujo consejos oportunísimos, siguiendo el

sistema de nuestro tiempo, que es convencer por medio del raciocinio, sin tratar de imponer ciertas restricciones con el auxilio de la fuerza.

Pues bien, vais á ver cómo entendian los Gobiernos la cuestion del lujo en el siglo pasado, y os traigo al efecto una curiosa pragmática, en que se recopilan casi todos los dislates cometidos hasta entónces por los Gobiernos en la cuestion del lujo.

En esta pragmática, despues de várias cosas, que no leeré por no cansaros, «se prohíbe que ninguna persona, hombre ni mujer, de cualquiera grado ó calidad que sea, pueda vestir, ni traer en ningun género de vestido, brocado, tela de oro, plata ó seda, con mezcla de estos metales, bordado, puntas, pasamanos, galones, cordones, pespuntos, botones, cintas, ni ningun otro género de guarnicion, en que haya mezcla de ellos; ni tampoco de acero, vidrio, talcos, perlas, aljófar, ni otras piedras finas, ni falsas, aunque sea con motivo de bodas, permitiéndose únicamente botones de plata de martillo.»

Indudablemente los botones de oro y plata de martillo debian tener un privilegio misterioso para aquellos sabios legisladores.

«Se prohíbe absolutamente todo género de puntas y encajes extranjeros en las guarniciones y adornos, permitiéndose únicamente los fabricados en el reino.»

Los fabricados en el reino. Eso sí, el lujo, cuando

da por resultado el consumo de mercancías extranjeras baratas y de buena calidad, es perniciosísimo; pero cuando consiste en consumir mercancías nacionales malas y caras, entónces parece cosa tolerable y que no ofrece mayores inconvenientes.

Paso por alto algunas prescripciones, y continúo :

« Las prohibiciones antecedentes se extienden » tambien á los comediantes, hombres y mujeres, » músicos y demas personas que asisten en las co- » medias para cantar y tocar. Y se da un año de » término para el consumo de los géneros que es- » taban anteriormente hechos contra la pragmática. »

Ocupase luégo ésta de los criados :

« Se permite que las libreas que se dieren á los » pajes puedan ser casaca, chupa y calzones de lana » fina ó seda, llanas, *fabricadas en estos reinos y en » sus dominios*, y que puedan traer medias de seda, » pero no capas, sino de paño, bayeta, raxa ú otra » cosa.

» Se manda que nadie pueda tener más de dos la- » cayos, y que las libreas de éstos, volantes, co- » cheros y mozos de sillas, sean de paño *fabricado » expresamente en estos reinos*, sin guarnicion, pasa- » manos, galon, faja ni pespunte al canto, debien- » do ser llanos, con botones tambien llanos, de se- » da, estaño ú azofar, y las medias de lana, de co- » lores, y no de seda. »

Se ocupa luégo la pragmática de los carruajes, fijando detalladamente la forma, la pintura, la ta-

lla de las maderas, etc., etc.; y cómo no sería posible, sin grandes males para la sociedad, que se permitiera á todo el mundo pasear en coche.....

«Se prohíbe traer coche, carroza, estufa, calea
»ni forlon, á los alguaciles de Córte, escribanos
»de provincia y número, y otros cualesquiera; á los
»notarios, procuradores, agentes de pleitos y de
»negocios, y á los arrendadores, si no es que por
»otro título honorífico los puedan traer; á los mer-
»caderes con tienda abierta y á los de lonja; á los
»plateros, maestros de obras, receptores obligados
»de abastos, maestros y oficiales de cualquiera ofi-
»cios y maniobras,

»Que ninguna persona, fuera de los médicos y
»cirujanos, pueda andar en mula de paso, sino so-
»lamente en caballos ó rocines, » etc., etc.

Y á más se extiende la prevision y sabiduría de los legisladores. Para que las personas *de distincion* no puedan confundirse en la calle con la gente de poco más ó menos, «se manda que los oficiales y
»menestrales de mano, barberos, sastres, zapate-
»ros, carpinteros, ebanistas, maestros y oficiales
»de coches, herreros, tejedores, pellejeros, fonta-
»neros, fundidores, curtidores, herradores, zur-
»radores, esparteros, especieros y de otros cuales-
»quiera oficios semejantes á éstos ó más bajos, y
»obreros, labradores y jornaleros, no puedan usar
»vestidos de seda, ni de otra cosa mezclada con
»ella, sino solamente de paño, jerguilla, raja ó ba-

»yeta, ó de otro cualquier género de lana, á excep-
»cion de las mangas y vueltas de las mangas de las
»casacas, y las medias, en las cuales se permite el
»uso de la seda.»

Todo esto, Señoras, es eminentemente ridículo; pero luégo viene en la pragmática una cosa que ya no es ridícula, que es horrible: la parte relativa á las penas que se imponían á los ciudadanos que faltaban á estas prescripciones. La pena era diferente segun la clase de las personas. Si se trataba de una persona *de distincion*, se castigaba con benignidad, dejando este punto «al arbitrio del Consejo y de los jueces que conocieren de las causas.» Por el contrario, si era menestral el delincuente, se le castigaba por primera vez con el perdimiento de lo denunciado, y ademas con «cuatro años de presidio cerrado de África»; y por la segunda, con ocho años de galeras. No puede darse mayor igualdad y justicia en el cumplimiento de las leyes.

Prescindo de deciros lo que preceptuaba la misma pragmática sobre los entierros, lutos, así en los vestidos como en los ataúdes, colgaduras, número de hachas y cirios, etc. Los gobiernos disponían en aquella época como señores absolutos de todos los actos de nuestra vida, incluso el alimento, pues fijaban hasta el número de platos que cada ciudadano podia poner en su mesa.

Y no se limitaban los legisladores, si puede darse éste título á los que de tal modo olvidaban que

hay leyes económicas y sociales de creación divina; no se limitaban á los actos de la vida física; imponían al hombre la creencia religiosa, el libro que podía leer, las distracciones á que podía entregarse, y el empleo que debía hacer de sus capitales; en una palabra, destruían la libertad en todo, absolutamente en todo cuanto se refiere á las necesidades, al trabajo, á las satisfacciones humanas. Y aunque hemos andado mucho en el camino de la justicia, falta aún bastante camino que recorrer. Hace pocos meses que en España el Gobierno no nos permitía celebrar estas reuniones, aunque nos dejaba entera libertad para ir á los toros; nos impedía leer otros libros y asistir á otros espectáculos teatrales que aquellos que aprobaban sus censores; no podíamos aprender otras ciencias que las que nos enseñaban sus maestros; no podíamos, por último, dejar de profesar la creencia religiosa oficial sin exponernos á ser castigados con el extrañamiento ó el presidio.

¿Y por qué estos errores, por qué estos dislates, por qué esta manera de regir la sociedad? Porque los legisladores que esas prescripciones dictaron, no se ocupaban de saber si había una ciencia social; no se ocupaban de saber si, así como en el orden físico existen leyes fatales y necesarias, de cuya obediencia no puede prescindirse, hay también leyes en el orden moral que deben respetarse y cumplirse.

Ya veis, Señoras, cómo el conocimiento de las

ciencias económicas y sociales del orden natural es de absoluta necesidad para la vida. ¿Y sabeis lo que en resúmen esas ciencias nos dicen, la regla suprema que nos aconsejan para la organizacion de las sociedades? El respeto de la libertad, el respeto de la personalidad humana. Las leyes científicas demuestran que cuando los pueblos se organizan sobre la base de la justicia, cuando la libertad y el derecho están cuidadosamente asegurados, los pueblos progresan sin otra intervencion de los gobiernos, y por la accion natural de las leyes sociales alcanzan en cada época el grado máximo de prosperidad moral y material que el estado de las fuerzas económicas permite. Un breve bosquejo de estas leyes os dará, ya que no el conocimiento completo que debeis tratar de adquirir, y que no cabe en el breve espacio de esta *Conferencia*, una ligera idea de la manera como por su accion puede realizarse el progreso general de la humanidad en todas las esferas de la vida.

El sér humano, para poder vivir como sér inteligente y moral á la vez que como sér animal, está obligado á satisfacer mil necesidades diferentes. Su organizacion física exige un alimento, un vestido, una habitacion; su organizacion inteligente y moral exige un alimento tambien, ménos apremiante tal vez para la existencia, pero no ménos necesario para que el hombre realice su destino. Desnudo, miserable, ignorante viene á la tierra, y no puede

cubrir esa desnudez, levantarse de esa miseria, destruir esa ignorancia, sin poner en ejercicio las facultades de que está dotado, aplicándolas á los elementos y agentes que la naturaleza le proporciona.

Para aspirar á la satisfaccion de las necesidades sin que le repugnen y desalienten los esfuerzos y fatigas que el trabajo causa, existe en el sér humano un móvil poderosísimo. Hay en él un deseo insaciable de bienestar, una aspiracion incesante á una condicion más elevada. Cuando satisface una necesidad se le presenta una necesidad nueva; á un deseo cumplido reemplaza otro deseo; á la realizacion de la ilusion más extravagante sucede otra nueva ilusion, y la antigua y conocida leyenda, que todas habréis oído contar en vuestra niñez, de aquel pobre pescador que con el auxilio de las Hadas llegó á ser un hombre acaudalado; que quiso ser, y fué despues, noble, más adelante príncipe, rey luégo, que todavía quiso ser rey de reyes, y realizado este último deseo, aspiraba á ser adorado como Dios, se funda en una idea profundamente exacta, y presenta á la humanidad como copiada por un aparató fotográfico.

Este móvil, esta aspiracion, que es el gran resorte de la economía social; que es en las sociedades lo que en el individuo el principio de la vida; que es el motor que pone en ejercicio la actividad humana, se conoce con el nombre de *interes personal*.

Sus tendencias se dirigen á la mejora del individuo; pero como éste es muchas veces ignorante y repugna el trabajo, el interes personal puede empujarnos por dos caminos, el del *trabajo* y el de la *explotacion*. El hombre puede querer mejorar de condicion, *trabajando* sin lastimar el derecho y la libertad de sus semejantes, ó *despojando* á éstos de los frutos que con el trabajo han obtenido, y violando por consiguiente su derecho y su libertad. Y aquí se presenta la necesidad y la razon de ser de la institucion llamada gobierno, del *Estado*, cuyo fin racional es realizar la justicia, impedir toda agresion, todo acto injusto, cerrando el camino de la *explotacion* para el hombre, para que el interes personal no pueda llevarle sino por el camino del trabajo. Con esta accion del Estado, basta para que todas las fuerzas sociales funcionen armónica y ordenadamente.

En efecto, siendo el único recurso del hombre el trabajo, tiene forzosamente que aplicar su inteligencia y sus facultades físicas á aquellas operaciones que crea más convenientes para la satisfaccion de sus necesidades. En esas operaciones encuentra obstáculos y resistencias, y estudia la manera de vencerlas, obteniendo como resultado de sus esfuerzos, lo que llama la ciencia económica *productos* ó *utilidades*. Y entended bien que esa denominacion tanto se aplica á las cosas ó servicios que satisfacen necesidades del órden material, como á

la música que nos recrea, al libro que abre nuevos horizontes á nuestra inteligencia; á todo, en fin, lo que da satisfaccion á nuestras necesidades físicas, intelectuales y morales.

En la lucha del trabajo, el hombre observa que algunos de sus semejantes tienen mayor aptitud que él para cierta clase de operaciones, y establece con ellos el cambio y la division de las ocupaciones; fenómenos económicos de inmensa importancia en la economía natural de las sociedades. La division del trabajo aumenta la potencia productiva y permite satisfacer mayor número de necesidades, y como ademas, la observacion enseña á los hombres que no dedicando todo su esfuerzo al logro de satisfacciones inmediatas, y reservando una parte para formar medios auxiliares de trabajo, pueden conseguir mayores resultados, se crea inmediatamente el *capital*. Éste permite á su vez desarrollar las relaciones en mayor escala por medio del cambio, y como cada individuo desea obtener muchas utilidades en cambio del producto de su trabajo, para hacer éste más fructífero, estudia y mejora los procedimientos, y nacen y crecen las ciencias y las artes, sustituyéndose la accion de las fuerzas y agentes naturales á la accion humana, y aprovechándose el viento, el agua, el vapor, la electricidad. Cada *utilidad* va, de este modo, costando cada vez menor esfuerzo de produccion al hombre, y proporcionándole mayores ventajas, cuando acude con

ella á cambiarla por otras en el mercado general, donde se establece la competencia de los que venden y de los que compran, fijándose la importancia relativa de cada producto y de cada servicio, ó sea el *precio*, que se distribuye entre los productores en proporcion del concurso que á la produccion hayan prestado.

De este modo, Señoras, por medio de estas leyes, con hombres aislados, con hombres que nada ligaba, al parecer, fuera del lazo comun de la institucion gobierno, se forma naturalmente una asociacion libre, primero de pocos hombres; despues, cuando por el aumento del capital llegan á ser las comunicaciones más fáciles y la produccion más extensa, de un número de hombres más considerable. Así, por el solo estímulo del interes personal, *obrando dentro de los límites de la justicia*, procurando alcanzar siempre el bienestar por medio del trabajo, se organiza natural y libremente la sociedad, se ligan los hombres con los lazos de una solidaridad indestructible, sin perder un átomo de su libertad como derecho, aumentando en una escala inmensa la esfera en que puede funcionar esa libertad; aumentando, por lo tanto, esa libertad como potencia, como medio de accion.

No quiero decir, sin embargo, Señoras, que por obrar el hombre libremente dentro de los límites de la justicia haya de faltar el mal en las sociedades. El mal es un elemento inevitable en la economía

social, una condicion de la humana naturaleza. No puede el hombre progresar sin destruir obstáculos y resistencias. Puede, ademas, equivocarse, y se equivoca con suma frecuencia, en el empleo de los medios productivos de que dispone. Ademas, la repugnancia al trabajo puede hacerse superior al interes personal, y trasformar al individuo en desidiioso é inactivo. Pero cuando es libre, el daño que el hombre causa con sus errores ó con su desidia se convierte en leccion eficaz, y sirve para que se eviten en lo sucesivo los errores semejantes, conservando vivo en las conciencias el sentimiento de la responsabilidad, compañero inseparable de la libertad. Y de desacierto en desacierto, de leccion en leccion, el campo del error y del mal disminuye cada vez más; la inteligencia y la laboriosidad extienden sus conquistas, y los pueblos van pasando de ignorantes y miserables á ilustrados y prósperos, por los solos esfuerzos individuales, por la sola accion de la libertad, obrando segun las leyes naturales del órden económico y social.

En este breve cuadro, que siento no poderos presentar con más claridad y mayores detalles, creo, sin embargo, que hay lo bastante para que comprendais bien el sentido general de las leyes científicas, cuyo conocimiento me proponia recomendaros en la presente *Conferencia*. ¿Y qué se deduce de este breve cuadro? Que la condicion necesaria de todo progreso en la vida es la libertad; que no

es posible hacer mejoras en el empleo del trabajo, hallar nuevos medios para la realizacion de los fines humanos, dar cumplida satisfaccion á nuestros sentimientos y deseos legítimos, sin la independencia del pensamiento, que busca y halla la fórmula del progreso, sin la libertad de accion que realiza esa fórmula en la vida. De ese cuadro se deduce una regla general para la vida de las sociedades humanas, que podria formularse de este modo: « Realícese el derecho por una institucion á este objeto exclusivamente destinada, y *déjese hacer* á la actividad individual; respétese la justicia, y *déjese* paso franco á la accion fecunda de la libertad. »

Claro está, Señoras, que como consecuencia natural de esta regla, y para que su aplicacion diera sus naturales resultados, convendria que nos fuéramos acostumbrando á vivir sin el apoyo del Gobierno; que recurriéramos á él lo ménos posible, y sólo para que defienda nuestra libertad y nuestro derecho. Convendria que abandonásemos esa idea, todavía bastante generalizada, de que el órden no puede venir sino de la autoridad; que el Gobierno tiene la mision de ocuparse en todo y de arreglarlo todo.

Esta idea domina seguramente todavía en muchas de vosotras. Os recordaré, para probarlo, un hecho vulgarísimo. Muchas de vosotras teneis á vuestro cargo la administracion y cuidado de la casa, y como administradoras celosas, procurais eco-

nomizar los gastos y sacrificios, y estais interesadas en la baratura de los objetos que consume la familia. Y ¡cuántas veces, al saber que ha subido el precio de ciertos artículos, el pan ó el aceite, ó cualquiera otro, os habréis quejado y lamentado, indignadas porque el Sr. Alcalde, ó el Sr. Gobernador, no se oponen á la codicia de los vendedores, y no procuran, con la influencia que les da su autoridad, es decir, por medio de la fuerza, realizar la baratura! Quejas y lamentos por los que no os censuro, que sois en esto tanto menos culpables, cuanto que los ois tambien á muchos hombres que pasan por ilustrados, y hasta los encontrais frecuentemente en letras de molde en las gacetillas de ciertos periódicos.

Y lo que digo de este caso podria decirlo de otros muchos puntos relativos á las ciencias sociales, que no puedo citar por falta de tiempo, y en los cuales urge desvanecer ciertas preocupaciones, que constituyen un grave obstáculo para el progreso de nuestra patria. Pero no quiero dejar de hablaros de uno de esos puntos que tiene inmensa importancia, porque el estado de la civilizacion de nuestro siglo reclama una solucion pronta, que podria dificultarse mucho si, por falta de conocimiento suficiente, creyerais deber oponeros á ella. Me refiero al matrimonio civil.

¡Cuánto habréis oido hablar de esta institucion! Probablemente muchas de vosotras habréis oido ca-

lificar el matrimonio civil de consorcio nefando, de lazo abominable, contrario á toda moral, á toda idea religiosa, y acaso habrán llegado á vosotras estas calificaciones, pronunciadas desde tribunas más altas, más solemnes y de otra forma que ésta.

Pues bien, el matrimonio civil no es nada de eso. Es una cosa muy sencilla; es la cosa más natural del mundo.

En primer lugar, os diré que esa institucion se practica en casi todos los pueblos cristianos y católicos, por todas las clases sociales, así las altas como las bajas. Os diré tambien que el matrimonio civil no es ni más ni ménos que la consignacion ante la autoridad civil de las relaciones de derecho que para sus intereses, para sus mutuas conveniencias, para el porvenir de sus hijos, quieren establecer los esposos. Esta consignacion, Señoras, se hace tambien hoy en España, pero se hace ante la autoridad religiosa, confundida con la del Estado; y fácilmente debeis comprender que la autoridad religiosa nada tiene que ver con las cuestiones de derechos civiles, que corresponden á la autoridad que se ocupa del derecho, esto es, la autoridad civil, única que puede razonablemente asegurar el cumplimiento de las obligaciones de esta naturaleza contraidas por los cónyuges. Pero una vez hecha esta consignacion de las relaciones de derecho ante la autoridad civil, nada se opone á que venga luégo la celebracion del matrimonio religio-

so, con arreglo á las creencias ó religion que cada uno profese; el católico, como ahora se verifica en España; el protestante, segun sus ritos, etc., etc. Nada, pues, tiene de grave ni de perjudicial el matrimonio civil, y si al oir hablar de él se alarmaba vuestra conciencia, podeis tranquilizaros; despues de realizada esta reforma, no será, seguramente, ménos santo, ménos solemne el lazo conyugal que contraigais aquellas de vosotras que todavía no lo habeis contraido.

Pero me diréis tal vez: y ¿qué necesidad tenemos en España del matrimonio civil? ¿No podiamos continuar como estamos? No, Señoras, si queremos que España pueda considerarse como pueblo civilizado. El matrimonio civil es conveniente en nuestro país para los católicos, porque para todos conviene que ciertas relaciones y hechos sociales se consignen fuera de los registros de la Iglesia. Pero, sobre todo, el matrimonio civil es necesario, es indispensable para los que no profesen la creencia católica, los cuales han de someterse á la legislación actual, faltando á sus convicciones ó siendo hipócritas, para no exponerse á un duro castigo, ó han de renunciar á fundar una familia. Con el establecimiento del matrimonio civil, el hombre que quiera obedecer á los dictados de su conciencia, podrá contraer ese lazo sin someterse á ceremonias que honradamente, si no cree en ellas, no debe ni puede respetar y cumplir.

Tal es la inmensa ventaja que obtendríamos en España con la institucion del matrimonio civil. Por eso, os ruego que pareis un poco la atencion en este punto, y que oigais con desconfianza lo que contra esta institucion se os diga por los que sólo pretenden poner obstáculos á la gran regeneracion que hoy empieza á realizarse en nuestra patria.

Lo que os he dicho del matrimonio civil podria decirlo de tantas otras cuestiones análogas. Pero el tiempo me falta, os he fatigado demasiado y debo ya terminar esta *Conferencia*. Bien sé que con ella, habiendo yo pasado un malísimo rato, no he logrado hacéroslo pasar bueno. Hubiera querido tener hoy las dotes oratorias de mis amigos, para que al volver á vuestros hogares, llevaseis de aquí, no sólo el recuerdo de una palabra más ó ménos agradable, sino alguna idea que meditar, algunos horizontes nuevos abiertos á vuestra inteligencia y á vuestro sentimiento; algo, en fin, de la conviccion que yo abrigo de que no pudiendo haber progreso sin vosotras, siendo el hombre en mucha parte de su educacion y de modo de ser, obra exclusiva vuestra, es indispensable que sin hacer caso de ridiculas y anticuadas preocupaciones, consagreis vuestra atencion y vuestra actividad al estudio de las ciencias económicas y sociales. ¡Ah! si esto hicierais, ¡qué no podríamos esperar del porvenir de nuestro país! ¡Con qué facilidad atraeríais al espo-

so al interior de la familia, viviendo con él en mayor comunidad intelectual y moral! ¡Cómo podriais aconsejarnos en la vida, dándonos las fuerzas que muchas veces nos faltan; devolviéndonos el ánimo perdido, que se recobra fácilmente cuando hay al lado nuestro una inteligencia que nos oye y nos comprende! Yo de mí sé deciros que no creo que haya en la tierra felicidad más grande que la de vivir en comunión de pensamiento y de doctrina con un sér que nos ama, compartiendo con él nuestras penas y nuestras alegrías, coordinando con él nuestros planes de trabajo; unión santa, unión sublime, origen de todo placer verdadero, y sin la cual no puede haber en los pueblos grandes caracteres, ni grandes obras, ni grandes virtudes.

UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

LA MÚSICA Y LA MUJER

CONFERENCIA

CON CHARLES ALBERTO LAURENT

25 DE ABRIL DE 1904

MADRID

IMPRESA Y DISTRIBUCIÓN EN LA BIBLIOTECA

DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

1904

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

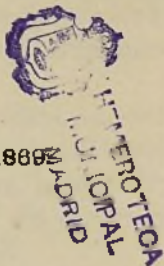
LA MÚSICA Y LA MUJER.

CONFERENCIA LEIDA

POR

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

25 de Abril de 1869



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. BIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

UNIVERSIDAD DE MADRID
CONFERENCIAS DOMINGALES

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER

LA MÚSICA Y LA MUJER

CONFERENCIA DE LA MUJER



SEÑORAS:

Grande ha de ser sin duda vuestra sorpresa al ver la osadía con que yo, un simple músico, me atrevo á dirigiros mi voz aquí, donde tan ilustres sabios, tan brillantes oradores y tan inspirados poetas han regalado vuestros oídos y enriquecido vuestras inteligencias.

Vuestra sorpresa subirá de punto, convirtiéndose en asombro, si tomáis también en consideración que quien ahora os dirige la palabra, lo hace al público por primera vez en su vida, y sin encontrarse con las dotes necesarias para el caso.

¿Cómo, pues,—me diréis—te atreves á tanto?

A esta pregunta solamente podré contestar, diciendo que, no sé si por virtud de mi propia constitución moral, soy y he sido siempre esclavo de la amistad. Por consecuencia, un amigo mío muy querido, cuyos talentos y cuya gracia no há mucho

que habeis tenido ocasion de aplandir nuevamente, es quien me impulsa y compromete á venir á collocarme en este sitio, especie de piedra de toque en la que vais á experimentar mi insuficiencia.

Con temor muy grande vengo á *conferenciar* con vosotras; pero si al fin lo hago, es contando con que vuestra benevolencia suplirá mi falta de méritos, y meditando ademas que si en alguna ocasion yo habria de aventurarme á hablar en público, ninguna se me podria presentar que fuera para mí más tentadora que la presente; porque, á fuer de músico entusiasta y de admirador constante del bello sexo, nunca podré dejar de responder al llamamiento que se me haga en nombre de la Música y de la Mujer, siendo, como son, entrambas, como si dijéramos, la síntesis de la belleza ideal, que hace el encanto de mi existencia.

Voy á hablaros de la música en general, y de sus relaciones íntimas y constantes con la mujer; pero no espereis de mí, Señoras, una disertacion histórico-filosófica, que sería superior á mis fuerzas y ademas inoportuna; escuchad tan sólo una relacion de hechos, más ó ménos vulgares, que hacen al propósito de llamaros la atencion hácia la grande importancia que debe darse por vosotras al estudio y al cultivo de la música. Sin embargo, para dar principio convendrá que examinemos, aunque sea rápidamente, la esencia y los orígenes de lo que se entiende por música.

Todos los sabios que se han ocupado en la materia convienen en que el canto es instintivo en la humanidad, y en que á la revelacion divina se debe lo que hoy llamamos *melodía*, que no fué en su origen otra cosa que una rústica sucesion de sonidos, de que el hombre se valia para expresar sus tristezas, sus alegrías y hasta sus necesidades; llegando por este camino á la formacion de la palabra y del lenguaje hablado; con lo cual se prueba la mayor antigüedad de la música sobre la literatura y las demas artes y ciencias.

El hombre, que, dotado del instinto de imitacion, oia el melodioso canto de las aves, el suave y acompasado murmullo de las aguas, la poderosa voz del trueno, y todos los demas sonidos y ruidos de la naturaleza, parece posible que tomase de cuanto le rodeaba los elementos apropiados para ir enriqueciendo sus cantos primitivos. De aquí nacerian talvez las diversas combinaciones de tiempo que engendran lo que llamamos *ritmo* ó *compas*; así como tambien, observando el admirable concierto de la creacion, y viviendo en familia, el hombre no podia ménos de encontrar el necesario complemento de la *armonía* ó canto simultáneo y ordenado, que, con la *melodía* y el *ritmo*, constituye la especie de trinidad esencial del arte músico.

Éstas son las bases más racionales sobre las que puede fundarse el origen de la música. Los historiadores, sin embargo, hacen inventores de ella, en

a

la antigüedad, á una multitud de personajes: los egipcios atribuyen su invencion á Hérmenes ó á Osiris; los indios, á Brahma; los chinos, á Fo-hi; los hebreos, á Tubal; los griegos, á Apolo, á Cadmo, á Anfion; y aún se refieren tan maravillosas fábulas respecto á Orfeo, á Lino y á otros célebres músicos, que si hubiera yo de contarlas aquí, aunque fuera sumariamente, necesitaría gastar mucho de mis alientos y muchísimo de vuestra paciencia. Pero cumpliendo á mi propósito demostraros cuán relacionada se halla la música con la mujer, no puedo dejar de hacer una excursion por el laberinto de la mitología.

Una de las divinidades más importantes de la antigua Grecia era Apolo, por otros nombres Febo ó el Sol, dios de la poesía, de la música, de la medicina y de las bellas artes, á quien se atribuía particularmente la invencion de la música. Se daba culto á esta divinidad en muchos y magníficos templos, entre los cuales el más suntuoso era el de Delfos, adonde concurrían de todos los pueblos las gentes ansiösas de consultar los oráculos del Dios. Pensaréis acaso que la persona encargada de transmitir estos oráculos sería algun viejo y ceñudo sacerdote, á la manera que se acostumbraba en los templos de otras divinidades; pero os equivocais, pues no era sino una mujer, llamada Pitonisa; como si con este hecho hubieran querido significar los griegos que los secretos de Apolo sólo podían ser

oidos y explicados por el sentimiento fino y delicado de la mujer.

Ya que de los griegos tratamos, convendrá advertir que daban á la palabra *Música* unas acepciones mucho más extensas que las que hoy día le damos. Dividianla en *Música teórica* ó *contemplativa*, y en *Música activa* ó *práctica*. A la *música teórica* correspondian: la *Astronomía*, ó armonía del mundo; la *Aritmética*, ó armonía de los números; la *Armónica*, que trataba de los sonidos, de los intervalos, etc.; la *Rítmica*, que trataba de los movimientos; y la *Métrica*, ó prosodia. A la *música práctica* correspondian: el arte de inventar melodías (1), el del compás (2), y finalmente la *Poesía*. Dividian además la música instrumental en tres clases, á saber: *de canto*, *de instrumentos de viento*, y *de instrumentos de cuerda*, representando estas tres divisiones por otras tantas musas, que se llamaron *Meleten*, *Mnemen* y *Ædon*.

Cuenta un antiguo historiador que habiendo querido los ciudadanos de Tébas adornar su templo de Apolo con las estatuas de las tres musas antedichas, abrieron un concurso público ofreciendo un premio al escultor que las hiciera más bellas. Llegado el plazo, se presentaron tres escultores, cada uno con sus tres estatuas, y no sabiendo los teba-

(1) La *Melopea*.

(2) La *Ritmopea*.

nos á quién adjudicar el premio, por ser todas igualmente hermosas, compraron las nueve y las colocaron en su templo, dando despues á cada una el nombre y las atribuciones siguientes :

Clio presidia á la historia; *Euterpe*, á la música; *Melpómene*, á la tragedia; *Talia*, á la comedia; *Polimnia*, á la elocuencia y á la poesía lírica; *Erato*, á la poesía erótica y á la elegía; *Terpsícore*, al baile; *Urania*, á la astronomía; y *Caliope*, á la epopeya.

Desde entónces estas nueve hermanas de Apolo, castas y modestas, fueron las representantes de las ciencias y de las artes, y especialmente de la música, como lo indica bien claramente su propio y genérico nombre de *Musas*; porque la palabra griega *musa* significa principalmente *canto*.

Tacharéis acaso, y con harta razon, de vulgar y pedantesca la relacion que acabais de oir; pero me ha sido necesario hacéroslo, para que advirtais que los que trataron de materializar la belleza de la música, no encontraron otro medio mejor de hacerlo que personificándola en mujeres hermosas, puras y sencillas.

Las consecuencias que podrian sacarse de estos hechos son muchas, y muy favorables al bello sexo: yo me detendria con gusto á enumerarlas, si no fuera por temor de abusar demasiado de vuestra paciencia; por lo tanto, me limitaré á decir tan sólo que esta personificacion que hicieron los griegos

prueba por sí misma de la manera más poética y elocuente la íntima relacion que existe entre el divino arte de la música y el corazón tierno y apasionado de la mujer.

Llenas están las antiguas historias de hechos que demuestran la grandísima importancia que daban los griegos al estudio y cultivo de la música; en el hogar doméstico, en el teatro y en todas las fiestas públicas y particulares se consideraba como el principal elemento. Los más grandes filósofos, como Pitágoras y Platon, la definían diciendo que era «la ciencia de la armonía ó del orden universal, cuya influencia era mayor sobre las costumbres»; por esto en la fachada de la escuela de Pitágoras se leía: *Aléjate, profano; que nadie pone aquí su pié si ignora la Armonía.*

A propósito de la influencia de la música en las costumbres, y más particularmente en el alma de la mujer, se cuenta que Clitemnestra no faltó á sus deberes de esposa mientras tuvo á su lado un músico dórico, que la dejó su marido al partir para la guerra de Troya; cuyo músico la sostenía en la castidad con la dulzura de sus honestos cantos.

Me he detenido mucho hablando de Grecia, porque esta nación es la cuna y el modelo de las civilizaciones modernas; pues por lo demás, la historia del pueblo hebreo podría haberme dado también cantidad sobrada de asuntos musicales. Los célebres cánticos de Moisés, las trompetas de Jericó, el arpa

de David, etc., etc., prueban el religioso amor y la grande ostentacion con que los judíos cultivaban la música, asociándola á todas sus ceremonias religiosas y civiles.

Dicen las historias que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, aprendieron la música y las demas ciencias de los etruscos, y más particularmente de los griegos. En Roma, 749 años ántes de Jesucristo, ya se celebró un triunfo yendo todo el ejército cantando himnos detras del carro triunfal de Rómulo.

Numa Pompilio instituyó la congregacion de los sacerdotes *salios*, en la que sólo se admitian hijos de las familias patricias ó personas de la primera categoría social, los cuales, unidos á los sacerdotes del dios Marte, celebraban grandes fiestas públicas cantando y danzando por las calles de Roma al són de varios instrumentos y al compas del choque de doce escudos, entre los cuales se contaba el célebre *escudo sagrado* que Numa supuso haber caído del cielo.

La música romana recibió un grande impulso cuando, despues de la derrota de Antioco, rey de Siria, se introdujeron en Roma las mujeres que cantaban y tocaban instrumentos de cuerda en las fiestas públicas y durante las comidas. Estas mujeres son las que marcan la época del verdadero progreso de la música romana, á la que dieron más suavidad, riqueza y dulzura de la que hasta entón-

ces habia tenido; y ved aquí otra vez cuán relacionada se halla la belleza musical con la mujer.

Desde entónces tomó ya un desarrollo tan considerable el estudio de la música, que, segun dice Suetonio, en tiempos de Julio César se contaban en Roma sobre doce mil cantores, cantatrices é instrumentistas, á quienes César habia protegido tanto, que cuando éste fué asesinado, y al ser quemado públicamente su cadáver, segun costumbre, los músicos agradecidos arrojaron los instrumentos á la hoguera del que fué su bienhechor, en muestra de la tristeza que les causó tan trágico acontecimiento.

Viene por fin la época de la redencion humana; nace el Hijo de Dios; hace oír su divina palabra, muere en el Gólgota; sus discípulos recorren la tierra difundiendo la nueva doctrina, que combatia los errores del paganismo; y—¡cosa bien singular!—cuando entre los idólatras griegos y romanos todas las fiestas y solemnidades religiosas se celebraban con cánticos é instrumentos, los discípulos de Jesus no solamente no anatematizan la música, sino que, al contrario, se sirven de ella para cantar las glorias del verdadero Dios, siguiendo así los preceptos de David, que dicen:

«Cantad al Señor cántico nuevo.»

«Alabad al Señor en el coro.»

«Alabad al Señor en instrumentos de cuerda y en el órgano.»

«Alabad al Señor en campanas de buen sonido.»

Y probando cuán conveniente es la música para alabar á Dios, dice el evangelista San Juan, al declarar el oficio de los santos: «Oí voces en el cielo como de músicos que tañian y cantaban cántico nuevo delante de Dios y del Cordero.»

La sagrada Escritura afirma tambien que «el cantar delante de Dios es oficio de los ángeles»; dando á la música con este solo dicho mayor importancia de la que ántes le dieron los griegos y romanos.

A propósito de los ángeles, quiero recordaros los dos cuartetos de un soneto de Miguel Sanchez, el Divino, que dicen así:

Cualquiera pecho en voz subida ó grave
Bendice de su Dios la mano santa
Que le formó, por cuya merced tanta
Sólo le pide amor con que le alabe.

El ángel, á quien parte mayor cabe
De aqueste oficio, su alabanza canta;
A cuya imitacion allá levanta
Su voz el hombre, como puede y sabe.

El cristianismo fué, por decirlo así, mucho más espléndido en materias de música que lo habia sido la gentilidad. En el siglo iv San Ambrosio creaba el *canto llano*, llamado ambrosiano, en cuyo canto se notan vestigios de la antigua música; en el siglo vi San Gregorio el Grande compuso el *canto gregoriano*; en el siglo vii San Isidoro de Sevilla se dis-

tinguió como gran músico; y así sucesivamente hubo una multitud de santos, doctores y filósofos cristianos que se ocuparon en componer y propagar la música por toda Europa, haciéndola brillar particularmente en todas las fiestas de los templos, con las más variadas formas y aplicaciones, y admitiendo, no sólo aquellos cantos apropiados á la devota plegaria, sino hasta los alegres y profanos de los pastores y gentes del pueblo, que tambien tomaban parte en las fiestas eclesiásticas.

Así continuaron las cosas hasta el siglo xi, en que el célebre monje benedictino llamado *Guido de Arezzo* inventó la escala musical y el contrapunto, que hicieron una completa revolucion en la música, abriendo ancho camino á los adelantos del arte moderno. Dicha escala se componia sólo de seis notas, que recibieron los nombres de *ut, re, mi, fa, sol, la*, tomados de la primera sílaba de cada verso del himno de San Juan, que dice:

Vt queant laxis

Resonare fibris

Mira gestorum

Famuli tuorum

Solve polluti

Labii reatum

SANCTE JOHANNES.

Sería demasiado prolijo enumerar ahora todas las diversas modificaciones que ha ido experimentando el arte hasta quedar como hoy lo practicamos; pero será muy oportuno que os recuerde que

la Iglesia católica puso en sus altares á la virgen y mártir romana de los primeros tiempos del Cristianismo, *Santa Cecilia*, reconociéndola por patrona y abogada de la música. Ved aquí, Señoras, cómo tambien los cristianos relacionaron la música con una mujer pura y sencilla.

Pero hay más aún: la Iglesia encontró otra mujer superior á Santa Cecilia á quien dar el cetro de la música. La purísima é inmaculada María, prototipo de la belleza ideal, al ser proclamada Reina de los ángeles, que son los músicos del cielo, recibió de hecho y de derecho la más alta y poderosa representacion de la música.

Si de estas consideraciones pasamos á otras de orden inferior, hallaremos que en la edad media era el amor de la mujer el secreto y casi exclusivo resorte que en la vida social movia la inspiracion de los caballeros, músicos y poetas. «Todo por mi dama», cantaba el trovador en las córtes de amor, en los juegos florales y en las fiestas palacianas.

Así los cantores provenzales llenaron el mundo de tiernas canciones dirigidas al dulce objeto de sus amores; y así tambien los árabes españoles, á fuer de galantes caballeros, apenas cantaban otra cosa que las tristezas ó las alegrías que les ocasionaban sus Zoraidas y Jarifas; y cuando algun caballero cristiano queria elevar su canto, hacia lo que el rey D. Alonso el Sabio nos ha legado en sus preciosos códices de las *Cantigas*, trovas y más trovas

en loor de Santa María; es decir, la mujer: ¡siempre la mujer en contacto con la música y la poesía!

Siguen despues en los tiempos del renacimiento casi las mismas costumbres en cuanto á la música, pero tomando este arte un desarrollo asombroso, tanto en su parte especulativa ó teórica cuanto en la activa ó práctica.

En nuestra España particularmente, y durante la dominacion de la casa de Austria, era el estudio de la música uno de los ramos más importantes de la buena educacion. Las cátedras de música de las célebres Universidades de Alcalá, Salamanca y otras ciudades eran frecuentadas por todos los grandes ingenios de nuestra patria. En los colegios, conventos, palacios y casas particulares se estudiaba y practicaba tan generalmente la música por hombres y mujeres, que no habia persona que no cantase, acompañándose con el arpa, el laud, la vihuela ó la guitarra (1).

Permitidme ahora que haga una breve digresion para contaros que en Madrid tenemos una calle donde vivió y murió un sacerdote italiano, gran bienhechor de los pobres y gran cultivador de la música, llamado *Jacobo Gratiſ*, el cual celebraba en su casa academias musicales á principios del siglo XVII, en las cuales tomaban parte las más ilus-

(1) *Vihuela* y *guitarra* eran entónces instrumentos diferentes, aunque análogos.

tres damas y los profesores y aficionados más distinguidos de aquellos tiempos. Ya habréis adivinado que os hablo de la *calle del Caballero de Gracia*, cuyo nombre, afortunadamente, se conserva desde entónces. ¿Se deberá, tal vez, esta especie de milagro á la intervencion de la música?..... Pero volvamos al asunto principal.

Acabais de oir el general aprecio que se hacia de la música en nuestra edad de oro literaria y artística; pero aún no os lo he dicho todo, y conviene recordar que los hombres más eminentes la personificaban en la mujer, siguiendo en esto las costumbres de los tiempos antiguos. El gran Lope de Vega, en su *Arcadia*, representa alegóricamente á la Música bajo la forma de una gallarda y briosa dama de rostro alegre, tocando una sonora vihuela y cantando las octavas reales siguientes, sobre las cuales llamo muy particularmente vuestra atencion:

Están todas las cosas naturales
Ligadas en cadena de armonía,
Los elementos y orbes celestiales,
Aunque contrarios, en igual porfía:
Euclides, Aristóteles y Tháles
A voces dicen la excelencia mia,
Porque sin mí moverse no pudiera
Del universo la voluble esfera.

Consuelo el alma, alegre los sentidos,
Esfuerzo el corazon, y á las victorias
Animo los medrosos y afligidos,
Y canto á Dios sus inefables glorias,
A quien los corazones encendidos
De mí dulzura erigen sus memorias:

Soy la que los espíritus expelo,
Y oficio de los ángeles del cielo.

Las fieras traigo á mi divino acento ;
Los ciervos, escuchándose, se paran ;
Los delfines, con blando movimiento,
Entre el cerúleo mar, mi nombre amparan :
La fuerza del orfeónico instrumento
(Que en esto solo mi valor declaran)
Detuvo el curso del tormento eterno,
Que es dulce en mar, cielo, aire, tierra, infierno.

Ya habréis notado la alusion que hace el poeta á la fábula del músico Orfeo, que bajó á los infernos movido por el amor á su mujer. Por lo tanto, no deberéis asombraros de que yo, aunque no soy Orfeo, ni mucho ménos, me atreva por vosotras á acometer la árdua empresa de hablar en público.

Llegamos, por fin, á los tiempos modernos, y es bien singular lo que sucede: en esta época de materialismo y de frio cálculo, cuando la poesía parece como que trata de marcharse de la tierra, huyendo avergonzada de la prosaica atmósfera que nos envuelve, la música, por su parte, alcanza el mayor grado de esplendor, y se reparte por el mundo infiltrándose más y más en el corazon humano, ó, mejor dicho, en el alma de la mujer, que es la encargada de guardar el fuego sagrado de la inspiracion musical.

Ved al niño en su cuna, y oiréis la dulce y acompasada cantilena con que su madre lo arrulla y adormece. Bajad al Prado, y veréis los corros de graciosas niñas que, jugando, entonan canciones,

alguna de las cuales suele ser tradicional. Entrad en la escuela ó en el colegio de señoritas, y oiréis los sonsonetes con que estudian ó rezan cantando. Id á una visita, y la hija de la casa os cantará ó tocará en el piano la melodía más en boga. Introducíos en el hogar doméstico, y oiréis á las doncellas cantar, como para distraer la imaginacion de los ejercicios prosaicos en que se ocupan. Llegaos á escuchar una banda militar, y veréis al rededor de ella las niñas que zarandean los niños al compas de la música. Entrad en la iglesia cuando haya una funcion solemne, y veréis la exigua proporcion en que se halla el número de hombres respecto al de mujeres. Penetrad en un salon de baile ó en un teatro de música, y notaréis que la concurrencia es siempre mucho mayor de mujeres que de hombres. Disponed un concierto, y hallaréis un hombre por cada veinte mujeres para realizarlo. Pero ¡á qué me canso en traer á la memoria lo que todas sabeis!... Baste, pues, á mi propósito dejar consignado que si no fuera por la mujer, no se adivina cómo podria existir hoy el arte musical: y no quiero decir con esto que el hombre *moderno* sea insensible á los encantos de la música; todo al contrario: el grave magnate y el severo repúblico encuentran, oyéndola, un deleitoso recreo; el jóven de buena sociedad concurre á los sitios en que hay música, y suele salir de ellos tarareando alguna melodía favorita; cantan, generalmente, el menestral en sus faenas, el

campesino en sus labores, el arriero en su camino, el desterrado en su retiro, el preso en su calabozo, y todos encuentran en el canto un alivio á sus penas ó un dulce recuerdo de sus alegrías.

¿Cómo, pues, el hombre, contando con tan buenas disposiciones naturales, desdeña hasta cierto punto el estudio del arte músico?... Este fenómeno se explica, en mi concepto, por el inmoderado afán de adquirir bienes materiales que hoy agita al pensamiento humano y hace acallar los generosos instintos del corazón; pues de no ser así, al propio tiempo que el hombre procura para su cuerpo todas las comodidades de un refinado lujo, procuraría dulcificar su alma con los encantos que le proporcionaría el estudio de la música. Pero volvamos á nuestro asunto principal.

Ha dicho Madama Staël que *de todas las bellas artes, la Música es la que obra más inmediatamente en el alma*. Esto es muy cierto; pero, si bien se medita, hallaremos que el dicho es incompleto; porque la música también tiene una poderosa influencia en el cuerpo humano para curar ciertas enfermedades.

Dicen las historias que Terpandro, Tháles y Tirteo eran lo que los antiguos llamaban *médico-músicos*. Hipócrates, Galeno y otra multitud de médicos célebres han recomendado el empleo de la música en el tratamiento de ciertas enfermedades, para cuya curacion todos los demas remedios son inefi-

caces. Zalmoxis, célebre médico de la antigüedad, decia que al curar el cuerpo no se debía jamas olvidar el alma, y que era preciso procurar á ésta la calma y la serenidad por medio de la música.

Los médicos modernos consideran como fábulas todos los milagros que la historia relata respecto á las curaciones que hacian los médicos antiguos valiéndose de la música; y sin embargo, la historia moderna registra multitud de casos singulares, en los que, si la música no fué el principal remedio, al ménos hubo razon bastante para creer en su activa cooperacion curativa. Recordemos algunos de estos casos.

En los Anales de la Academia de Ciencias de París se cita el de un músico que fué atacado de una violenta fiebre continua, acompañada de convulsiones, delirio é insomnio. En un breve instante de lucidez pidió el paciente que tocáran en su cuarto alguna música, y concediéndole lo que pedia, observaron todos los presentes que miéntras la música sonaba, las convulsiones cedian, y volvian luego á repetirse, aunque con ménos intensidad, cuando la música cesaba; de esta manera, y continuando muy á menudo la música, al cabo de diez dias el enfermo estaba curado enteramente.

Lady Roussel, mujer de piadosas costumbres, estando enferma en 1746, fué atacada de una catalepsia, y los médicos la abandonaron, creyéndola muerta. Ya estaba todo prevenido para amortajar-

la; pero su marido, preocupado por un secreto presentimiento, retardaba obstinadamente el hacerlo. Así pasaron algunos días; y una mañana, estando toda la familia orando al rededor del lecho mortuario, suenan las campanas de la iglesia vecina, y la supuesta difunta levanta su cabeza, diciendo: «Vámonos al templo; que está sonando el último toque.»

Todo el mundo sabe que Felipe V padeció de una cruel melancolía, que rayaba en locura, y que sólo encontró alivio oyendo cantar de continuo al célebre Farinelli.

Por este estilo podrian referirse multitud de hechos, que prueban la grandísima influencia de la música sobre el cuerpo humano. ¿Y qué hay de extraño en esta influencia sobre los seres racionales, cuando tambien la tiene sobre los irracionales?.....

Preguntad á los viajeros que en caravana atraviesan el Desierto, y os dirán que cuando un camello se va cansando y haciendo más lento su paso, le cantan cierta melodía especial, que le anima y hace andar más ó ménos aprisa y al compas que se le canta.

Recordad lo que sucede en Suiza, donde se paga mayor salario al vaquero ó vaquera que canta mejor, por haberse experimentado que las vacas se crían más lucidas y dan más abundante leche cuando la persona que las cuida canta con más dulzura.

Pero dejemos en paz á los irracionales, para ci-

tar dos hechos que prueban la influencia de la música tambien en los últimos momentos de la vida humana. Un hecho es el del emperador Leopoldo, quien, hallándose próximo á su fin, despues de haber recibido los sacramentos y de haber ordenado sus asuntos, se hizo rodear de sus músicos de cámara, y oyéndoles tocar, murió tranquilamente. El otro hecho es el del célebre Mirabeau, quien en su agonía pidió que le dieran música, para poder más dulcemente conciliar el sueño eterno.

Apurando la materia, os haré notar que la música tiene aplicacion hasta despues de la muerte. Sirvan de ejemplo los antiguos romanos, que acostumbraban tocar fuerte una trompeta cerca de los cadáveres, para experimentar si éstos daban ó no señales de vida; y sirvan tambien de ejemplo las preces que canta la Iglesia por el eterno descanso de nuestras almas.

Para destruir ahora la triste impresion que os habrá causado lo que acabo de deciros, voy, finalmente, á hacerme cargo de la influencia que la música ejerce hasta en el lenguaje hablado; y no me refiero á las inflexiones de nuestra voz, ni á los acentos propios de cada palabra, ni á la entonacion de la frase, conforme á la índole de cada discurso, porque este estudio mereceria una conferencia especial; me refiero tan sólo al empleo que en la conversacion familiar hacemos de palabras y de frases tomadas de la música ó de sus efectos.

Entre la multitud de refranes castellanos referentes á la música, tenemos particularmente dos, que pueden considerarse como la síntesis y la afirmación de todo cuanto llevo dicho. Recordadlos :

De músico, poeta y loco todos tenemos un poco.
Quien canta, sus males espanta.

Y tenemos tambien un sinnúmero de modismos ó locuciones familiares, con que se prueba nuestra predilección por el lenguaje figurado y epigramático, al propio tiempo que nuestra afición á cuanto se relaciona con la música. Permitidme que, por vía de sainete, os recite un cuentecillo (de no muy buen tono) que he compuesto con algunos de los consabidos modismos. Dice así :

— Un señor *de muchas campanillas* tenía una hija *más alegre que una castañuela*, la cual á *cencerros tapados* se dejaba *dar organillo de un pobre trompeta*, quien con frases *de cascabel gordo* habia logrado *dar en la tecla* de que la chica le quisiese. El padre de ésta, que era un pájaro que *cantaba en la mano* y que no gustaba de *templar gaitas*, se propuso *armar un caramillo* y *dar al traste* con tales amores. A este fin, empezó por *apretar las clavijas* á la muchacha, diciéndola : « Á mí no me vengas con *canciones*, porque si te empeñas en *dar oídos* á ese danzante, seré yo capaz de *darte un solfeo*. » Asustada la chica con esta *salida de tono*, fingió estar en *armonía* con su padre, y *cantó la palinodia*; pero

como su amor *subía de punto* con las dificultades, y como además *sabía de coro* que no se puede repicar y andar en la procesion, mientras el padre andaba en la danza de sus negocios, ella *pian piano* se concertaba con su novio. *En buenas manos estaba el pandero*; y como al fin se canta la gloria, cuentan las crónicas que estos finos amantes lograron poner el cascabel al gato, y cuando todo estuvo á punto de solfa, se casaron, dando despues «La Correspondencia» mucho bombo á tan brillante boda.—

He llegado al término de este largo y descosido relato; por él habréis comprendido la grande utilidad de la música, y lo muy relacionado que este divino arte se halla con la mujer en particular, y con la vida humana en general. La música viene del corazon y va al corazon; por lo tanto, vosotras sois las que debeis cultivarla con más ahinco, porque con los arranques de vuestra alma, mejor templada que la del hombre, podeis hacer que desaparezca nuestra natural rudeza, gozando al par vosotras de los inefables consuelos que da la música y de los tiernos encantos que da el amor.

Finalmente, os pido que me perdoneis lo desaliñado y prolijo de mi relato; y concluyo haciendo votos por que todo cuanto llevo dicho no sea para vosotras *música celestial*.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

DÉCIMA CONFERENCIA.
ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES
SOBRE
EL MATRIMONIO,
POR
D. FLORENCIO ALVAREZ OSSORIO.
Abogado del Colegio de Madrid.

25 de Abril de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869



UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER.

PRIMERA CONFERENCIA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

EL MATRIMONIO

DE LA EDUCACION DE LA MUJER

25 de April de 1890

MADRID

1890

SEÑORAS Y SEÑORES :

Grande es mi atrevimiento al ocupar esta tribuna, que ántes honraron varios de los más famosos adalides de la elocuencia patria; oradores de fácil y galana palabra unos, de imaginacion brillante y arrebatada otros, y todos de vastísima instruccion. Grande es, repito, y hasta imperdonable mi atrevimiento, y sin embargo, tengo plena seguridad de que me dispensaréis, por graves que ellas sean, las faltas en que incurra; porque entre todas las adorables prendas que os adornan, ninguna os realza tanto, como una amable tolerancia, una exquisita bondad, ocasionadas, no lo dudeis, á que personas incompetentes, como yo, aspiren á llamar vuestra atencion, que sólo debiera honrar los esfuerzos de los probados en la ciencia y en el arte divino de la palabra.

Ya veis cómo me acuso, sin esperar á que vosotras lo hagáis; así es que no os asombrará el que ahora, con idéntica llaneza y en mi propio descargo, exprese el motivo que me trae á pronunciar mi *Conferencia*. Seguramente no puedo alegar, cual otros oradores, el título sobre toda ponderacion honorífico de haber sido invitado por el digno iniciador de estas reuniones, ni era posible que nadie fuese en busca mia, para que presentase aquí, en este tan excelente mercado, un producto de mi pobre inteligencia, inferior siempre á lo que vosotras mereceis, é incapaz tambien de competir con los que ántes se os ofrecieron.— Pero si no he venido mediante la excitacion del Sr. Castro, he venido á impulsos de otra excitacion poderosísima, casi incontrastable; á impulsos de lo que el Sr. Castro ama con toda la efusion de su espíritu, y es, su misma idea, su mismo felicísimo pensamiento de estas *Conferencias*, capaces por sí solas de caracterizar una época, y de elevar, siempre que no se separen de su verdadero objeto, el nivel de la cultura de un Pueblo. Por la idea, sí, es por lo que yo he subido á esta tribuna; por la idea de coadyuvar, en cuanto mis débiles fuerzas me lo permitan, á la grande y regeneradora obra de dignificaros y enalteceros, gracias á una educacion la más apropiada, y en la forma y medida que más convenga á vuestra organizacion fisica, intelectual y moral. Y ¿creeis, Señoras, que no es este propósito bastante

noble, bastante patriótico y humanitario, para que, en cambio del ardor con que yo lo acojo, me otorgueis vosotras vuestra tolerancia? Indudablemente que me la dispensaréis.

Hay, no obstante lo que llevo dicho, una circunstancia que milita á mi favor, á saber: que voy á hablaros de una institucion que siempre os inspiró un interes preferente; que constituye, digámoslo así, el tema obligado de vuestras conversaciones cotidianas; de un bello ideal, presente siempre á vuestra imaginacion, hasta que alcanzado, se convierte en realidad no tan encantadora como vosotras os la habiais fingido; y esto sucede, ya porque la posesion es el sepulcro del deseo, bien porque nuestras aspiraciones son como el ave Fénix, que renace de sus cenizas, de tal suerte, que el fin de unas viene á ser el principio de otras; ora por infinitas causas, cuya sola enumeracion sería harto prolija, y que ó dependen de vosotras, ó las más veces (dicho sea con perdon del auditorio de mi derecha) del hombre á quien ofreceis el holocausto de vuestro amor; del hombre á quien unís vuestra vida y vuestro destino. Ya habréis comprendido que me refiero al matrimonio. La materia es vastísima, y en mi discurso sobre ella tengo que luchar con un escollo insuperable. Podrá dudarse, en efecto, que faltas de la preparacion conveniente; que no ejercitadas lo bastante en el estudio, careceis todavía de completa aptitud para formar un juicio cri-

tico exacto acerca de disertaciones sobre las ciencias exactas, físicas, económicas, etc., etc.; pero de lo que nadie puede dudar, es, de que en todo cuanto se relacione con mi tema teneis reconocida pericia, en términos, que me engañaría soberanamente si pretendiera deciros sobre algo nuevo, algo que no hayais oído ya de labios más autorizados que los míos, algo que no hayais pensado por vuestra propia cuenta.

La materia, repito, es vastísima. Se necesitaria casi un libro para exponer todo lo concerniente al matrimonio bajo el punto de vista del derecho; para ocuparse, siquiera fuese con brevedad, de las condiciones que tan elevada institucion requiere; de las solemnidades y requisitos que deben precederla y acompañarla; de las moniciones canónicas, vulgarmente conocidas con el nombre de amonestaciones; de los esponsales, ó promesas mutuas de futuro consorcio; de los impedimentos y de sus dispensas; de las dotes; de los bienes gananciales; de la patria potestad; de la legitimacion; del prohibimiento; de las obligaciones, derechos y prerogativas de los cónyuges; del divorcio, etc.; y á más de un libro, se necesitaria de un orador resueltamente decidido á abusar de vuestra paciencia, de lo cual estoy yo muy lejos.

Puede ser considerado y estudiado tambien el matrimonio bajo otros puntos de vista, como, por ejemplo, la moral universal, las costumbres, varia-

bles y relativas en cada nacion, segun determinadas circunstancias, la higiene, y hasta la economía pública; mas sólo me es posible, dada la corta extension que una costumbre de que no debo separarme, ha asignado á estas conferencias, haceros *várias consideraciones generales*, pocas, sin duda, en comparacion de las que se me ocurren, y que con mucho gusto emitiria en cualesquiera otras circunstancias. Mi tema, pues, que en un principio era: «El Matrimonio ante la moral y el derecho», me parece ya hoy hasta pretencioso, por lo que, reducido á más modestas proporciones, podréis considerarle simplemente como una especie de introduccion al estudio del matrimonio.

Qué es el matrimonio, bien lo sabeis, unas por experiencia, y otras por el natural y ferviente deseo de experimentarlo. El es, como institucion social, una de las más provechosas, y como estado de la vida, uno de los más felices (salvo, se entiende, cuando es desgraciado); y es desgraciado, Señoras, si no realiza una verdadera solidaridad entre los consortes; si á él llegamos con el pensamiento de hacer fortuna, ó deslumbrados por el prestigio de una belleza física deleznable, ó impremeditadamente y no con completo discernimiento, y despues de elegir una persona que de motu proprio, con toda la espontaneidad y con toda la energía de su espíritu, nos ame con predileccion.

El matrimonio engrandece los límites de nuestra

a.

existencia, haciéndonos vivir, no sólo en el presente, sino tambien en el futuro, por el amor á nuestros hijos. Él es la base de las familias, cuyo conjunto forma el Estado; de las familias, de cuya moralidad, y de cuyas virtudes, y de cuya más ó ménos perfecta organizacion, depende el porvenir de la humanidad. El matrimonio es la única union en que, tanto vosotras como nosotros, encontramos las cualidades que respectivamente nos faltan, ó por lo ménos, cuya plenitud no poseemos; la única union que nos completa; la única union que guarda el debido respeto á la dignidad de los dos sexos.

Por eso vemos que la primera palabra, que la primera enseñanza que sale de boca del Criador, es referente al matrimonio. «No es bueno (se lee en el Génesis) que el hombre esté solo: hagámosle ayuda y compañía semejante á él»; palabras sublimes, que traducidas á nuestro lenguaje profano, significan, que no es bueno que el hombre viva sin familia, sin sangre de su sangre, ó, como dice Pelletan, sin la alegría de la mirada, sin la voluptuosidad del pensamiento, sin la esperanza del porvenir. No es bueno que el hombre arrastre una existencia triste, y que, sin posteridad, sin afectuosos vínculos, sin nada que le ligue fuertemente á su patria y á sus semejantes, se consuma encerrado en un estrecho círculo, como el caracol en su concha. No es bueno que el hombre, ajeno á toda íntima felicidad, siendo para él lo pasado un vacío profundo, el presente

un árido desierto, y el porvenir la nada, yazca en el más desconsolador aislamiento, y ahogue á cada instante las más hermosas inspiraciones de su corazón. Está en cuanto al hombre, porque en cuanto á la mujer, ¿qué es la mujer, esa caña la más delicada y tierna de la naturaleza, sin un firme apoyo que la sustente? ¿Qué es la mujer sin el hombre? Nacida para las dulces y tiernas afecciones, ¿qué es la mujer, si no tiene una familia donde ejercitar sus altas y nobilísimas cualidades; sin un esposo á quien amar, y sin hijos á quienes amar y educar? ¿Qué es la mujer sin todo esto? Vosotras lo sabéis mejor que yo. La más halagada por los placeres del mundo, la más hermosa, la más rica, la de talento más proclaro, ¿no siente, sin embargo, un gran vacío en su alma, que sólo es capaz de llenar la maternidad, título sublime, que supera todas las grandezas, y al que rinden veneracion y respeto hasta los criminales más abyectos? ¿No es verdad, vosotras las que seáis madres, que en el fondo de todos los placeres halláis algo de amargura, y que los únicos que os parecen siempre grandes, siempre inagotables, siempre nuevos, son los que emanan de la pura y dulcísima fuente del amor materno? ¿No es verdad esto, Señoras? ¡Ah! ¡Y tan verdad como es! En cuanto á mí, os lo digo como lo siento: nada veo en la tierra superior á una mujer, como no sea una madre; pero nada veo tampoco más digno, no sé si de

compasion, ó de desprecio, que una madre, que una mujer con hijos, víctima del hastío. ¡Madres! De vosotras es el mundo. ¡Vosotras sois el honor eterno de la creacion!

Lo dicho hasta aquí me lleva á establecer el juicio diferencial entre los sexos, ya porque otros oradores lo hicieron, ya porque así conviene á la demostracion inmediata de la importancia del matrimonio.

Si álguien os dice que sois iguales á nosotros, no le creais. Quien tal os diga, podrá ser que os hable con conviccion, pero es una conviccion equivocada. Yo creo que lo que hace es adularos, y vosotras no debeis nunca entregaros á las pérfidas insinuaciones de la adulacion, de esa moneda falsa que no tiene curso sino por la vanidad, y que jamas se propone un noble objeto. Mirad lo que haceis: tened en cuenta, que quien os adula os dá veneno en engalanada copa de oro. Despreciad á quien os lisonjee para perderos: amad y seguid sólo á quien os diga la verdad, aunque ésta os disguste, porque la verdad es una diosa pura, bajada del cielo; porque si el homenaje más grato que puede tributarse á Dios es la investigacion de la verdad con una intencion pura, tambien es meritorio el acogerla con entusiasmo; porque sin verdad no hay ciencia, ni hay belleza, ni hay educacion fructuosa, ni hay esperanzas de nada bueno; porque la verdad, en fin, como el mismo San Pablo nos lo ha dicho, y allí

teneis la inscripcion, es la que nos ha de libertar.
— *Veritas liberavit vos.*

Pues la verdad es, que vosotras sois semejantes, y no iguales al hombre: *Faciamus ei adjutorium simile sibi.* ¡Igual la mujer al hombre! Si así fuese, ni siquiera se comprenderia el amor, esa especie de vibracion de dos almas que se ponen en contacto, que se armonizan, que se complementan y que producen sonoros concientos. Justamente, en una armonía de oposicion, en la igualdad de dos desigualdades, consiste, como se ha dicho con suma oportunidad, la simpatía, que es la base, que es la magnífica portada del amor. No: no somos iguales, ni en lo físico, ni en lo intelectual, ni en lo moral, por más que en la esencia concordemos. Voy á demostrarlo.

En lo físico, las diferencias son tan perceptibles, que me basta *mirar á un lado y á otro*, y el hecho queda completamente probado. Sólo me propongo sacar una deducción, y es, la imposibilidad absoluta de que vuestra delicada contextura, vuestros miembros graciosos, ligeros y torneados, vuestros músculos redondos, vuestras blandas carnes, vuestra suavísima epidermis, vuestra voz siempre infantil, vuestros largos y sedosos cabellos, y en fin, todo lo vuestro, sirvan para lo mismo, y estén destinados á igual fin que los músculos fuertes, la estatura por lo regular elevada, los huesos macizos y angulosos, la voz bronca, el cerebro y pecho dilatados, y todo lo demas del hom-

bre. Es verdad que hay ejemplares del sexo fuerte cuya fuerza es bien menguada, como los hay tambien del débil que practican rudos trabajos, que se deberian reservar siempre al hombre; llegando hasta el extremo de que hace pocos dias se vió en Madrid, en pleno siglo diez y nueve, y con asombro de las personas sensatas, á várias mujeres, desempeñar ante un público que las contemplaba estupefacto, las suertes más arriesgadas de la tauromaquia. ¡Qué horror!..... Por fortuna, éstas son excepciones, que prueban la regla general.

Sobre lo físico no quiero extenderme más: la prueba de la diferencia entre los sexos está hecha de antemano: es la prueba que llamamos los abogados, *preconstituída*.

En lo intelectual, no son ménos notables las diferencias. El hombre puede compararse, dice el célebre pensador Tiberghien, á la línea recta, con su fijeza, con su precision, con su invariable tendencia hácia adelante. La mujer, por el contrario, á la línea curva, con sus inflexiones graciosas, con sus variados accidentes, con su propension á replegarse sobre sí misma. En la organizacion intelectual de la mujer, todo es más dulce, mucho más muelle y mucho ménos rígido que en la del hombre. La imaginacion, esa bienhadada facultad que tiene el poder de evocar el recuerdo de los placeres pasados, encantar el instante en que éstos sucedieron, y ocultar lo venidero, ó colmarlo de plácidas

esperanzas; la imaginacion, que crea gratísimas y á veces peligrosas ilusiones, sobre las que nos mecemos dulcemente; la imaginacion, que va siempre más allá de la realidad, ésa es, Señoras, vuestra facultad más predominante, mientras que en el hombre lo es la razon fria, que se aplica impasiblemente á la investigacion de la verdad desnuda, por amor á la verdad en sí misma, al estudio de los principios absolutos, de las causas generales, del orden supra-sensible, de las verdades eternas de que tenemos una idea. El órgano del pensamiento en el hombre es el cerebro: de vosotras es de quienes se ha dicho, que los grandes pensamientos emanan del corazon. Por esto sois más hábiles para el cultivo feliz de las bellas artes y para recoger las hermosas flores del campo de la literatura, que para hacer grandes adelantamientos en ciencias exactas que exigen incansable perseverancia, grande concentracion de espíritu y ejercicios técnicos, que parecen incompatibles con los arrebatos de la imaginacion y los trasportes del sentimiento.

¿Y en lo moral? En lo moral es donde estriba toda vuestra gloria y toda vuestra superioridad: en lo moral es donde vosotras debeis cimentar vuestro más legítimo imperio. No nos aventajaréis en la fuerza corporal ni en la elevacion del númen, pero sí en todo lo que se refiera á la mayor intensidad y delicadeza del sentimiento. Así como el destino principal del hombre es pensar, y pensar, y que-

marse la frente con el pensamiento, así vuestro destino es sentir, es amar, es siempre amar, siempre sentir. Cuando niñas, amais á vuestras muñecas, y á las compañeras de vuestros infantiles juegos. Más tarde, desde vuestra segunda infancia hasta el momento verdaderamente supremo en que llegais al himeneo, amais al hombre de vuestros ensueños, de vuestro ideal; amais las brisas, las flores, y todo lo que hay de magnífico y poético en la naturaleza. Esposas, amais á vuestro marido y á vuestros hijos; y cuando, ya ancianas, no podeis embellezar á nadie con el prestigio de la hermosura, experimentais otro amor, amor puro, amor sublime, amor todo impregnado de dignidad y de dulzura, y es el amor á Dios, porque la devoción es el último de vuestros amores. Amar, pues, sentir incesantemente, ése es vuestro destino: el destino del hombre es pensar, y siempre pensar. Rara será la obra de éste en que no encontremos impreso el sello de cierto egoismo. Vosotras, por el contrario, no os acordais de sí mismas, sino para olvidaros, y no teneis anhelo más vehemente, que el de sacrificaros por los demas y hacer su ventura. ¡Todavía no se ha comprendido lo grande, lo sublime, lo verdaderamente celestial que es una mujer entregada por entero á sus hijos! ¡Todavía no se ha honrado lo bastante á la esposa y madre, que despues de cumplir todos sus primeros deberes, y de entrelazar en la tierra las rosas del cielo, sabe, bajo el velo pú-

dico de la gracia, alimentar con mano vigilante y santa el fuego eterno de los grandes sentimientos!

Veis, pues, sin necesidad de más consideraciones que las que acabo de exponer con motivo de las diferencias entre los sexos, que la maternidad es el título que más os engrandece; veis, pues, que el pedestal de la estatua de la mujer es el hogar doméstico; veis, pues, como consecuencia de todo esto, que al matrimonio es á lo que estais principalmente llamadas, y á lo que debeis aspirar, si bien creo que á él aspiraríais, *aunque yo no os lo aconsejase*; pero debeis aspirar al matrimonio con un objeto grande, no para libraros de la autoridad paterna, que siempre es mucho ménos dura que la de un marido, y mucho ménos pesada que las nuevas y penosas obligaciones que con motivo de aquél contraeis; sino para realizar, ó contribuir, al ménos, á la realizacion de los grandes fines de la vida humana. En perfecta armonía con el pensamiento que acabo de enunciar están estas *Conferencias*. En efecto; ¿sabeis, Señoras, cuál es su objeto? ¿Sabeis por qué queremos nosotros proporcionarnos alguna noción siquiera, ya que no un conocimiento profundo, de las ciencias? ¿Sabeis por qué procuramos haceros partícipes de la gran comunión intelectual que en España, como en algunos otros países que blasonan de cultos, ha estado hasta hoy reservada sólo al hombre? Pues no es solamente porque teneis á ello un derecho indisputable, nacido de que vuestra

inteligencia, como la del hombre, es un destello de la del Supremo Hacedor; no es solamente porque ereemos que la ignorancia para nada es buena y para todo perjudica, pues no puede brotar luz alguna de las tinieblas, ni andarse por entre éstas, sin exponerse á deplorables extravíos; no es solamente por esto, sino tambien porque abrigamos el convencimiento de que semejante iniciacion, bien dirigida, y nunca á merced de secundarios propósitos, os llevará á ser mejores hijas de familia, más amantes esposas, más augustas madres, mejores ángeles del hogar doméstico. Si lo contrario sucediese; si en vez de perfeccionaros os empeoraseis; si en vez de adquirir el sentido recto que da la ciencia, y fortalecer vuestro espíritu para hacerle llegar hasta la elevacion de que sea capaz; si en vez de llenar mejor vuestros más santos deberes, los olvidais, y os convertís en unas pedantes insufribles, culpa será, no de la idea, que yo acojo de la mejor buena fe y con la intencion más honrada, sino de sus apóstoles, ó de vosotras mismas, que no habréis sabido aprovecharla. Creedme, Señoras: el dia en que sepais todo lo que debeis saber y conviene que sepais; el dia en que comprendais todo lo importante y complejo de vuestra mision en el hogar doméstico, crearéis, sí, en el corazon de vuestros hijos, y alimentaréis en el de vuestros esposos, el espíritu de familia, espíritu tradicional, y en cierto modo estacionario; espíritu conservador, porque

vosotras, no os alarmeis, sois muy conservadoras, no por otro motivo sino por el de que necesitais un lugar seguro donde fijar vuestra planta y donde mecer la cuna de vuestros hijos; el día, vuelvo á decir, en que comprendais lo importante y complejo de la mision que estais llamadas á desempeñar, crearéis y alimentaréis el espíritu de familia, pero alimentaréis tambien otros sentimientos más grandes y generosos; el patriotismo y la humanidad, los cuales exigen á cada paso actos de abnegacion y sacrificio, cuyo premio es la satisfaccion de la conciencia, y alguna vez la fama póstuma. Entónces, la moral doméstica no pugnará nunca con la moral pública, y los lazos de la familia no serán un origen de punible indiferencia hácia el bien de la sociedad entera. La mujer, si no es artista, podrá crear al artista; si no es pensadora, estimulará al pensador con el testimonio de su admiracion y de su respeto; si no es amazona, inflamará al guerrero; que no hay inspiracion más fecunda para el hombre que sueña con la belleza, ni estímulo más poderoso para el que se desvive por la verdad, ni corona más gloriosa para el héroe, que la inspiracion, y el estímulo y la corona que se reciben de la mujer á quien se ama.

Vosotras me diréis: estamos enteramente de acuerdo con todo lo que proclamais: aspiramos al matrimonio, que creemos el mejor de los estados, y aspiramos á él, con el propósito de contribuir, como

quereis, á la realizacion de los grandes fines de la vida humana; mas como se trata de un acto bilateral, por muy dispuestas que nos hallemos á seguir vuestro consejo, de nada servirá, mientras otros no aspiren á lo mismo..... Ya comprendo á lo que aludís. Os asiste, seguramente, muchísima razon; lo cual no obsta á que me permitais os diga, que en algunas ocasiones vuestra soltería se prolonga más de lo regular, porque no poneis en juego los verdaderos medios que atraen y seducen el corazon del hombre, y que no son, en verdad, ni el amor desordenado al lujo y las riquezas, ni el orgullo, ni una presuncion desmesurada, ni una coquetería capaz tan sólo de deleitar por breves momentos los sentidos. Hay que convenir tambien, en que nacen serios obstáculos al matrimonio, del estado de nuestra sociedad, de ciertas preocupaciones que en ella prevalecen, y hasta de los desaciertos del legislador.

Yo deberia hablaros algo sobre todo esto; pero necesitaria mucho más tiempo del que emplearon otros oradores, á los que debo seguir, por penoso que me sea el tener que callar cosas de que no sería inoportuno el hablaros. Una idea me consuela, y es que, por mucho que perorase, estoy seguro de que el mundo continuaria igual, y yo no lograria sacaros de penas.

No quiero, sin embargo, concluir, sin hacer siquiera algunas observaciones sobre el celibato, como asimismo sobre la tendencia restrictiva que noto

en algunas disposiciones legales referentes al matrimonio. Y entiéndase bien, que no es mi ánimo referirme á los célibes forzados por la necesidad, ó por una conveniencia moral bien entendida, ó por otras mil razones que pudieran aducirse : me refiero sólo á los que, después de andar desalados tras de placeres fugitivos y superfluidades que dejan el vacío en el alma, y mirando siempre con susto y con repugnancia las santas y austeras incumbencias del padre de familia, y de injustificados escrúpulos, y de escasear los elogios á todas las mujeres, cuando no de zaherirlas cruelmente, llegan á un momento de su vida en que sienten el pesar de encontrarse aislados, y entónces, ó se deciden á proseguir de la misma manera, en cuyo caso bien puede decirse que hacen un pacto indisoluble con la desgracia, ó por el contrario, se casan, *de la manera que vosotras sabeis*; de la manera que se hacen todas las cosas cuando se deja pasar el tiempo oportuno para ellas. Pues ¡qué! ¿creen esos solterones recalcitrantes, esos célibes incorregibles (de los cuales no hay absolutamente ninguno en mi respetable auditorio, y aunque lo hubiera, no me oiria, porque *hablo muy bajo*); creen, repito, que pueden infringir impunemente las leyes naturales, y que, como recompensa de esto, y de todas sus faltas, y de sus cálculos, y de su refinado egoismo, han de recibir por esposa una mujer pura, virtuosísima, prudente, resignada, cuya principal mision sea (mision triste y des-

airada por cierto) la de una especie de *madre de caridad*, solicita en asistirles sus achaques, dependientes unos de la edad, y otros de una vida de disipacion y libertinaje?.....

Pero nuestra independencia, objetarán los célibes, ¿no vale más que nada? ¡Vuestra independencia! ¡Qué ilusion! El único baluarte de la verdadera, de la legítima independencia del hombre, es el hogar doméstico. En la sociedad, por independientes que nos creamos, á cada instante somos el juguete de circunstancias las más fortuitas, y casi nunca nos podemos hallar en armonía con nosotros mismos y con las leyes estrictas é inflexibles de la razon y de la justicia. El hombre es independiente sólo en aquel recinto cerrado á las influencias exteriores; en aquel recóndito santuario, que ninguna mano debe tocar por temor de profanarlo, y que se llama, *hogar doméstico*.

¡Independiente el solteron! ¡Ah, sí; ya lo comprendo! Es independiente, porque puede hacer algunas cosas que el hombre que ha creado una familia no puede hacer sin exponerse á la severa crítica del mundo; porque nadie se ocupa de él, ni se interesa en su felicidad, ni en su infortunio; porque si llora, sus lágrimas no conmueven otro corazon, ni humedecen otros ojos; porque tanto en las bonanzas como en las aciagas tormentas de la vida, se encuentra *solo*, y *solo* devora sus penas y sus alegrías, si es que se conciben las alegrías no com-

partidas; porque *solo* se aburre, *solo* se desespera, *solo* cae y *solo* se levanta del lecho del dolor, *solo* se arruina ó se engrandece, y *solo* se muere, sin que su muerte sea sentida, y sin el consuelo siquiera de que tristes sollozos turben la paz de sus funerales, ó de que álguien vaya á embalsamar con una modesta flor la losa de su sepulcro. ¿Os parece que no es digna de conservarse la independencia que tamaños bienes produce?

Adolece el matrimonio de sus inconvenientes, como todos los estados, pero tiene como ninguno sus compensaciones. Así vemos, que el célebre Pope decia, «que no se acostaba ninguna noche sin pensar, que el negocio más grave de la vida consistia en discurrir sobre los medios de encontrarse más contento en el hogar doméstico»; á lo cual añade otro no ménos célebre filósofo, «que habríamos hallado lo que Pope buscaba, cuando sintiéndonos tranquilos en-nuestra morada, amemos todo cuanto nos rodee, incluso el perro y el gato.» Yo os aseguro, aunque mi autoridad nada valga, que como las relaciones afectuosas y la comunicacion entre los seres racionales son una necesidad, pues no podemos hacer oir nuestros ayes á las rocas, ni contar nuestras alegrías á los vientos; yo os aseguro, que en ninguna parte se satisface esa necesidad como en el hogar doméstico. En él todos los placeres y todas las penas se comparten; en él se reaniman nuestras fuerzas desfallecidas; en él jamas se pierde una

bucna palabra, ni queda sin efecto una intencion laudable, y es tal á veces el acuerdo y consonancia que une el espíritu de dos seres fieles, que se comprenden á una simple mirada, y experimentan al propio tiempo, iguales dulces ó amargas emociones. «¿Qué son todos los placeres del mundo, comparados con la paz doméstica? Nada, absolutamente. Si el hombre investido de un empleo público, dice Zimmermann, no obtiene de los que le rodean la justicia y el honor que se merece; si su celo y sus trabajos no se recompensan como deberian serlo, olvida esta ingratitud cuando vuelve en medio de los suyos; cuando encuentra sus muestras de ternura; cuando recibe de ellos los elogios de que es digno. Si el falso brillo del mundo y sus grandezas no han conmovido su pensamiento; si el disimulo, el ardid, la vanidad pueril no han hecho más que fatigar y agriar su corazon, pronto en el círculo de los que ama y de quienes es amado, resucitará una noble emocion su alma acongojada, un sentimiento puro y consolador despertará su valor, y se sentirá, por último, reconciliado con la sociedad. Pero si, aunque posea la más inmensa fortuna; aún cuando sea el favorito de los ministros, y de los grandes y de los reyes, carece del amor de una esposa y de unos hijos, ¿encontrará en aquellas fastuosas apariencias de felicidad una compensacion á la satisfaccion real de que carece?»

Tienen los genios el privilegio de resumir en po-

cas palabras los más bellos pensamientos, y por lo tanto, sería hasta arrogante en mí, que despues de lo que acabais de escuchar, y que podeis ver en una obra preciosísima, que os recomiendo, *La Solitude*, me empeñase en descomponer con pinceladas inútiles tan magistral cuadro.

Casaos, pues, los célibes á quienes mis observaciones tocan, y no lo hagais demasiado tarde, *porque en el pecado llevaréis la penitencia*.

No son sólo los celibes, como os decia ántes, los que constituyen un obstáculo al matrimonio, sino tambien el legislador, que puede ser, y lo es, en algunas ocasiones, el peor de los célibes, porque es el más poderoso. ¿Quereis la prueba de mi afirmacion? Pues la hallaréis, sin acudir á tiempos remotos, en la ley vigente sobre el disenso paterno; ley segun la cual el veto del padre es absoluto hasta la edad de veinte y tres años en el varon, y veinte en la hembra. Yo no quiero suponer, porque, áun cuando alguna vez suceda, no debo suponerlo, que haya padres caprichosos, injustos, que por razones secundarias, ó por errores de apreciacion en cuanto á la felicidad de sus hijos, se opongan al matrimonio de éstos; pero creo, sí, que estoy en mi derecho al establecer, porque con ello no ofendo la autoridad y el prestigio de los padres, que semejante ley es absurda, porque lo es siempre, en lo humano, el absoluto; que la experiencia está demostrando su ineficacia; que ha producido algunos conflictos gra-

ves, por las relaciones que con frecuencia se establecen entre ella y algun capítulo del Código Penal, que no nombraré; y que tratando de robustecer la autoridad de los padres, suele rebajarla, por motivos que acaso vosotras presumís, y que los altos fueros de la moral y del decoro me vedan consignar.

Pero vengamos á tiempos más próximos. El día 20 de este mes (acaso alguna de vosotras lo habrá leído con sentimiento) se ha promulgado en la *Gaceta* un decreto del Ministerio de la Guerra, en el cual se dispone, « que los tenientes y alféreces del ejército que soliciten licencias para casarse, necesitan acreditar la imposicion en la Caja de Depósitos de una cantidad que produzca anualmente una renta líquida de 600 escudos. Y como razon de este decreto, se dice, que desde el de *once* de Agosto de 1866, y en su consecuencia, se han concedido sobre 2,000 licencias de casamiento á oficiales subalternos; cuya circunstancia, unida al interes de las familias, al de los mismos que pretenden casarse, y sobre todo, al del Estado, exige que se derogue semejante disposicion. »

Ahora bien; vosotras, que habeis leído, ó por lo ménos, que oís ahora de mis labios lo que textualmente dice el citado decreto, preguntaréis. ¿Por qué el legislador se constituye en tutor oficioso de las familias, cuyo interes entiende como le parece? ¿Por qué traspasa la línea natural de sus atribuciones, y legisla sobre lo que debiera ser ilegislable? ¿Por

qué se muestra como dolido de que en poco más de año y medio se hayan verificado *dos mil* casamientos entre los oficiales subalternos del ejército, lo cual es un gran síntoma de progreso en nuestras costumbres, y motivo de fausto regocijo para los que anteponen á todo el triunfo de la moral pública?

¡Cuánto pudiera decirse sobre esta materia ¡Cuántos detalles curiosos pudiera daros acerca de lo que pasaba en el seno de las familias ántes de dictarse, en época mucho ménos liberal que la presente, el decreto de 11 de Agosto de 1866, que acaba de ser derogado! Yo, Señoras, estoy temiendo que el legislador, considerándose omnipotente, extienda á otras clases su precepto, y que el día ménos pensado, por análogas razones que ahora lo hace el Ministro de la Guerra, diga el de Gracia y Justicia, que, por ejemplo, los promotores fiscales, algunos de los cuales no tienen mucho más sueldo que los tenientes del ejército, ni ménos graves intereses á su cargo, ni ménos constante movilidad, no pueden contraer matrimonio, ó si lo han contraído, *que se separen de sus mujeres*.

Ahora, con motivo de la disposicion legal á que me voy refiriendo (que no sé cómo la habrán recibido los militares, pero que vosotras, como *paisanas*, no aprobaréis, de fijo, cuando veais á un apuesto militar, de esos que constituyen el ideal de la dignidad viril, y que por lo mismo, tanto llamaron siempre vuestra atencion, os deberéis fijar en él,

no para apreciar sus cualidades físicas, no para escudriñar sus prendas morales, sino para cercioraros de cuáles son sus *insignias*; y no omitid en esta parte diligencia alguna, pues de lo contrario os expondréis á un amor de correspondencia imposible *segun la ley*, ó de funestos resultados en lo moral.

Concluyo, que no quiero molestar más vuestra atencion, ya que tanta y tan profunda me habeis prestado, dando asi algun valor á mi mal desempeñada tarea. Pero ántes de abandonar esta tribuna quiero manifestar mi gratitud al ilustre señor Rector de esta Universidad tan deferente conmigo en cuanto á permitirme el pronunciar esta *Conferencia*. Y si su entusiasta y varonil espíritu lo necesitara, que no lo necesita, yo le animaria tambien desde este sitio á que procurase la consolidacion de su pensamiento, muy favorablemente acogido por la generalidad, por más que no faltará quien crea, que el resultado más inmediato de las *Conferencias* ha de ser el extraviar á la mujer, sacándola de su órbita natural, que es la familia.

Ya recordaréis lo que sobre esto indiqué en otro paraje de mi discurso, á lo cual debo agregar que me resisto á creer que haya un hombre capaz de extraviaros, es decir, de suicidarse, con conciencia de que lo verifica; que no creo que haya alguno de entre nosotros tan bárbaro y desnaturalizado, que emplee el esfuerzo de su intelligen-

cia en pervertir á la mujer , en romper esta frágil lámpara de precioso alabastro en que arde la llama de los más grandes sentimientos. Lo que sí alcanza la prevision humana como posible, es, que mañana, por cualquier motivo, estas *Conferencias* dejarán de celebrarse; pero entónces el iniciador de ellas diria: « Eché la semilla, y si no recogí todo el fruto, fué, ó porque obstáculos insuperables lo impidieron, ó porque, así como Apéles pintaba para la posteridad, yo tambien trabajaba para las generaciones venideras.»

HE DICHO.

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

UNDÉCIMA CONFERENCIA.
INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD,
POR
D. JOSÉ MORENO NIETO,
Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad.

2 de Mayo de 1869.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

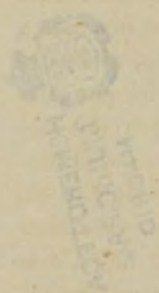
UNIVERSIDAD DE MADRID
CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

INDICIA CONFERENCIA

INTELECCION DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD

D. JOSE GONZALEZ NIEVO



SEÑORAS Y SEÑORES :

Recibid primero mis respetuosos saludos, y despues mis excusas por venir hoy á molestar vuestra atencion con pobres conceptos y desaliñadas frases. — Pero, ¿qué habia de hacer? Habíame invitado á estas *Conferencias* mi compañero y Jefe, el ilustre iniciador de ellas; habia yo resistido, no por falta de aficion á estas grandes cosas, mas por mis actuales afanosos quehaceres, y sobre todo, por el sentimiento de mi insuficiencia. Anuncióme él, sin embargo, en la anterior sesion; ¿podia yo rehuir este compromiso? ¿Podia dejar de venir hoy á este puesto de honor que me señalaba? Y pues cumplo un deber, sed benévolas conmigo.

Voy á ocuparos unos instantes con el tema anunciado de la *influencia* de la mujer en la civilizacion.

Hay en la civilizacion dos partes diferentes : la

una exterior, ó si decimos material, á la cual pertenecen las grandes emigraciones de las razas y gentes, las guerras sangrientas para la preponderancia ó la conquista, las luchas interiores para el arreglo de las clases y la forma de los gobiernos, y en suma, toda la muchedumbre de ímpetus, de esfuerzos, de movimientos, que juntos forman ese revuelto oleaje de la vida universal.— Producto esta parte de la humana historia del instinto rudo y guerrero y de la fuerza avasalladora, ó de inquietas pasiones ó afanosos intereses, no es aquí donde hemos de buscar la influencia de la mujer.

Pero hay otra parte de la civilizacion, la que constituye en rigor su esencia, aquella que produce una incosante elevacion del hombre, y le perfecciona y engrandece; es decir, la que contiene cuanto se refiere á la religion, á la ciencia, al arte, á las costumbres. ¡Oh! ¡cuán grande ha sido en esto la influencia de la mujer! Para poderla apreciar, aunque sea sólo muy rápidamente y en algunos de sus rasgos más generales, hablemos de las religiones y las costumbres, y entre aquellas, de la que trajo al mundo la buena nueva y ha predicado á un tiempo mismo el amor de Dios y el amor del prójimo, y la humildad y la penitencia. Vedla en aquellos dias en que iba anunciándola á las gentes su divino Fundador. ¡Cuán pronto penetró en el alma de la mujer! Recordad, si quereis, las personas de Tecla y Magdalena, de Marta y María. ¡Oh! el alma de la mujer

es terreno abonado para toda semilla generosa, y cuando suena en el mundo una idea nueva de aquellas que han de resonar en el corazón de las generaciones, luego al punto pone oído atento para escucharla, y aunque sea menester tomar la cruz, se prepara para seguirla. Donde haya que sufrir y amar y creer, allí encontraréis en primer término á la mujer. En el período verdaderamente militante de esa religion, en los tiempos de las persecuciones, ¿quién abrazó con más calor sus divinas enseñanzas? Aquellas vírgenes que marchaban tan bellas y tranquilas, en medio de su tierna debilidad, al martirio, ¿no son claro testimonio de la grandeza de la mujer, de la verdadera grandeza, de aquella que consiste, como por cierto secreto parentesco con lo divino, en darse en holocausto con serena alegría?— ¡Ah! sería cosa de no acabar el pintaros el sin par heroismo y el sagrado entusiasmo de aquellas sublimes mártires.—Y ¿qué sería si os hablára, corriendo los otros grandes siglos cristianos, de esas incomparables figuras que, modelos unas de acendrada virtud, como Santa Isabel de Hungría, fueron en su tiempo despertador incesante de la caridad cristiana, y tipos otras, como la española Santa Teresa, de divina inspiracion y de ardiente y casto amor, sirvieron para avivar más y más la fe, y enardecer con calor suave los espíritus cristianos?

Ahora, si despues del Cristianismo es permitido hablar de la religion musulmana, tambien en ella

veremos desde los primeros momentos que la mujer toma no pequeña parte en su propagacion y definitivo triunfo. Cuando Mahoma, en los primeros dias de su predicacion, se veia acusado de impostura, escarnecido y perseguido, Jadicha, su primera mujer, que fué tambien la primera creyente, le consolaba por sus palabras llenas de ternura, y afirmaba en él la fe en su propia mision, que él sentia á veces vacilar. Durante el primer siglo del Islamismo, que fué para los sectarios musulmanes un período de dificultades y de grandeza, las dos principales figuras, como dice un escritor, despues de las de Omar y de Alí, fueron las de dos mujeres, Aischa y Fátima. Por estos dos ejemplos podemos conocer que uno de los elementos esenciales de todas las grandes fundaciones religiosas ha sido siempre la mujer.

Pero la grande, la incontestable, la principal influencia de la mujer se ha ejercido en las costumbres y en lo que llamamos la urbanidad y cultura, que no son más que la belleza, la suavidad y la tolerancia aplicadas á las relaciones sociales. Esta flor exquisita de la civilizacion, obra es principalmente de la mujer. Hay en el hombre no sé qué de rudo y violento, que engendra aspereza y un como dejo de barbarie; algo tambien de instinto duro y de abandono, que le inclina al desprecio de aquellas formas y detalles que son, podemos decir, el pulimento y el adorno de la vida. La mujer, tierna y

delicada, templa esa rudeza, amansa sus ásperos instintos é inspira á su corazon sentimientos de calma y de blandura, con esa efusion de gracia que brota de su mirada, y de su voz, y de su rostro, manifestacion de inefable pureza. Comparad el salvaje y el hombre civilizado: el primero es el hombre reducido á la animalidad; el segundo es el hombre purificado y trasformado, viviendo la vida del espíritu. ¿Qué misterio se ha obrado en el mundo para así trasformar al hombre? ¿Qué? Es que ha estado en la vida presente la mujer; es que la belleza, cuando se presenta bajo una ú otra forma al alma humana, la hace desinteresada y la mueve al bien, y como que la llama hácia sí con reclamo amoroso; y el hombre, al verla, se mueve hácia ella, olvidado de sí mismo, y sólo anheloso de gozar de su vision purísima. No reparamos bastante, de ordinario, en el efecto que produce la vision de la belleza. Nada hay que más levante el espíritu y desenvuelva lo más puro de su sér, y le disponga á la bondad y á la interior perfeccion; y como la mujer es la suprema encarnacion de la belleza y la expresion de la gracia y la armonía, su presencia ante el hombre y su incesante relacion con él en la vida, da á ésta una gracia, una proporcion, unas formas que la hacen amable y encantadora.

Lo que se ha dicho siempre del poder del arte en las costumbres, puede decirse, con no ménos razon, de la mujer. Hubo una, que no sé si llamar

institucion, ó hecho, ó costumbre, que nos ofrece la más clara muestra del influjo civilizador de la mujer: me refiero á la llamada caballería. ¿Qué es, Señoras, la caballería? Es la civilizacion domando la barbarie; es la Europa dejando su ropaje tosco y grosero; es la Edad Media naciendo á la vida civil y al trato social, principalmente por una accion ó influjo que se refiere á la mujer.

Y ahora es ocasion de hablar de una accion más alta, ejercida, no sé si decir por la mujer ó por lo que algunos han llamado el principio femenino. Hay, Señoras y Señores, una region ideal, etérea, colocada más allá de los soles y los mundos, pero que envuelve sin cesar á la humanidad; region en que están meciéndose en suave movimiento, é inspirando á todo espíritu, esos tipos increados que ve el alma arrebatada en las horas de soledad y de silencio. Ahora bien; ¿qué principio domina en esa region sublime? Un principio que el más ilustre poeta de este siglo ha llamado principio femenino. Y no sin razon, en mi sentir; al ménos la humanidad les da nombres femeninos: llámales Justicia, Beldad, Castidad, Armonía. ¿Y cuál forma las da nuestra fantasia, cuál da tambien á las artes delicadas que arrullan nuestra existencia y con sus acordes nos consuelan del gran fastidio de la vida? ¿Nos las ha presentado el genio griego, y despues el de la Europa, bajo la forma de místicas vírgenes de ropaje flotante y trasparente aureola? ¿Qué

secreta afinidad hay entre la naturaleza de la mujer y esas ideas? ¿Será tal vez que, creada la mujer para inspirar el puro amor, es en el mundo su actual encarnacion? ¿Será, si no, que, como ella es vaso de perfumes, y quietud, y debilidad, y ternura, y como por estas perfecciones atrae al hombre, y calma sus inquietudes, y rinde sus pasiones, él da nombre y forma de mujer á todo lo que le atrae, y le eleva, y le enamora? Yo no lo sé; pero es lo cierto que el ideal toma siempre la forma femenina, y que el hombre no se humilla, ni adora ni ama con fervor sino aquello en que resplandece la esencia de la mujer. Para comprender la soberana atraccion que ejerce la mujer en el hombre, reparad ahora en lo que sucede en nuestro culto. Decidme: en medio de los pueblos cristianos, ¿qué es lo que más han adorado las gentes? Esa figura del Salvador, á pesar de su serenidad y reposo divinos, á pesar de aquella belleza moral que resplandece en Él; Él, que murió por amor; Él, que murió perdonando, todavía no es al que llama y á donde acude el hombre en sus miserias y dolores y en sus horas de angustia; ántes vuelve sus miradas á María, la mujer virgen y madre, que, mediadora universal del hombre, derrama un bálsamo divino en las heridas del corazon humano, roto y despedazado en medio del combate de las pasiones. María, dice Henry Blaze, ha ganado para el cielo más almas que las personas de la Trinidad. Princi-

pio de dulzura, de amor y resignacion, no hay lucha posible con ella. Fausto y D. Juan pueden abdicar á sus piés, y cuando, tomados de la pasion, hemos resistido á Dios é insultado y arrostrado todo en el mundo, no hay sino un dominador capaz de triunfar de nosotros: la debilidad.

Pero dejemos estas regiones y pongamos de nuevo el pié en la tierra. Os he descrito á grandes rasgos y con humilde y pobre frase la influencia que ha ejercido la mujer en el pasado de la civilizacion: mayor ha de ser, á mi juicio, la que tendrá en el porvenir. ¡Oh! yo me apresuro á declararlo: si la mujer no es poderosa á dar á la sociedad el calor de sus virtudes; si modesta y candorosa y llena de amor y piedad, no inspira á la sociedad aliento de nueva vida, la sociedad perecerá en medio del materialismo, que ya nos rodea por todas partes, ó caerá desecada por frio y desconsolador escepticismo. Permitidme sobre esto algunas palabras.

Los tiempos que alcanzamos son tiempos esencialmente críticos y racionalistas. Ante el trabajo de la razon, toda creencia ha vacilado y todo prestigio ha desaparecido. El arte, el grande arte sobre todo, está en decadencia, los templos se hallan casi desiertos, y la oracion, podíamos decir muda. La sociedad es hoy como un gran cerebro, en que se agitan en revuelto torbellino multitud de ideas, que la atormentan y fatigan, sin que sienta subir el calor que envia el corazon, ni el que dan los sentimien-

tos y las creencias; y la ciencia, que, llena de confianza en sus propias fuerzas, y desdeñosa de extraño auxilio, se creía á punto de llegar á los últimos límites de lo absoluto, se siente tomada de vértigo y como si desfalleciese, llena de duda y desaliento; ¿quién vendrá á refrescar los pobres espíritus y á devolverles inspiracion y vida? ¿Quién? No extrañéis lo que voy á deciros: la mujer habrá de ser acaso el principal instrumento de esa renovacion. Ella es hoy el santuario de la piedad y las creencias; como en la antigua Roma las vestales, guarda todavía en su seno el fuego sagrado de la religion y de todos los grandes sentimientos. De su alma saldrán de nuevo á dar savia al mundo, y ayudando á esta obra su candor y las esperanzas que siempre atesoran, sabrá crear mágico y dichoso contagio, que acaso pueda reanimar la fe en lo divino y en todas las ideas de que se engendra el mundo moral. Quizá yo me engañe; pero cuando alguna vez siento decaer mi ánimo al pensar en el estado actual del espíritu, creo divisar alguna esperanza del lado de esas cosas de que acabo de hablarlos, porque yo tengo para mí que si la ciencia aislada y pura produce sólo frias abstracciones, y no pocas veces el escepticismo, ayudada del sentimiento y el amor, puede penetrar con seguridad hasta en el seno de lo absoluto.

Pero aún hará más la mujer; ella contribuirá en gran parte á curarnos de esa lepra del materialismo,

azote de las modernas sociedades. Sí, azote de las modernas sociedades, ¿por qué negarlo? En estos tiempos, que no tienen cielos ni horizontes, el hombre busca su satisfaccion en la materia, y anheloso del goce y el bienestar, descenderia á abismos grandes de corrupcion; si no le detuviera, entre otras cosas, la presencia de la mujer en el mundo.— ¿Creeis que exagero el papel que ha de ejercer la mujer en el mejoramiento de la sociedad y en la trasformacion final del hombre? ¿Soy acaso yo quien por primera vez viene á proclamar ese poder santificante de la mujer? No; para no hablar de los infinitos escritores que de uno ú otro modo han proclamado esta verdad, como Hepp, Leveque, Henry Blaze, Pelletan, y otros muchos, permitidme os recuerde lo que en este sentido dice el gran poeta cristiano, el incomparable Dante, en su *Vita nuova*. Cuando se le apareció por primera vez Beatriz, candorosa, ceñida de púrpura todo su ser, á lo que dice, se estremeció, inundóse su alma de celestial aliento, y murmuró tembloroso estas palabras: « He aquí un Dios más fuerte, que se adelanta para dominarme. » Desde aquel momento, el alma del poeta, ántes cerrada é ignorante de sí misma, empezó á palpar y vivir, y sostenida por aquella mágica vision que no le abandonó jamas, pudo, cual espíritu de divina esencia, elevarse á alturas, no visitadas ántes por el genio humano, y dar al mundo, asombrado, la perínclita obra de los si-

glos.—¿ En esa ascension del alma de Dante , producida por la aparicion de Beatriz , no veis el símbolo de la elevacion que habrá de tener el hombre por la mediacion de la mujer ? Reparad tambien en Fausto , al acabar el inmortal poema de Gœthe. Despues de haber aquél atravesado la vida , llevando á su lado á Mefistófeles , el genio del mal , ¿quién le levanta de su caida ? ¿quién á punto ya de perderse para siempre , le trasforma y salva ? Es Margarita.

Ved , pues , proclamada por los dos más grandes poetas la salvacion de la humanidad por la influencia de la mujer. ¡ Oh ! sí ; saludemos á la mujer. ¡ Símbolo de pureza , de amor y mansedumbre , yo te saludo ! ¡ Tú serás siempre la esperanza de la humanidad angustiada !

Pero , ¿ cómo habrá de ser la mujer para que cumpla esta gran mision ? ¿ Deberá reformarse su educacion ? ¿ Deberá obrarse un completo cambio en la condicion que la han dado nuestras leyes y costumbres ? No llevaréis á mal que sobre este punto os diga la verdad , cual la entiendo.

Yo no me detendré á condenar las doctrinas de algunos modernos utopistas , que , á pretexto de emancipar á la mujer , aspiran á romper todo vínculo moral y á disolver la familia ; tales doctrinas han desaparecido en medio de la reprobacion de las gentes honradas. Pero sí debo decir algunas palabras para contestar á otros espíritus generosos , que

desean rescatar, dicen ellos, á la mujer de no sé qué servidumbre que las costumbres y las leyes hacen pesar sobre ella, y quieren que, al igual del hombre, intervenga en todas las funciones de la vida privada y pública, y que trate de penetrar todos los secretos de la ciencia. — Yo tengo para mí que la condicion que han hecho á la mujer y el ideal que de ella se han formado el cristianismo y la moderna civilizaci6n, son la condicion y el ideal que en sus líneas generales responden mejor á la esencia y al verdadero destino de la mujer. — Que debe intervenir, dicen éstos, en todas las funciones de la vida privada y pública. No; no son para ella las luchas del foro, de la plaza pública ó del Parlamento, ni las fatigas, los grandes afanes y temerosas aventuras de la vida exterior. Sea ella como vaso de perfumes, suave y discreta, tierna y de gusto delicado; broten de su alma limpios y castos pensamientos, y cuando casada, procure imitar la mujer fuerte del Evangelio, y ella tendrá, no todo, es verdad, pero sí lo que más importa para cumplir el destino á que la llama su naturaleza. No creais que, al hablar así, desconozca la necesidad de algunas reformas; pero más que en lo tocante á la condicion, en lo que mira á la instruccion de la mujer. Sin pensar yo que deban dedicarse á las altas especulaciones racionales y filosóficas, ni fatigar su espíritu con el estudio de las grandes cuestiones que ofrecen las llamadas sociales, ni en general culti-

var con asiduidad y grande extension las ciencias especiales, para profesarlas ni aplicarlas, juzgo, sí, que debe abrirse su inteligencia á mayores y más vastos horizontes que los que ante ellas se ofrecen hoy, y ejercitar su espíritu por tal modo, que puedan vivir tambien de alguna manera la vida del pensamiento. Todos aquellos estudios que constituyen lo que en sentido estricto se llama la cultura humana, aquellos que despiertan las facultades de-rechas, los sentimientos hidalgos y generosos; los que sirven á formar el gusto de las cosas bellas y el sentido general de la vida; cuanto, en suma, lleva el hermoso nombre de humanidades, debe hacerse entrar con alguna extension en la educacion de la mujer. Nociones más ó ménos extensas de las ciencias naturales, que ofrecen hoy tanto encanto y maravilla, y á la vez no escasa utilidad, y lo que pueda darles ayuda eficaz en la vida práctica, todo esto debe venir á formar parte de su educacion. — Los nuevos tiempos imponen, sin duda, á la mujer algunos nuevos deberes; la vida se ha agrandado y complicado; las necesidades se multiplican cada dia, y para que pueda atender á ellas, y sobre todo, para que, á la vez que sirva á la regeneracion humana de que hablaba poco há, pueda salvar aquella monotonía que verán los tiempos futuros, cuando, cumplidos todos los trabajos de la historia, se ponga la humanidad á reposar, y quede sólo el trabajo que haga necesario la conservacion de la existencia;

para salvar, vuelvo á decir, esa monotonía y sostener el interes de la vida, es menester mejorar y ampliar la educacion de la mujer. Venga esa reforma tambien, para que tomen más seriedad sus ideas y aspiraciones, y para que pueda comulgar con el hombre en la intimidad del pensamiento. — HE CONCLUIDO.

UNIVERSIDAD DE MADRID
CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACIÓN Y LA VIDA

DECIMOS CONFERENCIA

LA EDUCACIÓN

EN LA EDUCACIÓN Y EN LA VIDA

DE DON TOMÁS GARCÍA

PROFESOR DE LA CATEDRA DE

EDUCACIÓN

MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA PLAZA DE SAN NICOLÁS, 10. MADRID

1909

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

DUODÉCIMA CONFERENCIA.

LA RELIGION
EN LA CONCIENCIA Y EN LA VIDA,
POR
DON TOMAS TAPIA.
Prof. auxiliar en la Universidad.

9 de Mayo de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869



UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER.

DUODÉCIMA CONFERENCIA.

LA RELIGION

EN LA CONCIENCIA Y EN LA VIDA.

DE DON TOMAS TATIE.

CONFERENCIA DE LA RELIGION

10 de Mayo de 1889

ACOTACION

MADRID.

IMPRESA Y ESTRECHURA DE M. VILLANUEVA.

En la imprenta de don M. Villanueva.

1889

SEÑORAS Y SEÑORES :

Debo comenzar haciendo en pro de las Señoras españolas una confesion que las honra altamente. Cuando nació el pensamiento de establecer estas *Conferencias*, hubo muchos espíritus delicados y de buen sentido, que auguraron mal de ellas. « El pensamiento es bello y salvador, pero esté V. seguro, decian, que la mujer española, con su frivolidad, su coquetería y su proverbial ligereza, verá este bello teatro de educacion sólo como centro y lugar para lucir su hermosura y sus galas. » Me pongo por un momento en el caso de los que así pensaban, y al ver sus pronósticos completa y constantemente desvanecidos por vuestra seriedad y sensatez, comprendo que si tienen estima y respeto de sí mismos (que sí los tienen) estarán sufriendo el profundo sonrojo de la frivolidad y ligereza que mos-

traron al juzgaros. Confieso que casi me hicieron dudar un instante, si bien nunca llegué á creer completamente que su ligera profecía llegára á realizarse.

Mas cuando os veo venir aquí todos los domingos, animadas de ese espíritu tan bello y tan recto, que os hace mirar este recinto como un templo; cuando veo que no se os ocurre hacer gala de vuestra hermosura, ni de vuestro lujo, ni de nada que revele en vosotras el sexo á que pertenecéis; cuando veo, en fin, que tanto la madre de familia como la jóven y la anciana venís aquí á ser reprendidas, con un espíritu tan modesto y tan noble, y un tan decidido deseo de saber y de educaros, lo tengo como una honra para vosotras y para el país.

Yo quisiera que mi palabra correspondiese al alto sentimiento que abrigo hácia vosotras, á la alta idea que me inspiráis, persuadido, como estoy, de que lo único puro, honesto y piadoso que queda hoy en nuestro país sois vosotras, la mujer: por eso quiero ocuparme entre vosotras en un asunto y pensamiento que fuera de aquí no lo expondría tal vez nunca, y que hasta ahora no ha salido de mis labios; sí, mi pensamiento es un pensamiento religioso, pertenece á la religion; y la religion, que en sí misma es pura, sencilla, amorosa y honesta, sólo puede ser expuesta ante la honestidad, pureza y reconocida piedad de la mujer española: mi pensamiento, pues, os pertenece á vosotras solas; recibid-

lo y estimadlo como os parezca, pero ántes de aceptarlo ó desecharlo, reflexionad y orad á Dios un momento interiormente.

El pensamiento es muy sencillo, pero es al mismo tiempo muy puro; no exige gran talento, mas sí exige mucho deseo de ser religiosas, de conocer la divina voluntad de Dios de una manera viva y evidente, y de practicarla en la vida, lo cual pide un poco de reflexion y un poco de carácter; y como no dudo que adornan vuestro espíritu esa rectitud y buen deseo, voy á exponerlo con muchísimo gusto.

Voy á hablaros de religion, como una de las enseñanzas debidas á la humanidad, y especialmente á la mujer.

I.

La importancia que en todos tiempos y países ha tenido la religion, y las religiones, los altos pensamientos que inspira y los íntimos sentimientos que arraiga en el espíritu, la influencia decisiva, consoladora y eficaz que ejerce en la vida y en la muerte, y el respeto, en fin, que se ha tributado á sus principios, á sus cultos y á sus ministros, prueban sobradamente que hay en todo esto un asunto grave y digno de alta consideracion para los espíritus reflexivos.

La religion, por otra parte, es, ha sido y será siempre una necesidad imperiosa é imperiosamente

sentida por todas las almas que quieren hacer de la vida una cosa seria: la vida sin religion y sin Dios es un caos inexplicable, un monton de cosas heterogéneas y discordantes sin unidad ni orden, un conjunto de tendencias é intereses encontrados, sin enlace ni trabazon que las dirija á un fin, y en este barullo é intrincado laberinto de la vida, es natural y casi inevitable que los espíritus más levantados concluyan por confundirse, y en su confuso mareo y aturdimiento vengan á caer inevitablemente en el sepulcro de su egoismo personal, del cual sólo la muerte los levanta; y la vida, que evidentemente nos ha sido dada para hacer el bien en todas esferas y en todos sentidos, único seguro camino de la felicidad y de la dicha racional y verdadera, viene á quedar reducida irrevocablemente á hacer nuestro bien solo, egoismo.

Sí; la religion, me diréis, es una cosa muy bella, responde á una necesidad de mi espíritu, pero hay en la religion y en las religiones ciertas cosas, prácticas exteriores tales, que no están conformes con mi razon y hasta son visiblemente opuestas al buen gusto y al espíritu serio moderno; hay tal cúmulo de preocupaciones..... Y ¿qué importa? contestaré yo: cierto que en la religion y en las religiones se mezclan irremediabilmente ciertos elementos sensibles, extraños al parecer á la índole de la religion; pero en el fondo de toda religion, por muchas que sean las preocupaciones que la ignorancia

y la inocencia les junte, se encierra y expresa siempre lo divino: la ofrenda que nuestra sencilla y piadosa madre lleva ante la imagen de Cristo, el ramo que nuestra inocente hermana coloca ante el altar de María, el hábito que espontáneamente ofrece vestir por la salud de un individuo de la familia; la fe del árabe, que le impele á cruzar extensos desiertos de ardientes arenas para ir á visitar y á orar en la tumba del Profeta; el riguroso cumplimiento del día del sábado por el judío; la continua oracion del religioso budista, tienen para todo hombre, áun el más indiferente, una influencia tal, que no puede por ménos de respetar y áun de amar; y muchas veces exclama dentro de su corazon: « Quien tuviera tu fe, ¡qué dichoso sería! » Y es que en el fondo de esas, al parecer, irracionales é inadecuadas prácticas exteriores, vemos y traslucimos sin querer lo divino, lo sobrehumano, un tributo respetuoso á una cosa más alta que el egoismo individual, que nos corroe las entrañas.

El hombre sinceramente piadoso, el espíritu reflexivamente religioso, vé en todos esos actos sencillos á Dios y á lo divino, y no puede por ménos, si los impulsos de su corazon escucha, que respetarlos y amarlos cuando están hechos con fe viva y espontánea: el alma racionalmente religiosa (no religiosa de partido, que es lo comun en nuestro país) imita á Dios en este punto recibiendo y estimando con todo su corazon todo acto religioso, sea cualquiera

la forma que afecte, siempre que lo inspire el sincero amor y respeto á Dios; vé en ese acto el mismo divino espíritu que animó á Moisés, á Buda, á Cristo y á todos los grandes hombres que han aparecido sobre la tierra. Ahora, si no es la fe, el amor puro y el respeto quien lo inspira, sino el cálculo y el miedo, el acto deja de ser estimable, y pasa á ser repugnante.

Por lo tanto, paz y tolerancia para todas las manifestaciones religiosas de todos los hombres y de todos los pueblos; paz, tolerancia y amor á toda idea que tienda á expresar lo divino: les diré á los indiferentes é irreligiosos, y á los fervorosamente afiliados á un culto, les diré paz, tolerancia y compasion con el que no tenga religion; creed que todo espíritu es profundamente religioso, aunque de diversa manera: tal vez las exigencias religiosas de su espíritu son tales, que no le satisface ninguna de las formas religiosas que conoce, en cuyo caso el defecto no está en él, sino en la sociedad y en el país que no se las da; paz y respeto profundo, en fin, al mismo ateo que niega á Dios, que busca á Dios y no lo encuentra, porque evidentemente no sabe buscarlo; pero dejadle, toleradle, dadle caminos con tino, con delicado talento y con amor, que él lo encontrará de seguro; y si vosotros no se lo podeis dar, porque esto es asunto harto más grave y delicado que lo que comunmente se piensa, callaos, dad gracias á Dios de que vosotros no sois

como él, y tenedle compasion y respeto por deber.

Se han lanzado graves acusaciones sobre la parte más selecta de la sociedad, tachándola de indiferente en religion. Se ha dicho que las gentes educadas en los principios liberales son indiferentes en materia de religion; que las tendencias liberales han producido el indiferentismo religioso. Yo creo que estas acusaciones en el fondo tienen mucho de verdadero: los principios liberales, se dice, están en contradiccion con la religion y las religiones y con sus prácticas exteriores, y es imposible unir racionalmente esos dos principios antagónicos; por eso no duda el espíritu moderno, hijo de la libertad, en elegir ésta y abandonar aquélla; ésta es la causa del indiferentismo.

Aparte de la contradiccion real ó ficticia que entre ambos principios se dé, la cual tendrá su solucion en la última parte de esta *Conferencia*, diremos aquí que la causa del indiferentismo religioso en los espíritus liberales no está seguramente en las instituciones liberales, que son á todas luces un bien y una de las conquistas más preciosas del espíritu moderno; tal vez tampoco está en la religion y religiones, que son en su esencia divinas, y más bien nos parece hallar la causa de ese antagonismo en la manera de enseñar, comprender y practicar la religion y aún la libertad.

En efecto, la inmensa mayoría de los espíritus, en nuestro tiempo, son religiosos en fuerza de la fe

ciega y no razonada: si les falta la fe, les falta inevitablemente la religion. Tanto dentro como fuera de nuestro país, la religion se funda y basa en la fe en Dios, en los Santos, en la Virgen, en Jesucristo, en Moisés, en Buda ó en Mahoma: son muy pocas las almas que tienen un conocimiento razonado y racional de la religion á que pertenecen, no digo ya en el fondo, ni aún en la forma y culto exterior. Siendo religiosos sólo en fuerza de la fe, no se pueden engendrar profundas y positivas convicciones religiosas; esas convicciones reflexivas y en firme que adquiere el alma en fuerza de su propia reflexion en otras muchas esferas, y que podria tambien adquirirlas en religion; esas convicciones propias (no tomadas de otro) que son las únicas que valen y salvan en la vida, que, como todo lo adquirido por nosotros mismos en fuerza de nuestro trabajo personal, tiene para nosotros un mérito y estima indecible, no las hay, ni ha podido haberlas, en la esfera religiosa en nuestro país, sino que hay, cuando más, una leve y vaga idea, una creencia, un conjunto de supuestos desconocidos, aunque verdaderos, en los capitales principios de las religiones todas. Dios, la revelacion, la otra vida, la voluntad de Dios, son enigmas inextricables para todo espíritu irreflexivamente religioso; son supuestos que están, por decirlo así, como en el aire, y por tanto expuestos á ser arrancados por el huracan de la duda sin pensarlo y sin advertirlo, y mucho más

viviendo en medio de una sociedad que tiene algun pensamiento y lo emite libremente.

Ademas, la fe sola es en si un elemento de vida, pero un elemento de vida para los pueblos y los individuos jóvenes é inocentes : sólo puede exigírsele á los pueblos é individuos en sus primeras edades ; pero cuando un hombre ó un pueblo llega á cierto grado de esclarecimiento racional, la fe ciega y no razonada es un sacrificio insoportable, esta fe es imposible. Miradlo en vosotros mismos; no creais en mis palabras. De aquí la inevitable duda; y por más esfuerzos, y por más generosas protestas que el espíritu haga para quedar en su antigua fe y en la creencia en que le han educado, el espíritu cae y desfallece de aquella fe, sin poderlo evitar, desfallece y languidece poco á poco, tal vez con profundo sentimiento suyo, y concluye por adquirir esa terrible enfermedad, hermana inseparable del secreto y profundo hastío, que se llama indiferencia religiosa.

El espíritu religioso, y todos lo son más ó ménos, digan lo que quieran algunos individuos con sus labios, se asfixia en esta esfera de glacial indiferentismo, y concluye por vivir en la vida disgustado, triste, sin racional esperanza y sin contento, sin un fin supremo, natural y sabido con evidencia á que referirlo y enderezarlo; y los espíritus más bellos y de más valía, seguramente son, en medio de su despreocupacion que dicen, los más preocupados, los más hastiados, muchas veces los

a.

más ridículos y siempre los más desgraciados.

Tal estado es violento para los individuos que estiman la dignidad humana y el respeto á su conciencia y al bien, únicos de que aquí se habla; tal estado es imposible para los pueblos, porque tal estado es contrario á la naturaleza humana y á las más bellas y sublimes tendencias del espíritu. Es, pues, preciso sustituirlo con otro estado más conforme á las naturales aspiraciones del alma, más positivo; tal estado es una enfermedad del alma, que pide y admite curacion. Tal negativo estado es curable, sí, pero mediante la reflexion, y reflexion ordenada, sencilla, gradual y evidente; sin esto, imposible; lo cual conforma con lo que llevamos dicho; esto es, que si dejamos de creer en religion, si nuestro espíritu desfallece y languidece en el frío indiferentismo religioso, no consiste en el espíritu mismo, que es por su naturaleza profundamente religioso, como es profundamente inteligente, sentimental, moral, sociable, etc., sino que consiste en que la religion que tenemos no la hemos hecho nosotros, nos la han dado hecha, nos la han puesto en el espíritu sin ninguna reflexion de nuestra parte, y por tanto no ha podido engendrar en nosotros la conviccion racional, segura, ámplia, inquebrantable; es imposible, sino cuando más, una fe pura, bella, divina si se quiere, pero ciega; cuya fe cándida é infantil puede y aún debe dirigir al espíritu hasta cierta edad, despues no: pretenderlo

y exigirlo es quedarse sin religion viva, sin esa religion que anima, inspira y consuela en todos los casos y circunstancias de la vida, sin excepcion; se da en religion una ensenanza y educacion como en todo, y se da en religion un progreso, y divino progreso, como en todas las esferas de la actividad humana: no es, pues, la religion este estado religioso, sensible, material y cerrado en que vive la humanidad, y principalmente nuestro país, que es profundamente religioso, sino que es un momento y un punto en el gran camino y vida progresiva religiosa que lleva á la humanidad á Dios, y á la intimidad con Dios como su vida y fin último.

La religion, pues, sin ser la ciencia, ni mucho ménos, debe de ser reflexiva, ayudada y dirigida por los principios sencillos y evidentes de la ciencia en todos sus pasos; y en último término y progreso, ser científica, sin ser jamas la ciencia misma; de este modo el mundo divino y cerrado de la religion se abre, como todas las esferas de la vida, á nuevos, laboriosos y divinos progresos, que la humanidad realizará, á no dudarlo, mediante su trabajo y la eficaz ayuda de Dios, sin olvidar ni abandonar en el pensar y en el vivir lo mucho bueno, bello, verdadero y divino que en este punto atesora ya; y de este modo, el hombre y la humanidad adquirirán lo que en estas cosas es más precioso que la cantidad: edificar la religion en firme, en principios evidentes é innegables, la calidad en sus conviccio-

nes religiosas, que aunque sean cortas en número, esto importa bien poco si son fundamentales y evidentes.

La fe, sin embargo, jamas se extinguirá en este infinito proceso; el espíritu humano es finito, y finitas é imperfectas serán siempre sus obras, pero perfectibles y ensanchables en su esfera respectiva; finito y perfectible, por tanto, será siempre el camino y la esfera religiosa, que en fuerza de su propia reflexion, de los monumentos históricos, y, sobre todo, con la ayuda de Dios, vaya formando, pero jamas concluirá su camino ni completará su esfera; la fe racional le irá mostrando siempre lo infinito que en religion le queda por hacer, y la fe y la razon le irán indicando los caminos para ello: la fe en este sentido es una constante y racional inspiracion de Dios, y es un elemento inextinguible y eterno en todos los caminos de la vida, y principalmente en el camino y vida religiosa.

Ademas, exige la religion al espíritu, como precedente necesario, no sólo la reflexion clara, evidente y ordenada, con solo lo cual haria una religion de pensamiento puro, y no más, cuando la religion debe abrazar al sér racional entero, sino que exige, ademas, conocimiento, amor y práctica del bien en la vida, por puro bien, por respeto al bien, porque es bueno y nada más, independientemente de motivos extraños al bien, aunque estos motivos sean tan puros como los que inspira la religion;

esto es, es de precision absoluta ser moral en la vida en pensamiento y obra, ántes de ser religioso, siendo religion ilusa y fantástica la que quiere coordinar y juntar en extraño y poco digno maridaje la devocion y la intemperancia, las prácticas exteriores y el egoismo más cerrado, la religiosidad y confianza en Dios, y el temor, la debilidad de carácter, y la falta, á veces completa, de la virilidad en los asuntos serios y críticos de la vida.

La moral y la religion son esferas mezcladas y confundidas en nuestro país y en nuestra educacion, sin que se presienta por los más su distincion y completa diferencia, tan necesaria en la educacion: de aquí procede confundir al hombre moral creyéndole en lo tanto religioso, cuando la vida diaria nos ofrece ejemplos de hombres puros, rectos y morales, cuya vida y acciones, muchas veces heroicas, se apoyan en el puro motivo del bien, que es divino, sin tener en cuenta para nada los dogmas y enseñanzas de una religion positiva, que no tienen y en que no creen, sin dejar por esto de ser religiosos en el fondo de su conciencia. Y por otra parte, nos ofrece la vida ejemplos diarios de personas minuciosamente escrupulosas en las prácticas exteriores y aún interiores de una religion positiva, en la que firmemente creen, y, sin embargo, con odios, intemperancias, ambiciones y egoismo, que cuesta trabajo conformar con el divino espíritu de la religion que creen y practican: las más veces,

a..

sin embargo, la verdadera y sincera fe religiosa lleva al bien en el pensamiento y obra.

De donde resulta que para hacer camino religioso y curar al espíritu del profundo indiferentismo que le corroee, es preciso ante todo ser reflexivo y moral; de lo contrario, no vemos camino para la religion, y áun podemos decir, no lo hay. Resulta tambien que la religion, la ciencia y la moral no son cosas idénticas ni mucho ménos, como hasta ahora se ha venido pensando, sino que una cosa y fin humano es la ciencia, otra y muy distinta es la moral, y otra y muy otra, la suprema si se quiere, es la religion; ó mejor y más claro, el sér racional es inteligente, es moral, es artista, es religioso, todo á la vez; en la unidad de su conciencia son estos fines á manera de aspectos totales y simultáneos de la unidad inextinguible de su sér; de aquí la necesaria relacion y áun dependencia entre ellos; de aquí que el esclarecimiento de la inteligencia lleve á Dios y á la religion, y áun lleve tambien al bien vivir; ó que la profunda fe religiosa lleve á la prudencia y sabiduría, y áun á la buena vida y costumbres, de lo cual nos presentan numerosos y esclarecidos ejemplos todas las religiones, y más que ninguna, y más acabado, el catolicismo en la época de su ardiente fe; de aquí, en fin, la armonía á que están llamados estos fines y estas tendencias humanas, en la unidad de la conciencia del sér racional humano.

Queremos ver en el desconocimiento de esta verdad y su falta de aplicacion en la educacion, la causa fundamental del indiferentismo religioso, y puede decirse de todos los males y conflictos de la vida del hombre y de la humanidad.

Segun estos principios, y teniendo en cuenta que aquí venis á educaros, y hoy á oir una conferencia cuyo asunto es la religion, escuchad con atencion algunas reflexiones religiosas, que creo son camino firme y seguro para introduciros en este mundo, y esto en forma didáctica, natural y sencilla (como en familia), más bien que en la forma artística y bella de un discurso oratorio, en la cual se trunca y pervierte la verdad de la cosa, que es lo esencial, por conseguir la belleza de la forma, que es secundaria; ademas, yo no soy orador.

Y permitid que la conferencia verse sobre el fondo de la religion más que sobre la forma, y esto por várias razones; la forma y prácticas religiosas dicen en sí mismas muy poco, dan poco de que hablar, pero el fondo es infinito é inagotable, siempre nuevo y siempre rico; la forma, el culto y las prácticas exteriores, os las sabeis ya como de memoria, y aunque el fondo no lo ignorais, hay, sin embargo, en él aspectos y enseñanzas sobre las cuales es preciso traer la atencion una y mil veces; ademas, media una razon de profunda justicia; atendida la legislacion de nuestro país en materia de religion, existe en él libertad de cultos, y pueden

venir aquí, y aún puede asegurarse que se encuentran varias personas pertenecientes á otras confesiones que la dominante en España, y sería injusto hablar como católico, dejándolas defraudadas en las esperanzas que aquí las traen. Debe, pues, versar la conferencia sobre religion en general, sobre las bases ó motivos comunes á todas las religiones; por eso pienso desenvolver el tema: *La religion en la conciencia*.

Comencemos por lo más sencillo, por lo más al alcance de todos: nuestro estado y costumbres religiosas.

Atendiendo al sentido reinante en nuestro país, se ve, á poco que se piense, que se considera la religion por todos, y principalmente por las señoras, en su forma exterior más bien que en su fondo; se ve que la religion es, principalmente el culto exterior, oír misa, rezar el rosario y otras oraciones, ir á la novena, confesar, comulgar, ayunar, tener la bula, hacer votos, llevar un hábito, etc., etc.

Esto es religion sin duda; el culto exterior, social y público, es de necesidad absoluta en toda religion (si bien los intereses mismos de la religion piden, y los fueros de la razon y del buen gusto exigen, que este culto exterior sea delicado, expresivo y significativo del asunto, y adecuado á la dignidad humana), pero la religion, ante todo, no es cosa exterior y puramente exterior, como vosotros la considerais generalmente, sino que es co-

sa y asunto interior, más íntima, más del corazón.

La religion, ante todo, es la confianza y dulce esperanza en Dios, la conformidad en la vida con su divina voluntad (humildad), la oracion íntima y secreta las más veces, la caridad, la tolerancia con los demás en sus defectos y flaquezas, el amor universal, etc., etc.; por eso á vosotras, que habeis nacido para amar, os es tan simpática la religion.

Y aún ántes de esto y de estas puras costumbres, que estoy seguro que vosotras atesorais, gracias á vuestra esmerada educacion, es la religion cosa más íntima aún, más del alma, más inmediata y más clara.

Escuchad un momento, y dispensad la exposicion, un tanto didáctica y severa, del pensamiento; la mujer, y sobre todo la mujer española, atesora un gran fondo de razon y de buen sentido; la cuestion es saberlo evocar y dirigir; además estas conferencias son primeramente para enseñar y educar la inteligencia, lo cual es siempre un tanto severo.

Vengamos al interior, á la conciencia, á nosotros mismos.

II.

Si recogiendoos dulcemente un momento en vuestra reflexion, atendeis á vuestra conciencia, notaréis allí dentro un mundo tan rico en figuras, colores, movimiento y vida, como el exterior, del

cual es un reflejo y viva imágen, y cuyos elementos modificais y trasformais de mil diversas y siempre nuevas maneras; y notaréis tambien en ese mundo, y esto es lo más precioso y oportuno al caso, una voz interior que os habla constantemente y sin descanso, una voz clara y penetrante, sin saber quién la pronuncia ni de dónde viene; voz que no oye el oído, pero que penetra el alma; y notaréis que vosotros contestais á esta voz que os pregunta, y otras veces sois vosotras quien le consulta y pregunta y ella os vuelve á contestar; y se da entre esas dos voces una conversacion animada, un diálogo entre ambas, pero en unidad, un diálogo en un monólogo, un diálogo conmigo mismo, decimos, y todo esto sin que nadie absolutamente lo oiga ni lo perciba más que nuestra conciencia.

Este diálogo lo escuchamos bien en ciertas ocasiones críticas de la vida, ántes ó despues de una accion singular que sale fuera de los límites ordinarios; tambien, y mucho mejor, cuando nos quedamos solos con nosotros mismos, especialmente en las noches de insomnio; pero, si bien se mira, es este diálogo de todas horas y de todos momentos; es un diálogo eterno; ahora mismo lo estais haciendo.

Y notaréis tambien que en esa eterna conversacion hay dos voces en la misma unidad de nuestra conciencia, y estas dos voces las más veces están en lucha, y á veces lucha terrible; en una disputa y contienda, que á veces trastorna y ahoga.

Y notaréis que una de esas voces os aconseja siempre vuestros intereses **particulares**, vuestros caprichos, vuestros gustos del momento, vuestro egoismo cerrado en todos los casos; pero la otra voz os aconseja y predica constantemente y sin descanso la **honestidad** sobre la liviandad, el sacrificio sobre el capricho, el trabajo sobre la pereza é inaccion, la severa verdad sobre la conveniente mentira, la justicia, el bien, el deber en todo caso, lo eterno sobre lo temporal.

Y notaréis que cuando sólo escuchais (al practicar una accion) la voz del capricho, de la conveniencia y del egoismo, desatendiendo y hollando, sin respeto á vuestra dignidad y á vuestra conciencia, la voz del bien, de la justicia y de la verdad, sentís interiormente una recriminacion inevitable é ineludible, una acusacion que no podeis arrojar lejos de vosotras, ni podeis taparos los oidos para no escucharla, sino que contra vuestros esfuerzos y por cima de ellos, os punza y remuerde y atormenta y ahoga, y huye el sueño de vuestros ojos, y la animacion y hermosura de vuestro semblante, y la simpatía de vuestra persona; y todo esto, ¿por qué? Porque habeis hollado la voz pura del bien, del deber y de la justicia; porque habeis ajado y marchitado la pura flor de vuestra conciencia. Y es en vano que busqueis distracciones, que os precipiteis en el ruido y barullo de la vida; allí os sigue la recriminacion, empañando el brillo de vuestras ga-

las, desencantando el alma ante el movimiento de la sociedad, vivo y animador para la conciencia pura; frío, violento y muerto para la conciencia manchada; y aunque pudierais conseguir aturdirnos en la vida, ¿qué valdría esto? ¿Habeis de estar siempre acompañadas? ¿No os habeis de quedar solas? Pues estad seguras que entónces esa voz se levantará solemne y severa; no hay medio de desatenderla ni de evitarla; ni ¿cómo, si esa voz somos nosotros mismos? ¿podemos acaso huir de nosotros?

Y tened en cuenta que esa voz molesta y punzante no os dejará hasta que parándoos ante ella, tal vez con el corazón desgarrado por el dolor, observeis que esa voz, además de acusaros y reprenderos una acción, os exige otra, y no os dejará de molestar hasta tanto que con valor y resolución le preguntéis: «¿Qué quieres?» Estad seguras que esa voz os contestará: «Un arrepentimiento sincero y profundo, un arrepentimiento diario de no volverlo a hacer jamás.» Sólo con el valor y el tiempo en el arrepentimiento, se cura la conciencia.

Pero cuando en esa interior lucha ha triunfado la voz del bien, del deber, de la justicia y de la verdad, aparece en el espíritu esa tranquilidad interior, esa dulcísima paz del alma, que es indescriptible, y como consecuencia, la alegría y el contento en nosotros mismos, en sociedad, en la familia, y mucho mejor con nosotros solos; aparece en el alma

una confianza y una tan pura y viva esperanza, sin saber de qué, ni quién la inspira, ni de dónde viene, pero real y efectiva, que nos encanta y enajena; y en esos sencillos y sublimes momentos es cuando experimentamos y saboreamos ese fantasma tan buscado siempre y pocas veces hallado, que se llama en la vida la *felicidad*; y vemos entónces que para conseguir ese término de todas, absolutamente todas nuestras aspiraciones, no es preciso tener carretelas, ni abonos en el Real, ni ser condes, ni ministros, ni tener un millon de renta, sino oír la voz del bien, la voz eterna de la conciencia, y practicarla en la vida, y conocemos entónces que la felicidad no es otra cosa que el sentimiento del bien hacer y obrar en la vida.

Y notaréis tambien que la voz eterna de la conciencia no os habla sólo en las acciones y casos extraordinarios que en la vida ocurren, sino que si atendeis bien, os habla, aunque no con tanta viveza y energía, en todas las acciones y casos de la vida, sin excepcion; no hay instante en que deje de dictar y aconsejar lo que debeis hacer, de dirigiros en lo que estais haciendo, aunque sean los sencillos quehaceres domésticos.

Y tiene esta voz una particularidad notable, y que por sí sola vale un mundo; á la persona que se resuelve á ser buena y aspira á ser virtuosa, y viendole en esta sencilla y sublime voz el camino del bien y de la virtud, sinceramente la consulta, virilmente

y con repeticion y constancia la evoca, le señala con claridad sus defectos, poniéndolos de relieve y dándoles cuerpo ante ella misma, primera é indispensable condicion para ser buenos y dignos de nuestra naturaleza, y le señala y aconseja á la vez espontáneamente las virtudes opuestas, advirtiéndole (si bien la escucha y le consulta) que la virtud en la vida no se adquiere de pronto, sino muy poco á poco; que como todo lo que ha de ser grande en la naturaleza y en la vida va muy poco á poco, y que el realizar en la vida la virtud que la voz de la conciencia señala y aconseja, es más bien cuestion de amor y constancia y arte, que de valor severo, aunque tambien lo necesita.

Y esta voz, notaréis, jamas deja de ilustrar vuestra conciencia, áun en la mayor degradacion y abandono de la vida; aconsejando siempre, imponiéndose siempre, señalándoos el camino honrado de la vida y el oportuno en todos los casos sin faltar jamas; con una solicitud y constancia superior á cuanto podamos pensar: ni la voz consejera del mejor de los padres, que dirige y aconseja un momento y luégo se olvida, puede compararse á su sabiduría y á su solicitud.

Ni es tampoco tan monótona y pesada como es las más veces la voz de los consejos humanos, sino que de mil modos, en diversas bellas formas, en siempre nuevas y solicitantes maneras, nos aconseja el bien sobre el mal, la verdad sobre la menti-

ra, el amor y la tolerancia sobre el odio, la generosidad sobre el egoismo en todos los casos y complicadas relaciones de la vida; y esto absolutamente sin consideracion á la utilidad, al premio ó al castigo, al qué dirán de las gentes, sino por respeto á nosotros y á nuestra conciencia; sólo por el bien y porque es bueno.

Y á la manera que vamos atendiendo á ella con más interes, con más deseo de ser buenos y dignos de nosotros mismos; á la manera que vamos practicándola en la vida, se nos va haciendo más y más clara, más y más interesante, y llega á sernos tan evidente y tan querida para el alma, que viene á ser la regla exclusiva de nuestra conducta, el camino exclusivo de nuestra vida y el encanto y consuelo de nuestro corazon, llegando á producir la *santidad* en nosotros, y como resultado inevitable, la *felicidad verdadera*, que no puede ser otra cosa que una consecuencia del bien obrar y vivir, que es á la vez una consecuencia del bien pensar, del respeto y amor á la voz eterna de la conciencia.

No os exijo que creais en mis palabras; atended á vuestra conciencia; es seguro que en ella encontraréis la confirmacion.

Vengamos un momento á reflexiones de otra naturaleza.

III.

Hay Dios : presumo que todos creéis en él ; y si hay algun espíritu á quien una extraviada direccion en su pensamiento y reflexion le haya hecho concebir lo contrario, no sería éste un mal irremediable, y áun sería un mal que tendria, en último término, mucho de bien : á la razon humana le es imposible ser atea ; el ateo no está en razon , y es, por tanto, un sér digno de tolerancia y áun de compasion : el espíritu sereno y reflexivo ve que el nombre de Dios está escrito en todas partes : en los cielos y en la tierra, en el polvo y en el sol, en la cabeza de los filósofos, en la fantasia de los artistas, en la boca de sus sacerdotes, y especialmente en el fondo de la conciencia humana : lo dicen los labios sin pensarlo, estamos partiendo de él en el pensamiento y en la vida sin presumirlo y áun sin quererlo, y á él vamos siempre á parar sin advertirlo : el espíritu reflexivo lo ve con evidencia, el irreflexivo, presumido y aturdido, lo niega, la razon serena é imparcial lo afirma y lo confiesa.

Tambien sabeis, sin necesidad de pensarlo, que Dios es el Sér infinitamente perfecto, el Sér de infinitas perfecciones, la perfeccion misma en todos conceptos ; si una perfeccion le faltase de cuantas puede pensar nuestra inteligencia, no sería Dios, y por tanto lo lógico sería negar á Dios : quien dice

Dios, dice, por lo tanto, perfeccion infinita, todo lo cual, si os parais un momento en vosotros mismos y en vuestro pensamiento, veréis que lo sabeis absolutamente y sin ningun género de duda; veréis que lo sabeis y lo sabe todo hombre, desde el más inculto al más alto filósofo, con la misma completa claridad y evidencia; comprenderéis entónces que Dios no es, como hasta ahora se ha venido diciendo con alguna irreflexion, el misterio, la incógnita, el *Deus absconditus*, sino, por el contrario, lo absoluta, primera y evidentemente conocido pero desestimado; lo que mejor y primero sabemos, pero lo ménos atendido en nuestro aturdimiento y confusion subjetiva, derramados como estamos en nuestro pensamiento, en lo particular último, en lo sensible y grosero que afecta nuestros sentidos ó viene á nuestra imaginacion; distraídos como estamos de la unidad, siempre pura y divina, de nuestra conciencia y de nuestro pensamiento, y arrastrados en la vida por nuestros llamados intereses particulares, por nuestras subjetivas aspiraciones, en la prosecucion las más veces de nuestros caprichos; y así la vida, el pensamiento y la conciencia derramada y diluida en el mundo de lo particular y lo útil, no nos acordamos jamas de lo general, del bien, de la unidad absoluta y real que la razon nos ofrece espontánea y generosamente á todas horas.

Pensamos en Dios allá solamente para las cir-

cunstancias graves y críticas de la vida, y nos contentamos entre tanto con el Dios que, al traves de enigmas y misterios y muchas veces de contradicciones reales, nos ponen en el espíritu sin intervencion alguna de nuestra parte; resultando de aquí, no un Dios conocido y amado con todas las fuerzas de nuestra alma, que es lo ménos que Dios puede exigir del hombre, sino un Dios misterio y escondido, un Dios enigma, un Dios del miedo, que no queremos ni se nos ocurre mirar; y si alguna vez oramos y pedimos, lo hacemos más bien por temor y por egoismo que impulsados por el sentimiento religioso, amoroso y animador; sentimiento de amor y esperanza firmísima en Dios, que cuando es puro y es hijo del conocimiento claro y razonado de Dios, produce en el alma una inefable dicha imposible de describir y un consuelo superior á cuanto el espíritu puede pensar.

¡Que hay ateos! ¡que hay espíritus que niegan á Dios! ¿qué extraño es que los haya? Pero examinad despacio esos espíritus, paraos en vuestros precipitados juicios, y veréis qué Dios es el que el ateo niega; no, á la verdad, el Dios real y racional que la conciencia ve y la razon inspira, en todos momentos y á todos los hombres sin excepcion, sino el Dios ideal y contradictorio, el Dios imperfectamente expresado y comprendido, el Dios irreflexivamente enseñado y aprendido por un individuo, un pueblo, una época ó civilizacion cualquiera; pero

este Dios no es el Dios á que aquí nos referimos; este Dios es un Dios segundo, no es el Dios primero y fundamental; este Dios es un Dios ideal, un Dios de pensamiento, no el Dios real de que aquí hablamos; este Dios puede ser, y es las más veces, en el tiempo y en la historia un Dios muerto; pero aquí hablamos del Dios vivo, que es muy distinto que el Dios muerto.

Pero ese Dios de que hablamos (me diréis vosotras), ¿existe? ¿es una realidad objetiva? ¿es una realidad fuera de mi pensamiento, ó es sólo una creacion de mi pensamiento y de mi fantasía? Si existe, demuéstalo.

Si Dios no existiera, no sería el sér infinitamente perfecto que pensamos; le faltaria la existencia, que es una inmensa perfeccion; en el hecho mismo de pensar un sér infinitamente perfecto, debe de existir necesariamente; ¿de dónde, si no, vendria á nuestro espíritu ese infinito pensamiento de un sér infinitamente perfecto, cuando mis sentidos sólo me dan á conocer lo finito y mi individualidad y las innumerables individualidades finitas que percibo sólo me dan lo finito, lo imperfecto, ó cuando más un monton de cosas finitas? ¿Podeis pensar que Dios sea lo finito ó un monton, aunque sea ordenado, de cosas finitas? Eso es repugnante á la razon y aún al buen sentido, por más que esto se haya pensado en la historia: ese sublime pensamiento debe de ser producido en nosotros necesariamente por el sér in-

finitamente perfecto, existiendo en y fuera de nosotros.

Pero, ¡demuéstralo! ¡Demuestra su existencia! ¡Petición irreflexiva! Quien esto pide, no sabe lo que pide; para demostrar una cosa, es preciso remontarse á principios más primeros y más altos que aquello que se intenta demostrar; demostrar una cosa, es elevarse á su causa, á su *por qué*; así, cuando vosotras quereis hacer ver ó demostrar á uno de vuestros niños que lo que hace no está bien hecho, le dais el *por qué*, y para esto os elevais á principios más generales, á razones más primeras: «No hagas esto, porque es malo. — Haz esto, porque es bueno. — Levántate temprano, porque es conveniente para la salud», etc., etc.; desde cuyos principios del bien, del mal, de la salud, etc., demostrais al niño su mal camino y lo conduéis donde quereis, mediante la razon; lo mismo pasa en la ciencia, en la cual, para demostrar un principio, echamos mano de un principio superior; ahora bien, si se pide la demostracion de la existencia de Dios, se pide y exige que vayamos á un principio superior á Dios, para venir desde allí á su demostracion; y ¿á quién, que se pare un momento, no le ocurre claramente que esto es imposible, porque Dios es el sér infinitamente perfecto é infinito, y por tanto, el principio de los principios, el principio absoluto, ó de lo contrario, no sería Dios, no habria Dios? Dios es, pues, indemostrable; pero Él,

en su existencia, es el demostrador de todas las cosas, y por tanto, el demostrador del mundo y el demostrador de mi misma individualidad.

Ademas, el que esté y se pare en la unidad de su conciencia y de su razon, conocerá, ó mejor, verá con evidencia, que Dios no necesita demostrarse, porque Él es clarísimo y evidente para todo espíritu reflexivo y serio, para todo espíritu que quiere sincera y virilmente ser bueno y religioso, y para lograrlo vive de vez en cuando recogido pudorosamente en la unidad sagrada de su conciencia y de su reflexion; para ese espíritu Dios es, Dios existe, Dios es la luz misma; para el presumido, el irreflexivo, el distraido y derramado en este barullo y mareo de la vida de ahora, de luego, de aquí y de allí; para ése tambien existe, pero él no lo ve, porque no es digno de verlo: *Sólo el puro de corazón ve á Dios*; no lo ve por su culpa, y anda en las tinieblas. Existe Dios, pues.

Pero si á Dios le conocemos sin remedio como el sér por todos conceptos perfecto, debe de ser infinito, y estar, por tanto, en todas partes, no sólo en el cielo, y no en la tierra; concepcion ésta enteramente falsa é irreligiosa, de la que se desprende con facilidad el pensamiento de que Dios abandona el mundo y sus criaturas á sí mismas y á sus solas fuerzas, sin dignarse arrojar desde su alto olimpo una mirada de consuelo y aliento á las criaturas de aquí abajo; concepcion irracional y desconsoladora,

que conduce inevitablemente al dualismo y á la pugna entre Dios y el mundo como una contradiccion y antítesis, cuya solucion no se ve; no, el mundo no es Dios, ni Dios es el mundo á la verdad; pero Dios no está fuera del mundo ni el mundo fuera de Dios, sino que Dios, aunque infinitamente superior al mundo, está en el mundo tambien; Dios, pues, está á la vez en los cielos y en la tierra; lo contrario es destruir su infinitud, es destruir y negar á Dios.

Y está Dios en todas las cosas tambien, dándoles su sér y su divina esencia, presente á todas, influyendo dulce, pero enérgicamente en todas, y más y mejor en las cosas más perfectas, dirigiendo su actividad, encauzando su vida suavemente, y sin quitarles su libertad, al logro y cumplimiento de su destino; lo cual lo expresa el catolicismo diciendolo: « Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia. » « Ni la hoja del árbol se mueve sin la influencia de Dios. »

Pero la personalidad humana es la obra maestra de Dios en el mundo, y Dios, que está en todas las cosas, y más y mejor en las más perfectas, está especialmente en el fondo de la personalidad humana, en el fondo de nosotros mismos; no el Dios ideal, sino el Dios real y vivo, que es de quien hablamos aquí. Y está Dios en nosotros y en cada uno, siendo el Dios de todos á la vez, y de ahí la expresion santa y profundamente religiosa de *Pa-*

dre nuestro, padre comun; y con esto y bajo esto es Dios tambien el Dios de cada uno en particular, como si Dios fuera Dios para él solo; y de aquí la expresion sencilla, natural y sinceramente religiosa de *Dios mio*, que á todos se nos escapa de nuestros labios sin pensarlo y sin sentirlo, como la expresion enérgica de esa realidad y esa verdad consoladora dentro de nosotros mismos.

Pero Dios, infinita perfeccion y bondad, no es posible que resida allí, en el fondo de nuestra conciencia, de una manera pasiva, formal, inútil é indiferente; sino de una manera activa, útil y provechosa á nuestra vida y al orden universal.

Así debe de ser en efecto; Dios, en fuerza de su naturaleza infinita é infinitamente perfecta, debe residir en todas partes, y principalmente en el fondo de nuestra conciencia y de nuestra personalidad, y desde allí influir, dirigir como un padre solícito, la vida de los seres racionales sus hijos; debe de residir en el fondo de la conciencia humana, é iluminarla y esclarecerla en todos los instantes y actos de la vida.

Y debe su iluminacion ser clara, íntima, constante, á manera de una voz siempre recta é inflexible, imperante é incansable, llena y completa en todas las relaciones de la vida, no sólo en la relacion moral y religiosa, que es como aquí la estamos considerando. Y debe de ser la voz de Dios voz del bien, del amor, de la justicia, de la verdad, etc.,

como corresponde á su divina esencia, á su perfeccion sin límites, á su acendrado y nunca desmentido amor á la humanidad en el cumplimiento de su glorioso destino.

Y debe de ser la voz de Dios en la conciencia, tal, tan constante, tan sencilla, tan natural y conforme con la naturaleza humana, que jamas deje de hablar, y que, en fuerza de su misma sencillez, la pasemos desapercibida en la vida aturdida que vienen haciendo en este mundo áun los mejores.

IV.

Así debe de ser si hay Dios, y lo hay; así lo dice la razon; así lo han dicho todas las religiones que han aparecido sobre la tierra; así es en efecto. ¿No son por ventura estos caractéres que la razon nos dice tener la voz de Dios, los mismos que hemos encontrado en la voz de la conciencia? Así debe de ser; así es en efecto: la voz íntima de la conciencia, constante, imperativa siempre; dulce y amorosa unas veces, aterradora y amenazante otras, es la voz real, la voz misma de Dios. La voz de la conciencia, que, segun hemos visto anteriormente, no sabiamos de dónde venía, ni quién la pronunciaba, podemos decir ahora con entera seguridad que viene de Dios y es Dios mismo quien la pronuncia; por eso se explica que esté sobre nosotros y nos

domine y atormente, sin poderla nosotros dominar ni desechar, ni desoir.

Escuchar esta voz divina con interes, constancia y respeto; informarse bien de ella, primero á solas con nosotros mismos, despues en todas partes; mirarla y considerarla como la voz sublime de Dios; conocer su carácter imperativo y constante; amar y respetar su dictado sobre todas las cosas, y con esto practicarla al exterior con decision, con prudencia, con modestia, con arte y hasta con belleza, es lo que constituye la religion.

La religion es, pues, la relacion personal, constante é inmediata de Dios con nuestra conciencia, y de nuestra conciencia con Dios; relacion de todo acto y momento de nuestra vida, en lo cual estriba el carácter racionalmente consolador de la religion; pero en nuestra habitual distraccion é irreflexion, pocas veces hacemos caso de esta íntima y viva relacion interior. En esta relacion, Dios se está relacionando constantemente con la conciencia, inspirándonos lo mejor á todas horas y momentos; por eso la voz de la conciencia, que es la voz de Dios, es constante: esta inspiracion constante de Dios en la conciencia es lo que constituye la *gracia* de Dios; pero la conciencia humana sólo se refiere á Dios cuando ora, esto es, en ciertos momentos, y esto imperfectamente: Dios, pues, es, en esta relacion que se llama religion, el verdadera y perfectamente religioso; la conciencia humana hoy sólo lo es cuando

ora ó va al templo; la razon y el espíritu religioso exige que la conciencia humana tienda á imitar á Dios en esta relacion, y venga con el tiempo y la cultura á vivir en Dios, sin dejar por eso de vivir en el mundo. La *gracia* y la *oracion* son la expresion de esa doble relacion que entra en la religion.

La religion así entendida es la revelacion constante de Dios al alma, á toda alma sin excepcion; que no hay en esa religion viva, eterna y divina, que todos llevamos dentro de nuestro pecho, ningun excluido ni excomulgado por hereje ó cismático, ni aún el ateo. Revelacion esta primera y fundamental en la vida y en la historia, y de la cual son manifestaciones más ó ménos puras, más ó ménos perfectas, pero divinas todas, las múltiples y diversas revelaciones que han aparecido en el tiempo y en los distintos países y civilizaciones humanas; y que entre todas ellas, la cristiana es, á no dudarlo, la más completa y conforme con la realidad y con la vida, y á la cual debe la civilizacion moderna lo más selecto y elevado que en ella se nota. Buscar la revelacion exterior, sea cual fuere, y tenerla como absoluta, desechando y anulando la revelacion interior y constante que Dios nos inspira á cada uno en el fondo de la conciencia, es por lo ménos un extravío.

La religion así entendida es la religion viva y animadora, porque la vemos en nosotros, la hacemos con nuestros esfuerzos reflexivos y la ayuda de Dios:

otra religion 'que no tenga á esto por base, es la religion exterior y ajena, que se nos impone sin reflexion y sin conciencia de nuestra parte; sin más intervencion nuestra que la pasividad para recibirla; viniendo inevitablemente á ser con el tiempo una religion muerta, que no nos inspira ni nos mueve en la vida á hacer puros, espontáneos y amorosos sacrificios á Dios, sino á cumplir con las prescripciones que la letra muerta nos impone, rodeada las más veces de cierta atmósfera de misterio y terror nada conformes con el puro espíritu religioso, que es de por sí claro, resuelto, confiado y amoroso.

La religion así entendida es para el hombre imperfecto é impuro, pero que desea purificarse, una áncora segura y salvadora, con cuya ayuda puede irse levantando poco á poco de su postracion é impureza, y llegar á ser digno de su naturaleza y de Dios, viviendo en paz consigo mismo y con Dios, que le ayudará visiblemente en esta obra de regeneracion propia.

La religion así entendida es la religion de las almas cultas, de la perfeccion, del progreso y de la libertad racional; otra religion que no tenga á esta por base, es la religion de las almas que ni son cultas, ni estiman la cultura profunda y abierta en todos sentidos; ademas, sólo mirando la religion desde este punto de vista, es compatible con ella el progreso y la libertad del individuo y de las nacio-

nes; de otra manera, la libertad y el progreso, que es el movimiento y la vida, vendrán necesariamente á encontrarse en su camino con esos principios absolutos de todas las religiones, que se llaman *dogmas*, y que, elaborados siglos há por las inteligencias más elevadas de las épocas en que se formaron, conservados con la mayor pureza por las instituciones religiosas, y enseñados constantemente con fe y con amor, han venido á dominar y regir la vida religiosa, que es la más fundamental y absoluta en el individuo y en los pueblos, y de aquí á dominar y regir más ó ménos las demas esferas de la vida; es sabido la influencia que todas las religiones tienen y han tenido en todos los asuntos humanos, aunque nada tengan de religiosos. En el caso en que estos dogmas sean verdaderos, y por tanto, conformes con la naturaleza humana, la libertad no encontrará en ellos un obstáculo, sino una ayuda; pero en caso de que sean sólo parcialmente verdaderos ó falsos, y por tanto, opuestos á la naturaleza humana y su libre desenvolvimiento, la lucha es inevitable; toda religion se opondrá á que se destruyan sus dogmas, pero la libertad y el progreso exigirán siempre un más allá. Sólo encontramos la solución en la religion entendida como aquí la estamos considerando.

La religion así entendida, como una conversacion eterna, severa y amorosa de cada instante y acto, de todo sexo, edad y condicion, del alma con

Dios mismo, viene á ser la vida y vida dichosa, sencilla y fácil, sin esos temores ni esas contradicciones de que tan plagada está la vida vulgar é inflexible. Entonces llega á amarse la vida, sin temer la muerte de esa manera espantosa de que viene rodeada para el que sólo es religioso formalmente, no en el fondo de su conciencia.

Cuando el alma se educa en la religion del modo que aquí la consideramos, no teme á Dios, ni le pasa jamas por el pensamiento tal sentimiento, como el buen hijo no teme jamas á su buen padre ni á su amorosa madre, porque los ama con todo su corazon; sin embargo, el temor de Dios no se extingue enteramente en la religion así entendida, sino que se subordina tanto al amor, que aparece como respeto á Dios, respeto divino.

La religion así entendida trae tambien muchas ventajas en la vida, y es en muchos casos una verdadera necesidad; en efecto, la religion histórica, ó aquella en que nos han educado, no puede aconsejarnos por medio del confesor ó de la *Biblia* á todas horas lo que en los casos exigentes y siempre diversos de la vida debemos hacer; el confesor ó director de conciencia no podemos tenerlo siempre á la mano, y en ese caso, debemos acudir á nosotros mismos, á la voz interior, á la voz de Dios en la conciencia, á la voz viva de Dios.

Ademas, Dios quiere y exige que, sin despreciar jamas un consejo, y mucho ménos de un buen sa-

cerdote, tengamos siempre delante nuestra conciencia y atendamos á la luz que en ella nos comunica constantemente; ¿para qué, si no, la inspira en ella? Poner la conciencia enteramente en manos de otro, envuelve las más veces la muerte parcial ó total de la persona que así obra. Dios no quiere muertos.

Concluyo diciéndoos que el camino que os he indicado es, segun la profunda conviccion de los espíritus más reflexivos y religiosos de los tiempos modernos, el único recto y firme que tiene la humanidad en la tierra para llegar al Dios vivo y á la relacion con él, que es lo que constituye la religion; y si éste no lleva á él, no hay ninguno: ésta es tambien nuestra conviccion. Sin duda la mayor parte de los espíritus no están preparados para ello, y por eso ni la entienden ni les interesa; importa poco, ya lo estarán y ya lo desearán; lo principal está dado, la conciencia, Dios y su relacion viva y constante; pero los espíritus, distraídos hoy y encantados con la riqueza y novedad de la vida, no atienden, ni aún desean atender, á esta divina relacion que en sí llevan; la razon dice que vendrá un tiempo en que las almas verdaderamente piadosas y suficientemente educadas iniciarán este divino movimiento, que es indudable vendrá á satisfacer una de las necesidades más imperiosas y elevadas del sér racional aquí en la tierra, y se dará en la esfera religiosa un progreso, lento sí, pero firme, abriéndose

por fin á la perfeccion y á la vida infinita la esfera religiosa, cerrada hasta hoy en nuestro país.— HE DICHO.

NOTA. El pensamiento de esta *Conferencia* es fácil y sencillo; mas el espíritu que la anima es algo desconocido en nuestro país. Si á esto se agregan mis poquísimas dotes de orador, se explicarán los que oyeron este discurso la aridez y aún dificultad, aparentes más que reales, de las ideas que entraña: si no hubiese contado con que debía imprimirse, no lo hubiera pronunciado; pero abrigo la convicción de que, mediante la lectura atenta, los espíritus reflexivos lo entenderán con facilidad.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

CONFERENCIA DÉCIMOTERCIA.

EDUCACION CONYUGAL DE LA MUJER,

POR

D. ANTONIO M. GARCÍA BLANCO,
Profesor y Decano en la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad.



16 de Mayo de 1869

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
LA EDUCACION DE LA MUJER.

CONFERENCIA DECIMOCTERCIAS.
EDUCACION CONYUGAL DE LA MUJER.

D. ANTONIO M. GARCIA BLANCO.
Profesor y Decano en la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad.



BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
MADRID

16 de Mayo de 1888

MADRID.
IMPRESA Y ESTADOTIPIA DE M. MATA
Calle del Prado de San Sebastián, número 3.
1888

SEÑORAS :

Antes de entrar en materia, ó en el asunto del día, que es vuestra *educacion conyugal*, permitidme hacer algunas salvedades, para justificar ciertas diferencias que precisamente habreis ya notado y notaréis en mi actitud, procedimientos y modo de estar y decir, respecto de los dignísimos Profesores que os han dirigido la palabra en las *Conferencias* anteriores. Jóvenes ellos casi todos, apuestos y eminentes oradores, os han debido dejar impresiones, no lo dudo, recuerdos mucho más agradables que los que puede producir un eclesiástico septuagenario, que era ya cura hace 42 años, catedrático desde ahora 35, y como tal, muy apegado á los usos y costumbres de su estado, de su tiempo y circunstancias.

Con esta clave podeis ya explicaros todas mis

maneras y hábitos; y no dudo que vuestra benevolencia suplirá lo que de buen tono y gracia falta al que os dirige esta *Conferencia*. Los jóvenes, Señoras, hablan como jóvenes, improvisan, peroran con elocuencia y largamente, y tienen que usar de ciertas galanterías; pero yo, ni por temperamento, ni por mis condiciones, puedo ni debo entrar en ese campo: ellos matizaron sus discursos con graciosísimas y brillantes frases, con admirables rasgos de imaginaciones frescas, lozanas, de erudición y cultura; yo tengo que ceñirme á lo que mi pobre entendimiento alcance, á lo que mi razón y la verdad me sugieran, á lo que mis fuerzas puedan, á duras penas, llegar. Tengo, no obstante, sobre ellos la ventaja de que, por mucho que os hayan interesado, por mucho que os halagáran sus insinuaciones; por importante que sea la educación social, la educación artística, la educación histórica, la educación jurídica, la educación higiénica, y aún la misma educación religiosa de la mujer, mucho más, sin comparación, os ha de interesar, os ha de halagar, os ha de entretener al ménos, el hablaros de casamientos; no por mera deleitación morosa, como decimos los moralistas, sino porque, siendo vuestro principal y más importante destino, parece que como por instinto os dejais llevar mejor de la doctrina, consejos y advertencias relativas al estado conyugal, que de las más enérgicas excitaciones á reivindicar vuestros indisputables derechos socia-

les, civiles y jurídicos, ó á cumplir vuestros indeclinables deberes higiénicos, domésticos, históricos, éviles y religiosos.

Así es la verdad, Señoras, y casi me atrevo á deciros que así debe ser; porque la *educacion conyugal* de la mujer lo abraza todo, como abraza todos los fines y todas las miras y todos los intereses de la humanidad, y los misterios todos de la religion, y todos los vínculos sociales, y toda la filosofía de la historia, y todo cuanto el derecho y la civilizacion y la salud misma de la criatura pueden exigir, mandar, aconsejar ó inculcar en un sér mucho más respetable que todo cuanto existe y se respeta en lo criado. Tal ventaja tengo, Señoras, sobre todos los que me han precedido; y aprovechándome de ella, voy á hablar con franqueza y con verdad y con pureza (y cuenta que la materia que he escogido es delicada); pero procuraré guardar circunspeccion é infundiros doctrina y ciencia, y hábitos y sentimientos rectos; y de todo veréis que tengo convicciones.

No extrañéis tampoco que yo lea en vez de improvisar, y que haga alusiones á ciertos resabios, y use cierta actitud distinta de la que mis predecesores han tenido; ellos, como jóvenes y robustos hablaron y estuvieron, como les pareció más propio para conciliarse vuestra benevolencia; yo, viejo y enfermo, estoy sentado, y leo, y voy á daros razon de todo ello. Todo el que sube á una cátedra, Señoras,

viene á enseñar, no á lucir; y vosotras mismas venís, ó debéis venir, á estas *Conferencias*, no á lucir, no á matar el tiempo, como suele decirse, sino á aprender. ¿Qué actitud, pues, debe ser la de unos y otros? La de maestros y discípulos; la de superiores é inferiores; la de quien sabe y quien necesita y quiere saber; la del Criador y la criatura. ¿Qué extraño, pues, que me siente? Aparte de mi edad y mis padecimientos, ¿no vengo á enseñar? ¿No es *cátedra* ésta? Pues, si es *cátedra*, es *alto asiento*, que eso, y no más, es lo que dice el nombre griego *ediedra*; y una *cátedra*, Señoras, no es una tribuna; no es el puesto de un defensor ó custodio de la ley; no es un palenque periodístico; no es el trípode de un artista; no es ni siquiera un púlpito: el que sube á un púlpito habla á nombre de la Religión, y explica el Evangelio, y tiene por auditorio á una Iglesia: aquél, pues, está bien y debe estar de pié, como debieran estarlo todos los que le oyen, como es de rúbrica que lo estén los fieles miéntras se canta ó lee el Evangelio: el tribuno que habla en Cortes, en una asamblea, en un club, debe hablar también de pié, por respeto á la nación, pueblo ó partido á que se dirige. Lo mismo uno que otro y que el abogado que informa en estrados, deben hablar, y no leer, como que hablan, éste á nombre de un reo acaso, esotro en nombre de un derecho desatendido, el fiscal en nombre de la ley, el relator en nombre de la verdad histórica, y todos como de

menor á mayor; pero el maestro, el que enseña la ciencia en pié, y quien la aprende sentado ¡qué contrasentido!

No extrañéis, pues, que yo haga mi *Conferencia* sentado, y que la lea, y no la improvise: la materia de que voy á tratar es sumamente delicada y peligrosa; y una expresion, una palabra inconveniente, pudiera manchar, ó empañar al ménos, todo el brillo de la institucion más santa que hay sobre la tierra. Mi edad, ademas, no es para muchas improvisaciones, ni para relatar trozos propios ni ajenos; ya la razon mia necesita funcionar despacio, la imaginacion ayuda poco, la memoria es mala, y á cada paso me enredaria, y no sé si la lengua podria seguir al pensamiento. Por todo ello, si perdonable es, y merece serlo, perdonadme; si no, desistiré de mi empeño; estoy fuera de todo compromiso; pero, creedme, estad seguras que quiero vuestra instruccion, que detesto la ignorancia, y que no sé ni fingir ni callar cuando me preguntan ó me escuchan.

Otra cosa extrañaréis, por último, y serán ciertas alusiones (cosas de viejo) que haré á muchos re-sabios ó descuidos que advierto en vosotras y en los concurrentes á estas *Conferencias*: efecto son sin duda de la falta de educacion académica, que todos deploramos, y que no dudo tomará á su cargo algun dia alguno de los dignísimos profesores que se han comprometido á dirigiros la palabra desde este

sitio. Yo, por mi parte, no tendria inconveniente, si á vosotras os placiera, en deciros cuanto se me alcanza sobre este punto, que es, en mi concepto, absolutamente necesario para obtener todo el resultado que pueden y deben producir nuestros trabajos y vuestros afanes. Entre tanto, permitidme siquiera, Señoras, que os llame la atencion por un momento sobre la diferencia que necesariamente habeis de notar, y que realmente existe, entre la elocuencia sagrada, ó sean los sermones; y la elocuencia forense ó informes de los letrados ante los tribunales; y la elocuencia parlamentaria ó tribunicia, propia de oradores en los cuerpos deliberantes; y la periodística; y la académica.

Cuando nuestras *Conferencias* lleguen á ser lo que deben ser; cuando lleguen á abrazar todos estos puntos, entónces conoceréis que el predicador en un púlpito no puede ser un declamador de teatro; que el abogado en estrados es un defensor más bien que un sentimental orador religioso; que el tribuno es todo un historiador, filósofo y político á la vez; que el periodista escribe con más libertad que exactitud; pero que el catedrático necesita reunir la union del predicador y su verdad, y la del abogado y su energía, y la soltura y libertad del tribuno, y la imaginacion del artista, y sobre todo, la gravedad, la familiaridad, gracia y órden que da la ciencia. Por hoy y en general basta; y sólo os digo que la falta de educacion religiosa, política, social, ju-

ridica, parlamentaria, científica, artística y académica, es lo que hace tan infructuosas nuestras predicaciones; tan cansados los informes ó vistas de causa, como vulgarmente se dice, aunque en lenguaje forense; tan inútiles y turbulentas las discusiones parlamentarias; tan peligrosa la prensa; tan poco atendidas las artes; tan etiquetera la sociedad; y tan difícil la enseñanza científica en estas universidades. Pero de esto, ya digo, es menester tratar despacio, y aún convendría, en mi opinion, que se abriesen *Conferencias de educacion académica*, en que se condujera como de la mano al jóven, aún á vosotras mismas, desde la cuna hasta la universidad, hasta aquí, subsanando, en lo posible, los defectos que se contraen en la casa paterna, en la academia ó colegio, en el instituto, en la escuela preparatoria de artes ó carreras especiales, en la tertulia, en todo establecimiento ó círculo de solaz ó de enseñanza. Al presente contentémonos con lo prometido, y veamos qué entiendo yo y por qué quiero conferenciar con vosotras bajo el lema de EDUCACION CONYUGAL.

Materia de suyo larga y peligrosa, como ya dije, sólo en un curso formal, y no muy corto, pudieran recorrerse las várias fases del matrimonio, ya mirándolo ó haciéndoslo mirar en perspectiva, ya entrando de lleno en él y en sus deberes y derechos, y en sus pormenores y detalles, y en sus consecuencias y en sus relaciones con la sociedad y con la

Religion, y con la humanidad y con la naturaleza, y con Dios. Yo debería hablaros de la eleccion de estado, en primer lugar, del modo de conocer la verdadera vocacion al matrimonio, de las consultas y consejos que deben preceder á tal estado: despues debería hablar de las bodas, sus preparativos y celebracion; de la paz conyugal, su necesidad y medios de procurarla; de la crianza y educacion de hijos, cuando infantes, cuando adolescentes, cuando jóvenes, ántes de entrar en la escuela ó colegio, al aprender un oficio ó cultivar una ciencia; en fin, yo tendria que recorrer y enseñaros á recorrer esa interesante y larguísima línea que media desde vuestra juventud hasta la viudez y la vejez y la muerte; pero esto, como digo, exige un curso completo, que yo seguí ya en mis mejores años, é hice seguir á una escuela que denominé de *Madres de familia*, cuyo discurso inaugural ya tuve el gusto de leeros en otra *Conferencia*: hoy por hoy me contentaré con leeros siquiera el prospecto de aquella enseñanza, que reduje á veinte lecciones; porque en tal número me parece que puedo condensar toda la doctrina referente al matrimonio, y para que forméis idea de lo que necesita saber una madre de familia que quiera serlo en toda regla y no haya reflexionado sobre las preparaciones, estudios y conocimientos que requiere el estado más difícil y trascendental que abraza una mujer. Decia así:

EDUCACION CONYUGAL.

VEINTE LECCIONES DE MATERNIDAD.

PROSPECTO.

LECCION 1.^a

Eleccion de estado: medios de conocer su verdadera vocacion ó destino, así el hombre como la mujer.

LECCION 2.^a

Matrimonio: explicacion de este nombre; eleccion de consorte; rubor natural de la mujer á tratar de todo lo concerniente al matrimonio; consulta á los padres, al confesor y al médico; alejamiento de toda tercería, precipitacion y deshonestidad; tiempo que debe durar el noviazgo; exámen ó investigaciones que deben hacerse durante él; achaques y vicisitudes de este período.

LECCION 3.^a

Boda: preparativos y celebracion de ella; vicios ó excesos que de ordinario acompañan á las bodas; sus consecuencias, y modo de evitar tales abusos; alegría que debe reinar en una boda.

LECCION 4.^a

Obligaciones de la casada, como mujer que es, ha

sido y sigue siendo: deberes físicos, morales y religiosos de la mujer casada; vestido, alimentacion, diversiones, achaques y amistades.

LECCION 5.^a

Obligaciones de la mujer casada en cuanto esposa: modo de conservar la paz en el matrimonio; amor conyugal; respeto debido entre los conyuges; superioridad é inferioridad entre marido y mujer; honor mal entendido que suelen dar algunas casadas á sus maridos; deberes de la mujer respecto á su marido ausente ó enfermo.

LECCION 6.^a

Obligaciones de la casada como madre, autora y tutora de una nueva generacion: deberes físicos y morales de la mujer que se siente embarazada; alimentacion, vestido, ocupaciones y diversiones propias de aquel estado; cosas que deben evitarse durante él; preocupaciones y abusos muy frecuentes en los nueve meses de embarazo.

LECCION 7.^a

Del parto: preparaciones y temores consiguientes; confesion, testamento y disposiciones domésticas que deben preceder al parto; comadre ó com-

dron; bautismo con agua templada; consecuencias del bautizo respecto á la parida; primera lactancia del recién-nacido; alimentacion y cuidado de la madre.

LECCION 8.^a

Obligaciones de una madre durante el puerperio: vicios y preocupaciones más frecuentes en tal estado; alimentacion, vestido y movimientos de un infante; cuna, vacuna y primeras impresiones que deben proporcionársele.

LECCION 9.^a

Moralidad del infante en su cuna y en la satisfaccion de sus primeras urgentísimas necesidades; glotonería, amor propio, instinto destructor, envidia; modo de corregir estos ténues vicios ó gérmenes de ellos, y otros muchos que desde muy temprano comienzan á manifestarse en el infante; inconsideracion de las madres y circunstantes respecto á este punto.

LECCION 10.

Obligaciones de una madre luégo que su hijo fija ya la vista y percibe los objetos: generosidad infantil; obediencia y respeto á sus mayores; pri-

meros destellos religiosos, morales, sociales y domésticos.

LECCION 11.

Destete : modo de verificarlo sin peligro del infante ni de su madre; nueva alimentacion que necesitan uno y otro; mayores y más urgentes necesidades; vicios que se presentan ya más marcados que en el período anterior; entretenimientos, movimiento y aseo conducentes.

LECCION 12.

Mímica infantil: su educacion y fomento; primeras palabras de un infante; juegos infantiles; cuidados de la madre, é instrucciones que puede y debe dar á su hijo en aquella tierna edad.

LECCION 13.

Nociones frenológicas y fisonómicas que debe tener la madre para dirigir los instintos, sentimientos, percepciones y afectos de sus hijos, tan luégo como se presentan; contraresto de fuerzas físicas, intelectuales y morales de un niño; felicidad infantil.

LECCION 14.

Pintura, escritura y lectura de un niño de dos á

cuatro años; primeras lecciones de una buena madre durante el juego de su hijo, miéntras la comida, al acostarlo, á todas horas.

LECCION 15.

Obligacion de las madres respecto á escuelas: escuela de párvulos, necesaria para las artesanas y pobres que necesitan ayudar á sus maridos ó trabajar fuera de casa para ganar el sustento; las que no estén en este caso deben dar á sus hijos por sí mismas las primeras nociones de orden, de verdad, docilidad, amistad y recreo, que es lo que se enseña en aquellas escuelas.

LECCION 16.

Obligacion de las madres que tienen hijos en la escuela de párvulos ó en las de 1.^a y 2.^a educacion: aseo, decencia, obediencia, respeto y reverencia que deben inculcarles ó repetirles respecto á Dios, respecto á la sociedad, á sus padres y maestros, á sus hermanos é iguales, á sí mismos, tanto por lo que mira al cuerpo, como por lo que pertenece al alma.

LECCION 17.

Educacion é instruccion de hijos: las primeras

y mejores lecciones debe darlas la madre; por esto es necesario que sepa ella leer y escribir y enseñar, que es lo que principalmente aprende una mujer en la escuela de maternidad; modo de inculcar en su hijo las primeras ideas de número, de extensión, de colorido, etc., y las relaciones de superioridad, inferioridad, igualdad, diferencia, etc. *Manual de Pestalozzi.*

LECCION 18.

Religiosidad de un niño, de un joven, de una nueva generacion: sobreinspeccion ó superintendencia de los padres (verdadero *episcopado*), y más principalmente de la madre, respecto á la religiosidad de sus hijos; ejemplo paterno y maternal en palabras, en obras, en sentimientos y modo de pensar; palabras de una madre á sus hijos; disensiones domésticas, veladas absolutamente para éstos; amenazas y castigos, siempre con verdad y justicia y caridad, con amor.

LECCION 19.

Obligaciones de una madre para con sus hijos é hijas jóvenes: consejos y conversaciones familiares; exámen que una madre debe tener ya hecho del genio, carácter y destino natural de sus hijos desde que nacen; influencia que debe ejercer en su

eleccion de estado ; modo de conducirse una madre con el consorte que elija su hijo ó hija si se casaren , con el mismo hijo ó hija si permanecieren célibes ó profesasen vida religiosa ó eclesiástica ; advertencias sobre la hipocresía y la pereza , simuladas muchas veces á la sombra de aquellas grandes virtudes.

LECCION 20.

Viudez : conducta de una viuda cristiana sin hijos ó con ellos ; fidelidad conyugal , áun despues de muerto el cónyuge ; derechos y deberes de una madre viuda pobre ; deberes y derechos de la rica , distribucion de bienes entre sus hijos en vida y por testamento ; destino que deberá darles si no tuviere hijos ; donaciones en vida ; fideicomisos , legados y mandas para despues de su muerte ; funerales ; restituciones ó devoluciones equitativas , caso de no deberlas haber de justicia ; premios y castigos temporales y eternos de las buenas y malas *madres de familia*.

En estas veinte lecciones , Señoras , está bosquejada , como veis , toda la *educacion conyugal* de la mujer. Si el tiempo lo permitiera , en este mismo curso académico entablaría yo una serie de confe-

rencias, en que iria explanando mis ideas y mis sentimientos y deseos en esta materia; pero en el curso siguiente, si Dios quiere y los hombres nos dejan, tendria un especialísimo gusto en ocuparme de ello. Entre tanto, Señoras, reflexionad, por amor de Dios, sobre lo que os debeis á vosotras mismas, lo que debeis y espera de vosotras la sociedad, lo que naturaleza ha encarnado en vuestras entrañas, confiándolo á vuestra brillante imaginacion y á vuestros corazones; y no desperdiciéis la ocasion, siquiera sea poco favorable, de instruiros, do amaestraros en el gran arte de vivir felices y hacer la felicidad de la nueva generacion y de la patria.

Por via de ensayo, y como para muestra de lo que puede hacerse en este punto, os leeré una de las lecciones que forman el *Curso de Maternidad*, la que me parece más propia y preliminar para entrar en materia tan difícil, tan vasta y peligrosa. Será ésta la sexta que dí á mis discípulas en la escuela que ya sabeis, en la cual traté de *las ventajas é inconvenientes del matrimonio*, explanando la segunda del programa.

VENTAJAS É INCONVENIENTES

DEL MATRIMONIO.

El punto principal sobre que deben versar los consejos ó consultas de familia de que os he hablado en la leccion anterior, es el exámen de las

ventajas é inconvenientes que ofrece el estado del matrimonio respecto del celibato, mirados uno y otro bajo todos sus aspectos, ya con relacion al individuo ó á la sociedad, ya con respecto á lo presente ó á lo porvenir, ora se mire á lo útil ó á lo agradable, ora á lo material ó á lo espiritual, ora, en fin, á lo temporal ó á lo eterno. Estas consideraciones sólo pueden hacerse á presencia y con la ayuda de personas entendidas y discretas, y por eso dijimos que ántes de contraer una jóven, debia provocar ella misma ciertos consejos de familia, y prestarse dócil á lo que de ellos resultase. Mas para que los padres puedan tener alguna norma en esta materia nueva y difícil, y nuestras discípulas sepan con la debida anticipacion los peligros ó seguridades, las garantías ó inconvenientes que ofrece el estado conyugal, vamos á discurrir unos momentos sobre esta manoseada cuestion ó cotejo del matrimonio con el celibato ó soltería.

Esta vulgarísima competencia no puede, en nuestro concepto, dirimirse mientras no se descienda del alto y ancho campo de las generalidades á la llana arena de las circunstancias y casos particulares: porque, si no se atiende más que á lo que el matrimonio es en sí, unas veces y á unos parecerá lo más tiránico y absurdo, mientras que á otros, y en otros casos, se presentará como el estado más dulce y satisfactorio que ha podido escogitarse. En efecto, si se atiende sólo á lo que el

matrimonio es en sí, esto es, si se considera sólo que él es un contrato civil, elevado entre los cristianos á la razon de sacramento, en el que un hombre y una mujer se prometen mutuamente union indisoluble, fidelidad y amor, bajo las garantías sociales y la fe sacramental, cualquiera podrá ver en este acto un conjunto de bienes y de males, de incomodidades ó placeres, de felicidad ó de afliccion de espíritu, que no le será fácil decidirse en abstracto y sin contraerse á casos particulares, por ninguno de los dos extremos, ni conocer á qué lado debe inclinarse la balanza de un recto juicio. Porque si se mira á solo el individuo que contrae, ¿qué mezcla de ventajas é inconvenientes no se ofrece luego á la vista? Unos dirán: estado cruel que liga al hombre ó á la mujer, para toda su vida, á cierto órden de obligaciones, que por este solo hecho ya se hace insoportable su cumplimiento; otros dirán: feliz enlace, que asegura para siempre la posesion del objeto más amado: el misántropo miserable dirá: invencion inútil, que sólo proporciona aumentar las penalidades humanas y los gastos, agregando á las necesidades propias, insoportables ya de suyo, las de la consorte: el hombre benéfico y generoso le llamará artificio divino para obligar á todo hombre á ser humano, origen de la beneficencia, primer ensayo de amor y filantropía: el apático ó de temperamento flemático y lánguido lo juzgará innecesario; mientras que el de pasiones vio-

lentas, el jóven fogoso, lo llama indispensable, urgentísimo, celestial, divino. Si se atiende á lo que tiene de social, puede decirse con igualdad de razon que es esencial á ella y que le es dañoso; lo primero en cuanto mira á unir á los hombres y procurar su propagacion, lo segundo en cuanto vincula la propiedad y coarta hasta cierto punto la libertad y soberanía humana. Si lo juzgamos por el momento y el porvenir, no hay cosa más vaga; unas veces nos parecerá utilísimo, otras innecesario, atendido el lento curso con que procede naturaleza, ó el mucho tiempo que se necesita para llegar á coger todo el fruto de un matrimonio feliz, y los fugaces pero satisfactorios halagos con que convida á los más sagrados deberes. Si partimos del principio de una vida corta y penosa, podrá mirarse el matrimonio por unos como el mejor medio de acortarla más y hacerla más y más infeliz; por otros, como el colmo de la felicidad humana, como el único recurso de hacerla llevadera, ó cuando ménos, como el estado más conforme, por sus fugaces ilusiones, al estado fugaz y de transeunte que tiene el hombre sobre la tierra. En fin, quien sólo mire á la eternidad puede ver en el matrimonio ó una vida de ángeles y noviciado del cielo, ó un ensayo penosísimo del infierno, segun que la vida de los casados sea ó no conforme á los principios de eterna razon, de rigurosa justicia, de sana moral, natural y evangélica.

Es, pues, una quimera, una cuestion interminable, el querer decidir en abstracto y sin contraeráe á casos y circunstancias particulares, si el estado conyugal es más ventajoso que el de soltería, ó al contrario: para unos y en dadas circunstancias será el mejor camino de llegar á la felicidad, miéntras que para otros, y tal vez por falta del debido consejo, es, como vemos con tanta frecuencia, el lazo más peligroso y bien tendido que el enemigo común del linaje humano le dispone para hacerle caer en su mayor desgracia y apartarlo de su alto y nobilísimo destino. Por lo mismo, sólo los padres, en consejo con sus hijos ó hijas, podrán ó deberán tocar esta cuestion con fruto, si saben estimar en su justo valor las circunstancias particulares en que unos y otros se encuentran. Y ¿cuáles son estas circunstancias? ¿Cuáles son los datos que pueden servir para resolver este gran problema, que tan divididos tiene los ánimos, así del vulgo como de los mejores políticos, y moralistas? Los siguientes: 1.º Constitución física, salud, robustez y desarrollo conveniente de la persona; 2.º Inclinações morales; sentimientos nobles y generosos, *filantropía* de los contrayentes; 3.º Capacidad intelectual, cultura de las facultades del alma, é instruccion de los deberes conyugales paternos ó maternos; 4.º Habilidad, arte, oficio ó industria para proporcionarse el sustento propio y el de su familia, si llegáre á formarse, ó para cuidar y dirigir una casa; 5.º So-

briedad, pureza de costumbres, moralidad de acciones, palabras y sentimientos; 6.ª Lecciones de la experiencia en los antecedentes que haya de la familia; 7.º Estado de la opinion pública respecto á creencias, oficios, ocupaciones y modo de vivir y de portarse.

Con tales datos no será imposible fallar con acierto sobre la conveniencia ó inconveniencia de tal ó cual matrimonio que se sujete á exámen: si, por ejemplo, se presenta á ser calificada una persona cuyo físico está sano, robusto y bien constituido; cuyos sentimientos son nobles y generosos á su modo, con disposicion al trabajo, á arduas empresas, á procurar á cualquiera costa el bien de sus semejantes; si manifiesta talento y lo ha cultivado de algun modo, estando medianamente instruida ó instruido en los deberes conyugales, sociales y religiosos; si el estado de su fortuna, ó su industria, responden de poder con el tiempo soportar los gastos y dispendios que son consiguientes al matrimonio; si el consorte ó la consorte á quien piensa ligarse, manifiesta no estar inficionada con la depravacion ó inmoralidad general que nos aqueja; en fin, si las lecciones de la experiencia en casos iguales de su familia le son favorables, ó al ménos no dan nada que temer, bien puede pronosticarse que el matrimonio para esta persona será un estado ventajoso, satisfactorio, feliz. Pero, por el contrario, un físico endeble, un espíritu encogido, tímido,

egoista; un entendimiento estúpido ó inculto, ó tan suspicaz, que vea más allá de lo que la prudencia dicta; una fortuna miserable, ó una indolencia, una pereza, una insensibilidad marmórea; y si por desgracia la voz pública propala algun ejemplo poco favorable de falta de carácter, de crueldad, de holgazanería, de discordia, de coquetería ó temeridad en la familia, indicantes són muy poderosos para sospechar cuando ménos, y aún temer, un matrimonio desventurado. Si, pues, la suma de las ventajas es mayor que la que ofrecen los desfavores, el matrimonio es preferible, y lo será tanto más, y será tanto más feliz, cuanto mayor sea el número de aquéllas. Esta es la cuenta que incumbe ajustar, que debe ajustar muy bien y con tiempo toda jóven ántes de contraerse, valiéndose para ello, como ya hemos dicho, de sus padres, de sus hermanos ú otras personas de probidad é inteligentes, con quienes deberá consultar tambien los puntos de que nos ocuparémos en la leccion siguiente. Aquí acabé, Señoras:

Si algun dia llego á realizar mi propósito, veréis cómo pienso sobre los otros varios puntos que abraza el prospecto ya leído.

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES
SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

CONFERENCIA DÉCIMOCUARTA.
SOBRE
LA MISION DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD,
POR
D. FRANCISCO PI Y MARGALL,
ABOGADO.

23 de Mayo de 1869.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SEGUNDA

LA EDUCACION DE LA MUJER.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA.

SEGUNDA

LA MUJER EN LA SOCIEDAD.

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEGUNDA

SEÑORAS Y SEÑORES :

Tomo con gran desconfianza la palabra en este recinto, en que han resonado voces tan elocuentes y os han hablado tantos hombres de bello y brillante lenguaje. En otro tiempo, en que estaba consagrado á la literatura y á las artes, acaso habria podido adornar mi pobre discurso con las galas de la imaginacion; hoy, dedicado á las áridas cuestiones económicas y políticas, apenas podré hacer más que hablaros en un lenguaje claro y sencillo. ¡Si siquiera fuese nuevo lo que voy á deciros! Pero probablemente repetiré lo que tantas veces os habrán dicho labios más autorizados que los míos. Cuando, empero, se trata de ideas, si las ideas son buenas, ¿estará mal que se las repita? Nuevo ó viejo, voy á decir cuatro palabras sobre la manera como entiendo la mision de la mujer.

Mucho se ha dicho sobre la mujer, mucho se ha escrito; mucho se ha encarecido su importancia por unos, mucho se la ha rebajado por otros. Yo me atrevo desde luego á afirmar que es un elemento altamente civilizador; que es uno de los elementos que más poderosamente pueden contribuir al desarrollo de los adelantos humanos.

¿Cómo? me preguntaréis. ¿Será acaso sacándola del estrecho círculo en que vive, y lanzándola por el camino de la ciencia, de la política, de la literatura y del arte? No niego yo á la mujer grandes facultades intelectuales; lo que sí creo es, que no es ésa la senda por donde puede cumplir su misión en el mundo.

Hay, ciertamente, en los pueblos modernos, y más aún en los extranjeros que en el nuestro, cierta tendencia, no sólo á que la mujer sea política y literata, sino también á que entienda de industria y de comercio. Pero en esos pueblos suele observarse que los lazos de la familia se relajan de día en día; que la mujer pierde las bellas cualidades de su sexo, sin adquirir las del hombre, y que, léjos de ser un elemento civilizador, pasa á ser un elemento perturbador, hasta tal punto, que, para perturbarlo todo, llega á perturbar á veces hasta las relaciones de la economía política.

La mujer que se entrega completamente á la industria, al comercio, á la literatura, á las artes, suele ver con cierto desden el hogar doméstico, te-

ner deseos de alejar de sí á esos mismos hijos cuya educacion le está confiada, ver en ellos un obstáculo para sus elucubraciones mentales ó sus trabajos científicos, y perder, por fin, su carácter, ese carácter sentimental que debe tener si quiere cumplir su fin y su destino.

Y si la mujer es pobre y tiene que dedicarse al trabajo, bajando al fondo del taller, de la fábrica, ¿cuán tristes no son los efectos de lo que estoy diciendo? Se ve entónces obligada á abandonar á sus hijos, á dejarlos sumidos en una triste soledad, que los hace insociables y huraños, ó á darles completa libertad, haciendo que rompan los hábitos de toda disciplina, y contraigan desde sus primeros años vicios que es muy difícil desarraigar más tarde. Esa pobre mujer, que baja al fondo del taller, cree, por otra parte, que así contribuirá al sosten de su familia, y ni áun esto logra: hace con su trabajo concurrencia al hombre, acaso á su propio marido, á su padre, á su hermano, y sucede no pocas veces que lo que ella gana lo pierda su marido, sin que pueda aumentar el capital de la familia ni cuidar de la educacion de sus hijos.

No es ese camino el que yo quisiera que la mujer siguiese; no fuera, sino dentro del hogar doméstico, creo que debe llenar su mision. En el hogar doméstico tiene la mujer su teatro, su asiento, su trono. Grande es allí la influencia que puede ejercer y los destinos que ha de cumplir; y para

que mejor se los comprenda, preciso es que diga algo sobre lo que es en general el hombre.

En el hombre hay tres grupos de facultades, ó por mejor decir, tres fuerzas: la inteligencia, la actividad y el sentimiento. Estas tres fuerzas no se desenvuelven en todos de una manera igual ni con igual energía; predomina en unos el sentimiento, en otros la actividad, en otros la inteligencia. Se desarrollan esas fuerzas con desigualdad hasta en los seres colectivos, en los pueblos.

Cuando estudiamos á grandes rasgos la historia, se ve en unos pueblos la personificación de la inteligencia, en otros la de la actividad, en otros la del sentimiento. La inteligencia, por ejemplo, tuvo un gran desarrollo en los antiguos pueblos griegos, que echaron los cimientos de todas las ciencias, recorrieron toda la órbita de la filosofía, tuvieron poetas que aún hoy nos asombran, y artistas que levantaron la pintura y la escultura á su más alta expresión, aunque sólo fuese bajo el punto de vista de la forma.

Mas esos pueblos de tanta inteligencia carecieron, en general, de la actividad que se vió despues en Roma. No tuvieron suficiente fuerza para agruparse, para formar un cuerpo; no la tuvieron ni aún para llegar á la federación; pues, si bien conocieron el consejo de *los Anfictiones*, es sabido que no tuvo ese consejo influencia ni para impedir las guerras de ciudad á ciudad.

Roma, la antigua Roma, hizo todo lo contrario. En los primeros tiempos, aún bajo el régimen de la República, apenas tuvo grandes oradores, filósofos ni poetas. Subordinó la especulación á la acción, y desplegó una actividad portentosa, gracias á la cual se incorporó, no sólo la Italia, sino también España, Francia, parte de Alemania, la misma Grecia y grandes naciones de Oriente. Estableció entre todas esas naciones un lazo de unidad, que tardó en romperse, dándoles su propia lengua, sus leyes, sus instituciones, sus costumbres.

Rayaron muy alto Grecia y Roma, la una por su inteligencia, la otra por su actividad; pero no se vió en ninguna de las dos desarrollado el sentimiento, fuerza la más grande que puede haber en los pueblos. En Grecia y Roma no fué ni aún el arte la expresión del sentimiento; fué sólo la traducción de la belleza, la reproducción del mundo sensible.

Vino, empero, el Cristianismo, tras su triunfo la Edad media, y en esa edad el pleno desarrollo del sentimiento. Sucedió entónces un fenómeno especial. Con la venida de los bárbaros, no sólo se segregaron las antiguas naciones que componían el imperio romano, sino que se dividieron y subdividieron bajo la acción del feudalismo. Merced, sin embargo, al sentimiento que desplegó el Evangelio, merced al imperio del amor, que con él vino, notóse el particular fenómeno de que naciones así

a.:

divididas y despedazadas estuvieran animadas de una sola idea, y llevaran á cabo cosas tan grandes como las Cruzadas.

Se ha tratado, por fin, de armonizar las tres fuerzas en esos mismos pueblos, gobernados ántes por la actividad y la inteligencia. Se ha logrado algo; mas ¡qué léjos estamos aún de llegar á la armonía, que tanto se desea! Hoy los pueblos se dejan llevar todavía más por la inteligencia y la actividad que por el sentimiento; hoy vemos todavía á los pueblos agitados por una actividad febril, empeñados en trabajosas luchas de ideas, casi sin tregua para dar expansion á la vida del sentimiento.

Ahora bien, Señoras y Señores; la principal misión de la mujer está en fortalecer el sentimiento, en alimentarle, en darle fuerza, en hacerle la base de la actividad y de la inteligencia. Empeñado el hombre, como decia hace poco, en las rudas y trabajosas luchas de la vida, baja no pocas veces al fondo de sus hogares, triste, contrariado, agobiado por los desengaños, por la ingratitude, por la mala fe de las personas con quienes trata. La mujer tiene entónces la dulce y delicada tarea de despertar en el hombre el sentimiento, de abrir su corazon al amor, de contrarestar el pernicioso influjo que en él hayan podido producir la maldad y la perfidia de sus semejantes; de atajar los vuelos del egoismo y la avaricia, de recordarle que hay á su alrededor, almas bellas y puras, familias desgraciadas, que

necesitan tal vez de su amparo, una patria á quien servir, una humanidad por la cual vivir, y si es preciso, sacrificarse.

¿Se quiere entónces, se me dirá, que la mujer sea tambien política? ¿Se quiere que la mujer tercie tambien en las ardientes luchas de los partidos? No, á buen seguro; no creo que la mujer deba nunca mezclarse en nuestras sangrientas luchas civiles; no creo ni aún que deba tomar parte en esas manifestaciones ruidosas que de algun tiempo acá vemos entre nosotros; no creo ni que deba hacer exposiciones en pro ni en contra de tales ó cuales principios que se estén agitando; pero creo, sí, que puede y debe influir en la política, sin separarse del hogar doméstico.

La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar, por ejemplo, por que se declare cuanto ántes abolida la esclavitud de los negros en nuestras colonias? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar porque se mejore la suerte de las clases trabajadoras, que, con ser el nervio y la riqueza del Estado, son las que más directa é inmediatamente sufren las consecuencias de nuestras crisis políticas y económicas? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar por todas esas clases que la fatalidad de las leyes económicas arroja sin cesar del banquete de la vida? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se

ha de interesar por las víctimas de la intolerancia, que no es otra cosa que la falta absoluta de amor? Puede la mujer influir en la marcha política de los pueblos; pero ejerciendo su accion sobre su marido, su padre, sus hermanos, sus hijos si los tiene, inflamándolos en el santo amor de la humanidad y de la patria. Lo repito: en el hogar doméstico, no fuera de él, ha de cumplir la mujer su destino.

Pero no está limitada aqui la accion de la mujer; la mujer tiene una mision más grande que cumplir, y ésa es la educacion de sus hijos. Hoy es costumbre, y costumbre altamente perniciosa, que la mujer abandone sus hijos á maestros extraños para que se los eduquen. Hoy es costumbre muy general enviar los hijos al colegio, donde pasan los más parte del dia, y no pocos, dias y meses enteros, sin ver á sus padres; costumbre altamente perjudicial, no sólo para los hijos, sino tambien para la humanidad. En los colegios se aprende indudablemente mucho; pero se hace indispensable que la inteligencia del niño se acomode al nivel medio de la de sus condiscípulos. Si tiene una inteligenciatardía, se la violenta para que llegue á igualarse con la de sus camaradas; si la tiene viva y rápida, se la condena á que siga el paso lento de la de los demas alumnos, debilitándola y haciéndole perder gran parte de su fuerza. Por otra parte, la accion del maestro sobre el alumno no es continúa, ni es posible que lo sea; su enseñanza podrá ser más metó-

dica, más razonada; pero no será nunca esa enseñanza de todos los días y de todas las horas, que puede dar á sus hijos su propia madre.

Todas vosotras sabeis lo que son los niños. Al llegar á cierta edad tienen una curiosidad que crece de día en día; no ven un fenómeno de que no pregunten la causa; no ven un hecho de que no pregunten el motivo; no les decís nada de que no os pregunten el porqué. ¡Qué feliz momento éste para la instruccion de los niños! La madre aprovecha esa curiosidad, y si es instruida, si conoce lo que debe conocer, le está ilustrando constantemente, no sólo en las ciencias, sino tambien en la ciencia de las ciencias, en la moral, en la justicia. La madre aprovecha, explota esa misma curiosidad, y despierta y aviva la inteligencia del niño en todos los momentos; cosa que no cabe hacer en los colegios. Sobre todo, cuando el niño está ejerciendo su propia voluntad, de cada uno de sus actos toma pié la madre para una lección de moral; si el acto es malo, le aprovecha para corregir los defectos del niño; si es bueno, para hacerle comprender lo que es el bien, la justicia, la virtud.

Así la educacion del niño por su propia madre es superior á la de los maestros, por ilustrados que sean. ¿Cabe ya mision más alta que la de la mujer? Abrir el alma del niño á la conciencia del bien, ilustrar su entendimiento, purgándole de todo género de preocupaciones, y haciéndole comprender la

verdadera causa de cada fenómeno y la razon de cada aserto, excitar, y moderar al mismo tiempo, su actividad, haciéndola redundar en provecho de sus semejantes, es una mision verdaderamente sublime. Las preocupaciones y los errores que se cogen en la infancia, sobre desaparecer dificilmente más tarde, oponen grandes dificultades al desarrollo de nuestras fuerzas intelectuales.

Pero cuando brilla más especialmente la mujer es cuando se dedica á formar la conciencia de ese niño para hacer de él un ciudadano bueno y un hombre probo. El hombre, han dicho unos, es un sér naturalmente bueno, pero corrompido por la sociedad; el hombre, han dicho otros, es un sér esencialmente malo, una especie de ángel caído, que no puede levantarse sino por una gracia sobrenatural. En mi concepto, son falsas las dos teorías. El hombre es un sér contradictorio, foco de virtualidades contrapuestas, sér donde luchan perpétuamente el bien y el mal, sér capaz de las más altas virtudes y de los más grandes vicios. Hay en el hombre buenos y malos instintos; el gran talento, la gran mision moral de la mujer está en hacer que los malos instintos se subordinen á los buenos, y hasta contribuyan al desarrollo de nuestras buenas inclinaciones.

Mas ¿qué moral será la vuestra? Preciso es que esa moral tenga una base ancha, tan ancha como sea posible. Preciso es que para enseñarla y practi-

carla os armeis de valor y tengais mayor virilidad de la que teneis de ordinario. Para hacer preponderar los buenos instintos sobre los malos, y empujar al hombre por la senda del bien, es indispensable, no sólo darle preceptos, sino manifestarle la fuente y raíz de la moral misma. Es preciso hacerle adquirir la conciencia de su propia dignidad, hacerle reconocer en su dignidad la dignidad de todos los seres que le rodean, y hacerle comprender que en sí mismo, en esa misma dignidad, tiene el principio de la moral y del derecho. Sólo entonces tendrá la moral del niño una base poderosa, que sobrevivirá á la ruina de todas sus creencias; que no habrá posibilidad de destruir jamas, cualesquiera que sean las revoluciones por que pasen la religion y la filosofía.

Pero hay aún más: es preciso desenvolver en el niño, no sólo la moral individual, sino tambien la moral social; es preciso que se le haga comprender cuáles son sus relaciones con sus semejantes, con su patria, con la humanidad. Sólo así se logrará el completo triunfo de los buenos instintos sobre los malos, de la virtud sobre el vicio.

He usado muchas veces de la palabra *humanidad*, y acaso álguien me pregunte qué entiendo por esta palabra. La humanidad, Señoras y Señores, no es el conjunto de seres humanos que pueblan en estos momentos la tierra. La humanidad es el conjunto de seres humanos que la han po-

blado, la pueblan y la poblarán más tarde. Conviene abarcar la humanidad en su conjunto; conviene considerar las generaciones pasadas tanto como las presentes; conviene, estudiando las presentes y buscando su relacion con las pasadas, trabajar por las futuras.

Son pocos los que han hablado de la importancia de la humanidad pasada; y sin embargo, todo lo que hoy somos, todo lo que tenemos, todo lo que disfrutamos, lo debemos á esas generaciones. Ha nacido el hombre en una tierra ingrata y ha encontrado en todas partes limitada la accion de su voluntad. Ha querido marchar, y ha hallado bosques que le han cerrado el paso, montañas erizadas de rocas, que se le han presentado insuperables, rios que no ha podido vadear, mares que le han aislado y llenado de asombro. La naturaleza le ha opuesto en todas partes una viva y tenaz resistencia, que sólo en siglos y á fuerza de sacrificios ha podido vencer. Hoy esas fuerzas naturales que ántes eran para el hombre una continúa limitacion de su albedrío, son fuerzas encadenadas á nuestro servicio, que sirven hasta para ensanchar la esfera de nuestra libertad.

Y pregunto yo : para dominar esas fuerzas de la naturaleza y subordinarlas al servicio del hombre, ¿qué de esfuerzos y de sacrificios no habrán sido necesarios? ¿Sabeis los mares de lágrimas y de sangre que representan esos grandes progresos de que

hoy disfrutamos? Pues todo lo debemos á las generaciones que pasaron.

Tenemos hoy desarrolladas las ciencias, descubiertos los secretos de la naturaleza y del hombre; y para llegar á ese resultado, ¡cuántas no habrán sido tambien las meditaciones, la fuerza de observacion, los ensayos de los hombres de las generaciones que murieron! ¡cuántos tambien sus esfuerzos! Arrostraron la ignorancia, el fanatismo, la supersticion, y muchos hasta hicieron el sacrificio de su vida en aras de la ciencia! Todo eso y mucho más debemos á las pasadas generaciones.

Tenemos hoy rotas las barreras del pensamiento, rotas las barreras de la conciencia; ántes de llegar á ese resultado, ¡cuántos hombres no han muerto en las cárceles y en los patíbulos! ¡cuántas gentes no han debido abandonar su patria, sus hogares! ¡Qué no debemos tambien por este concepto á la humanidad que pasó!

Y cuando todo esto debemos á las generaciones pasadas, ¿cómo hemos de poder olvidarlas? Sabiendo lo que han hecho por nosotros, considerando el inmenso capital que nos legaron de conocimientos, de riqueza, de libertad, de derechos, comprenderemos nuestros deberes para las generaciones presentes y las futuras; comprenderemos que debemos ahorrar ese capital, y no malgastarlo ni derrocharlo; que debemos guardarlo y conservarlo cuidadosamente, no sólo para nosotros, sino para los que tras

de nosotros vengan; que debemos además aumentarle. Viendo entonces las grandes amarguras y los inmensos sacrificios de las generaciones pasadas, aprenderán nuestros hijos, enseñados por sus madres, esa vida de abnegación y de sacrificio, sin la que no es posible el progreso de la humanidad.

Sucede hoy con frecuencia que la mujer, en vez de hacerse eco de ese gran sentimiento, y acaso por ignorar lo mismo que estoy diciendo, favorece los instintos egoistas del hombre. ¡Cuántas veces, cuando el hombre se siente inclinado al sacrificio, llevada la mujer de un ciego amor, le detiene en su camino! ¡Cuántas veces, no teniendo la mujer suficiente fuerza para dominar su cariño, ataja los generosos impulsos del hombre, no diciéndole, como debiera: «Vé y cumple tu deber, aunque sea á costa de tu vida: eres miembro de la humanidad!»

No están aún cumplidos los destinos del hombre; nos hallamos todavía lejos de haber resuelto las grandes cuestiones que nos agitan hace siglos; tenemos todavía delante de nosotros cuestiones sociales, cuyo solo planteamiento espanta, pero que tarde ó temprano habrá que resolver. Y preciso es que, fija nuestra vista en las generaciones pasadas y las presentes, tengamos suficiente fuerza, suficiente desinterés, suficiente abnegación para sacrificarnos por la resolución de estos pavorosos problemas.

Mas, ¿podrá la mujer, siendo ignorante, llenar tan difícil misión? Yo he dicho que no creo que la

mujer deba entregarse por completo al estudio de las ciencias, de la literatura, de las artes; pero, al decir esto, no he querido decir que no deba instruirse. Estoy, por lo contrario, en que no puede llenar su fin moral sin una instruccion muy vasta, muy extensa. ¿Por dónde habia de poder ser la maestra de sus hijos, si no tuviera nociones, por decirlo así, enciclopédicas, si no conociera las ciencias de la naturaleza, hasta la higiene, para saber qué es lo que puede mantener la salud y desarrollar las fuerzas de sus hijos? ¿Cómo habia de ser posible que la mujer formára el corazon y la conciencia de sus hijos, si no conociera perfectamente las leyes de la moral y no se inspirára en la ciencia de lo justo y de lo injusto? Es necesario que esa instruccion sea cada día mayor y más extensa, si ha de llegar la mujer á realizar sus altos destinos.

Pero no quiero molestar por más tiempo vuestra atencion : si grande es vuestra mision, Señoras, más grande es aún la preparacion de que necesitáis. Instruíos, trabajad por aumentar el caudal de vuestros conocimientos; procurad conocer los elementos de los ciencias todas, vosotras mismas comprendéis entónces, sin necesidad de que nadie os lo diga, la gran mision que os está confiada, y tendréis fuerzas bastantes para realizarla.

muñer debe entregarse por completo al estudio de las ciencias de la literatura, de las artes, pero no decir esto, no ha querido decir que no deba instruirse. Esos, por lo contrario, en que no puede llevar su fin moral sin una instrucción muy vasta, muy extensa. Por donde había de poder ser la maestro de sus hijos, si no instruye no puede, por decirlo así, encaminarlos, si no conocen los principios de la naturaleza, de la física, para saber que es lo que puede mantener la vida y el desarrollo de las ciencias de sus hijos? Como había de ser posible que le pudiese formar el corazón y la conciencia de sus hijos, si no conociera perfectamente las leyes de la moral y no se impusiera en la ciencia de lo justo y de lo injusto. Es necesario que sea instrucción que cada uno mayor y más extensa, si ha de llegar al punto de cultivar sus altas facultades.

Pero no quiero insistir por más tiempo vuestra atención: si grande es vuestra misión, si grande es la preparación que la preparación de que necesitáis. Instruición, trabajo, por sunderat el canal de vuestros conocimientos: por sunderat el canal de vuestros conocimientos. Vosotros mismos comprendéis, en esta instrucción, sin necesidad de que nadie os lo diga. En la gran misión que os está confiada, y con las fuerzas bastantes para realizarla.

CONFERENCIAS DOMINICALES
LA EDUCACION DE LA MUJER
LAMENTOS DE JEREMIAS.
LAMENTOS DE JEREMIAS.

LAJUNTOS DE JERONIMO

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

LAMENTOS DE JEREMIAS.

LECTURA

EN LA CONFERENCIA DOMINICAL DEL 21 DE MARZO DE 1869,

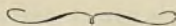
DOMINGO DE RAMOS.

TRADUCCION DEL ORIGINAL HEBREO

POR

Don Antonio M. García Blanco,

Presbítero.



MADRID: 1869.

Establecimiento tipográfico de Tomás Rey y Compañía.

Fomento, 6.



AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

1908

LA RENOVACION DE LA NUESTRA

LA VIDA DE LA NUESTRA

EXPOSICION

LA EXPOSICION DE MADRID DEL 1908

EXPOSICION DE MADRID DEL 1908

La Exposición de Madrid del 1908, que se celebró en el Pabellón de la Exposición de 1889, fue una de las más importantes de la historia de España. En ella se exhibieron numerosas obras de arte, arquitectura y artesanía, que reflejaban el nivel de desarrollo cultural y científico de la época. La Exposición fue organizada por el Ayuntamiento de Madrid, y contó con la participación de numerosos artistas y científicos de todo el mundo. La Exposición de Madrid del 1908 fue una gran oportunidad para mostrar el progreso de España y su cultura al mundo entero. La Exposición fue una gran éxito, y demostró que España era una potencia cultural y científica de primer orden. La Exposición de Madrid del 1908 fue una gran oportunidad para mostrar el progreso de España y su cultura al mundo entero. La Exposición fue una gran éxito, y demostró que España era una potencia cultural y científica de primer orden.

SEÑORAS:

Voy á leer unos trozos de los *Lamentos* ó *Lamentaciones* del profeta Jeremías, traduccion que hice ahora ventidos años, y publiqué en el de 1831, segun la verdad hebraica, ó conforme al original hebreo; queriendo solemnizar de este modo la fiesta de Ramos que celebra hoy la Iglesia, y patentizar la ciencia y sabiduria del Oriente.

Pero ántes me parece oportuno deciros algo sobre el asunto de los *Lamentos de Jeremías* y sobre este santo profeta, para que sepais lo que era un profeta, y cómo profetizaba, y por qué se lamentaba tan amargamente el autor de esta *endecka*. ¿Qué era un profeta? Responderé con Fleury en su *Catecismo*: Un hombre lleno del espíritu de Dios.—Y ¿quién es este espíritu? pregunta el mismo.—El Espíritu Santo, Señor, Dios y Vivifica-

dor.—Verdad: muy cierto: ¿quién lo ha de negar esto? Pero yo insisto: Y ¿qué es un hombre lleno del espíritu de Dios? Y ¿cuál es el espíritu de Dios? El mismo Dios lo ha dicho: כָּל-דְּרָכֵי יְהוָה חֶסֶד וְאֱמֻנָה *Omnes viæ Domini misericordia et veritas* (dispensadme, señoras, que lo diga ántes en hebreo y latin para inspirarme): *Todos los caminos, todas las direcciones de Dios son misericordia y verdad.* Luego, un hombre lleno del espíritu de Dios, es un hombre lleno de misericordia y de verdad: éste es el espíritu de Dios; éste es Dios: *Misericordia y Verdad*: quien no tiene misericordia, quien no tiene caridad, no es de Dios: quien miente, quien no obra ni habla en verdad, no es de Dios: quien no procura instruirse en todo órden de verdades, principalmente las que conducen para el recto cumplimiento de sus deberes, no está en Dios, no es de Dios. Veamos, pues, cómo se llenaban los profetas de este espíritu de *misericordia* y de *verdad*, de este *espíritu de Dios*.

Increible parecerá á algunos que esto se pueda aprender; que por medios naturales, que llamamos, pueda aprenderse á ser misericordioso y veraz; pero no lo creerá imposible quien sepa ó luégo que se sepa que en Oriente, en aquel pueblo que se llama PUEBLO DE DIOS, y que los griegos despreciaron altamente, habia colegios de profetizantes, en donde se educaban y enseñaban jóvenes que, concluida su carrera, salian profetizando, unos se supone con la nota de *sobresalientes*,

otros con la de *buenos*, otros con la de *medianos*, y los más con la de *malos*, como sucede entre nosotros y en todo establecimiento de instruccion; pues que no todos podemos ser iguales, ni todos somos para todo. Pues de aquel primer género era Jeremias: profeta grande que ejerció la ciencia profética desde la edad de veinte ó veinticinco años hasta la de setenta, en que ya compuso ó prorrumpió en los *Lamentos* que os voy á leer.

Para aprender en aquellos colegios á profetizar; para llenarse del espíritu de Dios; para ejercer la misericordia con prudencia, y obrar y hablar con verdad, claro es que aprenderian los alumnos todo género de ciencias físicas, naturales, morales, teológicas, abstractas y prácticas. Allí se aprenderia eso que hoy llamamos *Teología* ó ciencia de Dios; *Cosmología* ó ciencia del Universo; *Astrología* ó ciencia de los astros; *Meteorología* ó ciencia de los meteoros y señales astronómicas; *Geología* ó ciencia de la tierra; *Biología* ó ciencia de la vida; *Antropología* ó ciencia del hombre; *Psicología* ó ciencia del espíritu; *Fisiología* ó ciencia del físico humano; *Ética* ó ciencia de las costumbres; *Estética* ó ciencia del sentimiento; *Política* ó ciencia de la civilizacion; *Aritmética* ó ciencia de los números; *Matemática*, *Química*, *Zoología*, etc., todo cuanto conduce y conduce para conocer al hombre en sí y en todas sus relaciones con la naturaleza y con la sociedad, como cosmopolita ó destinado á tomar parte en la organizacion y armonía universal.

Así instruido un jóven, claro es que conocia perfectamente la Historia y la Filosofía de la Historia, como hoy se dice, y pronosticaba, y predecia, y profetizaba con toda seguridad, en virtud del Espiritu de Dios que le iluminaba, que le asistia, que le sostenia en los graves conflictos y compromisos que le ocurrirían. Usaba, si, un estilo, entonacion y lenguaje propios y dignos de estudiarse. «La *profecía* era un género ó manera de decir,» escribia yo en otro tiempo y con distinto objeto, «era un arte ó modo de hablar, desconocido enteramente de los retóricos griegos y latinos; no porque unos y otros dejaban de tener sus *ariolos, arúspices, augures, sibilas, pitonisas y magos*, que pretendian predecir lo futuro, y revelar lo oculto y profundo, como los hebreos, caldeos, asirios, babilonios, persas, egipcios y demas pueblos del Oriente; no; sino porque, habiendo despreciado siempre este linaje de sabios, y tenido en poco todo lo que era extraño á Roma y Aténas, no se curaron de analizar aquel lenguaje ó entonacion, y llegaron á desconocer del todo los caracteres especiales del verdadero *estilo profético*.»

Era éste, poético en extremo, didáctico siempre, siempre enigmático, conceptuoso y enérgico, altamente fascinador, imponente y grave; y aún anadia sobre el poético lo inspirado, sobre el enigmático lo conminativo, sobre el didáctico lo sentencioso, sobre el histórico lo sapiencial, sobre el legislativo lo apremiante y

severo: en dos palabras, un profeta hablando era un entusiasta tribuno, cuyos pensamientos, aunque á veces triviales, iban envueltos en tantos enigmas, proferridos con tal vehemencia, sostenidos con tantas amenazas, revestidos de tales formas, y acompañados de unos ademanes y gesticulaciones, que con razon fueron mirados más de una vez como dementes ó atrabiliarios, cuya insania les impulsaba á prorrumpir en aquellas declamaciones conminatorias contra reyes poderosos y pueblos, que hubieran impuesto á cualquier hombre prudente y juicioso.

Así era que usaban en el lenguaje ciertas fórmulas ó notas que los distinguían de todo orador. de todo predicador, por elocuente que se suponga: las *etopeyas*, *prosopopeyas* y *metáforas* eran tan atrevidas, que jamás se usaron semejantes: el *enlague de tiempo* era tan frecuente en ellos que, prediciendo, parecían historiadores más bien que profetas: arrogábanse con frecuencia las atribuciones divinas, como *castigar*, *infundir espíritu*, *mandar males*, *apiadarse*, *perdonar* y *salvar*: llamaban á sus predicciones *visiones*, *grandes visiones*, *sueños*, *ensueños*, *pesadillas*, *cargas*, *mano de Dios*, *inspiracion*, *oráculo del sempiterno Dios*, etc.: últimamente, era carácter del profeta que profetizaba, la *libertad* en el decir, la *severidad* en el mandar, la *acritud* en reprender, la *oportunidad* en aconsejar, la *mediacion* ó *intercesion* en los castigos, la *verdad* y *precision* en las palabras, la *seguridad* en los pronós-

ticos, el terrible impulso de la expresion, la autoridad y supremacia sobre pueblos enteros, sobre reyes protervos, ante enemigos mortales, y aun delante de los más crueles verdugos ó asesinos.

En medio de tanto *oráculo*, de tanto *signo*, de tantos *portentos*, *flores*, *maravillas*, *sábias* y *santas conminaciones*, el lenguaje de accion de los profetas imponia más aún que las mismas predicciones, conminaciones y sentencias que proferian; aquella voz ronca, aquellas miradas, aquella actitud corporal, con aquel saco, y aquella ceniza y polvo de que se cubrian, todo aquello aterraba ó exasperaba, segun la particular disposicion de cada uno de los que miraban ú oian. Léanse, si no, las descripciones que de sí mismos nos dejaron algunos profetas, como Jacob luchando con el Angel; Moises bajando del monte con el rostro radiante, *facies cornuta* de la *Vulgata*; Josué espada en mano, con los brazos levantados al cielo mientras duraba la matanza en la ciudad de Hai; Josias destruyendo estatuas y derribando ídolos, y rellenando sus nichos de huesos humanos; Jonás arrojándose al mar y tragándosele la ballena; Isaías desnudándose de su saco profetal y quitándose sus calzas, en señal de la emigracion y desnudez que amenazaban á Egipto y Etiopía; Daniel en medio del lago de los leones; David destrozando al oso, al leon, y á Goliath; Ezequiel caido en tierra, boca abajo, al oir el viento aquilon que soplabá, y ver la nube y el fuego y el resplandor que

rodeaban á aquel carro misterioso, y á aquellos cuatro grupos de animales que sostenian el trono de zafiro, en medio de aquel arco iris esplendentísimo, semejanza y vision misteriosa de la majestad inefable; el mismo Jeremías, cuyos *Lamentos* vamos á leer, puesto de pié con otros muchos en el vestibulo mismo de la cárcel, acabando de ser desatado de las cadenas de Nabuzardan por orden de Nabucodonosor, rey de Babilonia; en fin, cada cual y todos ellos en la actitud más imponente que pueda tomar hombre, eran vivísimas imágenes del *espíritu* que les animaba, de la *ciencia* que poseian, de las *verdades* que predicaban, de la *misericordia*, de la caridad, celo y amor que habian aprendido en el colegio, y con que la Divinidad los habia enriquecido de antemano.

Por eso (y seria muy del caso el referir aquí), habia tantos grados de profetizacion, y tantos órdenes de profetas, cuyos nombres aún se conservan en los sagrados libros; pero el tiempo apremia y debo circunscribirme: veintiseis, cuando ménos, conocemos, señoras y señores; veintiseis especies, grados u órdenes enumera el sapientísimo Arias Montano, cuyos nombres siquiera debemos referir, ya que no nos sea posible detenernos á describir los caracteres esenciales de cada uno de ellos. *Videntes*, *fervorosos* ó *enviados*, *visionarios* ó *espectantes*, *hombres divinizados*, *sabios*, *sabihondos*, *entendidos*, *sabidillos* ó *ariolos*, *enredadores*, *ascéticos*, *magnetizadores*, *prestidigitadores* y *pres-*

tidigitadoras, astrólogos, encantadores, magos, sonámbulos, nigrománticos, soñadores ó ensoñadores, habladores ó charlatanes, fatídicos ó fatalistas, poseidos, ventrílocuos, silbantes ó sibilantes, vanílocuos, fascinadores, sortílegos, idólatras ó paganos; en fin, profetas mayores y profetas menores: tales eran las categorías y grados de los que salían de los colegios profetales ó proféticos.

De entre éstos, y como *profetas mayores*, contamos á Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel; y como *menores* á Oseas, Joel, Amós, Hobadías, Jonás, Micheas, Nahum, Habakuk, Sofonías, Haggeo, Zacarías y Malachías. Jeremías, pues, es uno de los más grandes profetas que salieron de la escuela de Jerusalem, á cuyas inmediaciones nació. Era natural de Anathoth, junto á Jerusalem, de estirpe sacerdotal, hijo de Helcías, en tiempo del rey Josías; profetizó más de cuarenta años, y murió, según los mejores críticos, en Egipto, apedreado por los mismos de su nación, que, contra su dictámen, se habían refugiado allí, llevándose casi á la fuerza. A los cinco años de destruida Jerusalem, y estando los judíos sus hermanos cautivos en Babilonia, escribió sus *Lamentos ó Lamentaciones*, llorando en ellas la prevaricación y desolación de la Ciudad Santa, de Sion, y de todo el reino de Judah, que ocupó Nabucodonosor, rey de Babilonia, llevándose cautivos á todos los judíos. En tal ocasión, y con tal motivo, escribió Jeremías este opúsculo ó *Libro* que voy á leer.

En él vereis cómo ostenta el Santo Profeta, llamado

por tanto *Amante de Dios, de sus hermanos y de su pueblo*, su misericordia y los superiores conocimientos que, mediante la divina inspiracion y sus estudios, habia adquirido en el Colegio: admirareis los grandes rasgos científicos y sapienciales, literarios y divinos, históricos y proféticos que en él dejó consignados; y no podreis ménos de entusiasmaros conmigo al leer una composicion tan triste como instructiva. Dice así: (aquí se leyó el capítulo 1.º y 5.º de las *Lamentaciones*.)

Esta, como veis y habreis podido notar, es una *en-decha*, que los griegos llamaron *trenos*, cancion triste, cuyo metro, rima ó entonacion original desconocemos; y sólo podemos decir que, á imitacion de algunos Salmos, guarda la *forma acróstica*, esto es, cierto artificio en que juegan las letras del *alefabeto* hebreo por primeras de cada verso: sobre lo cual quiero tambien daros alguna idea, para que admireis más y más lo divino y de buenas humanidades que arroja este santo Libro.

Era y es hoy el *acróstico*, tomando el nombre del griego, ese género de composicion poética en cuyos versos juegan, como iniciales, ciertas letras que, leídas juntas, dan un nombre ó sentencia notable, como *Ave María, Jesus María y José*, etc. Esta puerilidad, que tal puede llamarse, tuvo origen en el *acróstico* hebreo; el cual, á la verdad, no daba con las iniciales de sus versos palabra ó sentencia alguna, sino un resúmen, compendio ó simbolo del gran pensamiento que en cada verso se consignara: atended.

Las letras hebreas tenían todas un nombre, como es claro, y una figura razonada; pues este nombre, el más análogo á la figura, y la figura misma, simbolizaban una idea fundamental en el orden de las ideas: v. g. *aleph*, jefe; *beth*, casa; *guimel*, camello; *daleth*, puerta; *he*, afecto, etc., simbolizaban las ideas de creacion ó criador, criatura ó existencia, propiedad, seguridad ó justicia, amor, etc. Poniendo, pues, los hebreos estas letras por iniciales de la primera palabra de cada verso, manifestaban, mediante ella, la idea ó pensamiento que se consignaba en el verso; idea, se supone, ó pensamiento análogo al asunto de la composicion: así, en estos lamentos, las ideas son *creacion* ú origen del lamento; *existencia* ó consistencia de él; *propiedad*, justicia y afecto con que se hacia, etc. Ved aqui una opinion mia, que me atrevo á proponer, aun á trueque de parecer atrevido, por dar alguna razon de un procedimiento poético que hasta ahora ha estado envuelto en la más densa oscuridad, á pesar de haber dejado traslucir ya algo San Jerónimo en el prólogo que le puso á este Libro. ¿Seria, digo, un resumen anticipado, ó una especie de *histerología* del contenido de cada verso, la letra con que se empezaba? Leed lo que sobre ello digo en mi prólogo, y leedlo todo, y vereis qué de reflexiones piadosas se desprenden de estos preciosísimos *Trenos*.

Los capítulos 1.^o, 2.^o y 4.^o son acrósticos sencillos, esto es, cada verso principia con cada letra; veintidos

letras habia en hebreo; veintidos versos cada capitulo; veintidos pensamientos se consignan en ellos. Mas, el capitulo 3.º tiene el *acróstico triple*, esto es, cada letra encabeza tres versos, de modo que el capitulo tiene sesenta y seis versos. Vuelvo á preguntar: ¿habria algun misterio en esta trinidad de letras, de ideas y pensamientos? *Aleph, Aleph, Aleph; Beth, Beth, Beth; Guimel, Guimel, Guimel*, etc., ¿serian algun simbolismo alusivo á las sobrenaturales verdades de nuestra Religion? Ved aquí cuándo y cómo puede saltarse de la letra al espíritu de la *Biblia*, en donde tantos misterios se encierran: ved aquí lo que es lenguaje y libros sapienciales, en donde todos leen, todos entienden, todos sienten; mas, cada uno siente, entiende y lee segun su capacidad; porque, como dicen teólogos, filósofos, naturalistas, políticos, matemáticos y todo linaje de sabios, *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*: dispensadme, y no lo tengais por pedantería, sino por respeto al primero que lo dijo: *cualquiera cosa que se recibe, á medida del recipiente se recibe*. Pensad, pues, y meditaad sobre este *alefato simple y triple*, sobre esta unidad y trinidad, sobre este gran profeta que narra y profetiza, que llora y consuela, que conmina y promete, que aparece y está lleno de misericordia y verdad, del verdadero espíritu de Dios.

Por último, os lei su oracion, que es el capitulo 5.º y último de los *Taenós*, y ya oíríais que empezaba cada verso con una letra de nuestro *abecedario*; y como nos-

otros tenemos veintiocho letras, y los versos son solamente veintidos, hemos tenido que partir los cuatro penúltimos para que aparezcan nuestras veintiocho letras empezando verso ó medio verso, que llamamos *hemistiquio*. De este modo he querido yo darle cierta homogeneidad á la composicion, en cuanto á la forma, ya que tan homogénea, natural y divina se ostenta en su esencia, en sus sentimientos, pensamientos y misterios.

HE DICHO.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES
1904
LA EDUCACION DE LA MUJER.
ESCUELA DE MADRES DE FAMILIA.

ESCUELA DE MADRES DE FAMILIA.

AYUNTAMIENTO DE MADRID
COMPRUEBOS DE INGENIEROS
EXAMEN DE MADRES DE FAMILIA

ESCUELA DE MADRES DE FAMILIA

UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

ESCUELA DE MADRES DE FAMILIA.

DISCURSO LEIDO

EN LA CONFERENCIA DOMINICAL DEL 4 DE ABRIL DE 1869,

POR

D. Antonio M. Garcia Blau

Presbítero,

Profesor y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.



MADRID: 1869.

Establecimiento tipográfico de Tomás Rey y Compañía.

Alameda, 6.

UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINICALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

ESCUELA DE MADRES DE FAMILIA

DISCURSO LEIDO

En la Conferencia dominical del 1 de abril de 1889
se leyó el discurso leído a las 10 de la mañana
por el Sr. D. Juan de Dios Martínez de la Cruz,
Presidente de la Escuela de Madres de Familia,
con el título de: "La educación de la mujer".
El Sr. D. Juan de Dios Martínez de la Cruz,
Presidente de la Escuela de Madres de Familia,
dijo: "La educación de la mujer es un tema
que ha atraído la atención de todos los
hombres de bien. En el siglo XIX, la mujer
era considerada como un ser inferior al hombre,
pero en el siglo XX, se ha reconocido su dignidad
y se le ha dado el mismo lugar que al hombre.
La educación de la mujer es, por lo tanto,
una necesidad imperiosa. No se trata de
darle una educación superior a la del hombre,
sino de darle una educación que le permita
desarrollar sus facultades y ser útil a la sociedad.
La educación de la mujer debe ser completa,
es decir, que abarque tanto la parte física como
la intelectual y la moral. La parte física debe
ser la base de la educación, y la intelectual y
moral deben ser el complemento necesario para
que la mujer sea una persona completa y útil
a la sociedad. La educación de la mujer es,
por lo tanto, una tarea que nos compete a todos
los hombres de bien. No podemos permitirnos
que la mujer sea ignorante y dependiente.
Debemos darle una educación que le permita
ser libre y útil. La educación de la mujer es,
por lo tanto, una tarea que nos compete a todos
los hombres de bien. No podemos permitirnos
que la mujer sea ignorante y dependiente.
Debemos darle una educación que le permita
ser libre y útil. La educación de la mujer es,
por lo tanto, una tarea que nos compete a todos
los hombres de bien. No podemos permitirnos
que la mujer sea ignorante y dependiente.
Debemos darle una educación que le permita
ser libre y útil."

SEÑORAS:

TENGO el honor de leer á Vds. el discurso inaugural que pronuncié en el INSTITUTO ESPAÑOL el Domingo 2 de Enero de 1842, en la solemne apertura de las *Escuelas de Madres de familia y Artesanos*, á presencia de S. A. el Sermo. Sr. Regente del Reino, Exemos. Sres. Secretarios del Despacho, Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias, Sr. Jefe superior político y Diputacion de la provincia, Ayuntamiento Constitucional de Madrid y demas Autoridades civiles y militares, Corporaciones científicas y de Beneficencia, Curas párrocos y principales notabilidades de esta Córte; siendo Presidente del INSTITUTO el Sr. Marqués de Sauli, á quien principalmente se debió la inauguracion solemne de la *Escuela*.

:

SERMO. SEÑOR (dije): En virtud de acuerdo de la Junta directiva de este Instituto Español, y bajo su lema de ilustracion y beneficencia, con arreglo á las bases y reglamento correspondientes, tengo el honor, el inexplicable placer de inaugurar las primeras escuelas de madres de familia y artesanos en España. A pesar de la necesidad de tales instituciones, de lo sensible que se hacia á todos el vacío que dejara la falta de educacion de estos dos grandes grupos sociales, y de las reclamaciones é instancias de algunos sabios y piadosos varones en todos tiempos, no habia sido posible superar la preocupacion y los obstáculos que ofreciera la educacion fundamental del hombre en su madre, y la del artesano en su físico y moral, en lo intelectual, social y religioso. Al Instituto Español estaba reservada esta gloria bajo los auspicios del invicto Duque de la Victoria, y ante las autoridades, jefes y notabilidades que presiden este acto. Señoras y señores: las nuevas enseñanzas que nos confia hoy el Instituto pueden formar época y una página muy brillante en los fastos de nuestra gloriosa revolucion: ellas deben abrir un camino nuevo á la ilustracion y moralidad general de España, y bajo este solo concepto séame licito felicitar me y felicitarla anticipadamente, bosquejando con rapidez el estado en que nos encontramos, y lo que podemos ó debemos prometer nos de semejantes instituciones.

Por lo que respecta á la de madres de familia, hasta ahora se habia mirado este asunto, y la con-

dicion social del hombre que de ella depende, con una indiferencia escandalosa. Aunque se conocian las naturales disposiciones de la mujer, y se tocaba su influencia sobre el corazon del hombre, jamás se trató de aprovechar tan felices elementos por temor tal vez de una ideal preponderancia. Los maridos, al parecer, creyeron que una mujer ilustrada podia coartar algun tanto su soberania: los déspotas temieron siempre á la luz; el fanatismo religioso miraba en cada madre una antorcha que, aunque pálida, podia revelar muy bien todo el secreto de su pernicioso y mágico poder; y esta triple barrera era del todo inaccesible. Sin hacerse cargo que la ignorancia misma habia de venir con el tiempo á derribar aquel simulacro de soberanía conyugal, de poder efimero y de piedad ficticia; que el monarca que afirma su trono sobre el embrutecimiento de sus súbditos, viene al fin á ser víctima de la barbarie misma é inmoralidad que fomentara; la mitad del género humano estuvo por largos siglos condenada á la triste condicion de esclavas. En vano Platon y Aristóteles formularon sus Repúblicas, basándola el uno sobre su justo ideal, el otro sobre la cultura del entendimiento humano, aquél sobre su soñado heroismo; todos desconocieron el principio de la inmoralidad ó barbarie que deploraban, y sus obras cayeron en el olvido. La soberbia Roma, aún la soberbia y culta Roma en los tiempos de su fanatismo político, jamás pensó en sacar de la esclavitud á las esposas, madres é hijas de sus orgullosos quirites

ó caballeros, y consintió ántes presenciar las escenas de Tarquino, que cultivar la influencia de sus matronas y aprovecharse de su índole fanatizada ó fanatizadora. Vino despues una era nueva; y aunque su Divino Autor enseñó, predicó y practicó caridad católica, y una perfecta igualdad y santa libertad para todos; aunque su redencion fué absolutamente universal, la mujer, no obstante, permaneció bajo este punto de vista en la misma abyeccion que ántes: miéntras que el hombre procuraba su cultura y adelantaba en todo género de conocimientos sin temor de condenarse, la educacion de aquélla se tuvo por peligrosa, y su destino llegó á ser el más triste en medio de los encantos de su belleza y á pesar de la importante mision que naturaleza, sociedad y religion le confiaran. De aquí provino en parte que los pueblos fuesen de dia en dia embruteciéndose, y que llegase á ser predominante y proverbial la ignorancia y triste condicion del bello sexo.

Luégo se pensó sériamente en atajar el mal; los filósofos acudieron á sujetar de nuevo á exámen todo género de verdades relativas á la sociabilidad humana: los teólogos por su parte quisieron oponer la fe y santa caridad al torrente de desgracias que arrastraba tras sí é inutilizaba las preciosas semillas de amor, fraternidad y gracia que dejara sembradas el Legislador Divino. Descartes, despues, Lutero, Rousseau, Espinosa por una parte y en un tiempo; Granada, Vives, Fleuri, Bosuet, Fenelon, Paris por otra y en otro no muy

distante, publicaron sus grandiosos pensamientos de reforma; y el uno con su *Nuevo método*, el otro con su *Emilio*, éste con su *Piedad magnética*, aquél con sus *Lecciones de moral cristiana y educacion de la mujer casada*, etc., etc., todos procuraron una misma cosa, todos reconocieron como nosotros el gran paso que daría la civilización el día que se interesara en ella la mujer; pero todos, á nuestro modo de ver, se quedaron muy al principio de la obra; sus profundas investigaciones avanzaron poco, y acaso el que más se acercó á la verdadera necesidad, el que verdaderamente puso el dedo en la llaga, fué el arzobispo de Cambray, cuando dijo que no toda la educacion de una señorita se habia de reducir á leer, escribir, bordar, bailar, tocar el piano y hacer bien la *reverence*.

Mas, entre nosotros, ni áun esto se cuidó por mucho tiempo; y no há tanto que los padres más timoratos, así permitieran á sus hijas aprender á leer y escribir, como renegar de la fe de sus mayores: á tal grado llegó la obcecacion en tiempos no muy remotos, y tanto se precavia el influjo de la ilustracion por vanos, necios é inútiles temores. La mujer, no obstante, cumplia su destino; y al llegar á cierta edad, contra las groseras ilusiones de sus padres, contra su irracional severidad y repugnancia, entraba en el matrimonio; mas, á falta de ilustracion y de consejos, triunfaba su capricho ó el instinto, privándose la sociedad de este poderosísimo resorte de felicidad comun, y

perdiendo ella misma lo más precioso de sus ventajas sociales por el descuido de su educacion: desconócense las leyes más sagradas de la oportunidad y conveniencia de los enlaces; las señales más indefectibles del acierto ó desacierto; los medios más seguros de conservar la paz y salud en el matrimonio; el principio de la institucion natural del hombre, de su civilizacion y de todo género de virtudes. Una jóven no tiene otra escuela de maternidad que la que naturaleza ó el torpe ejemplo le sugieren; su sólo instinto es quien la guía en todo lo que dice relacion con el estado, con la educacion física, moral é intelectual de sus hijos: cuando experimenta los males, entónces es cuando únicamente los advierte; y la nueva generacion, y ella misma, y la sociedad entera, lloran con un tardío llanto los efectos de la ignorancia, la falta de escuelas de maternidad. En esta parte parece que se ha mirado la condicion social en España con menos interes que la cria y fomento de la riqueza pecuaria; pues que, miéntras se erigia un Supremo tribunal de la Mesta; miéntras que por ordenanzas ó reglamentos, que harán siempre honor á sus autores y á los tiempos en que se escribieran, se disponia lo conveniente para la eleccion, higiene y escuela de padres, acerca del tiempo y circunstancias del cruzamiento, invernaderos y pastos; miéntras que se premiaban los afanes del ganadero ó criadores eximiendo á sus hijos de mil pecherias y cargas municipales, jamás se pensó en fomentar ó mejorar la especie

humana; jamás se cuidó de elegir, educar y premiar las mejores madres, ni aún habia casas de educacion, escuelas ó colegios que sirviesen como de refugio ó invernaderos á la nueva generacion: el único medio que se excogitó para aumentar la decaida poblacion fueron las colonias extranjeras y la declaracion de nobleza á favor del padre que por fortuna, ó más bien por desgracia, tenía cierto número de hijos varones continuados. Pero, ¿y las madres de familia? ¿y los matrimonios indígenas? Y estos mismos padres nobles ¿qué instruccion recibian para merecer aquella distincion, para corresponder á ella dignamente? ¿Con qué medios contaban para educar, para alimentar siquiera su dilatada prole? De este modo ¿mejoraría la condicion social, ó se aumentaria tal vez el número de los vagabundos, de los necios, de los infelices vasallos? Por caminos tan equivocados no es extraño que, afiliadas otras causas que todos conocemos, la poblacion decreciera escandalosamente, la raza bastardeara, y la especie haya venido al grado de febleza y de ignorancia que generalmente deploramos.

Importuno sería yo si ante un concurso tan respetable quisiera detallar la tortuosa marcha que ha seguido por muchos siglos en España la instruccion pública, y la absoluta ignorancia con que proceden por la mayor parte nuestras jóvenes al dar el paso más aventurado que puede dar una mujer, al contraerse por toda su vida á cierto órden de obligaciones, de suyo pesadísimas y deli-

cadass; una mera casualidad, un encuentro, un cálculo cuando más, ó acaso los torpes manejos de una persona vil é inmoral, suelen ser el origen de una boda: á hurtadillas, de noche, y entre mil sobresaltos y capciosas prevenciones, se da una palabra, la más sagrada y peligrosa: el hablar del asunto delante de los padres se tiene por el mayor desacato; y sin saberlo nadie á veces, y sin saber cómo, se encuentra una jóven en la precisión de ser madre. ¿Qué extraño que luego al punto la discordia tome posesion de aquel impremeditado consorcio? ¿Qué extraño que la prole salga enfermiza, sea ignorante; que la sociedad, que la religion tengan que reprender tanto con el tiempo en semejantes matrimonios? Pues qué, ¿es ménos el engendrar y educar un nuevo hombre que el defenderle despues con el tiempo sus derechos, ó curarle cuando adulto? ¿Es ménos el hombre que el caballo, el cordero, los árboles ó cereales? ¡Cosa extraña! ¡Que se hayan de requerir ciertos estudios, y áun cierta edad, para ejercer la Jurisprudencia ó la Medicina; que sólo despues de muy larga práctica pueda encargarse un hombre de la direccion de arbolados, montes y plantíos; que se tenga por el mayor abandono el dejarlos á lo que la naturaleza dé de sí; que se escandalice el mundo al ver desempeñar la Magistratura ó los primeros cargos de República á imberbes ó ignorantes leguleyos; que se estremezca cualquiera al ver un arma de fuego en manos de un jóven atolondrado é inexperto; que se tenga por el mayor sa-

crilegio el entrometerse sin vocacion ó sin la ciencia conveniente á ejercer las funciones sagradas del Sacerdocio, y no se califique de sacrilegio, ni se escandalice nadie, ni se estremezca, ni aún se extrañe siquiera, el ver á una jóven ignorante, atolondrada, inexperta, que sin vocacion acaso, ó al ménos sin una preparacion anterior, se apodera de la suprema magistratura, de la educacion del hombre, de la complicadísima máquina racional ó humana, de los sacrosantos misterios de su alimentacion, asimilacion, nutricion, respiracion, vida y educacion de uno y otro y otro hombre!!! ;Lo que puede la costumbre, lo que hace el no pensar! Sí, señoras; sí, señores: solamente la costumbre y la falta de reflexion hubieran podido tolerar por tanto tiempo un descuido, un abandono tan capital, de tanta trascendencia.

Quiérese despues remediar el mal á fuerza de escuela; quisiéranse suplir los defectos, los desacuerdos del matrimonio por medio de maestros: en vano se invocan más adelante las leyes ó la mano dura del poder. Un árbol torcido desde su nacimiento, no se endereza á los seis, á los ocho ó veinte años: la viciosa proporcion de miembros de un alazan de mala casta no se corrige con la escuela. Contrae el hombre, señores, en los primeros dias de su existencia defectos físicos, intelectuales y morales que, ó no se corrigen jamás, ó cuesta mucho el corregirlos. Es necesario pues buscar, como dice L. Aimé-Martin, un poder superior al de los reyes, al de las leyes, al del arte

de la pedagogía. Débese buscar una potencia indestructible, infatigable, amorosa; un resorte de todos los siglos, de todas las horas, de cualquier género de fortuna: nosotros queremos que la misma madre sea este resorte, esta potencia, el más firme apoyo de la civilización y cultura del hombre: la madre; á quien exclusivamente confía naturaleza su educación; ese ayo que no se paga, que no se encuentra por dinero, que tiene en su misma estructura y constitución, en sus naturales inclinaciones, en sus graciosas formas, en su espíritu minucioso, en su laboriosidad y paciencia la mejor garantía, y todo el pago de su piedad maternal: ésta es la que debe cuidar de la primera educación física y moral del hombre; pero ántes es necesario educarla á ella, y esto es lo que se ha propuesto el filantrópico Instituto Español; esto es lo que ha tenido la bondad de confiar hoy á mis débiles fuerzas, á mis escasos conocimientos, la *Institucion de Madres de Familia*.

No es ésta, señoras y señores, una de aquellas reformas improvisadas ó del momento, que pueden deslumbrar con sus primeros resultados: no es de aquellos remedios paliativos que acallan el dolor, mas no le curan; no es de aquellas enseñanzas en que una imaginación feliz basta para recorrer la inmensa superficie de la ciencia; no: aquí es necesario recoger todo lo escrito, y utilizarlo; consultar á menudo á la naturaleza, y seguirla; es necesario no divagar en estériles declamaciones ó teorías: la enseñanza de las madres no debe con-

cretarse á presentar el gran cúmulo de obligaciones que contraen al casarse: un instituto de madres debe descender á las últimas aplicaciones, y, tomando como de la mano á cada una de las que aspiran á la magistratura en este orden, ó que hayan entrado ya en ella, conducir las con pureza por entre las dudas y peligros de la vida individual y de relacion, desde las consideraciones y delicadeza que merece una mujer, hasta los más sagrados deberes maternos. Regularizaremos pues los preludios y primeros trasportes del amor conyugal, para tirar desde allí las largas líneas que han de servir con el tiempo de límites ó señales de felice arribo ó naufragio inevitable. La institucion de madres seguirá paso á paso á la mujer, desde que llega á estado de contraer, desde que se decide por el matrimonio, desde que se liga indisolublemente á un hombre y lo admite por su esposo; desde que concibe á su hijo, todo el tiempo que lo lleva en su vientre; cuando lo amamanta ó cria; cuando lo desteta; al comenzar á hablar y andar; cuando lee, cuando escribe; mientras aprende un arte ú oficio, ó sigue la carrera de las ciencias; al entrar en la pubertad ó pasar á la juventud, y formarse ya hombre ó mujer, manifestándose sus pasiones más decididamente; en fin, cuando quiera ya emanciparse y proceder á otra nueva generacion: en cada uno de estos periodos interesantes advertiremos á la madre cómo debe haberse, si quiere llenar santamente sus deberes; en cada uno de ellos le revelaremos sus derechos, sus fuerzas,

su soberanía; le manifestaremos el papel tan brillante que viene á desempeñar en este gran drama social; ella sabrá emplear oportunamente el poderoso resorte de su amor materno, en beneficio propio, de su prole y de la sociedad á que pertenece; sus hijos sabrán corresponderla fielmente, y éstos y ella corresponderán á las altas esperanzas de la sociedad en general, que mira en las nuevas generaciones el colmo de su felicidad, su suerte, su destino. Tal es la primera parte de la institucion dominical que abre hoy el Instituto Español.

La civilizacion y cultura de las clases obreras es la segunda enseñanza que inauguramos. Reducidos tambien los artesanos y menestrales á la triste condicion de esclavos, jamás se pensó más que en deprimirlos, en ahogar sus justas querellas para arrancarles á mansalva la mejor parte de su sustancia, sus hijos y sus sacrosantos derechos. La ignorancia fué siempre su patrimonio, el ocio su escuela; la grosería, el abatimiento, el vicio, su misera ocupacion: bajo este yugo hemos visto á las clases medias é ínfimas arrastrar casi exclusivamente el ominoso carro del despotismo: sus robustos brazos y su lealtad sirvieron para alimentar la crápula y holganza de clases privilegiadas; y el hombre, naturalmente desidioso, sólo trabajó en fuerza de la necesidad, por rutina, y sin nocion alguna artistica ni social. El ultraje empero hecho á la humanidad y á la razon llegó á su término: las masas se cansaron del negro pan que les alargarán los tiranos; pensaron, y rompieron fácil-

mente, aunque no sin estrépito, las cadenas y el férreo sello de esclavitud:—¡Somos libres, exclamaron, independientes é iguales ante la ley! todos tenemos derecho á que se nos pregunte, á que se nos enseñe, á que se nos mire como ciudadanos;—y esto es verdad. Mas es necesario educar al pueblo de nuevo; es necesario enseñarle á ser libre, y explicarle en qué términos ha de entender la igualdad, esa independencia é igualdad que ha proclamado; es menester decirle que la libertad en poder de ignorantes fácilmente se convierte otra vez en tiranía; que la independencia requiere cierta instruccion, y que la igualdad tiene sus límites, que, traspassados, inducirian en la sociedad los más absurdos principios; conviene que sepan ademas que las artes ejercidas sin instruccion apenas dan resultado; y que, así los artistas como los artesanos ó artífices, sólo valen cuando saben lo que hacen. Esto es lo que se ha propuesto el Instituto Español en las dominicales de obreros.

Imbuirles las máximas fundamentales de orden, de verdad y de razon, que merced al carácter de los tiempos pasados no recibieron en su infancia; ejercitarlos en los principios generales y particulares de cada arte ú oficio; abrirles un nuevo camino de honor y mérito por donde entren á los primeros círculos de la sociedad; neutralizar con la educacion y la instruccion los funestos resultados de la costumbre; animarlos á empresas útiles y á la perfeccion de las artes; y retirarlos poco á poco de la rutina, de los espectáculos bár-

baros, de las groseras diversiones, del vicio y de la bajeza: tales son los altos fines á que mira la institucion de jornaleros. Para ello se comenzará por los rudimentos de lectura, escritura, correspondencia epistolar y aritmética para los que lo necesitan; seguirán las nociones más comunes de mecánica, de física y química aplicada á las artes; se generalizará el dibujo lineal, de figura y adorno; las reglas más seguras de economía industrial é higiene particular de los artesanos; y se les inculcará á las virtudes públicas mediante el ejercicio de las privadas y religiosas. Con estos conocimientos podrá cualquier artesano venir á la sociedad, hablar y escribir en ella, asistir con fruto á los establecimientos científicos que necesite, y adelantarse en su arte cuanto fuere dado á su ingenio natural, á su laboriosidad y constancia; irá desapareciendo poco á poco esa falta de cultura que es casi general en nuestros talleres; la sociedad verá en ellos su más firme apoyo, y la religion bendecirá nuestras tareas.

Podrá ser que, á pesar de toda esta secuela de doctrina, que á pesar de estos nobles esfuerzos del Instituto, una madre de familia caiga en los más torpes errores, un artesano se precipite en todo género de crímenes; pero, ¿serán errores tan groseros, serán crímenes tan atroces como los que la moral pública ha deplorado hasta ahora? Señoras; en una habitacion iluminada, puede que alguno tropiece; en una á oscuras es casi imposible dejar de tropezar: tal vez no se consiga todo; pero mu-

cho podrá remediarse. No me llevo de augurios; no soy de aquellos falsos intérpretes de la Providencia, á quienes con tanta razon criticó nuestro erudito Feijóo; pero la majestad de este solemne acto, y la presencia de los ilustres personajes que lo autorizan, y la proteccion que nos dispensan las primeras autoridades del reino y de la provincia á quienes miro, y el respetable concurso que con tanta bondad me ha escuchado, y no sé qué favorables auspicios que siento en mí, y en cuanto ha tenido relacion con estas nuevas enseñanzas, me hacen concebir la más lisonjera idea de que este enojoso trabajo, que tan liberalmente echamos sobre nuestros hombros, ha de ser seguido de felices resultados para el sistema general de ilustracion y beneficencia pública en España; ha de servir de estímulo á genios más fecundos para hacer un camino llano y magnífico, por donde nosotros sólo dejaremos una estrechísima y mal trazada senda. Quiéralo así el gran Jhowáh (el dios de las edades), y haga prósperos estos primeros pasos, y acepte nuestra recta intencion y los fervientes votos del Instituto Español por la felicidad, por la ilustracion, por la beneficencia y libertad universal.

Así dije entónces, señoras, y creo que lo mismo puedo decir hoy, sirviéndome esta rápida *lectura* de inauguracion de las Conferencias de *Educacion conyugal* que estoy comprometido á daros,

y las cuales no serán otra cosa que las *Lecciones de maternidad* que entónces compuse y dije, adaptadas hoy á las particulares condiciones de nuestras Conferencias. Sirva, pues, esta lectura de *Introduccion* al asunto, y de preparacion para la Conferencia que va á daros nuestro dignísimo colaborador el Sr. Moret y Prendergats, cuya elocuentísima palabra os incitará, mucho más, á oír lo que en su día os pueda decir yo sobre tan interesante materia.

UNIVERSIDAD DE MADRID.
CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE
LA EDUCACION DE LA MUJER.

DEL LUJO.

ARTÍCULO LEIDO
EN LA CONFERENCIA DOMINICAL
del 14 de Marzo de 1869,

POR
DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA,
de la Academia Española.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1869

UNIVERSIDAD DE MADRID

CONFERENCIAS DOMINGALES

LA EDUCACION DE LA MUJER

DEL JULIO

EN LA CONFERENCIA DOMINGAL

DEL 24 DE AGOSTO DE 1900

DON ANTONIO MARIA TROYA

MADRID

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EL LUJO ⁽¹⁾.

SEÑORAS :

Achaque es, y desdicha de las cosas humanas, que el mal y el bien anden en todas ellas revueltos y conjuntos. Así lo sabemos y lo decimos todos, y á cada paso lo repetimos, puesto que tal vez se nos escapa en muchos casos la aplicacion de esta máxima, regla tan general, que apenas si cabe excepcion en ella. Y si no, díganme cuantos aquí me escuchan si puede á primera vista vislumbrarse mal alguno, dificultad ni inconveniente en que los discretísimos oradores que han ocupado esta tribuna en nuestras conferencias nos hayan regalado con tan elegantes oraciones, llenas de sana y provechosa doctrina, sazonadas con rica erudicion, adornadas con todas las galas de la oratoria, esmaltadas con todo el brillo del ingenio.

Sube el primero á esta cátedra el Sr. Rector de

(1) Van añadidos por nota algunos trozos que se omitieron en la lectura por no hacerla tan pesada.

la Universidad, y con decir que se acredita como digno de ser en efecto el primero, me parece que está dicho todo. Nos habla del *Carácter de la educación de la mujer*, y cuando parecia que semejante asunto sólo podria ilustrar los entendimientos, acierta el Sr. D. Fernando de Castro á tocar los corazones, y sacar lágrimas á los ojos de todos sus oyentes.

Sucédele en la tribuna el elocuente y elegantísimo Sanromá, y se particulariza tratando de la *Educación social de la mujer*; y con la profundidad de su saber, su decir sabroso y castizo, y los primores de su elocucion, os entretiene, Señoras, y os admira, y os instruye, y os alienta, y os eleva, y os estimula, y os enternece, y os arranca sonrisas de aprobacion y exclamaciones entusiastas.

Y para que no creais que son vanas teorías y conatos estériles de imposible mejoramiento ése de que los dos disertos profesores os han hablado, viene luego otro erudito catedrático, y os pone delante de los ojos la brillante galería de españolas insignes, en que descuellan las dos excelsas figuras femeninas de nuestra historia: la grande Isabel, conquistadora de imperios y de voluntades, reformadora de leyes y de costumbres, virtuosa y buena como esposa, como madre y como reina; la gran Teresa, reformadora tambien, organizadora, escritora, poetisa y santa. Y discurriendo acerca de estos modelos de altísimo ejemplo, el Sr. Rada

y Delgado os presenta reducida á práctica la especulativa, y excita noble emulacion en vuestros generosos pechos españoles.

Filósofo y humanista consumado, el Sr Canalejas os habla otro dia de la belleza en abstracto, y de su representacion poética, demostrando que ese ideal no es otra cosa que la meta divina á que debe dirigir su carrera progresiva la realidad humana (1).

Por último, nada digo de la elevacion con que el Sr. Corradi, uno de los próceres de la moderna tribuna española, ha tratado hoy su noble asunto de la *Influencia del Cristianismo en la sociedad*. La impresion que su bello discurso ha hecho en vuestros corazones está tan reciente, que todo elogio en este momento pareceria inoportuno.

Para entreverar congruentemente estas riquísimas disertaciones, os han obsequiado tambien desde aquí egregios poetas con regaladísimos trozos de poesía, y han deleitado vuestros oidos ingeniosas composiciones de nuestros buenos prosistas.

Ahora bien, Señoras mías; despues de tanto, y tanto bueno, ¿quién se atreve á ocupar esta tribuna, á menos de sentirse con fuerzas para competir con esos atletas de la oratoria? Y ved aquí el mal,

(1) Con su brillante diatriba en contra de los espectáculos obscenos de estos dias, la elocuencia del Sr. Canalejas ha dado inmediatos frutos, que no tardarán mucho en producir sus efectos.

mal pequeño, pero mal al fin, que yo hallo mezclado con lo mucho bueno del sistema de nuestras conferencias : ó los hombres más distinguidos de España han de comprometerse á sostenerlas en nivel tan alto, ó vosotras habeis de consentir y tolerar que promiscuamente se os hable de cuando en cuando en ménos levantado tono, con ménos atildado estilo, con más escaso caudal de erudicion y de doctrina. Así me atreveria yo á proponerlo como método más práctico de nuestras conferencias.

Y pues que todavía puede esperarse que haya quien, sin ser orador, ni mucho ménos, alcance á hablaros aquí en el tono de una conversacion sencilla y franca, si bien culta y decorosa, de cosas que á todos nos conviene recordar ó aprender, decidamos de comun acuerdo que ha de ser permitido á los humildes venir á formar contraste y claro-oscuro con los maestros, y ofreceros algunos platillos de entremes, como para desengrasar vuestro paladar de tan succulentos manjares, y excitaros apetito de volver á saborear platos de más nutritiva substancia.

Confiado yo en que ha de ser así, y dándolo por supuesto, vengo hoy á departir con vosotras amistosamente y á la llana, tomando por asunto uno, de que, á mi parecer, se trata poco relativamente á su importancia social, moral, económica, y áun política : este asunto es el LUJO. Y aunque para tratarle á fondo sería necesario escribir una larga

disertacion, ya que no un libro, me ceñiré, por no molestaros, á una conversacion de breves instantes, tan sencilla y llana, que no exceda los límites de mi capacidad, y tan familiar, que no falte en ella ni aún el saborete acostumbrado de toda conversacion íntima: su poquito de murmuracion y de tijera.

Hablemos, pues, del *lujo*; pero, á fin de entendernos y evitar disputas, comencemos, como siempre debiera hacerse, por definir la palabra. — ¿Qué se entiende por *lujo*?

Despues de haber repasado las opiniones contradictorias de cien autores, economistas, estadistas y moralistas, me parece que puede fijarse con claridad la nocion del lujo definiéndole: *Gasto superfluo é improductivo, sostenido por mera ostentacion, ó desproporcionado á los recursos de quien le costea.*

Podrá parecer algo larga esta definicion, pero en mi concepto nada le sobra; y entiendo que tomándola por criterio podremos, no sólo apreciar debidamente los que son gastos de lujo, sino convencernos de que toda disipacion es inmoral; aspecto mucho más importante de la cuestion que el puramente económico. — Pongamos algunos ejemplos.

Entro en un café de los principales de Madrid. Le veo adornado de comodísimos sofás y butacas, entapizado el suelo de mullida alfombra; enriquecidos techos y paredes con artesonados y molduras; intercolumnios y hornacinas poblados de bus-

tos y estatuas, no sin arte y buen estilo modelados; gigantescos espejos que de todas partes reflejan y multiplican las innumerables luces despedidas de candelabros, lámparas y arañas del mejor gusto. Las mesas son de hierro y pulido mármol fabricadas; á las corrientes de aire frio que pudieran invadir los salones, cierran el paso tupidas antepuertas (que llaman *portières* los que no saben ó no quieren hablar en castellano). Un enjambre de sirvientes jóvenes, atentos y aseados... (toleradme esta hipótesis, aunque en Madrid parezca inverosímil) discurren por todas partes solícitos, recibiendo órdenes de los concurrentes, y cumpliéndolas con delicada puntualidad y presteza. — Al observar yo aquella reunion de circunstancias que convidan al descanso, recrean la vista, abren el apetito y ofrecen toda la comodidad y regalo apetecibles, me doy el parabien de haber elegido para tomar una modesta taza de café un lugar (ó *local*, como ahora se dice) tan... tan... — ¿Cómo lo explicaria yo? — ¡Ah! sí, tan *comfortable*. — Perdonadme, Señoras mías; si me he aventurado á emplear este adjetivo inglés (que maldita la falta que nos hace en castellano), ha sido porque ya es de buen tono en Francia. Sin el sello, sin el *exequatur* y salvo-conducto de París, ¿qué español se atreveria hoy á cometer lo que llaman los gramáticos un *barbarismo*, tomando exóticos vocablos de otra lengua que no fuera la francesa?

Pero volvamos á nuestro asunto. — ¿Hay ó no hay *lujo* en algunas ó en todas esas cosas que dejo descritas?

Desde aquí me parece que advierto cierta sonrisita maliciosa, y adivino su objeto. Sospecho que se trata de acusarme de inconsecuencia, y que la que he llamado modesta taza de café va á ser calificada como gasto superfluo, y por lo tanto de lujo. — No sostendré yo, á fe mia, que sea éste en rigor artículo de primera necesidad; pero reparad, Señoras, que, sobre no tomarle yo diariamente, ni semanalmente, ni mensualmente siquiera, este aromático digestivo, este ligero excitante del cerebro, cuyo coste es mínimo comparado con el guarismo de mi presupuesto de ingresos, puede permitirse alguna vez á quien pasa el día trabajando, y no gasta un solo maravedí ni en el tabaco, ni en el juego más lícito, ni en la bárbara diversion de los toros, ni en otros devaneos y superfluidades. — Algo más de lujo será el café en aquel viejo desaliñado y sucio, cesante sin derechos pasivos, cuya numerosa familia se desayuna con una negra pócima de á peseta la libra, llamada, por eufemismo, chocolate, come una sopa chirle y un pucherete de á cinco garbanzos por barba, y con ménos grasa que el gaban del papá, merienda privaciones y esperanzas, y hace la cena con bostezos y desengaños!

Lujo, sí, lujo es la taza de café diaria y el cigarillo perpétuo para quien arranca ese puñado de

reales mensualmente á la manutencion ya escasa de su esposa miserable y de sus hijos; pero no lo será ciertamente para personas que, despues de cubiertas todas las necesidades de los suyos, dedicando ademas á las ajenas una parte de su salario ó de su renta, como la caridad exige, y áun habiendo dejado como en reserva lo que la prevision aconseja para necesidades imprevistas, se recrea tal cual dia en el inocente placer de esa aromática infusion, que ni embriaga ni destruye.

Por cuyo ejemplo podemos ya venir en conocimiento de una circunstancia importantísima, á saber: que la idea del lujo es puramente relativa.

Pero todo ese ostentoso adorno de las casas públicas llamadas *cafés*, de las *fondas*, de los.....—No, no he de decir *restaurants* aunque me aspen.—Todo ese aparato fastuoso de riqueza, para dar de comer y de beber á cualquier *quidam* que va á hacer un gasto de seis pesetas, ¿no es pura superfluidad? ¿no es lujo inútil?

No lo es, á mi ver, si mi definicion se da por buena. El dueño del *café* ha gastado en efecto grandes sumas para adornarle; pero, léjos de hacerlo por mera ostentacion, ni ser éste un gasto improductivo, lo hace para atraer al público y granjear parroquianos, los cuales no acudirian allí sin aquel incentivo, ó acudiendo, no permanecerian tan largo tiempo, ni harian por consiguiente el gran consumo en que consiste la mayor ganancia del *cafetero*.

No podremos decir otro tanto de toda clase de tiendas ó despachos públicos. Si yo voy, por ejemplo, á comprarme un sombrero, con tal de que me le den de buena calidad y en precio equitativo, ¿qué me importan los primores arquitectónicos y el ornato de la sombrerería, á la que no voy á pasar largos ratos de descanso y recreo, en donde no me he de detener cinco minutos?

— Siendo eso así (me observarán acaso), habrémos de decir que están locos y no conocen sus verdaderos intereses los tenderos, mercaderes y menestrales, que á porfía exornan sus tiendas, almacenes y talleres, con el único fin de atraer compradores; como si á éstos les fuese mucho en tales garrambainas, que ninguna relacion tienen con la bondad de la mercancía, y ántes bien no pueden ménos de influir desfavorablemente en su precio, pues el que mucho gasta no puede vender barato.

Responderé diciendo: que, en efecto, no estoy muy léjos de creer que la mayor parte de los tales se equivocan grandemente en dirigir de esa manera su especulacion; y sin embargo, no lo extraño, porque la manía del lujo es tan contagiosa, que no hay epidemia que en este punto se le iguale. Imposible pareceria, si la historia no lo atestiguase, y si no lo confirmase nuestra propia experiencia, que hay épocas en que se apodera de los pueblos la passion desenfrenada del lujo y de la ostentacion; así como en todos tiempos y en todas partes hay per-

sonas cuyo prurito es el de gastar el dinero por mero afán de derrocharle: manía diametralmente opuesta á la del avaro que atesora sin saber por qué ni para qué, y vicio no ménos censurable.

Sensible es decirlo, Señoras, pero me habeis de perdonar la franqueza de declarar que, así como entre las mujeres se encuentran los más loables modelos de economía doméstica, así tambien son más frecuentes en las personas de vuestro sexo los casos del hidrópico frenesí del lujo. Y me atrevo á decir más todavía: las mujeres, y solamente las mujeres, son las que propagan ese funesto contagio, así como tambien son ellas las únicas que pueden contener el torrente de tan pernicioso desenfreno. La mujer da en este punto la pauta, y justifica, como en otros muchos, aquel sabido apotegma de que los hombres hacen las leyes, y las mujeres las costumbres.

Síntoma es éste del lujo, síntoma infalible de decadencia y de desmoralizacion al mismo tiempo. Inoculado en el alma este insaciable apetito de lucir, de sobresalir, de distinguirse, no se repara en los medios de satisfacerle (1). Y para demostrarlo, ántes de apelar á las lecciones de la historia, desentrañemos sus causas, y nos convencerémos de que no puede ser de otra manera.

Estimulado el hombre á satisfacer las primeras

(1) Más Lais y Phrynæas, más Nereas y Thais ha producido el amor al lujo que el amor al deleite; más honras ha vendido la vanidad que la concupiscencia.

necesidades de la material envoltura en que su espíritu vive aprisionado, luego que las encuentra satisfechas, y con su natural propension á mejorarlo todo y progresar en cualquier camino, las va multiplicando y transformando. Primero sólo piensa en alimentarse, despues trata de regalarse; primero se viste cubriendo su desnudez, despues trata de abrigarse; despues que se abriga trata de adornarse. Para guarecerse de las inclemencias meteorológicas se construye una cabaña; despues crece la cabaña y se hace casa; la casa por fin se convierte en palacio. La cabaña se construyó en el campo para gozar la sombra de los árboles, el aroma de las flores y la frescura del arroyuelo; al palacio se traen, al contrario, artificiosa y dispendiosamente el arroyo, y aún el rio, y el lago, y el torrente, y las flores, y los prados, y los arbustos; sólo que ya los campos se llaman jardines y pensiles, los torrentes se llaman cascadas, parques los bosques, y estanques las lagunas.—Así es como con su facultad cuasi ilimitada de avasallar la naturaleza y transformar sus productos, adelanta su industria desde la satisfaccion de las necesidades naturales hasta el recreo y deleite de los sentidos: con su ingénito amor á la belleza, se esfuerza á embellecer cuanto le circunda.

Pero aquí es justamente donde está el escollo; porque confundiendo lo que es noble aspiracion de su espíritu con los groseros apetitos de la materia,

cae en un refinamiento sensual, que produce la sed hidrópica de la molicie y de los goces materiales. Vienen el orgullo y la soberbia, y le corrompen más todavía, y por el afán de lucir, de brillar, de eclipsar á sus iguales, vive atormentado del incesante anhelo de ostentacion, de disipacion, de lujo.

Cuando entre estas excitaciones coexistentes de los apetitos de la materia y del espíritu, logra este último el predominio; cuando la modestia prevalece sobre la vanidad; cuando los gustos de la inteligencia alcanzan la victoria sobre el deleite de los sentidos; cuando la moderacion y la prudencia ocupan el puesto de la disipacion y de la intemperancia, no puede tener entrada la necia pasion del lujo, del boato, ni nos creamos necesidades ficticias des-cuidando otras más reales y verdaderas.

Dos pueblos antiguos, Grecia y Roma, cuya historia es un manantial inagotable de ejemplos de cuanto malo y bueno puede hacer la especie humana al emprender el camino de la civilizacion, nos ofrecen por lo mismo lecciones útiles acerca de lo fácil que es descarriarse cuando no alumibra nuestros pasos la antorcha de la razon. No tengo espacio ahora, ni se adapta bien á mi humilde propósito, el recordaros, Señoras, estos ejemplos; baste decir que el lujo que los antiguos romanos especialmente llegaron á desplegar en sus viviendas y edificios públicos, en sus muebles, en sus ropajes y atavíos, en sus mesas y en sus baños, en sus diver-

siones y espectáculos, deja muy atrás las más extravagantes disipaciones de la edad moderna, y sobrepunan á toda imaginacion.

La fastuosa vida de Lúculo, por ejemplo, parecería hoy fabulosa á los más sibaríticos y opulentos derrochadores de nuestra moderna Europa, si los historiadores, los filósofos y los poetas, especialmente los satíricos, de aquella era, no nos lo atestiguaran con sus más minuciosos pormenores. Lúculo no sólo tenía uno, sino muchos espaciosos aposentos destinados para comedores, los cuales frecuentemente se veían todos llenos de amigos, de clientes y de parásitos convidados á sus cenas espléndidas. La nomenclatura sola es infinita de los esclavos que servían aquellas mesas, además del *archimagirus* (cocinero jefe) y de los *coqui* (marmitones y panaderos que preparaban la comida). Había el *tricliniarcha*, que cuidaba del arreglo y disposicion de las mesas; el *lectisterniator*, que extendía y preparaba los lechos ó sofás en que se recostaban para comer los convidados; el *pragustator*, que probaba los manjares para ver si estaban bien condimentados, y alejar toda sospecha de veneno; el *scissor* y el *carptor*, que podríamos llamar trinchadores, oficio desempeñado en las mesas de nuestra aristocracia por el que llaman en frances *maitre d'hôtel*, olvidando que nuestros abuelos le llamaban maestre-sala. Había escanciadores, encargados de servir los vinos y presentar las copas, cada uno de

los cuales se titulaba *cenophorus*, *pincerna* ó *poçillator*, segun sus funciones. Estos y otros, exclusivamente destinados al servicio del banquete, nada tenian que ver con los músicos (1), juglares (2) y saltatrices destinados á regocijarle, ni áun con otros treinta ó cuarenta servidores, á cuyo cargo estaban otros oficios en la casa (3).

Del lujo de estos banquetes y su coste no tengo tiempo para hablaros; basta insinuar que Julio César, escandalizado de sus excesivos despilfaros, cayó en el error de sujetar la comida á leyes suntuarias, y en la arbitrariedad de enviar esbirros, soldados y lictores á arrebatar de las mesas mismas los manjares prohibidos. — Pues bien; tan contagiosa es la manía del lujo, que ese mismo César, despues de haber querido ponerle freno y cortapisa, dió un espléndido banquete en que se sirvieron, entre otros innumerables y costosos platos, seis mil murenas (especie de lampreas). El gasto total del festin se calculó en ochenta millones de nuestros reales de vellón !!

A todas estas y otras locuras superaron las del emperador Heliogábalo, de odiosa é impúdica recordacion; pero las omito por no cansaros, y por la misma razon callaré lo mucho que pudiera de-

(1) *Citharistriae* y *citharistae*, *symphoniaci*, *psaltria* etc.

(2) *Eutui*, *moriones*, *nani*, etc.

(3) *Ordinarii*, *vulgares*, *mediastini*, *vicarius*, *janitor* y *janitrix*, *ostiarius*, *silentiarius*, *atriensis*, *cubicularius*, *scoparius*, *arcarii*, *nomenclatores*, *anteambulones*, *podisequi*, *numidae*, *vestiplicia*, y otros tantos.

cirse sobre el lujo en los trajes, y los inmensos tesoros que se gastaban en joyas y pedrería. Omitiré, asimismo, la descripción de iguales costumbres en Grecia, donde hasta las viles cortesanas enriquecidas aturdián el mundo con su prodigalidad y escandaloso lujo.

Acaso parecerá á alguno de los que me escuchan que estos ejemplos de la disipación antigua ántes disculpan que condenan el que se llama lujo en la edad moderna. — Á lo cual responderé con varias observaciones. — Primera : que donde quiera que hay desproporción entre los recursos y los gastos, hay en éstos, si no son forzosos, lujo censurable, como lo dejó probado con el sencillísimo ejemplo de la taza de café. — Segunda : que siendo el lujo pasión insaciable, bien pudiera el de nuestra época, que va en incremento, llegar á los excesos de la antigua. — Tercera : que no me parece inoportuno ponerlos delante de los ojos el cuadro de una sociedad pagana, degradada y corrompida, como útil para el escarmiento de esta sociedad nuestra que se titula cristiana y que blasona de morigerada y culta. Reparad también qué clase de personas forman los más conspicuos ejemplares de la disipación desenfrenada, antiguamente como ahora : los déspotas y los tiranos opresores de la humanidad, las meretrices, cortesanas, y hetaïras, procónsules rapaces, magistrados venales y concusionarios, los que con la sangre de millares de esclavos han granjeado

una escandalosa opulencia..... Modelos, por cierto, bien poco dignos de imitarse.

No quiero yo decir por esto (¡Dios me libre!) que todo el que gasta lujo haya de pertenecer forzosamente á una de esas clases, no por cierto. Tampoco pretendo negar al hombre, y mucho ménos á la mujer, poseedores de riquezas legítimamente adquiridas, que empleen una parte de ellas en la comodidad y el adorno de su persona, y aún en cierta ostentacion y satisfaccion del buen gusto. Aquella persona que, cubiertas todas sus formales atenciones, y despues de haber distribuido con mano generosa una parte de sus rentas entre los menesterosos y desvalidos, emplea otra parte, con tal que no sea excesiva, en dar alimento al comercio y á la industria, en recrearse en las obras de las bellas artes; esa persona, digo, queda exenta de mi censura, con tal, repito, que la moderacion, la prevision y la prudencia regulen sus gastos, y que la vanidad y el orgullo no sean sus consejeros.

¡Orgullo y vanidad! ¿Y en qué ni cómo puede satisfacerlos el desatinado lujo? — Venid conmigo, Señoras, á los paseos públicos, á los espectáculos, y decidme: aquella mujer, por ejemplo, jóven y hermosa, tan espléndidamente ataviada, que tan ufana y arrogante se muestra en su lujosa carretela, ó en el ricamente decorado palco de la opera, ¿en qué funda su vanidad? ¿En su juventud? — Cualidad apreciable, pero inútil si es mal aprove-

chada; pasajera de suyo, y más pasajera todavía para quien la aja y destruye con el desarreglo del fausto y la molicie. — ¿Es en la hermosura? — Prenda es ésta igualmente apetecible, pero de la cual no hay por qué envanecerse, pues que el Criador es quien la da, y la criatura quien la desfigura ridículamente con trajes y adornos extravagantes, y quien prematuramente la marchita. — ¿Serán acaso fundamento de su vanidad el oro y la pedrería de que va cubierta, á guisa de escaparate de joyero? — En efecto, admirables son esas producciones de la naturaleza, realzadas por el primor del arte; pero esa mujer ignora las miserables vidas que se han sacrificado para contribuir á su adorno. Ignora el padecer de los que se emplean en arrancar el oro á las entrañas de la tierra; ignora que el diamante no es más que un poco de carbono cristalizado, que buscaron para ella, y sin ningun mérito suyo, unos infelices trabajadores en las minas del Brasil ó de Golconda; ignora que la perla no es más que una excrecencia anómala que se forma como un vicio en la concha de un molusco (1); ignora que de dos especies de turquesas que hay, la más comun en el comercio (2) no es otra cosa que un pedazo de diente ó de otro hueso de un animal fósil, que accidentalmente ha recibido en

(1) La concha del nácar, ó madre-perla.

(2) La *odontolita*, á diferencia de la turquesa *calaita*.

su sepultura un poco de óxido de cobre con que le ha tenido la naturaleza.

Son, pues, las piedras preciosas curiosidades naturales muy estimables: concedo á la gente rica el que se adorne con ellas, y premie así las tareas del operario y del artífice, pero no le doy permiso á persona alguna de envanecerse por lo que no ha hecho, y tal vez ni siquiera ha pagado; pues no son raros los casos, de mujeres sobre todo, que se presentan muy ufanas con esos riquísimos productos del comercio y de la industria, no siendo ellas más que otra mercancía comprada por la misma bolsa que ha costado sus diamantes.

Entended bien, Señoras, que la mujer fastuosa que os he señalado con el dedo no es la rica dama de nuestra aristocracia, la acaudalada propietaria, que gasta en su adorno una mínima parte de sus rentas, sino aquella de quien, viéndola pasar, dice el vulgo: «¿De dónde saldrá todo eso?»

Gastad, Señoras mías, gastad las que sois ricas: con eso fomentaréis, siquiera sea indirectamente, el trabajo. Pero no vayais á estrenar carroza á la Fuente Castellana, sin haberle dado ántes al cochero las señas de la humilde morada de una familia indigente, para que os lleve á vaciar allí vuestro bolsillo. No estreneis un aderezo sino el día en que hayais regalado una máquina agrícola á un colono pobre. No compreis una sarta de ricas perlas sino el día que hayais consolado un infortunio. Comprad

brillantes, pero comprad tambien cuadros, y estatuas, y libros, y grabados; no ocupe vuestro guarda-joyas doble espacio que vuestra biblioteca. Pagad á la modista ricos trajes; pero pagadles tambien la pension del colegio á algunas huérfanas. Entregaos racionalmente á los goces de los sentidos; pero preferid los del espíritu, los de la inteligencia, los del corazon. — Los del corazon sobre todo, y el primero de todos sus goces, que es la caridad.

Y si vuestras facultades no os permiten el *lujo*, desdeñadle. Consolaos con esta reflexion: que *las que más propenden á emperejilarse, enjaezarse, y sobre-cargarse de adornos y oropeles, despues de las mujeres disolutas, son las tontas, las viejas y las feas.*

La mujer cuyos ojos resplandecen con un destello de la divina inteligencia; cuyo rostro brilla con el esplendor de la virtud modesta, cuyo continente y ademanes tienen la inefable gracia de la ingenuidad y el suave aroma del candor sencillo; cuya conversacion descubre una índole bondadosa y un entendimiento cultivado; cuyo traje y atavío son ordenados por un como instinto de honesto recato, de pulcro aseo y de natural buen gusto.....; creedme, una mujer así no necesita joyas ni dijes; no necesita perlas, ni diamantes, ni pasamanerías, ni plumas, ni brocados, ni blondas, ni terciopelos. — Su alma es el mejor adorno de su cuerpo; y sin tener

que envidiar á nadie, será de muchas lujosas y opulentas amarguísimamente envidiada.

Ahora, Señoras mías, sólo me resta pedir os perdon de haberos cansado por tan largo tiempo: si os sentís fatigadas, no será culpa de mi asunto, sino de la manera de tratarle. Perdonadme, repito, esta enfadosa perorata. Vuestra indulgencia reclamo, no vuestros aplausos: el prodigar aplausos á esta retahila de mal zurcidas cláusulas sería también un LUJO; es decir, un despilfarro del caudal, aunque tan pingüe, de vuestra benevolencia.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID